

PORTADA

Incensario con decoración pintada y al pastillaje, mostrando la cara de una efigie humana barbada, con grandes orejeras y un tocado que incluye caracoles y cabezas de jaguar. Período: Clásico Medio (500-700 d. C.). Procedencia: Tazumal, Santa Ana. Propietario: Museo Nacional “David J. Guzmán”.

CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION DE EL SALVADOR

Nos. 68—69

ENERO-JUNIO/1980



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DE EL SALVADOR

Director:
David Escobar Galindo

Toda colaboración es solicitada e inédita. Cuando se reproduce un trabajo en la Revista se indica su procedencia.

**Portada y viñetas:
Piezas arqueológicas salvadoreñas
Museo Nacional "David J. Guzmán"**

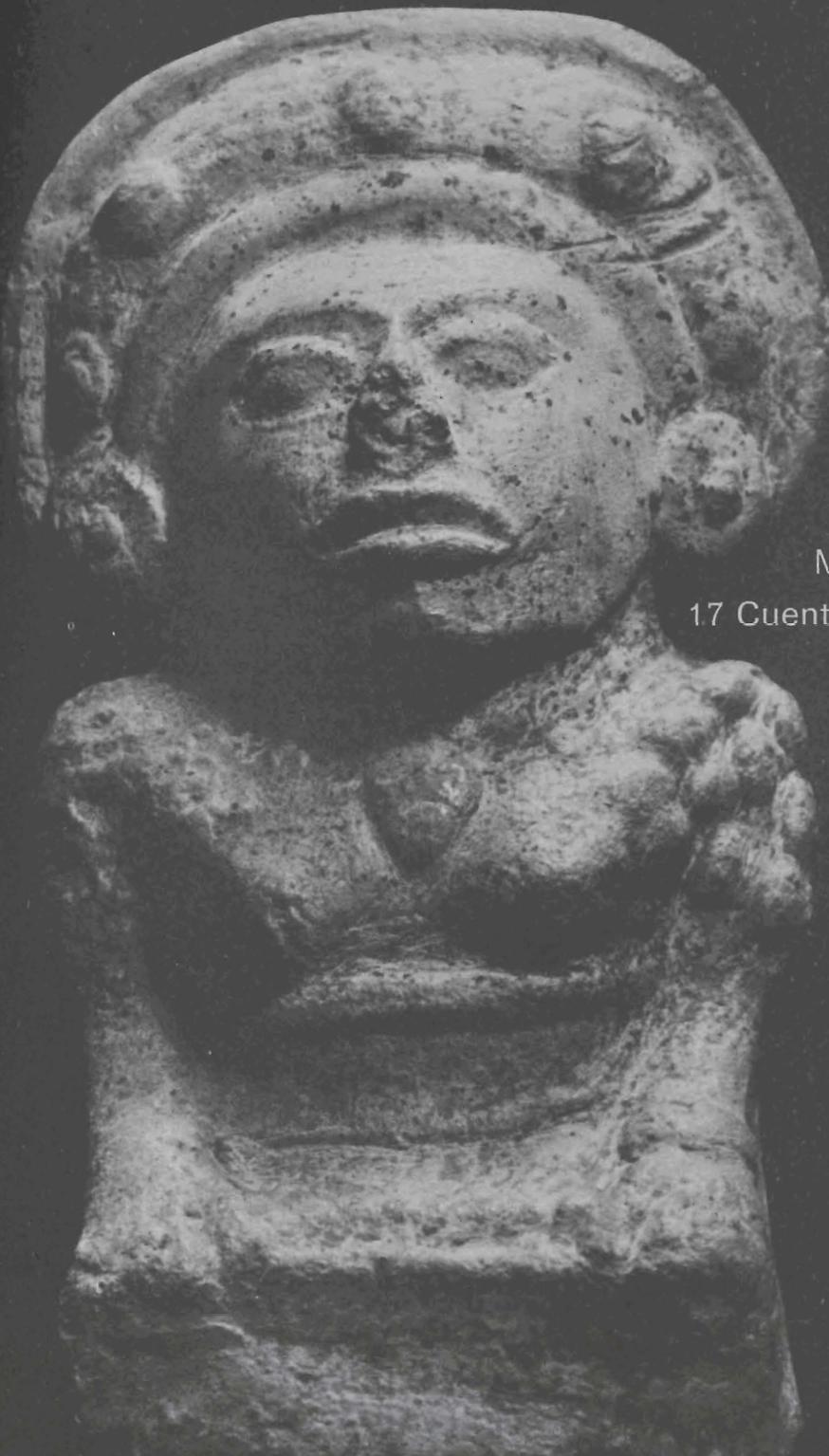
Impreso en la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras 145. San Salvador,
El Salvador, Centro América.

LOS 25 AÑOS DE “CULTURA”

En 1955 nació la revista CULTURA, como parte de un esfuerzo de renovación en los campos del trabajo creador salvadoreño. Cumple hoy, pues, 25 años de vida, y este solo hecho representa una hazaña singular en nuestro país, donde los impulsos culturales se extinguen con facilidad y los empeños de raigambre espiritual parecen tener un tiempo de vida más corto que el de los hombres.

Vicisitudes, rezagos, silencios, no han faltado en el decurso de CULTURA; pero estamos aquí, con el discreto entusiasmo de los que creemos en un país arduamente mejor, tercamente animoso, finalmente ejemplar. Así lo sentimos. Así lo decimos. Muchos han contribuido, a lo largo de los años, al sostenimiento de esta empresa; todos merecen nuestro buen recuerdo. Pero quede aquí, con énfasis especialísimo, el nombre de Claudia Lars, tan viva en su obra perfecta, que dirigió CULTURA por varios lustros, con eficacia, con amor.

LA DIRECCION



NARRATIVA

Artículo de
Matilde Elena López
17 Cuentistas Salvadoreños

MATILDE ELENA LOPEZ

(Ver CULTURA 65)

FRANCISCO GAVIDIA (1865-1955).

Iniciador del cuento salvadoreño. Gran humanista y precursor del Modernismo hispanoamericano. Obra cuentística: "Cuentos y Narraciones" (1931).

JOSE MARIA PERALTA LAGOS (1874-1943).

Usó el pseudónimo de T. P. Mechín. Cultivó el costumbrismo humorístico. Obras cuentísticas: "Burla Burlando", "Brochazos".

ARTURO AMBROGI (1875-1936).

Uno de los grandes cultores de la prosa modernista en Hispanoamérica. Obras cuentísticas: "El Libro del Trópico" (1917); "El Jetón" (1936).

FRANCISCO HERRERA VELADO (1876-1966).

Cuentista costumbrista. Obra en esta rama: "Agua de Coco".

SALARRUE (1899-1975).

Cuentista vernáculo. Cuentista cosmopolita. Precursor del realismo mágico. Obras cuentísticas: "Cuentos de Barro" (1933); "Eso y Más" (1940); "Trasmallo" (1954); "La Espada y otras Narraciones" (1960).

ROLANDO VELASQUEZ (1912-1968).

Cuentista que une lo vernáculo con lo filosófico y urbano. Obra: "El Bufón Escarlata".

JOSE MARIA MENDEZ (1916).

Cultiva principalmente el costumbrismo humorístico. Obras cuentísticas principales: "Tres Mujeres al Cuadrado" (1963); "Espejo del Tiempo" (1976).

HUGO LINDO (1917).

Introdujo en El Salvador la narrativa de ciencia-ficción. Obras cuentísticas: "Guaro y Champaña" (1947); "Aquí se Cuentan Cuentos" (1959); "Espejos Paralelos" (1974).

CRISTOBAL HUMBERTO IBARRA (1920).

Cultiva el cuento de la tierra y el cuento filosófico. Obras en este género: "Cuentos de Sima y Cima" (1952); "Cuentos Breves para un Mundo en Crisis" (1970).

MATILDE ELENA LOPEZ (1922).

Cuentista en que se conjugan lo racial y lo trascendental. Obra cuentística: "Cartas a Groza" (1970).

MARIO HERNANDEZ AGUIRRE (1923).

Cuentista que orienta su temática hacia lo psicológico. Obra: "Del Infierno o del Cielo" (1971).

ALVARO MENEN DESLEAL (1931).

Cultiva el cuento culto, fantástico, de ciencia-ficción. Obras en este género: "La Llave" (1963); "Cuentos Breves y Maravillosos" (1963); "Una Cuerda de Nylon y Oro" (1969).

WALDO CHAVEZ VELASCO (1932).

Cultiva principalmente el cuento de ciencia-ficción. Obra: "Cuentos de Hoy y de Mañana" (1963).

SANTIAGO CASTELLANOS h. (1940).

Cultiva el cuento urbano. No ha publicado libro.

ALFONSO QUIJADA URIAS (1940).

El tema vernáculo llevado a esquemas fantásticos es su principal dirección. Obra: "Otras Historias Famosas" (1975).

FRANCISCO ANDRES ESCOBAR (1942).

Sus temas son fantasías urbanas. Obra: "Historias de Pájaros y Niebla" (1973).

RICARDO JESURUM (1947).

Cultiva el cuento fantástico. Obras: "XXX" (1970); "Rara Avis In Terra" (1973).

EL CUENTO MODERNO EN EL SALVADOR

MATILDE ELENA LOPEZ

El cuento moderno aparece en la segunda mitad del siglo pasado, con Edgar Allan Poe. En las primeras narraciones de Poe adquiere el cuento un rango filosófico que es la culminación de esas renovaciones que le dan una particular estructura formal.

Así, el cuento moderno tiene que ver con el desarrollo de los centros urbanos que confinan al escritor a su soledad, en medio de un mundo que comienza a ser populoso; como la novela es hijo del desarrollo del capitalismo; para ser más precisos, la novela es la principal de las formas literarias que corresponden a la sociedad burguesa y su evolución está estrechamente ligada a la historia de esa sociedad. Sería necesario iluminar el lazo inteligible entre la novela y el cuento moderno. La novela es la principal forma literaria de un mundo en el cual el hombre no está en su casa ni es del todo extranjero. Hace falta para que haya novela, una oposición radical entre el hombre y el mundo, entre el individuo y la sociedad. En tanto que literatura épica, debe emerger de una comunidad fundamental. En tanto que epopeya, universo en el cual las respuestas están presentes antes de que sean formuladas las preguntas, donde haya peligros, pero no amenazas, sombras pero no tinieblas. En tanto que la tragedia es la forma literaria de la esencia pura de la soledad y de la negación de toda vida, la Novela es la forma dialéctica de la épica, la forma de la soledad en la comunidad, de la esperanza sin porvenir, de la presencia en la ausencia. Literatura de infancia y juventud de la humanidad, en

la epopeya, literatura de la conciencia y de la muerte en la tragedia, LA NOVELA Y EL CUENTO MODERNOS SON FORMAS LITERARIAS DE LA MADUREZ VIRIL. El teatro, conciencia terrible de esa humanidad.

Ahora nace la especulación sobre el hombre y su destino que bajo el imperio de la ciudad, definida por sus aledaños fabriles, halla en Dickens a un expositor histórico, y que vigorizada por los contrastes del Nuevo Mundo, encuentra en Poe y en Hawthorne a sus voceros alucinantes. Es en el recogimiento de la Urbe que nace el cuento moderno con una particular técnica, con temas que enraizan en la psicología. No es casualidad que quien le imprime un perfil moderno pertenezca a un país de inventores, en el momento en que la ciencia ensaya sus aplicaciones mágico-técnicas. La ciencia le abre al cuento mágicos caminos de aventura y audacia, pistas de investigación en el relato policíaco.

El cuento ahora se envuelve en una atmósfera trágica, situación-condición trágica del hombre. “En ese hombre de la muchedumbre de Poe, gime una condición humana que prefigura el Wakefield de Hawthorne: Ya se anuncia la Metamorfosis de Kafka. La situación integra el cuento como un tema eterno en el que vida y forma se dan una cita austera y viril. Pasamos del misterio a lo absurdo. De lo extraordinario a la SITUACION”. (Lancelotti).

En el presente siglo LA METAMORFOSIS inaugura el testimonio de la perdición del hombre en una era técnica. Su desvalida condición ante los arcanos del universo y el misterio de Dios. Desde el singular Mr. Wakefield hasta EL EXTRANJERO de Camus, puede trazarse una línea en la que empieza el drama humano de sentirse ajeno a sí mismo. La presión de una sociedad capaz de convertir al hombre en un desterrado. . .

Europa dio sus grandes cuentistas, que según el decir crítico, todos proceden de EL CAPOTE de GOGOL. Maupassant, maestro del género, le dio una forma inolvidable y precisa, tanto en el lenguaje, la técnica, como en esa economía de elementos que lo elevan a una categoría estética única.

El cuento en Hispanoamérica empieza siendo cuento de costumbre, indigenismo, narración vernácula, descripción de paisaje, o relato de leyendas y mitos precolombinos. Como la novela es sólo conato de novela hasta las últimas décadas que conforman la madurez del género en Latinoamérica. Con una influencia romántica al principio, cuando ya Europa está en pleno relato realista y ha surgido ya la novela de tesis de Balzac, el cuento tantea caminos naturalistas sin llegar aún al realismo en LOS QUE SE VAN del Ecuador, o Grupo de Guayaquil. El “boom” de la novela

de las últimas décadas abre también el camino al gran cuento: es Jorge Luis Borges, el narrador por excelencia, el acucioso cuentista erudito, quien nos enseña hasta dónde puede el idioma estirar sus recursos alucinantes, cómo puede la lengua condensar hasta la síntesis más trémula, el más intrincado relato. Cómo el hilo dúctil del lenguaje puede guiarnos en el más tortuoso laberinto eliminando los recursos sobrecargados del barroco. Y ahora el cuentista es un García Márquez, en la Siesta del Martes o Cortázar en *El Perseguidor*, alucinante y febril. O Benedetti. . . O Borges en *HOMBRE DE LA ESQUINA ROSADA* o *LA INTRUSA*. . .

En el cuento que “se mueve —como dice Cortázar— en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida, libran una batalla fraternal. . . y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una SINTESIS VIVIENTE A LA VEZ QUE UNA VIDA SINTETIZADA, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia. Sólo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene en nosotros, y que explica también por qué hay muy pocos cuentos verdaderamente grandes. . . Un estilo basado en la intensidad y en la tensión, un estilo en el que los elementos formales y expresivos se ajusten, sin la menor concesión, a la índole del tema, le den su forma visual y auditiva más penetrante y original, lo vuelvan único, inolvidable, lo fijen para siempre en su tiempo y en su ambiente y en su sentido más primordial”.

Un buen escritor de cuentos tarda años en dominar la técnica, adquirida a base de práctica y no de estudios solamente. Y en cuanto a la historia, hay una gran diferencia entre el cuentista popular, el que repite, el que sirve de documento a los folkloristas y el artista de *OBRA PERSONAL*; es importante no sólo lo que se cuenta sino cómo se cuenta. Todos admiramos la pericia técnica de Jorge Luis Borges, la manera como planifica sus cuentos con el mismo cuidado de un ingeniero en la construcción de un edificio.

En cuanto a la concepción, Hemingway nos dice que “algunas veces uno sabe la historia. Algunas veces uno la inventa a medida que escribe y no tiene la menor idea de cómo va a salir. Todo cambia a medida que se mueve.

Algunas veces el movimiento es tan lento que no parece estarse moviendo. Pero siempre hay un cambio y siempre hay movimiento”. Bien, pero es que ahora ya podemos partir de una bien elaborada teoría del cuento, de los grandes modelos. Mas, ¿cómo hizo Francisco Gavidia en el ochocientos del San Salvador aldeano, para darle forma al cuento, que ya podemos llamar el CUENTO MODERNO EN EL SALVADOR?

Porque la prosa gavidiana alcanza su plena madurez en el cuento, en la novela corta y en otras ramificaciones del mismo género. Antes de Gavidia el cuento se iniciaba como cuento de costumbres o narración mitológica. El verdadero cuento no nace sino con GAVIDIA. En novela no había sino conatos de novela, cuando Gavidia intenta EL ENCOMENDERO de nueve capítulos y 3 partes. Con anterioridad a Gavidia poca es la producción literaria que logra alguna importancia en El Salvador en la narrativa. En el último cuarto del siglo pasado, si bien la poesía era abundante en Centro América, y se multiplicaba la prosa efímera del periodismo político, son pocos los escritores salvadoreños que acometen la empresa de dar a la ficción literaria una forma permanente de cuento. Los escritores salvadoreños habían escrito poesía en abundancia, de una calidad discutible que habría valido la despectiva nota de don Marcelino Menéndez y Pelayo. El florecimiento de la narración, del cuento, habría tenido lugar en el resto de Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XIX.

Gavidia le da forma al cuento con una maestría que asombra y pudo haber realizado la gran novela con esa pericia con la que manejó el cuento, que ya es UN CUENTO MODERNO, como en Agar, con un lenguaje preciso, una técnica rica y variada y la capacidad de pintar el carácter y crear el personaje a través de un diálogo fino, a veces humorista. Su capacidad de crear el ambiente perfecto del cuento en unas cuantas pinceladas. Sus estructuras narrativas son magistrales, sobrias, con aquella virtud de economía de medios que hace del cuento un género incomparable.

Había cuento, sí, como relato de costumbres, narración mitológica, romanticismo almibarado. Pero no la capacidad que tiene Gavidia de convertir una leyenda en un verdadero cuento ya formado, sin antecedentes reales de su género en El Salvador. Es cierto que Hermógenes Alvarado (1845-1928) escribe sus graciosas AVENTURAS DEL GRAN MORAJUA y LOS APUROS DE UN FRANCÉS; Manuel Delgado (1853-1923) su Roca-Celis y Un Crimen Judicial; Rafael Reyes (1851-1916) la Morera en El Salvador, y Manuel Mayora Castillo (1863-1925) y Abraham Ramírez Peña (1870-1930), etc. Ninguno logra la madurez de Gavidia. Fueron muchos los que intentaron el cuento pero no lo lograron. Hay una cuentística incipiente, romántica, con todas las formas del romanticismo decadente. Hay ya el anuncio de la narrativa MODERNISTA, brillante, llena de colorido que va a dominar por un tiempo ya que culmina en Ambrogí, el descriptor, el cronista magnífico.

En Hispanoamérica, despunta en el último cuarto del siglo XIX el relato realista, que en Francia había sufrido una larga evolución que

comenzó el día de la muerte de Balzac. Hacia 1860 Flaubert escribe su gran novela realista y expone su concepto de esta escuela en Europa. Por esa misma época los hermanos Goncourt marcan la transición del realismo al naturalismo. En la misma década, Zola lanza la teoría de la novela experimental. Y Maupassant, en 1880, inicia la transición hacia la novela moderna con la introducción del estudio psicológico en la novela realista, basada en el *Essais de psychologie* de Paul Bourget (1882). Luego surge el naturalismo de Zola (1890), cuya escuela es transitoria no obstante su método experimental. Empieza a cultivarse el realismo psicológico.

Y en España, Alarcón y su *Sombrero de Tres Picos* en 1874, y la *Pepita Jiménez* de Valera. Y Galdós, y Emilia Pardo Bazán, y Leopoldo Alas. La novela realista francesa se anticipa en unos veinte años a la española, mientras la narrativa en Hispanoamérica parece desprenderse de la española entre 1890 y 1910. Gavidia ha recorrido Francia y es el acucioso investigador de la evolución de los estilos europeos, es el ensayista notable, previo al narrador, y el crítico de tales estilos: “El defecto de la escuela naturalista es la filosofía que la anima; su idealismo que es demasiado porque es retrospectivo; porque es un violento y horrible esfuerzo que atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impuso el sistema filosófico que impera en el aduar troglodita”. Su narrativa empieza segura. Cuentos de tipo universal, otros con temática salvadoreña, de fuentes mayas, o aspectos de la vida colonial, de mitos nahuas, de exaltación de los héroes toltecas. Temas propios del mito precolombino, reflejo de la época colonial, temas y argumentos universales. Pero ya son cuentos de categoría literaria excepcional: *LA LOBA*, *AGAR O LA VENGANZA DE LA ESCLAVA*, *EL ENCOMENDERO*. Gavidia sienta las bases del cuento moderno en El Salvador con segura mano de maestro. Y esto hace la diferencia. Es una constante en la producción gavidiana el rescate de nuestra tradición y abarcar asuntos universales: lo particular y lo universal.

Mas, la narrativa de Gavidia es una auténtica obra de ficción capaz de aprovechar el sentido mágico del *ASUNTO* a través del cual se expone la idea del autor y se forjan los personajes. Y con un maravilloso dominio del lenguaje, enfoque del conflicto humano y pintura de la situación dentro de un ambiente perfecto, que son calidades del gran cuento.

LA LOBA ES OBRA MAGISTRAL EN SU GENERO. Desborda la leyenda para dar forma definitiva al cuento con otros valores que van más allá de su punto de arranque. La Loba inicia el gran cuento en El

Salvador dentro de un equilibrio entre la fantasía y el contenido realista en la urdimbre estructural. LA LOBA ES UNO DE LOS MAS HERMOSOS CUENTOS DE GAVIDIA, ASI COMO AGAR O LA VENGANZA DE LA ESCLAVA, LA VUELTA DEL HEROE y otros más, como EL CODICE MAYA, con una fina ironía y burla en el personaje que en su disimulo logra el rescate del códice. LA VUELTA DEL HEROE ES EL RESCATE DE NUESTRA IDENTIDAD. Gavidia es además el precursor del realismo mágico que desarrolla Miguel Angel Asturias y aun de la ciencia ficción que plasma Salarrué en cuentos admirables. Artista culto e investigador auténtico, sus cuentos alcanzan a veces el tratamiento singular y erudito que sorprende en la narrativa de Jorge Luis Borges. En COPAN, SAGUNTO DE AMERICA, asistimos a un laberinto de Borges, quien no precisa la frontera entre Ensayo y Cuento. Gavidia, estudioso de las culturas precolombinas, es dominado por el erudito:

“El Galés descende las escalinatas de la pirámide, y he allí, ante la Estrella de la Mañana, con el Ahau al cuello que marca el principio de los dieciocho períodos venusinos y el cablistock o diamante cuadrado por orejera, de Estrella de la Tarde, y sobre el altar que está delante, jura que vencerá en la contienda o habrá acabado la famosa Copán con todos sus habitantes. . . Los jefes aclaman al Galés que les exige que confirmen con entera solemnidad su juramento. Sumisos al ejemplo del grande Homero, describiendo el escudo de Aquiles, no retrocederemos ante el ara de la Estrella. 36 Katunes en la superficie superior, ostentan lapidarios —el primero y el segundo— la fecha sagrada de la Era de la Estrella. Un zig zag nos subraya el mes del Trueno. Sigue el signo flamante 12 por 312 que equivale a 3744 años, que abarca la Era de Venus en la fecha del ara. El 5º y 6º Katunes son la atadura y la mano cortada que leen HAABSOB, cuenta de años solares y 13-7 de Cauac —final del 13 Ahua Katún—, esto es, del ciclo de 312 años —o ciclo histórico, cuya terminación consagra la piedra; correspondiendo esta fecha que es de la erección del ará y de la estatua en nuestro Calendario al año 1392, cien años antes de la llegada de Cristóbal Colón.

Se ha obtenido esta fecha por la cronología venusiana y no por la lunar que es la única usada y que suministró el célebre Pío Pérez”.

Volvamos a LA LOBA, obra maestra. Un lenguaje lírico, una exquisita prosa poética llena de melodía interior, el clima de leyenda es perfecto con reminiscencia de las Leyendas de Guatemala de Asturias. Joya de nuestra narrativa:

“KOL-AK-CHIUTL (mudada de culebra), que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar KOLA, era una mujer que se iba

enriqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona. Tenía una hija, OXIL-TLA (Flor de Pino), de ojos pardos como la piel de una liebre montés, su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y en tejer lienzos de plumas puestas al sol, dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aún, su abuelo materno había pintado el más lindo pájaro en la mejilla. Kola llevó un día a su hija al campo, y allí le dijo un secreto". . . La narración se desarrolla en una prosa espiritual, mágica. Con un final justo: el providencial castigo a Kola que se convierte en loba. Su hija Oxil-tla se casa con Iquezapil, a quien ama, y no con el cacique como su madre quería.

Agar. El desarrollo del argumento, la trama y los elementos utilizados convierten esta obra en un cuento de movimiento y técnica moderna. El cuadro histórico está finamente trazado. Todos los elementos del cuento guardan equilibrio: brevedad, precisión, lenguaje terso; perfecto en su forma, clima psicológico, reflejo artístico de la época. Aquí pasa del realismo mágico al realismo. Habría mucho que decir de este cuento, de calidades extremadas y finura psicológica.

El relato modernista nos llega con EL LIBRO DEL TROPICO, de Ambrogi, de formadas estructuras y descripción lineal a tinta china. Ambrogi dibuja la prosa que en él alcanza deslumbrante colorido. Y ya llegamos a las formas de expresión y de creación de Salarrué. Con todos sus recursos impresionistas, coloristas de consumado pintor.

Cuando Gavidia ha publicado su libro VERSOS, su obra de Teatro JUPITER, y sus CUENTOS Y NARRACIONES, el joven Toño Salazar expone por primera vez sus caricaturas, entre ellas la de Gavidia, y Salarrué ha escrito ya EL CRISTO NEGRO y EL SEÑOR DE LA BURBUJA.

SALARRUE es el clásico de nuestro cuento vernáculo de cuya tradición parte y nos ofrece el relato que emana de la ternura del pueblo. Salarrué ha logrado la más profunda identificación con la realidad del indio, esto es, una realidad que el autor maneja con los elementos menos convencionales y más acorde con su sensibilidad y formación literarias. Es también uno de los precursores del relato de ciencia ficción y de la narración sobrenatural. Utiliza un lenguaje plástico en Cuentos de Barro y Cuentos de Cipotes, una palabra expresiva de la realidad, en el llamado cuento regional. Un lenguaje gráfico, metafórico, poético. Con metáforas que nacen del alma del indio. Y una forma de creación. El lenguaje como material mágico —palabra-conjuro-creación en la esfe-

ra de las visiones astrales. Lenguaje puro, refinado, en O'Yarkandal y Remotando el Uluán.

Palabra-expresión, recurso impresionista: poesía pura. Con el nombre LA REPUNTA, escribe uno de sus cuentos más finos en CUENTOS DE BARRO. Con el mismo título, aparece, lo que pudo ser la novela salvadoreña al filo del 32: CATLEYA LUNA. Allí nos relata la otra REPUNTA, BALSAMERA y EL EXILIADO. EL RELATO QUE PUDO ALZARSE A LA GRAN NOVELA.

“ESPEJOS PARALELOS” de Hugo Lindo, tiene un parentesco directo con un “LA TORTURA” de GAVIDIA. Las imágenes superpuestas, los espejos que se multiplican, rebote o ecos reiterados de la luz. De nuevo reiteramos a Gavidia como tronco mayor de la narrativa salvadoreña. Aunque un Hugo Lindo cuentista, es digno del mejor de los estudios. Como lo entrevistó Salarrué en un penetrante estudio de ESPEJOS PARALELOS. La narrativa a partir de Gavidia, Herrera Velado, Salarrué y Hugo Lindo, alcanza la plenitud del género en nuestro país.

Todo está preparado para el advenimiento de un gran cuentista dentro de esta mejor tradición: JOSE MARIA MENDEZ, declarado “*maestre de la narrativa centroamericana*” en Quezaltenango, al obtener tres veces primer lugar con sus libros: TRES CONSEJOS, ESPEJO DEL TIEMPO y TIEMPO IRREDIMIBLE. Antes había obtenido premio en el Certamen Nacional, cuando Alvaro Menéndez Leal surgía como un cuentista bien dotado, llevándose los laureles del Certamen Nacional.

TRES MUJERES AL CUADRADO —en la línea de T. P. Mechín— es un libro de fina ironía, de humorismo blanco, regocijado. LAS MORMONAS es un relato exquisito. En sus últimos libros se advierte el manejo de un lenguaje mucho más depurado y seguro, y un mayor dominio en sus recursos narrativos. Paralelamente nos ofrece la mejor sátira política, la crónica consumada en el arte de la crítica subversiva que se dispara burla burlando al corazón mismo del sistema. DISPARATARIO, FLITEANDO y otros cuentos se hallan en esa línea de humorismo característico en el autor.

Alvaro Menéndez Leal (o Menen Desleal) es un talentoso escritor que alcanza prestigio como cuentista de técnica moderna y de ciencia ficción. Sus Cuentos Breves y Maravillosos son modelo de cuento bien narrado, con un terso lenguaje y un agudo sentido de la trama. Su narrativa procede de Borges y como aquél, dueño de la economía de medios y de las unidades perfectas, diría yo, abiertas en mil laberintos dentro de la paradoja más cabal de nuestro tiempo. LA EDAD DE UN CHINO, es uno de los cuentos más logrados de Alvaro Menéndez Leal, dentro de las

filigranas orientales. De vanguardia es también su teatro en la búsqueda de recursos innovadores como en *LUZ NEGRA*, concebida esta obra con imaginación genuina, dentro del más puro sentido de la tragedia que es la forma literaria esencial de la soledad y de la negación de toda vida en colisión con los daimones o deidades de los obstáculos, o para decirlo con lenguaje de teatro de *post mortem*, drama de la conciencia y de la muerte en el que el hombre se debate en nuestros días.

Cristóbal Humberto Ibarra que da sus cuentos como embriones de vida, palpitando y palpitantes en la vorágine de las pasiones, con sangre y barro y estremecimientos de vida y muerte.

No vamos a intentar definir en unos breves renglones, lo que vale para la cuentística salvadoreña Ricardo Lindo con sus hermosas alucinaciones y sus cuentos de gran originalidad y fantasía.

El cuento moderno en El Salvador está ya maduro en toda la vitalidad de sus elementos, como la flor de Coleridge o la esfera de Pascal. Redonda y completa como una gran metáfora,alzada en la dorada manzana del árbol de la vida. Atravesó ya el paraíso en un gran sueño y le dieron la flor y el fruto como prueba de que había estado allí. En la mano despierta muestra ya la flor de Borges o de Coleridge, que extrañamente había estado en las manos de Gavidia. *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius* tiende la mano erudita al relato en *COPAN, SAGUNTO DE AMERICA*.

Nos llega la alegoría como recurso narrativo capaz de potenciar las virtudes de la anécdota, o el recurso alucinado de los sueños, o el tránsito hacia el símbolo como un escape por presión desmesurada de la circunstancia. Los cuentistas modernos tratan de la indefensión del hombre que a veces se desdobra en el otro, como en algunos cuentos de Poe, o en la proyección alucinante de la *METAMORFOSIS* de Kafka.

La alegoría en los cuentistas de última hora en El Salvador, es manejada como elemento virtual del cuento que se abre a la paradoja y a lo absurdo. Un paso más y el cuento bordea el abismo alienado del hombre dual, desdoblado, despojado de su ser, en busca de sí mismo, como en algunos cuentos de *LA REBELION DE LAS IMAGENES* de DAVID ESCOBAR GALINDO.

En algunos cuentos brevísimos de Alvaro Menéndez Leal, como en aquella de la parábola de Zenón, o a la manera de Zenón, cuya raíz tética convierte al cuento en una proposición, un punto de convergencia de los elementos formales, para hundir su raíz en la propia vida. En unas brevísimas líneas Kafka expone la situación: Dos personas —A y B— que deseando encontrarse no logran, pese a su vecindad, hacerlo jamás. Las aporías de Zenón, la flecha que se mueve y no se mueve, y en su aparente

parábola, refleja el espejo negro de la incomunicación. Alucinaciones de la fantasía en el creador del cuento moderno, incorregible aficionado a los números, en donde la demencia se reduce a la pura lógica. De esa materia nace y se crea el cuento de los últimos narradores salvadoreños, para quienes el cuento contiene la compleja problemática de la vida. El cuento mismo es función problemática, hipotética.

En la vía existencial se produce LA REBELION DE LAS IMAGENES y acaso algunos relatos de Ricardo Castrorivas y de Francisco Andrés Escobar. O quizá en EL HOMBRE QUE VOLVIO POR SU CABEZA* lo que interesa es la situación extrema del hombre contemporáneo, y por eso regresamos los cuentistas salvadoreños a la raíz más primitiva de la fábula, como si sólo en el símbolo pudiésemos hallar nuestro testimonio más cabal.

En la cuentística contemporánea la alegoría nos muestra un elemento formal menos simple de lo que a primera vista parece. Pues, por virtud de la naturaleza abstracta del signo, la alegoría intensifica el relato en la medida en que refuerza la presencia inmaterial de un conflicto que configura la SITUACION DEL HOMBRE ABATIDO EN UNA SOCIEDAD DESHUMANIZADORA. Quizá el tratamiento de un cuento social sea el encontrón agudo, directo, de zopetón, con el problema explosivo, estallando en el cuento mismo, que es el recurso técnico de AL NEGRO LE PAGAN POR BAILAR*, pero la narrativa contemporánea va más profundamente cuando plantea la lucha eterna entre el hombre y su circunstancia, aquel conflicto que se resuelve en la situación.

Nuestros cuentistas últimos traducen en términos literarios, y mediante recursos tan específicos como la alegoría, este punto de partida. Y nos muestren la verdadera naturaleza del cuento, su raíz tética, problemática, su carácter filosófico, en fin. EL CRISTO NEGRO, en esa línea, es tan símbolo como EL CASTILLO de Kafka, y plantea cuestiones tan fundamentales como EL PROCESO. El cuento salvadoreño está alcanzando una depuración de catarsis en el seno de una humanidad que vive su destino con valentía inusitada, en medio del drama social, de la tragedia que nace del desafío, del reto, de intereses al parecer irreconciliables. En el cuento el hombre salvadoreño toma conciencia de sí mismo, y se torna por ello, responsable ante la historia. Acaso escéptico, dramáticamente reflexivo . . .

* Cuentos de la autora de este artículo.

Francisco Gavidia

LA LOBA

Es Cacaotique¹ que modernamente se pronuncia y escribe con toda vulgaridad Cacahuatique, un pueblo encaramado en las montañas de El Salvador, fronterizas a Honduras. Por ahí nació el bravo General don Gerardo Barrios, que, siendo Presidente de la República, más tarde, se hizo en Cacahuatique una finca de recreo, con dos manzanas de rosales y otras dos de limares, un cafetal que llegó a dar 900 sacos, y una casa como para recibir a la Presidenta, mujer bella y elegante por extremo. Un vasto patio de mezcla, una trilla y una pila de lavar café; una acequia que charlaba día y noche al lado de la casa, todo construido en la pendiente de una colina, arriba y de modo que se dominaban de allí las planicies, los valles y vericuetos del cafetal cuando se cubría

1—Huerta de cacao.

de azahares; la montaña muy cerca en que se veían descender por los caminos, casi perpendiculares, a los leñadores con su haz al hombro; por otro lado, montes; por otro, un trapiche, a tiempos moliendo caña, movido por bueyes que daban la vuelta en torno suyo, a tiempos enfundado en un sudario de bagazo, solitario y silencioso bajo un amate copudo; más allá cerros magníficos, uno de los cuales estaba partido por la mitad; limitando la finca, una hondonada en cuyo abismo se enfurecía un torrente, lanzando ahogados clamores; aire frío, cielo espléndido, y cinco o seis muchachas bonitas en el pueblo: estos son recuerdos de la infancia.

Mi padre compró la finca a la viuda del Presidente, y dejando a San Miguel vivimos en ella por tres años. Yo tendría entonces unos ocho. Algo más quisiera escribir sobre aquel pueblo,

pero no hay tiempo; no dejaré de mencionar, sin embargo, uno de los más soberbios espectáculos que puede verse. Desde la plazuela del Calvario se ve extenderse un valle de diez o doce leguas de anchura. Por él pasaban otro tiempo, formando selvas de picas, cargaj al hombro, las huestes innumerables de Lempira. En el fondo del valle se ve arrastrarse el Lempa, como un lagarto de plata. En un lado del río, hasta San Salvador, se llamó Tocorrostique; el otro lado, hasta San Miguel, se llamó Chaparrastique. Más allá del valle se extiende el verde plumizo de las selvas de la costa; y más allá como el canto de un disco, la curva azul de acero del Pacífico. Un cielo tempestuoso envuelve con frecuencia en las nieblas de un desecho temporal el gigantesco panorama. Como el valle se extiende hasta el mar, desde el mar vienen aullando los huracanes, por espacio de cincuenta leguas, a azotar los liquidámbaros de las montañas de Honduras. Por eso habréis oído decir que alguna vez el viajero que pasa la altura de Tongolón, desde donde se ven los dos océanos, derribado por el viento furioso, rueda por los precipicios horribles.

* * *

Cacahuatique es un pueblo en que se ve palpablemente la transición del aduar indígena al pueblo cristiano. Los techos pajizos se mezclan a los tejados árabes que adoptó sin restricción nuestra arquitectura colonial. Los cazadores usan la escopeta y la flecha. El vocabulario es una mezcla pintoresca de caste-

llano y lenca, y la teogonía mezcla el catolicismo, al panteísmo pavoroso de las tribus. Todavía recuerdo el terror infantil con que pasaba viendo al interior de una casucha donde vivía una mujer, de quien se aseguraba que por la noche se *hacía cerdo*.

Esta idea me intrigaba, cuando al anoecer, iba a conciliar el sueño y veía la cornisa del cancel de la alcoba; cornisa churrigueresca que remedaba las contorsiones de las culebras que se decía que andaban por ahí en altas horas. Pensaba también en que podía oír los pasos que se aseguraba que solían sonar en la sala vecina y que algunos atribuían al difunto Presidente.

* * *

Quitad de este pueblo los tejados árabes, las dos iglesias, los innumerables árboles de mango que se sembraron entre los años 1840 a 1860, importados de la India; quitad las cruces del cementerio, su levita de algodón, bordada de cinta de lana al alcalde; sus pañolones de seda a las aldeanas descalzas; suprimid los caballos y los bueyes, y ya Cacahuatique es lo que era antes de la conquista, con sus ídolos acurrucados en el templo, cuyos flancos ofrecen un intrincado mosaico donde las florescencias y los animales, se mezclan a la figura humana, como el espíritu humano se mezclaba en la sombría filosofía indígena a los frutos, a los árboles y a la roca.

Como hayáis concebido a este pueblo en su faz primitiva, empiezo mi narra-

ción, que es, en el fondo, la que me hizo Damián, un mayordomo.

Kol-ak-chiutl (mudada de culebra), que en la tribu por abreviación acabaron por pronunciar Kola, era una mujer que se iba enriqueciendo a ojos vistas, debido a que era bruja y además ladrona.

Tenía una hija, Oxil-tla (flor de pino) de ojos pardos como la piel de una liebre montés. Su pie era pequeño; sus manos, que sólo se habían ensayado en devanar algodón y en tejer lienzos de plumas, puestas al sol dejaban pasar la luz como una hoja tierna. Su pecho era como la onda del río. Para completar su belleza, niña aún, su abuelo materno le había pintado el más lindo pájaro en las mejillas. Kola llevó un día a su hija al campo, y allí le dijo un secreto. Tres días después Kola había ido con ella al peñol de Arambala, donde moraba Oxtal (Cascabel) señor de Arambala, con diez mil flecheros que defendían el peñol; pues el príncipe se había apoderado de la comarca por traición. Invitado a una fiesta, su gente, que había dejado en los bosques vecinos, cayó de improviso en la tribu embriagada con aguardiente de maíz. Kola y su hija Oxil-tla pusieron a sus pies una sábana de pieles de ratón montés y un dosel de plumas de quetzal. Oxtal las besó en los ojos y esperó en silencio. La madre hizo una seña a su hija, y ésta ruborosa, desdobló el manto y puso a los pies del cacique sus ídolos de piedra de río.

Entonces Kola habló de esta manera:

—Estos son los cuatro dioses de mis

cuatro abuelos, el quinto es el mío y el sexto el de esta paloma, que trae su familia para mezclarla con la tuya.

Oxil-tla bajó los ojos.

—Oxtal, señor de Arambala, tiene tantas esposas como dedos tiene en las manos; cada una le trajo una dote de valor de cien doseles de plumas de quetzal y de cien arcos de los que usan los flecheros de Cerquín. Tu paloma no puede ser mi esposa sino mi manceba.

Kola se levantó, empujó suavemente a su hija, desde la puerta, y dijo:

—Tus ojos son hermosos como los del gavilán y tu alma es sabia y sutil como una serpiente: cuando la luna haya venido a iluminar el bosque por siete veces, estaré aquí de vuelta. Cada hijo que te nazca de esta paloma tendrá por nahual una víbora silenciosa o un jaguar de uñas penetrantes. Los mozos que van a mi lado a las orillas de las cercas a llamar por boca mía a su nahual, fiel compañero de toda su vida, atraen a su llamamiento a los animales más fuertes, cautelosos y de larga vida. Oxil-tla, camina delante.

Por esta razón Kola había visto una tarde, con impaciencia, el árbol del patio donde estaban hechas seis rayas.

—Seis veces la luna ha iluminado al bosque —dijo—, y aún falta mucho para completar tu dote.

La viva tristeza de Oxil-tla se iluminó un momento por un rayo de alegría.

Porque Oxil-tla iba por las tardes a la cerca del maizal vecino, siempre que el zumbido de una honda hacía volar espantados a los pájaros negros de la

comarca; ¡de tal modo el poderoso hondero hacía aullar el pedernal en los aires!

En el verde y floreciente maizal había oído ella la canción que solía murmurar entre dientes cuando estaba delante de su madre:

*Flor de pino, ¿recuerdas el día
En que fuiste, a los rayos del sol,
A ofrecer esa frente que es mía
Al beso altanero
Del cacique que guarda el peñol?*

*Dí a tu madre, cuando haya venido
La ancha luna por séptima vez,
Que yo he de ir a su sombra escondido,
Y que hará al guerrero
La piedra de mi honda caer a mis pies.*

El que así canta en el maizal es Iquexapil (perro de agua), el hondero más famoso que se mienta desde Perquin a Arambala; ora, Oxil-tla ama a Iquexapil, por eso se regocija de que su madre no pueda recoger una dote por valor de cien doseles y cien arcos.

* * *

Kola, meditabunda, pues ambiciona que su bella hija sea la esposa de un cacique, toma una resolución siniestra: llama en su auxilio al diablo Ofo, con todo su arte de llamar a los nahuales.

Una noche que amenazaba tempestad, fue a la selva e invocó a las culebras de piel tornasol; a las zorras que en la hojarasca chillan cuando una visión pasa por los árboles y les eriza el pelo; a los lobos, a los que un espíri-

tu de las cavernas pica el vientre y les hace correr por las llanuras: a los cipes que duermen en la ceniza y a los duendes que se roban las mujeres de la tribu para ir a colgarlas de una hebra del cabello en la bóveda de un cerro perforado y hueco, de que han hecho su morada. La invocación conmovía las raíces de los árboles que se sentían temblar.

En la bruma del río que había mezclado su rumor al odioso conjuro, llegó Ofo, el diablo de los ladrones, y habló de tal manera a los oídos de la bruja, que ésta volvió contenta a su casa, donde halló a Oxil-tla dormida.

Pronto se habló de muchos robos en la tribu y sus alrededores.

Uno hubo que puso un lienzo de plumas valiosas en la piedra de moler y se escondió para atisbar al ladrón.

Vio llegar una loba, a quien quiso espantar; la loba saltó sobre él, le devoró, y se llevó el lienzo. La población estaba aterrada.

Kola, desde la puerta de su casa, aguardaba impaciente que la luna dejase ver tras los montes su disco angosto como un puñal de piedra.

* * *

Ahora, he aquí lo que pasó una noche. Mientras Oxil-tla dormía profundamente, Kola se levantó desnuda. El frío de la noche es glacial y la sombra mujer echada al horno los troncos más gruesos, en que empiezan a avivarse ascuas enormes. La bruja entonces toma la sartén de las oraciones, en que presentara a su dios la sangre de

las liebres sacrificadas al venir la estación de las lluvias. Coloca esta sartén en medio de la casa, da saltos horribles al fulgor de la hoguera, hace invocaciones siniestras a Ofo, y finalmente vomita en el tiesto un vaho plumizo que queda allí con aspecto de líquido opalino: es su espíritu. En aquel momento la mujer se había transformado en loba. Entonces se fue a robar.

En el silencio de la noche, la claridad de la hoguera hizo abrir los ojos a Oxil-tla, que mira en torno, busca y llama a su madre, que ha desaparecido.

La joven se levanta temerosa. Todo es silencio. Recorre la casa y da en el tiesto, en que flota algo como líquido y como vapor.

—Madre —dice la joven—, madre fue al templo y dejó impuro el tiesto de las oraciones; una buena hija no debe dejar nada para mañana: es preciso acostumbrarse a un trabajo regular; que más tarde Iquexapil vea en mí una mujer hacendosa...

Al decir esto, se inclina, toma el tiesto y arroja a la hoguera su contenido: el fuego crece con llama súbita, pero luego sigue ardiendo como de ordinario. Oxil-tla guarda el tiesto, se acuesta de

nuevo y, para calmar su terror, procura conciliar el sueño y se duerme.

A la madrugada, la loba husmea toda la casa, va, se revuelve, gime en torno, busca en vano su espíritu. Pronto va a despuntar el día. Oxil-tla se despereza, próxima a despertarse con un gracioso bostezo. La loba lame impaciente el sitio en que quedó el tiesto sagrado. ¡Todo es en vano!: antes que su hija despierte gana la puerta y se interna por el bosque que va asordando con sus aullidos. Aunque volvió las noches subsiguientes a aullar a la puerta de la casa, aquella mujer se había quedado loba para siempre.

* * *

Oxil-tla fue la esposa de Iquexapil.

* * *

Estas formas tomaba la moral en los tristes aduares.

(Aparece por primera vez publicado en *Repertorio del Diario del Salvador*, vol. 4, cuaderno 19, pp. 887-889, San Salvador, julio, 1905. Igualmente en *Obras* (1913), *Cuentos y Narraciones* (1931) y en numerosas revistas y periódicos).

Agar o la Venganza de la Esclava

Don Francisco Rodríguez de Rivas, maestre de campo de los reales ejércitos, corregidor de Riobamba, en el antiguo reino de Quito, tomó posesión de la presidencia de la Capitanía General de Centro América el día 4 de octubre de 1716. Pues bien, ese mismo año se casó. He aquí lo que nos interesa. Cuando don Francisco empezó a requerir de amores a doña Rosa, ésta, para tender fácil comunicación, había ordenado a su esclava Agar el mayor secreto en los asuntos en que la mezclaba: éstos eran llevar y traer esquelas y razones y flores y lazos y rizos: ¡qué sé yo! Agar era una negra agradable: las sortijas indestructibles de sus cabellos se recogían como manojo de virutas de azabache formando airoso moño; su frente y sus pómulos, suaves y relucientes, tenían la pureza de un cristal negro bruñado; la nariz, sin dejar de ser aplastada, se

movía con la respiración de su pecho en un vaivén ardoroso y apasionado que inspiraba secreta dulzura y afán en quien la veía. Alta, airosa, casi elegante: algo había de muy distinguido en aquella mujer. La historia de Agar se reduce a pocas palabras. De reina pasó a esclava. La reina en Africa, vino a ser esclava en América. Esto ha sucedido con mucha frecuencia.

Cuando Agar presentó al De Rivas el primer recado de su ama, los dos temblaron. El presidente era joven aún, sus ojos eran fuego atraedor; su porte y su talante, caudal de sueños nupciales de las guatemaltecas. Podría haberse entendido con doña Rosa mano a mano, en los bailes y saraos; pero en aquellos tiempos esto era poco elegante; en asuntos de amoríos debían andar en medio las esquelas y las terceras. Los dos temblaron, dije. El presidente se olvidó de

la ama, y allí fue lo de vacilar ante aquella negra majestuosa, que le miraba con la nobleza de un ángel de Africa; el pie le asomaba por debajo de una enagua corta de muselina blanca, oprimido por un zapato ancho de la punta y acuchillado; los brazos de ébano oprimían las ajorcas de oro; su garganta ceñía un terciopelo sembrado de perlas. Don Francisco había leído el "Cantar de los Cantares" y creyó estar viendo a la Sulamita de Salomón. Agar era la favorita de doña Rosa: el lujo de la favorita venía en abono de la señora y los ducados de ésta le permitían esos caprichos: esto no era raro en aquel tiempo.

—¡Agar!... —dijo el hombre.

Agar le tendió la carta de su ama, con un movimiento de estatua. El presidente estrujó la carta, y Agar se sonrió; había tanta nobleza en sus ademanes, que desaparecía en ella completamente su condición de esclava.

—Te amo. —No puedo amarte. —Oye, esclava, serás siempre la favorita—. Agar levantó la cabeza con desdén: —No puedes ser ni mi esposo—. El español se sintió herido; pero no se rió: —Esclava, soy caballero—. Agar contestó: —Vasallo, soy reina—. La esclava pronunció estas palabras de modo que fue imposible replicarle. En seguida añadió con una voz ahogada: —Blanco, la hija del sol africano es tuya. Júrame no unirte a otra mujer—. El caballero tenía los ojos como llamas, la respiración rendida por embriagador cansancio, la sangre brotando furiosa por las venas de desaparecible tirantez: —Lo

juro, Agar. —Rooth, el dios de los nubios, es vengativo con los perjuros —dijo la negra arrojándose en los brazos del blanco, respirando voluptuosidad y deseo.

* * *

He aquí que doña Rosa se casó ayer con el señor don Francisco Rodríguez de Rivas.

Agar pasó una noche horrible. Su ama le ha ofrecido conservarla, aunque casada, en el mismo puesto que antes; quererla siempre, nunca separarse de ella. Agar sintió que toda su sangre, quemada por el sol de la Nubia, se revelaba en deseo criminal inacabable. Aquella noche se durmió tarde y tuvo sueños monstruosos: su ama tomaba el aspecto de una fiera que le devoraba los pechos. Dormía la negra en un cuarto vecino a la alcoba de los recién casados: un trueno no la habría despertado, porque dormía profundamente; pero un beso salido de aquella alcoba la puso en espantoso sobresalto. En seguida sucedió un asalto de demonios: empezó el recuerdo de aquella ocasión en que se había entregado: aquel pasado tan corto y tan rápido se tornaba inmensamente tumultuario: aquellos recuerdos eran de una pesadumbre fatigosa: los besos tenían figas: los brazos que se enlazaban en aquellos abrazos, eran culebras espe-luznantes; todas aquellas caricias eran sanguijuelas que le mordían el alma. La negra abría los ojos en la sombra y se retorció en desesperada convulsión como una condenada. Por fin amaneció.

Se levantó de prisa y se fue a espiar por el ojo de la llave de la alcoba donde dormían los recién casados. En seguida salió al jardín y se puso a ver el sol. Cualquiera que la hubiera visto la cara en aquel momento habría dicho: ésta ha pasado la noche en el infierno.

Ruégos, hijas de Jerusalem, que no despertéis a mi amada, la de los pechos blancos como dos gamitos mellizos. Rosa se despertó muy tarde, muy tarde: tente, Romeo; que tarda mucho en venir el sol todavía.

* * *

Rooth, el dios de la Nubia, es vengativo con los perjuros. Agar se llamaba en la Nubia Raukc, que quiere decir puñal de piedra. Agar, mientras miraba al sol, pensaba en su venganza. Ir, entrar, asesinarlos antes que despertaran, en el mismo lecho nupcial, era muy poco para ella: ¡cuánto daría ella misma por morir así! Ella había pensado en la muerte, cuando antes de las bodas de su amante, había recibido sus desprecios y su burla. Pero ¡pensar que ellos quedaban vivos! No se mató.

Seis meses habían pasado desde la noche de la boda. Agar se había deslizado en este tiempo con una astucia de víbora. Sonrisas para la ama, respeto profundo pero afectuoso para su señor que ya no veía en ella más que una esclava cualquiera, que ya lo había olvidado todo; el servicio, pronto y cariñoso para su señora: ¡qué buena es Agar!, ¡la primera de las esclavas, Agar! ¡Aretes de oro para Agar, en Corpus; chal de seda, medias color de rosa, zapatitos de raso

para Agar! Agar y su señora tienen entre sí secretos reservados. ¿Qué secretos?, ¡ya lo sabréis!

Agar disimula. Un día su señor, ¡la creía tan buena!, llegó hasta recordarle cierta cosa y con sonrisa sardónica le dijo al oído: —*Su majestad la reina*—. Agar se humilló como una perra.

* * *

Agar y su ama tenían unos secretos espantables. La esclava le había dicho un día con aire distraído, estando asomadas a un balcón: —No os parece que es agradable ese joven de jubón encarnado: se dice que es el más elegante caballero de Guatemala—. Rosa no hizo caso. La esclava fue al joven y le dijo lo que había sucedido. El joven volvió a pasar: Agar repitió sus palabras más distraída que la vez anterior. Rosa le miró. La esclava fue el joven y le dijo lo que había sucedido. El joven volvió a pasar. Agar repitió sus palabras mucho más distraída que la vez anterior. Rosa dijo: —¡Qué hermoso es!— La esclava fue al joven y le dijo lo que había sucedido. Agar y su ama se tenían unos secretos espantables.

Un día, el señor don Francisco Rodríguez de Rivas, había hecho un viaje. A su mujer se le sale el corazón del pecho: la esclava se acerca a ella y aunque están solas le dice al oído: —Ya vendrá—. La esposa tiembla: —Que no llegue —se atreve a decir. —Entonces le diré que no llegue. —No, déjale que llegue; no haré más que verle, Agar; siquiera verle. —Señora —le dice Agar—, ese joven

es mucho más hermoso que vuestro marido; pero vuestro Dios manda amar al hombre propio únicamente. —Le veré únicamente; oye... unos pasos... dile que no entre... —la esclava finge que va a salir. —No, déjale: no dirás nunca nada, ¿no es verdad? —un joven se presenta al dintel: elegante, soberbio, la capa recogida en garboso pliegue sobre el hombro, el sombrero en posición atrevida adornado con un manojo de plumas que caen en comba bizarra sobre el aire: Adonis hecho el caballero está viendo a su amada desde la puerta con una mirada que es imán poderoso de debilidades femeniles: habla y sus palabras son tan dulces como las de sus esquelas: la belleza vacila de rubor y de miedo y se apoya en el brazo que le ofrece su amante: la esclava que ha estado acurrucada en un rincón se levanta y desaparece: —No me dejes sola —dice ahogadamente la dama—: la esclava finge no oírle; y se queda tras la puerta escuchando. Desmáyase la esposa, cógela en sus brazos el apasionado joven y desaparece por la puerta de la alcoba con su dulce carga. Agar los mira entrar y se ríe como un demonio.

* * *

Volvamos un poco atrás. Trap, trap, trap, rápido va camino de Quezaltenango el señor presidente don Francisco Rodríguez de Rivas. Un hombre le sale al camino: —Tomad señor —le dice—, “Tu mujer te falta en estos momentos”, dice el condenado papel. Vuelve la vista: el emisario de la deshonra ha desaparecido. ¡De vuelta! ¡Trap, trap, trap!, el

caballo corrió tanto, que al llegar a la puerta de la casa rodó muerto, dejando a su amo en pie, quien se precipitó dentro con una energía temible. Atraviesa los corredores, penetra en los salones, llega a la puerta de la alcoba: allí está Agar tendida de través, guardando la puerta —¿Qué haces allí esclava? —le pregunta—. Agar vuelve los ojos en horrible convulsión: con la diestra empuña el vaso de veneno que ha apurado, sostiene con la siniestra la puerta, defendiendo la entrada. —¿Qué haces, esclava? —Agar hace un esfuerzo y habla: —Infamia por infamia: ya lo veis, guardo vuestra deshonra—. Y luego añade fríamente: —¿Recibisteis mi llamamiento?— El caballero da un rugido, y la esclava, sosteniendo la puerta con aire sardónico, empieza a estirarse con las convulsiones de una agonía infernal.

Allí empezó una lucha espantosa: él quería entrar y la esclava se agarraba de la puerta con las uñas, y al mismo tiempo luchaba con la muerte y con el caballero: era aquello horroroso. Por fin la negra soltó la puerta y se desplomó. El caballero puso el pie en el cuello de Agar y penetró en la alcoba: allí no había nadie. Los amantes se habían escapado.

El caballero dio un alarido y al volver a la puerta no encontró más que a la esclava muerta, con los ojos abiertos que le miraba.

(Publicado en *Obras de Francisco Gavidia*, San Salvador, 1913. pp. 48-51. Luego en “*Cuentos y Narraciones*” 1931; *La Universidad* (1931) etc.)

José María Peralta Lagos (T. P. Mechín)

PURA FORMULA

Un grupo de jinetes se detuvo frente a la puerta.

—¡Buenos días! ¿Está Modesto? —preguntó uno de ellos.

—Anda trayendo un buey, pero ya no tarda —respondió una mujer—. Pasen adelante... —añadió luego—. (Corré hijo: andá quitá las tran-cas...)

—¡Gracias...! Entremos, señores...

El que esto decía era nada menos que el “capitalista” del pueblo cercano, el “protector” de aquel pueblo; el paño de lágrimas de aquella pobre gente.

Los que le acompañaban eran el juez y sus acólitos, que si a caballo hacían reír, pie a tierra metían miedo con sus fachas patibularias.

Iban “únicamente” a embargar aquella finca, porque Modesto, su propietario, le había dado una fian-

za a un cuñado suyo, el cual le debía “cantidad de pesos” al protector del pueblo, y el plazo se había vencido.

—Apéyense...; descansen un rati-to —les dijo la Tránsito, la mujer de Modesto. Al mismo tiempo sacaban entre ella y sus hijas, al corredor, unos taburetes y una silla medio de-rrengada para el capitalista.

—Siéntense, señores; descansen... —les decía amable la madre.

—¿Tendrás zacatillo para las bes-tias? —le preguntó este último.

—Ya van ir a cortar; no tenga cui-dado...

—Y ve: que le avisen a Modesto, no sea que tarde mucho, porque no queremos molestarte pidiéndote de comer...

—No es molestia, don Gabriel... Ya es tarde para que vuelvan al pue-

blo. Les arreglaré cualquier cosita... Como avisada maté esa gallina...

Y señalaba el cadáver de una que, acabadita de pelar, colgaba de las patas en un horcón.

—¿Tendrás caldito de frijoles? ¿Sí? Con eso, unos huevitos, la gallina, cuajadita, cafecito y un pedacito de esa panela tan blanquita que veo allí, creo que los señores quedarán satisfechos... ¡Vaya con la Tanchol! ¡No te entran los años, mujer! Siempre tan entera... Pareces más joven...

—Cállese, don Gabriel, que estoy arruinada completamente. ¿No ve que no me acabo de componer?

—Hay que ir donde el médico, mujer... Si no, nunca te vas a curar...

—Pues si ya ve usted que con tanto atraso no se puede... Pero primero Dios, después de la fiesta vamos a ir a la ciudad...

El Juez pidió un poco de agua.

—Espérese —le dijo don Gabriel— tómela con un traguito...

¡Tanchó! ¿Qué no tenés un traguito para los señores? A mí se me olvidó poner la botella de coñá en la arganilla. ¡Tengo una memoria...!

—Debe de haber un poquito, don Gabriel; ya vengo.

La pobre mujer sacó una media botella casi llena.

—Es guarito, señor: cosa de pobres... Van a dispensar.

—¡Lo mejor del mundo! ¡No hay whisky que se le compare! ¡A ver, probemos...!

Olió, vertió un poco en la palma de la mano, y paladeó.

—¡Magnífico! ¡Superior! Acérquense, señores... —Bebieron.

—¡Ahí viene mi “papa”! —dijo una de las pequeñas de Modesto.

Modesto amarró el buey debajo de un amate, y se acercó al grupo con el sombrero en la mano.

—Buenos días, señores... — Y les dio la mano a todos, empezando por el paño de lágrimas, que se había recostado en una hamaca.

—¿Y qué has hecho, Modesto? ¿Trabajando mucho? Supongo que habrás sembrado bastante tunalmil...; el maíz va a valer...

—Hei sembrado algo, don Gabriel; tanteo que son ocho manzanas...

—Ajá, ¡magnífico! ¿y tabaquito?

—Tengo unas quince tareas, señor.

—Pero hombre... ¡debías haber sembrado más! Dicen que está valiendo... Y de cañita ¿cómo andamos? ¿Sembraste más el año pasado?

—Sembré dos manzanitas, para ajustar las cuatro...

—Debías haber sembrado más. El dulcito parece que también va a valer...

—Primero Dios, don Gabriel, después de tanto año malo...

—¿De qué número es el trapiche?

—Es chiquito...; número uno. No se hacen más que cuatro peroles...

—Debiste comprar un “número dos”.

—No me alcanzaba el pisto...

—Pero me hubieras dicho, hom-

bre... Ustedes se lo pierden por no hablar.

—Es que no me gusta deber, don Gabriel. ¿Y se puede saber para ónde van agora?

—Pues... aquí no más... Hemos venido a verte, y... para “llenar una formalidad”.

Modesto ya presentía algo malo: la visita del “protector” de los pobres no le parecía de buen agüero. Y desconfiado preguntó:

—¿Cuál formalidá?

—Nada... es decir, casi nada. ¡Tené calma y no pongás esa cara...! Vos sos fiador de Pascasio, tu cuñado, ¿verdad? Pues bien: Pascasio se ha atrasado... se le dieron plazos, y no ha cumplido. Los intereses se han ido acumulando. El puede pagar... yo creo que puede pagar, pero haciéndole fuercecita. Claro que él no te dejará colgado —¡qué te ha de dejar!—, ni lo consentiría... En cuanto sepa que la ley manda que te ejecuten, o que ya te ejecutaron, pues... no le queda más remedio que ir a pagar...

Bien sabés que soy enemigo de estas cosas, y no tenés una idea de lo que me duele, pero la ley es la ley y la palabra es palabra. El señor Juez, aquí presente, “creyó conveniente” ordenar el embargo de tu finca; pero ya te digo, esto es “pura fórmula”, nada más que una formalidad indispensable. ¿No es verdad, señores?

El Juez y sus acólitos hicieron lú-

gubres signos afirmativos con la cabeza.

Modesto, lívido, hacía un hoyo en el suelo con el dedo gordo del pie derecho. La Tancho “torteaba” y paraba la oreja: la pobre temía...

—Pero bueno, don Gabriel —se atrevió a decir Modesto—, ¿no se pudiera dejar esto para mañana, mientras yo veo a Pascasio hoy mismo, y lo arreglamos entre los dos? Allí tengo un pistillo que he ajuntado para pagar una carreta; él tiene un poco de maíz, y creo que podríamos ajustar...

—Por mí... no habría ningún inconveniente, pero... la ley no es juguete. El embargo ya está decretado —fíjate: decretado— y no hay efecto retroactivo. Los señores tampoco pueden venir de balde, vienen ganando...

El depositario también ha venido... hay que pagarles a todos. Por supuesto que esos gastos corren por cuenta de Pascasio. En fin... todo esto es una fórmula, y vos no corrés ningún peligro. Total, cuestión de una firma... Conmigo ya sabés que no podés perder...

El infeliz Modesto bajó la cabeza y sólo pudo decir:

—Pues si no puede, no hay que hacer...

—Bueno: pues entonces, mientras la Tancho nos prepara el almuercito, vamos a dar una vueltecita por el terreno, y a hacer un inventario a “la ligera”, para garantía tuya y poderle exigir “cabalidad” al depositario.

—¿Y qué no puedo ser yo el depositario, don Gabriel?, la otra vez que le embargaron a don Tacho López, él quedó de depositario.

—Es que la ley exige garantías, ser persona “abonada”. Don Tacho tenía su casa para responder: era “abonado” y... cuñado del Juez. No es tu caso. Además, no creo que te conveniga... Podrían decir que si hiciste o dejaste de hacer; que si vendiste, o te llevaste esto o aquello, y te podría causar molestias, porque la ley es severa y terminante; y ¡recta! No te conviene... El depositario tiene que ser otro.

—¿Y a quién ha pensado su mercé que nombren?

—Esa es cosa del Juez... a él le toca. Claro que ha de nombrar una persona “abonada” que nos garantice a todos... lo que nos conviene es que me nombre a mí, y así te quedás tranquilo, podés estarte aquí, al menos unos días, si la cosa se alarga; pero no será larga porque nos menea-remos—. Esto último lo decía en voz baja; confidencialmente...

Se hizo el inventario, a la ligera, pero sin olvidar nada. Gallinas, patos, cántaros, taburetes, camas, el farol, nada se olvidó: hasta la lora fue inventariada: una lora habladora...
¢ 1.25.

La Tránsito, con lágrimas en los ojos advirtió que la lora era de la Chusita, de su hija pequeña.

—Como ella es menor de edad —le explicó don Gabriel—, la ley en ese

caso es terminante. Pero no te aflijás mujer: si esto es “pura fórmula”.

Tomaron otros traguitos... ¿Dónde habrían comprado aquel guarito tan rico?

Almorzaron con envidiable apetito. Don Gabriel hizo prodigios con los dos colmillos, últimos restos de una dentadura que había devorado tantos pobres...

Modesto les servía con el corazón traspasado, diciendo a cada rato: “van a dispensar”.

El humo hacía llorar a la Tancho como nunca. Los chiquillos, apelo- tados en un rincón, miraban asombrados... Los más chicos suspiraban por la gallina...

Rojo de indignación el “chumpe” rondaba amenazador, lanzando estridentes gritos de alarma.

Sólo la lora, burlona e inconsciente, soltaba unas risotadas insultantes. La Chus la regañaba: comprendía la pobre niña que no era aquella ocasión para reír...

—¿Sabés que está rica la cuajadita, Modesto?

En una esquina de la mesa firmaba Modesto el “acta”. Le temblaba la mano y puso unos garabatos indecifrables.

Don Gabriel fue nombrado depositario.

—¡Ya ves, hombre, qué suerte!, le decía a Modesto, dándole palmaditas en la espalda—. Todo sale bien... ¡Dejá ya esa cara de entierro...!

—Mientras almorzás, vamos a e-

char una siestecita con los señores, allí por el trapiche, debajo de los "palos". Y ve que les den agua a esas bestias.

Mañana va a venir Cleto, mi mayordomo, para que disponga, y con él vendrá Juan, su hijo, para que se quede aquí. Ya te digo: ustedes pueden quedar unos días, para ver si esto se arregla pronto; pero no hay que tocar nada, porque ya ves que se hizo inventario, y eso es muy serio, aunque sea "fórmula". Del "mulquitillo" podés disponer.

¿Quién dijo que no hay justicia por aquí? ¿Yo?, ¡pues me desdigo! SE MENEARON.

Un mes después don Gabriel entraba en posesión de su nueva finca. En sus libros figuraba con el número 17. Todas habían sido adquiridas por idéntico procedimiento.

Don Gabriel, esta vez, fue generoso. Dejó a Modesto de "mandador"; no le cobró las costas ni los gastos, y le regaló la vaca con todo y la cría.

Verdad es que la finquita valía por lo bajo tres mil pesos y que la fianza sólo era de doscientos, pero... "la ley es la ley".

Pocos días después Modesto colocaba debajo del tejadillo de la puer-

ta de su antigua propiedad, el rótulo que don Gabriel le remitió, obra maestra del mayor de sus "tres arcángeles" —así los llamaba él— Miguelito, Rafaelito y Gabrielito, chicos que prometían mucho, sobre todo aquél, que era mero curioso.

Finca "LA MISERICORDIA"

De Gabriel Garduña p.

Nº 17

Así rezaba aquella tabla, en letras gordas, torcidas y coloradas.

Naturalmente todo esto no era más que fórmula.

Para la fiesta la Tancho ya no fue a la ciudad a ver al médico: prefirió abreviar yéndose derecho al Camposanto.

La Paz es con ella: El humo ya no la hace llorar.

Don Gabriel, "el paño de lágrimas" de aquella pobre gente, se portó bien: les dio veinte pesos para el entierro.

Eso sí, Cleto, el mayordomo, mañaneó con el fierro del patrón y "quemó" la vaca, y la cría también.

Todo aquello por "fórmula"; nada más que por "pura fórmula"...

Arturo Ambrogi

HISTORIA SENTIMENTAL

Estábamos en el taller de Ferracuti aquella mañana. Alberto dibujaba sobre un trozo de vitela asalmonada, un marco de ornamentación rococó. Su lápiz corría ligero y ondulante, produciendo apenas un áspero rumorcillo que denunciaba sus evoluciones creadoras. Hojeaba yo, con calmosa lentitud, uno de los álbumes de las Exposiciones Venecianas. Dando las espaldas a la ventana, de codos en el velador; la luz fluía de lleno sobre la página, iluminándola con prestigios cristalinos. Mi acompañante, primerizo en visitas a aquel sitio, revisaba las academias de yeso y los trozos de tela, llenos de apuntes, que esmaltaban las paredes. Sobre un caballete, un San José, de Asti; sobre un estante, con algunos libros y portafolios, el perfil de un Apolo gallardo; una cabeza de Júpiter, barbuda

y ceñuda; varios trozos de yesos, patinados por el polvo y el uso. Mi amigo lo curioseaba todo, con curiosidad femenil.

De pronto detúvose ante el molde de una mano.

—¡Preciosa mano! —exclamó, interrumpiendo mi agradable tarea (en aquel momento examinaba *La Tentación de San Antonio*, de Moreli, tocada de la suntuosidad del libro maravilloso de Flaubert).

Y luego agregó:

—¿Recuerdas la mano de Imperia del divino Theo?

Simultáneamente, por una confluencia sentimental, los versos de Gautier surgieron en nuestras mentes; y en la punta de los labios se detuvieron, como palomas al borde del caño de un alero:

*Chez un sculpteur, moulée en
[plâtre,
J'ai vu l'autre jour une main
D'Aspasie ou de Cléopâtre...*
.....

Estábamos efectivamente en casa de un artista, y aquella mano, vaciada en yeso, podía muy bien ser la de la Imperia del poeta miliunochesco.

Mi amigo, de pie ante la academia, sentíase como hipnotizado. Su mirada acariciaba aquella forma con cierta lujuria sorda e impotente. Le seducía la blancura de aquel yeso, que daba toda la ilusión de una morbidez extrema, supina, tal, que rechazaría la presión más leve de los dedos que intentaran profanarla. Tentábale la gracia de aquellas líneas; aquellos dedos, finos y largos; aquellas yemas que hacían pensar en lo dulce que sería morderlas hasta hacerlas salpicarse de gotas de sangre, como un lirio de gotas de rocío. E idealmente besaba, con beso húmedo y prolongado (un beso agotante, que se pegaba a la carne como un pulpo) aquel dorso en que las venas se dibujaban, en azul, como tras un cristal el agua del mar.

Y proseguía, fijos los ojos en la provocadora academia:

*A-t-elle joué dans les boucles
l'es cheveux lustrés de don Juan,
Ou sur son caftan d'escarboucles
Peigne la barbe du Sultán...*
.....

Quando más tarde nos despedimos de Ferracuti, mi amigo llevaba, envuelta en una *Tribuna* romana, bajo el brazo, la mano de Imperia, con el cuidado con que un devoto sopesaría la más sagrada de las reliquias.

Caminando me dijo:

—Iremos, si te parece, a tomar algo. Tengo sed, mucha sed. Mi contemplación estética me ha cansado. Me parece que acabo de concluir una jornada de veinte leguas. Te contaré una historia que ahora, estimulada por el hallazgo de esta mano de yeso, *revive* en mí.

Fuimos al café. Y allí, en un rincón de la salita interior, y después de desenvolver la mano y acariciar, en silencio, con el dedo índice, todos sus contornos, mi amigo soltó la espita, mientras yo le oía en silencio, observándole a la cara, o garrapeando con mi lápiz la esquina de un diario que allí estaba. Nos encontrábamos solos, por fortuna...

... ¿Sabes tú cuál es y será mi mayor deseo por ahora, algo que de noche, sólo en las sombras de mi dormitorio, deseo de una manera vivísima? Que esas dos manos suyas (mi amigo estaba enamorado de una de nuestras más hermosas mujeres, de la cual corrían historias un poco galantes, y con quien sostenía activa correspondencia), que esas dos manecitas que tú has visto en misa, sosteniendo el devocionario, resaltando en cándido relieve sobre la pasta, se queden abandonadas, por largo rato, entre las mías... un largo rato... un largo

rato abandonadas entre las mías... ¡Así, aprisionadas esas dos manos! ¡Así mías!... Un sueño todo. ¡Manos blancas en la sombra!... Fija la atención, compenetrada en esa *idea*, llegan a tomar cuerpo, a palpitar esas dos manecitas... Dos lirios aparejados... Tengo la obsesión de las manos. Las manos perfectas me hacen delirar... Lo primero que veo en una mujer, imprescindible, casi de una manera involuntaria, son las manos. La mano desnuda, libre; esas manos que, como a Dechartre, en *Le Lys Rouge* de Anatole France, le parecía *qu'elles étaient nues par volupté*. Y te confesaré que odio los guantes; es una invención necia y estúpida... Alguna mujer que tuvo manos feas, trató de ocultarlas así a los ojos de su amante... Te haré una confidencia: un *dato*, morboso tal vez, pero que a mí no me lo parece. Y esta es la historia que te prometía. Escucha, si quieres...

Y removiendo con la cucharilla el fondo de su copa, y bebiéndose de un sorbo todo el vermouth, prosiguió:

—Una mujer me había hecho ilusión. Era casada con un abogado, un buen hombre, maduro, que parecía quererla... pero a quien la ataxia inutilizaba. Sabes tú, esa azotadora de hombres que los médicos nombran *Enfermedad de Duchenne*. Sufría mucho el pobre viéndose acabado, inútil, una ruina, y a su mujercita, en todo el esplendor de su otoño, que es cuando la mujer es

más provocadora... Después de los cuarenta años... cuando en esa lira todas las cuerdas están prestas... y no hay que trabajar en prepararlas... Cuando la boca ha madurado, como la uva al sol, y ofrece a nuestros labios sedientos toda la embriaguez de su jugo.

La veía en un paseo todas las tardes. Cierta amigo me dio minuciosas referencias suyas. La miré larga, profundamente, muchas veces; y la mirada, como tú sabes, pocas veces miente: todo lo denuncia. La mía le decía que la deseaba ardientemente... Mi mirada era una mirada de toma anticipada de posesión; la "mirada desnudadora" de Octave Mirbeau. La seguí; fui su sombra; concurrí con frecuencia al teatro a que ella iba. Y durante toda la noche, desde mi butaca, no le quitaba ojo de encima. Mi mirada buscaba su cuello, más blanco que las perlas de su collar, y pensaba en los besos que podrían humedecerlo... Llegué hasta a esperar hecho un bobo, muchas veces, a la puerta de la Casa Pará, al lado de su carruaje, para verla subir. Ella se fijó por fin en mí, una tarde de concierto... Recuerdo que tocaban la obertura de "Les Mucisiens" de Flotow... ¡una preciosidad! Me miró algunas veces fijamente, como desafiando la insolente insistencia de la mía. Me miró... por sobre las clavículas de su marido, que se dibujaban, con sequedad geométrica, bajo el *cheviot* de su levita. Alentado por

lo acontecido, fui un poco más lejos. Pasé, y repasé su calle... (No cavi-les, querido, que lo harás inútilmente... Esa escena erótica, mejor, *erotomaniaca*, no aconteció aquí, a pesar del disfraz). Las primeras veces, inútil aquel bureo... La avenida en que ella vivía era ancha, y bajo la sombra de los álamos, en plena frondosidad entonces, había ringles de bancos de piedra. Me estacionaba en uno, frente a su casa, y leía los diarios de la tarde... o veía correr el agua en los canales. Un día ella se asomó... como por casualidad (pero tras los vidrios había percibido su silueta todas las tardes que yo llegaba). Esa vez sentí su mirada gravitando francamente sobre mí; mis nervios vibrando, como que se exasperaban bajo aquella indignación, parecía que iban a saltar hechos añicos. Me fijé. Sus ojos eran negros, y eran grandes... pero no eran de ensueños, de esos ojos en que la luz se diluye y, como que se duermen, y que hacen divagar... Eran negros, y eran grandes, aquellos ojos, fijos en mí desde un segundo piso...

Y otras tardes iguales... Y otros diarios leídos sin darme cuenta si quiera... servían de trinchera aquellos pobres papeles impresos, en los que a veces había artículos míos.

Un día la casualidad quiso que en una *hermesse* en la Quinta Normal, ella estuviese con una amiga, al frente de un puesto de flores. Sobre la mesa, en las bandejas, había tal aglomeración de flores, que su busto,

acorazado en un corpiño de seda magenta, deslumbrante al sol como un broquel de pedrería, hacía pensar en una hada de la Primavera que emergiera de entre los restos de aquel jardín decapitado... Yo iba con un amigo, de esos que comprometen (y yo soy poco amigo de ridículas genuflexiones sociales). Al vernos acercar, al reconocermé, sonrió... (su sonrisa era carnal... la pulpa se ensangrentaba con el brillo de la humedad que la punta de la lengua le prestaba al repasar continuamente los labios... Nada, ni remotamente, había de espiritual en aquella sonrisa. El contraste de esas sonrisas tenues, casi impalpables, que recuerdan a las convalecientes... a quienes con cariño, con delicadeza suma, se les hace beber una tisana, o se les acomoda mejor entre los almohadones). Sonrió al verme... Cerca ya, el brillo de su sonrisa que provocaba, casi me hizo sufrir un vértigo... Después *oí* su voz. Algo de recuerdo lejano de música; pero muy lejano... Voz de una pastosidad encantadora. A mi amigo le alargó un crisantemo blanco; a mí, un clavel rojo, sangre de toro, o lacre inflamado. ¿Habría un símbolo en ello?... En ese movimiento de donación, mis ojos buscaron los dedos, la mano toda que alargaba una flor... Era pequeñina, cargada de sortijas que la iluminaban, con los destellos de sus gemas, de una manera fantástica. La mancha sanguinolenta de la flor española deto-

naba bizarramente sobre aquella suntuosidad... ¡Qué mano! Larga, estrecha, perfecta casi... A cualquiera menos rebuscador de necias estéticas, le hubiera parecido deliciosa, digna de mojarse a besos. En mí fue una decepción... No sabré decirte por qué, pero me sentí, de momento, invadido de una profunda tristeza ante aquella mano que no respondía a mi deseo. Siempre una decepción produce melancolía.

Intenté olvidar la imagen de aquella mano en la actitud de alargarme un clavel rojo. Los primeros días la *veía* por todas partes... Me perseguía, me obsesionaba cruelmente... ¡Era un pecado!... Créeme: hay recuerdos que son como un castigo... Recuerdos penitenciaros, recuerdos flageladores... *Mis manos* eran eso. ¡Un crimen que purgaba!... ¡Un tormento! Pero un día, impensadamente, se borró ella misma, sin esfuerzo. Parecía que por la imagen hubieran pasado una húmeda esponja milagrosa. Parecióme como que me hubieran quitado de encima un peso que me abrumaba. No recordé más la mano... No volví a la avenida, a leer diarios en el banco de piedra, ni a ver correr el agua por los canales sonoros. *Ella* había comprendido también el

desastre de nuestra fábula. Cuando nos encontrábamos, me *veía*... pero con risible seriedad... o encadenaba con su meñique un dedo de la mano de su marido, mirándome por el rabillo del ojo con insidiosa sorna... Yo desfilaba con la más absoluta indiferencia; la *veía*, pero, al verla, no *sentía* nada dentro de mí... ¡Es algo curioso el encontrarse, después de cierto tiempo, con una mujer que ha estado a punto de volvernos locos!...

Y basta de manos olvidadas. Manos que yacen en la sombra del pasado...

¡Ahora quisiera tener las *nuevas manos* que tú sabes; tenerlas un momento entre las mías!... Por un capricho, solamente... Acariciarlas un momento, aunque después fuesen a unirse a las otras, perdidas para siempre. Aunque esas manos fueran una nueva desilusión, una nueva cruz en el cementerio de mi alma.

Cuando mi amigo acabó de hablar, yo daba el último toque a unos bigotazos a lo Víctor Manuel, cabalgando sobre el lomo de una botella de Pernot.

Febrero de 1905.

Francisco Herrera Velado

EL ECLIPSE

Se puso el sol.

Aquella tarde, los indios del barrio de Asunción estaban afanadísimos, buscando cachivaches sonadores con qué “ayudar a la luna” en el eclipse anunciado. Iba a principiar —decían— a las veintiuna horas, dos minutos y tres segundos. Eso, naturalmente, lo había pronosticado el maestro de escuela, quien debía de estar bien informado por el amanaque.

Era una contrariedad que la luna tuviese que verse en apuros esa noche; porque precisamente todos esperábamos gozar mucho en el baile que se daría con motivo del matrimonio de ño Goyo Patiño.

Ño Goyo era el indio más rico del pueblo y, caso increíble, había llegado a los cincuenta y pico sin querer casarse, contraviniendo las costum-

bres de su raza. El porqué, nunca lo dijo. Pero es de suponer que como buen rico habíase permitido el lujo de permanecer solterón.

Era propietario de una finca que le producía más de cien quintales de café en oro, y vivía cómodamente en una hermosa casa de adobes y tejas. —“¡Casa con balcones de fierro!”— como decían sus parientes pobres los Chelines, quienes eran más pe-lados que los olotes.

Hay hombres que son queridos de veras. Ño Goyo era uno de éstos. Tenía amigos notables, escogidos entre los doctores de Izalco y Sonsonate —con la precisa condición de que debían ser abogados—. Los médicos valían poquita cosa para él. Quizá tenía razón; porque ahí no más en su barrio vivían ña Casimira Másin y ño Chente Látin, quienes

hacían curaciones admirables. Cobraban poco: lo que el enfermo quería darles. Y las más veces no cobraban nada, porque el enfermo a quien mataban no les pagaba la curación.

Ño Goyo tenía una gran virtud: era rumboso. En su casa no se bebía guaro sino whisky. Un rincón del patio ostentaba los montones de botellas vacías como gloriosos trofeos. Compraba en Sonsonate las latas de sardinas por docenas de cajas. Y tenía colección de latas vacías también. ¡Jamás existió hombre alguno que comiera tantas sardinas!

Hay que confesar, sin embargo, un defecto de ño Goyo —flaqueza asaz corriente—. Era espléndido con sus amigos los doctores, quienes le “apachaban el clavo” perennemente. Pero que no le pidiesen un favor los naturales, porque para ellos se volvía tacaño tremendo. Cuestión de aristocracia. Ño Goyo pertenecía a la alta sociedad.

Pero... con el amor no hay clases que valgan. Y cuando el solterón determinó que era tiempo ya de pensar en su matrimonio, no escogió mujer entre las hermanas de sus amigos los doctores. No. Muy cuerdamente eligió a la Chomita, una joven de la familia de sus parientes pobres los Chiles.

Buen ojo tenía ño Goyo. La Chomita era la natural más linda que os podéis imăginar. Aunque ya soy viejo, y con experiencia, os digo que nunca he visto cosa más rica. Tenía

un cuerpecito tan bien formado con unas curvaturas tan estatuarias, que el refajo le quedaba como si estuviese mojado. Y quince años. Y una carita de color trigueño tan primorosa y maliciosa, que los doctores se quedaban bobos al verla. Quizás esa admiración de gente tan conspicua fue la causante del matrimonio de ño Goyo.

Efectivamente, su apoderado el doctor Perla se avistó con los Chiles para tratar del próximo enlace. Por supuesto, los parientes pobres recibieron la petición locos de alegría. Lo malo fue que la Chomita no contestó inmediatamente que sí, como era su deber. La muy cabeza de guacalchía dijo... ¿Lo creeréis? ¡Dijo que no!

¡Ah, las mujeres! La Chomita tenía novio. Un carpintero ladino sin una peseta era el pretendiente, hacía mucho tiempo. Y he aquí que ella, aunque india, era tan boba como cualquier señorita. ¡En lugar de ser la esposa de ño Goyo, prefería ser otra cosa del carpintero! No obstante, algunos cuantos azotes brindados por los parientes pobres convencieron a la caprichuda.

—¡Sos una bruta! —decíale su nana.

—¡Sos una criminal! —decíale su tata.

—¡Achís, *cuitat!* —le decían sus tíos.

—¡*Tinequi güilo!* —le decían sus tías solteras.

Tal opinaba la familia Chilín. La

pobre muchacha acabó por decir que sí, y le cogieron la palabra. ¡Y la plegaron!... Pero no penséis que le hicieron pliegues. Se dice así de la india a quien le quitan el *cuashte* y le ponen faldas plegadas, a la moda.

En la casona de ño Goyo, adornada con palmas de coco y hojas de mamey, se celebró aquel acontecimiento memorable.

Muy temprano de la mañana llegó de Sonsonate un tranvía repleto de doctores. Daba gusto ver la casa de la fiesta, llena de señores con trajes de casimir. ¡Y tan alegres todos! (Dicen los amigos de la estadística que nunca se ha bebido tanto whisky en Izalco, jamás, como aquel día). ¡Lo que habrá tenido ño Goyo que pagar después!

—¡No importa: para eso es la plata! —decía el novio gozoso de su apoteosis.

Bebieron demasiado. Ya a la hora del banquete estaban bolos todos los doctores. Aquello era peor que un manicomio. Y como los señoritos de la “mancha brava” de la capital habían impuesto la moda de quebrar platos y copas en sus fiestas, los doctores de Sonsonate y de Izalco quisieron imitar a aquellos elegantes... Y empezaron a lanzar al patio cuanto había en la mesa.

Ño Goyo extrañóse al ver tales fechorías. Pero sus amigos le explicaron que esa era la última moda de San Salvador. Encantado, quiso distinguirse. Dio orden de que no que-

dase ningún trasto bueno en su casa.

—¡A ver! ¡quién es el arrecho que rompa con más elegancia esos tremoles!

Un botellazo. Dos, tres, cuatro botellazos... Así acabaron los espejos que había alquilado ño Goyo en las barberías de Izalco.

A las cinco de la tarde llegó otro tranvía de Sonsonate. Era una especie de “Cruz Roja” para los invitados. Los llevaron en camillas y hamacas.

Tal fue el banquete.

Y como si eso fuera poco, estaba anunciado el baile que se verificaría a las nueve de la noche... De la noche del eclipse... ¡La casualidad!

Hay que explicar que esta segunda fiesta se daba en obsequio a los amigos naturales; pues al banquete sólo habían concurrido los doctores.

Llegó la hora del baile.

La casa llenóse de indios que llevaban caites nuevos y pantalones de “remaches”.

A ño Goyo hubo que bañarle la cabeza con agua de Florida para que le pasase la borrachera. Pero a pesar de la ablución estaba muy malito y no se daba cuenta de nada; tal que ni a la hora del eclipse pudo levantarse de la única hamaca buena que había quedado.

¡La hora del eclipse!

Era menester ayudar a la luna. Efectivamente, así lo hicieron. Cada uno de los indios echó mano a lo que tenía listo —peroles, jarrillas, latas vacías, etcétera—, y comenzó la

cencerrada. Era un ruido infernal capaz de volvernos sordos. Pero había que ayudar a la luna. Aquella “mancha brava” de naturales quizá resultaba peor que la de Sonsonate. Pero había que ayudar a la luna.

Después del eclipse, y así que tomamos las necesarias copas de guaro, para festejar a la paciente que había salido sin novedad, nos entregamos a las delicias del baile.

Pero he aquí que la nana de la novia —una vieja desconfiada que no había querido beber— empezó a dar gritos desgarradores corriendo por toda la casa, con una cara tan descompuesta, que adivinamos inmediatamente la catástrofe.

—¡Jerónima! ¡Jerónima! —gritaba la vieja.

Y nada. La Chomita se había eclipsado también.

La buscamos en toda la vecindad,

y hubo el alboroto que es de suponer. Nadie daba razón de ella.

¿Quién diablos iba a hallar a la Chomita? Supimos después que el carpintero la estaba esperando detrás de un tapial, y que a la hora del eclipse montósele en ancas de un macho tordillo. Era cosa convenida ya entre ellos.

Los indios creen que cuando hay eclipse y no ayudan a la luna, pierden la cosecha. Acaso tengan razón. Porque ahí está ño Goyo de ejemplo patente, quien por no haber ayudado, a causa de la borrachera, perdió su cosecha... No hay duda; tenía que suceder una desgracia.

Además, habéis de recordar que los doctores rompieron a botellazos los espejos.

¡Lástima los espejos, y la Chomita!

LA REPUNTA

—Máma, máma, el poyo me quitó la tortiya e la mano!...

—¡Istúpida!

La *istúpida* tenía siete años. Era gordita y *ñatia*; su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siempre *abrida* y triste, mostraba dos dientes anchos e inexpresivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y *marchito*. Vestía mugre larga y *vueluda*, tornasolada de manteca. Se llamaba *Santíos*.

La *nana* recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al *poyo*, con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!... ¡Encaramáte al baúl, jepuerca! ¡Si tiartan la tortiya, no te doy más!

La *Santíos* se encaramó en el *baúl*. Venía lloviendo *tieso* por los poteros. El cerro *pelón*, parado en medio

de los llanos, gordo y cobarde, no halló dónde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar*, de golpe, a torrentes; con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos, como si llevara un tigre agarrado a la espalda.

El *hojarasquin* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiflante*, desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapá ligero el hoyo con el costal!

La *Santíos* puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y *jué* a *zocoliarle* el costal al *juraco*. La piel del cielo tembló ligeramente de terror, y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un *palo* seco. Un berrido de dolor llenó los ambientes oscuros. La *istúpida* no tapaba

bien el hoyo, y la *nana* la arrojó del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bís nacido para muerta!

La *Santíos* se jué a sentar en la *cuca* y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bía* menguado, aplastado por *lagua*. En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal* de *inanitos* de *huishte*, a toda *virazón*, unos detrás *diotros*. De los alambres del cerco *caíban*, *desguindándose*, unos miqritos *platiados*. La *Santíos* se despabiló con la escupida de una gotera.

—Máma, aquíés onde chigasteya *lagua*, mire...

Iba, gota a gota, llenando su manita acucharada; cuando le rebalsó, *diun* manotazo se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bís óido que tenés catarro! ¿No sabés que *lagua* yovisa es mala? Te puede quer al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la *Santos* salió para el río con la *tinaja*.

—Güelva luego, carajada, si no quiere que la *tundeye* como ayer.

La *Santos* *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la fresca dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita. El río venía hediondo y colorado y su *ruidal* llenaba la barranca,

haciéndola más oscura. Humilde y *shuca*, bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la *tinaja*, sobre la cabeza *canche*.

Llegó al *ojo diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con el *guacalito* fue llenando, llenando la *tinaja*, de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de *manta* agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Istúpida, babosa, la repunta, ái viene la repunta! ¡Corra, istúpida, corral!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja*.

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a espaldas de la niña, en la margen opuesta, altísima y solemne como un ángel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso.

Su derrumbe, acallando todos los ecos borrachos, había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fue sino cuando la *Santos* había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.

Rolando Velásquez

LA SONRISA DEL CAUDILLO

—“No te exaltes jamás por nada. Sé tranquilo, prudente y cuerdo. Compórtate con el amigo de hoy como si estuvieras relacionándote con el enemigo de mañana. Vive en forma que nada te deslumbre; ni el poder del dinero, ni la gloria del heroísmo, ni la belleza de las mujeres. Cuando veas a una mujer bella que te tiende el lazo, haz la señal de la cruz y apártate, pensando que valdría más que una mujer fea si careciera de intestino grueso. Cuando se te acerque un hombre que te habla de ideales y de sacrificio, piensa que busca formar un capital, o que está alentado por un secreto interés.

“No quiero con esto decirte que seas misántropo. La misantropía es la hermana mayor de la muerte. Sus flores negras y apestosas emponzo-

ñan el alma con su aliento y hacen del hombre un ser inútil.

“La sabiduría no se encuentra jamás en la soledad y el retraimiento. El ascetismo conduce al desconocimiento y la ignorancia del hombre, y la sabiduría es, en esencia, conocimiento humano.

“La sabiduría se halla en el convivio, escéptico pero fraterno, con toda clase de hombres. La sabiduría es comprensión y si tú comprendes a los demás en sus aspectos buenos y malos sabrás sobreponerte a ellos y vencerlos. Sabiduría verdadera es la que se halla en el tumulto, en el bullir de los hombres afanados en vencer a los otros por medio de múltiples trampas, pequeños ardidés, embustes infinitos, horribles simulaciones, con los cuales se ha integrado toda arquitectura social.

“Viendo actuar y moverse a los hombres, observándolos y abarcándolos en su multiplicidad terrible, sorprendiéndolos en todas sus maneras de proceder y de reaccionar es como se puede llegar a ser superior a ellos.

“Acostúmbrate a sonreír; y a encogerte de hombros en los instantes que los demás llaman momentos cumbres. No son éstos más que momentos de exaltación, pasajeros, efímeros como el calor y el resplandor de una luciérnaga. La exaltación es negativa. Nada crea ni conduce a ninguna parte.

“Cuando en esos instantes los hombres se agitan tremendamente —a la manera de los gusanos amorosos, que mueren después de haber amado— creyendo que ellos han construido algo, o que hacen algún provecho al mundo con el gesto heroico o el ademán retador o demolidor, están proclamando la eterna infantilidad del ser humano.

“El progreso del mundo y de los hombres no se ha debido a estas crisis en que la historia juega un gran papel, y durante las cuales los hombres pensando en construir, no hacen sino sembrar la destrucción. El progreso existe independientemente del hombre y sigue un ritmo de evolución penoso y lento. Dentro de este ritmo particular, es el hombre quien obedece, y no el que manda sobre los hechos.

“El hombre no ha logrado nada

jamás, por obra de su propio esfuerzo, para mejorar su condición.

“Ha sido el tiempo quien lo ha ido mejorando.

“Cuando el advenimiento de Jesucristo ya existía el cristianismo, diseminado en el mundo, convertido en norma moral gracias a la habilidad que unos grupos humanos habían puesto en juego para sojuzgar a los otros. Ni aun en su tiempo, el cristianismo fue una novedad, porque la teoría de poner la otra mejilla después de recibir un bofetón, la habían proclamado los amos de los hombres que mal podrían enseñarles a responder a un bofetón con una lanzada o con dos bofetones. Esos códigos de moral, hechos por los más fuertes para dominar a los más débiles, imperaban ya, quebrantando toda resistencia y anulando al hombre para la represalia y la venganza. El cristianismo no hizo sino imprimirles un vigoroso acento de poesía”.

Estas cosas y otras parecidas me decía mi viejo amigo vagabundo, noche a noche, mientras se descalzaba para dormir, fatigado en la búsqueda del pan cotidiano, tembloroso a veces por el frío o maldiciente por el calor.

Era un hombre terriblemente sereno. La vida no lo había vencido ni atormentado jamás. Acostumbrado a vivir, ora en un estercolero, ora en un palacio, recibía indiferente las dádivas y las alternativas penosas que le ofrecía la existencia.

Ultimamente, vencido por los años, parecía haber perdido definitivamente toda oportunidad en la vida, pero él continuaba siempre optimista y siempre impertérrito.

Había dilapidado bella y alegremente varios cuantiosos capitales, y en sus épocas de esplendor fue siempre generoso con los demás, a pesar de que no amaba a los hombres.

Aun ahora, en las condiciones en que se encontraba, miserable y sacrificado, cuando alguien le pedía una moneda le entregaba dos. Si no podía darle una moneda le daba su propia camisa, y se ponía luego en trabajo para buscarse otra. Renegaba del cristianismo sin dejar de ser un auténtico cristiano.

—“La solidaridad entre los hombres —decía— es un principio inquebrantable y eterno. Cuando alguien me dice que tiene deseos de suicidarse, yo de buena gana le proporcionaría la dosis de arsénico que necesita o me ofrecería para apretarle la soga en torno del cuello.

“Pero un impulso secreto, un incontenible arrebato de solidaridad me obliga a darle un buen consejo o a regalarle mis zapatos, para hacerlo vencer a la muerte. Porque las tragedias de los hombres, amigo mío, son mínimas. La angustia, la desesperación y la muerte, pueden ser derrotadas a veces por un mendrugo, un billete o una dulce sonrisa de mujer.

“Los más grandes dramas se reducen casi siempre a un puñado de

billetes o a un par de zapatos remendados. Hasta en eso somos terriblemente desgraciados: nuestra íntima sordidez excluye toda grandeza en el sufrir.

“En el mundo no existe tragedia. La tragedia murió, es decir se transformó en cosa vulgar, desde el comienzo de la vida humana, en la época cavernaria, cuando el hombre mataba al hombre con el mazo y la quijada de asno, cuando perseguía al tigre en lo inmenso de la selva estremecedora para disputarle un bocado, o cuando tenía que posesionarse a viva fuerza de la mujer, para saciar sus impulsos amorosos.

“Hoy los tigres aparecen domesticados, en todos los circos, y cualquier aprendiz de domador mete la cabeza en las fauces de ellos, que no hacen siquiera un aspaviento. Las mujeres se compran con joyas, o se seducen con palabras manidas. A los hombres se les mata con el chisme y la calumnia. No hay duda de que el mundo ha degenerado”.

Varias veces me refirió rasgos de su historia, de sus buenos tiempos de hombre feliz, que lo mostraban como el hombre más sereno, más envidiablemente equilibrado, incapaz de hallarle sentido a los pequeños conflictos y a las nimiedades por las cuales todos, unos más, otros menos, nos preocupamos y sentimos morir.

Sólo así se explicaba que ya en la senectud, en el ocaso verdadero, se mantuviera fuerte y risueño, aun cuando pronunciaba las paradojas

más amargas y cuando formulaba las más atroces y severas sentencias.

—“Una vez —me decía— me enamoré perdidamente de una mujer. A la larga aquélla fue una aventura como las otras aventuras, no obstante el grado mayor de mi pasión. Dichosamente ella no amaba la literatura y se me entregó, a espaldas del marido, sin necesidad de que yo le prometiera suicidarme o desterrar-me a los confines de Alaska; sin necesidad de que yo inventara para ella frases conmovedoras ni que agotara todo lo que de ridículo tiene el amor.

“Cuando un hombre no se equivoca en sus deseos, y sabe ya que lo que desea de una mujer es el calor de su boca y la dulce tibieza de sus intimidades, no encuentra tropiezos en el camino de conquistador.

“Las mujeres se le entregan espontáneamente, sin mucho hacerse solicitar, y desde luego hay un acuerdo tácito entre ambos, para que el placer tenga su pronto advenimiento.

“Las mujeres son observadoras, hábiles, intuitivas formidables. Conocen al hombre desde el primer momento, y no se equivocan jamás. Por eso cuando un hombre les pide espiritualidad y romance, literatura y charlatanería, le dan charlatanería, romance y espiritualidad. Y cuando un hombre les pide algo más sólido, algo más sustancial, entonces le dan también lo que pide. Son como los mayordomos de hotel, atentos y com-

placientes con su clientela, que bien pueden hacer una cena completa con bocadillos y entremeses, o llevar a voluntad, desde el primer momento, los platos fuertes, los bocados deliciosos que hacen el deleite de los gargantuistas. Así aquella mujer, que tanto me comprendía, no esperó mucho para corresponderme.

“Vivimos un idilio delicioso, hasta que apareció la figura sombría e infaltable del marido. Me acorraló con sus reclamos. Me suplicó, primero conmovedoramente, que no manchara su honor, que no destrozara su vida, que no robara su fulgurante felicidad.

—“Yo me entiendo con su mujer, no con su honor —le dije.

—“Pero mi buena fama se pierde entre sus manos con mi mujer —replicó.

—“Su buena fama permanece íntegra y siempre suya, le advertí.

“Entonces extrajo su revólver y quiso matarme. Me dio cinco minutos para encomendarme a Dios.

“Yo aproveché los cinco minutos, porque todavía no quería tratos con el cielo o posiblemente con el averno, para convencerlo a él de que si me mataba perdería más su buena fama, y además perdería definitivamente a su mujer. Entonces me llevó ante los jueces. Allí propuse yo las bases de un arreglo amistoso.

—“¿El señor me acusa de haberle quitado una mujer?

—“Sí, señor.

—“¿Y la ley reconoce que basta reparar el daño para que no haya falta?

—“Exacto —dijo el juez.

—“Entonces, voy a reparar la falta —dije yo, poniéndome sensacional.

—“¿De qué manera? —interrogó el juez, entre curioso y asombrado.

—“Sencillamente: yo tengo a mi disposición más de una docena de mujeres. Y como mujer con mujer se paga yo le cedo a él una mujer de esas doce y le dejo otra como indemnización. Si yo lo arreglo, las dos accederán gustosas.

“En vista de mi buena fe me dispensaron lo de la mujer, pero me metieron a la cárcel por desacato, porque dijeron que yo había hecho una proposición irreverente hacia la majestad de la ley. Para mí, nada más me comportaba como un rufián. Más tarde supe que el juez llamó, una a una, a mi docena de bellas mujeres, y les hizo propuestas deshonrosas mientras yo estaba en la cárcel. Pero a él no lo encarcelaron.

“Salí de la cárcel a los seis meses, creyendo que todo había terminado ya, pero fue la mujer la que hizo entonces su parte de tragedia. Vino a requerirme para que no la dejara abandonada, para que nos fuéramos juntos, para que me la llevara lejos, con todo y sus cinco hijos.

“Me hizo esas patéticas escenas que a todos los hombres los hacen perder la cabeza en situaciones semejantes, pero yo tuve valor para decirle:

—“Todavía me gustas, y todavía

te quiero. Pero no quiero a tu marido y tampoco me gusta.

“Ella quiso tirarse entonces por la ventana, desde la habitación de un tercer piso en que yo vivía, pero la detuve con estas palabras:

—“Yo no me opongo a tu voluntad de suicidarte. Tírate, porque será gracioso, pero espera a que yo baje y que la gente me mire para que no crean que yo te he asesinado. No temo a la cárcel pero sí al ridículo.

“Y al notar mi decisión, ella decidió a su vez no echarse a la calle por la ventana, sino que bajó a pequeños saltos la escalera, tranquila y resignada”.

II

Otra vez me refirió mi amigo:

—“Esta fue la aventura que me apartó de la política:

“En una de mis quiebras económicas me uní, hace mucho tiempo, a un partido político. Había un jefe revolucionario, un caudillo insigne, que por aquellos tiempos absorbía la atención y el fanatismo de las multitudes. Se hizo caudillo por la misma misteriosa razón a que otros obedecen para hacerse volatineros. Reunió un grupo de hombres valientes y decididos, asaltó varios pueblos, lanzó varias proclamas, y se erigió señor de la mitad del país. Yo tuve la fortuna de mandar una fracción del invencible ejército rebelde. Me improvisé capitán. Dijeron que yo tenía las

cualidades excepcionales necesarias para la empresa, y sin más ni más me otorgaron el mando. Lo que yo tenía, en verdad, era ingenuidad y sinceridad suficientes para no temer a la muerte y falta de conciencia para mandar a otros hacia ella, y gracias a estas condiciones triunfé rotundamente.

“No perderé el tiempo relatándole las incidencias de las batallas gloriosas que libramos, ni las calamidades que sufrimos, ni las prodigiosas hazañas de las que fuimos protagonistas y mártires. Sólo le diré que después de un mes de sangrienta lucha, y gracias a que mis hombres se batieron denodadamente, pudimos controlar la capital del estado.

“Yo por entonces era muy joven, confiado y optimista. No se imagina cómo pensé en ascender rápidamente en la escala política. Soñé con ministerios y magistraturas. Mi corazón de hombre ambicioso me llevó a las fabulaciones más extrañas, y pensé que aquello sería el final de mi estado de pobreza, y que de hombre insignificante ascendería rápidamente a los puestos más altos y destacados. Más todavía, podía hacer felices a muchos a mi alrededor y prestar al pueblo inmensos servicios. Contaba para ello con mi hoja de servicio, con mi condición de verdadero héroe, y con el espíritu justiciero de mi caudillo. Y allá fui yo, comandando siempre a mis muchachos, hacia la capital, para pre-

sentarnos frente al vencedor, y para ofrecerle nuestra gloria, que sería indiscutiblemente pagada a buen precio.

“Qué momentos de emoción, qué palpitaciones más intensas las que tuvo mi corazón entonces, en aquellos dorados momentos, cuando al fin iba a estar frente al hombre genial y providencial, por quien habíamos combatido y vencido.

“Pero otro fue el panorama que se me presentó en cuanto lo vi. Era un hombre rudo, hosco, terriblemente ignorante, de modales imperiosos.

—“Señor —le dije, señalando hacia el patio desde la ventana del confortable salón en donde me había recibido—. Estos son nuestros soldados, vine para presentarlos a usted.

“El dio un vistazo rápido al centenar de hombres aglomerados en el patio, clamorosos y entusiastas, con los vestidos desgarrados y las frentes y las manos todavía manchadas de pólvora y de sangre.

—“Ordene que den de baja a esos hombres —dijo, imperativo, a uno de sus lugartenientes—. Dé un peso a cada uno y dígales algo en mi nombre. Algo así como que la patria se los agradece, algo bonito.

“Y después, dirigiéndose a mí:

—“Bueno, supongo que usted pensará regresar a su pueblo.

—“Sí señor —le dije viendo en un sólo momento derribarse mi castillo de sueños.

—“¿Qué distancia hay de aquí a su distrito?”

—“Ciento veinte kilómetros, señor.

“Entonces el hombre grandioso, el caudillo insuperable, el que estaba llamado a calmar todas las miserias y tristezas y dolores del pueblo, se llevó la mano al bolsillo, y ceremoniosamente sacó un billete de a cinco pesos, cuidadosamente enrollado, y me dijo estas palabras:

—“Tome esto. Para sus gastos de viaje, y en premio a su actitud heroica”...

“Quizá hubo mucho del gesto de Hipócrates rechazando al odiado tirano en la forma en que extendí hacia él el rollito verde, y le dije:

—“Señor, yo no deseo esta clase de recompensas. Mi preocupación única es el bienestar del pueblo. Por este ideal es que yo he luchado, y lo que aspiro es poder servir al pueblo, y acaso, en grado mínimo, servirme a mí mismo.

“No negaré que la sonrisa, la pri-

mera sonrisa que yo veía en aquel rostro rudo y sombrío era bastante atractiva, quizá subyugadora.

“Se puso de perfil, frente a un espejo, viendo de reojo hacia su propia figura. Mejoró aquella sonrisa fascinante y me dijo:

—“Usted está todavía demasiado joven. Ciertamente se comportó en el combate como un hombre de valor excepcional. Pero para la política es todavía una nulidad. No se preocupe, que haremos todo el bien que se puede hacer al pueblo.

“Acercándoseme un poco más, con aire confidencial, como quien va a revelar un gran secreto, me habló lentamente:

—“Sépallo usted para toda su vida que a un pueblo, a cualquier pueblo del mundo, le bastará siempre, para ser enteramente feliz, con tener frente a sí la sonrisa de un caudillo”.

Y recobrando su dignidad normal, hosca y ceñuda, desapareció tras la enorme cortina de seda roja.

José María Méndez

LAS MORMONAS

Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas, porque las tres me pegan. Aunque parezca mentira tengo tres mujeres que me aman agresivamente. Revelan su pasión por medio de araños, puñetes y garrotazos. Las tres son altas, atléticas, de pelo negro y ojos también negros.

Son primas entre sí: Marta, Marcela y Mirtala. Habitaban una casa que les pertenecía en proindivisión a donde fui a parar en mala hora, con el propósito de comprarla. Estaba situada frente al mar, era de dos pisos, amplia, pintada de blanco. Tras ella había un bosque de pinos y enfrente un jardín por el que se bajaba a la playa.

Yo estaba entonces muy débil, convaleciente de una neumonía.

—¿Está en venta la casa? —pregunté.

Al formular la pregunta me vino una tos intensa y poco después una gran fatiga, casi un desmayo.

Las tres acudieron, solícitas, en mi ayuda. Una me hizo tomar una tableta de aspirina, otra, una taza de té, y otra me dio golpes en la espalda.

Cuando me hube repuesto contestaron a mi pregunta.

—Efectivamente lo está —dijo una de ellas—. El precio, a primera vista, puede parecer excesivo. En verdad no lo es. El terreno mide dos hectáreas. En fuentes, jardines y bosques hemos gastado mucho dinero.

—Antes de darle el precio —intervino otra— (en aquel momento no podía diferenciarlas) quisiéramos mostrarle todo el inmueble.

Eran las cinco de la tarde. El cielo oscuro amenazaba lluvia. Volví a toser.

—No podría verlo ahora —respondí—. El tiempo tiene mal cariz. He estado muy enfermo. Les prometo volver en cuanto me haya restablecido.

—Propongo —dijo la más efusiva, aunque levemente efusiva— que invitemos al señor...

—Sigmeno Marrero, para servir a ustedes.

—Propongo —continuó— que invitemos al señor Marrero a pasar una semana con nosotras.

—No quisiera molestar —dije.

—Oh, no molestaría —intervino otra—. Imagínese que esta es una casa de huéspedes. Nos pagará una pensión módica. Usted necesita descansar y este es un lugar apropiado para su descanso. Podríamos además convenir en la venta, si usted, con conocimiento de causa, aceptara el precio.

—Siendo así —contesté— acepto la invitación.

* * *

Cómo aquellas hermosas mujeres llegaron al infortunio de abrazar la religión mormona, es cosa que aún no logro explicarme. El abuelo había sido pastor protestante; pero simplemente porque apacentaba ovejas y protestaba constantemente por la mala calidad de lana que las ovejas le daban. Había sido pues, un

hombre primitivo, inculto. Tuvo tres hijos, que llegaron a ser los padres de mis heroínas, todos burdos, de escasa inteligencia. Hércules, que empezó su carrera en el ring y la terminó en el Hospital Psiquiátrico. Pedro, que inició estudios de Medicina y después de dos reprobaciones, se convirtió en barbero. Y Alcides, el más tonto de todos, que se dedicó a la carrera militar y nunca pasó de sargento.

Ellas, sin embargo, eran mujeres cultas y conocían a fondo la mormonería. Siempre he tenido esa religión por algo diabólico; pero he de reconocer que las tres revelaban a través de sus grandes ojos, sus labios finos y bien trazados, las despejadas frentes, un control extraordinario de sus pasiones. A ratos parecían estatuas griegas, no sólo por sus duras redondeces sino por la altivez de sus rostros fríamente serenos.

Tres diosas —de la austeridad, la pureza y la inteligencia —me parecieron.

Osé preguntarles un día cómo habían adquirido esa armonía interior, ese dominio de sí mismas.

—Todo —me dijo Marcela— se lo debemos a nuestra religión: el mormonismo.

De esa religión yo sólo conocía su aspecto protervo: que José Smith predicó y practicó la inmoral poli-gamia; que había sido ahorcado en Cartago, cerca de Nauvoo, la ciudad fundada por él en Illinois; y que Brigham Young, el segundo profeta

del mormonismo, asesinaba a sus enemigos por medio de un cuerpo de sicarios a su servicio, los *avenging angels*.

Pero ellas me dieron otra versión distinta del mormonismo.

—José Smith —me dijo Marta— fue un virtuoso varón que en mil ochocientos veinte, a los quince años, padecía las torturas de no saber qué religión abrazar. Entonces se le apareció Moroni, hijo de Mormón, el último profeta de los antiguos americanos, y le reveló la existencia de El Libro de Oro, enterrado por Mormón en el monte Gumorah, nombre antiguo de una colina situada a dos millas de Manchester, en el camino que conduce de Palmyra a New York.

—Puede leer usted —continuó Marcela— The Book of Mormon, traducción de El Libro de Oro, grabado por Mormón, el profeta, en láminas de ese precioso metal, y cuyos misteriosos caracteres pudo descifrar José gracias al Urim y el Thummin de los judíos, piedras preciosas que formaban los lentes de unos anteojos que se encontraron junto al Libro. Puede leer también Early Days of Mormonism y A History of the Church of Jesus Christ of Latter Day Saints. Allí comprobará que los descendientes de Jared, los Jareditas, fueron los primeros pobladores del Continente Americano, y que dos siglos después vino, desde Jerusalén, Lehi, que tuvo un hijo, Laman, padre de los lamami-

tas, y otro hijo, Nefi, padre de los nefitas. Entre los nefitas bajó Cristo a predicar su evangelio y los convirtió en cristianos. Estos a su vez, convirtieron a muchos lamamitas; pero algunos lamamitas —de quienes descienden los actuales pieles rojas— no se dejaron convencer y vinieron las guerras.

Yo, fervoroso católico, oía todo aquello conteniendo a duras penas las ganas de reírme.

—No le estamos relatando una novela —intervino Mirtala—. Nuestro relato tiene corte novelesco tanto como lo tienen todas las versiones religiosas que existen. El Libro de Oro fue visto por personas cuyos testimonios se recibieron en forma auténtica.

—A don Sigmeno —terció Marta— puede que no le interese nada de lo que estamos contando.

—Oh, no, no —protesté.

Pero ellas pusieron ese día punto final a la conversación.

* * *

¿Cómo era posible —me preguntaba tres días después— que el mormonismo, esa religión que tuvo que ser proscrita por contraria a la moral en el país donde nació, Estados Unidos, sirviera de sostén y andamiaje a aquellas tres mujeres de conducta ejemplar? En casa de ellas imperaba el orden y la pulcritud, todo estaba siempre limpio, colocado en su sitio. Las tres usaban vestidos

largos y de alto escote que no lograban opacar la belleza de sus formas; pero que pregonaban su recato. Se complementaban maravillosamente. Mientras una preparaba la comida, otra tocaba el piano y otra cortaba flores en el jardín y adornaba con ellas el vestíbulo, la sala, los corredores, toda la casa. Por las tardes una me servía el té, otra cantaba y otra me acomodaba el cuerpo con cojines, en el butacón de cuero que me habían asignado. Durante las veladas nocturnas una me servía chocolate, otra encendía el ventilador y otra me ponía las pantuflas. Durante las noches entraban las tres a mi dormitorio cuando ya estaba acostado. Una arreglaba las cortinas del ventanal, otra las ropas de mi cama y otra la lámpara de mesa para que quedara a distancia adecuada de mis ojos e inclinada suficientemente. Tenía siempre, al estar junto a ellas, la impresión de que mis deseos brotaban por tríos en mi mente y la de que ellas conjuntamente los adivinaban y sabiamente los cumplían.

Les iba cobrando admiración; pero en cuanto pensaba que eran mormonas decaía mi entusiasmo. Para nosotros, los católicos, esa religión es repulsiva. Así se los dije.

Indignadas, protestaron. Contra el mormonismo, la única religión verdadera —dijeron— se había lanzado multitud de calumnias, desde aquella que atribuye a José Smith haber plagiado en El Libro de Oro la His-

toria Manuscrita de Spaulding, hasta la de que el Profeta era un hombre dominado por la concupiscencia que estableció el matrimonio poli-gámico para disimular su depravación.

—Lo cierto es —expresó Marta— que esa ley del múltiple matrimonio, pese a las declaraciones de la Reorganized Church, Iglesia Reorganizada, hechas por el hijo de Smith y por Woodruff, es una ley natural y divina que no consta sólo en El Libro de Oro sino que aparece escrita en todos los libros sagrados y fue observada fielmente en la antigüedad, antes de que el hombre, con la civilización cayera en la vida artificiosa que ahora lleva. Si leemos la Biblia encontramos que Esaú, a la edad de cuarenta años, “tomó por mujeres a Judith, hija de Beeritheo y a Basamath, hija de Elón, del mismo lugar”, que Abraham estuvo casado con Raquel y con Lía, hermana de Raquel. David, al desposarse con Abigail del Carmelo, se desposó también con Achinoam la jezrahelita. Mientras David reinó en Hebrón, durante siete años y seis meses, tuvo hijos con Achinoam, con Abigail, con Moachá, con Aggit, con Abital y con Eglá. Y cuando estuvo en Jerusalén tuvo nueve hijos, sin contar los de las mujeres de segundo orden.

—Yo sé muy bien —contradije— que los pueblos antiguos fueron polígamos. Cuando Príamo pide a Aquileo le entregue el cadáver de

Héctor, relata que había tenido cincuenta hijos, diecinueve de un solo seno. Pero eso no significa que el matrimonio polígamo se ajuste a la ley divina. Lamach fue el primero, según la Biblia, que dio ejemplo de poligamia, tomando dos mujeres, Ada y Sella. Su conducta era contraria a la institución de Dios. Por ello Nicolao le llamó adúltero y Tertuliano, maldito. Esto lo acabo de leer en una traducción de la Biblia hecha por el Obispo de Astorga, Félix Torres Amat, traducción que tienen ustedes en la biblioteca.

—Sin embargo en esa misma traducción —arguyó Marta— aparece escrito en la nota correspondiente: “La poligamia, que después vemos en los Patriarcas, fue por una especial dispensación de Dios”, con lo cual se reconoce que Dios autorizó la poligamia para sus hijos predilectos, los Patriarcas, autorización que se conforma a las distintas condiciones de la pareja humana. Es innegable que el hombre está mejor dotado que la mujer, tanto en el aspecto biológico como en el síquico. La mayor capacidad del hombre le permite ser a la vez valiente guerrero, hábil político, padre cariñoso, exaltado amante. Las naturales diferencias de la mujer le impiden desempeñar satisfactoriamente dos o más personajes. Si es artista, el cultivo del arte no le dejará horas vacías para otros menesteres. Si es bella, el celoso cuidado de su belleza le impedirá atender el hogar con la diligencia debi-

da. Si es inteligente y cultiva las relaciones sociales, forzosamente dejará de cultivar el huerto matrimonial. El hombre reconoce y admite esta limitación en la mujer y por ello cuando se enamora, lo hace enamorado de la cualidad sobresaliente en la mujer amada. Una sola esposa conduce necesariamente el matrimonio al fracaso. Porque el hombre es inconforme y al poco tiempo de casado, la mujer hacendosa —únicamente hacendosa—, bella —nada más bella—, o sin otra prenda que el talento, resulta insulsa y produce hastío. Como el varón es polifacético, desea una mujer polifacética. Bella, amante, inteligente, culta, hacendosa. ¡Un imposible! Un imposible que se remedia en virtud del matrimonio plural, el cual permite realizar a plenitud el ideal de compañía. Es sueño del marido perpetuarse. Un matrimonio sin hijos por esterilidad de la mujer no perdura. La poligamia resuelve ese problema. Esto lo comprendieron los hebreos según nos enseña la Biblia. Sara le dice a Abraham: “Bien ves que Dios me ha hecho estéril, despóstate con mi esclava”. Esta esclava es Agar, quien cuando huye de la casa de Abraham, es detenida por un ángel que la hace volver, con lo cual queda demostrado que Dios aprobaba su matrimonio. Raquel, viendo que su vientre no daba frutos, le dice a Jacob: “tengo a Bela mi esclava, tómala por mujer de segundo orden”. Los

orientales han intentado por medio de las geishas crear la mujer poseedora de todos los secretos para agrandar al hombre; pero no han llegado al éxito, como lo prueba el hecho de que mantienen la institución de los matrimonios plurales.

* * *

Los argumentos que esgrimían en favor de la poligamia eran muy sólidos —hay que reconocerlo— pero no me convencían. Mi fe religiosa era muy honda.

Pero me enamoré perdidamente de Mirtala, la más alta de todas —un centímetro más alta— y la más alegre de todas —un poquitín más alegre—. Me subyugaba su aplomo, su fortaleza espiritual, su serenidad, dotes que —estaba obligado a reconocer— también poseían sus primas. Tenía los ojos negros, la boca y las cejas artísticamente dibujadas, la nariz cortada a lo griego, sensuales los labios. Todas tenían negros los ojos, dibujadas artísticamente la boca y las cejas, la nariz cortada a lo griego, los labios sensuales. Eran como tres gotas de agua de idéntico tamaño. Resultaba casi imposible diferenciarlas, así como resultaba casi imposible encontrar a una alejada de las otras. Siempre andaban juntas.

Una tarde, en el jardín, tuve la fortuna de encontrar sola a Mirtala podando unos rosales. La conduje a un banco de cemento que semeja-

ba un tronco de árbol. Nos sentamos. Le declaré mi amor acariciándole las manos.

—¿Me amas tú? —le pregunté, al tiempo que la besaba en los labios.

Primero se dejó besar. Después entró en el torbellino y me besó ardentemente.

—Sí, te amo. ¿Pero estás seguro de que es a mí a quien quieres?

—Sí, Mirtala a ti, a ti nada más.

—Yo soy Marta —me gritó.

Se desprendió bruscamente de mis brazos y huyó, gradas arriba, hacia la casa.

Durante la cena las tres sonreían picarescamente y yo no me tomé el trabajo de averiguar quién era Marta, quién era Mirtala y quién era Marcela.

Pasé la noche en vela, cavilando. Después de un severo análisis de mis sentimientos llegué a la conclusión de que yo no estaba enamorado de Marta, de Marcela, ni de Mirtala. Yo estaba enamorado de las tres, del equipo. Y me poseyó el demonio. Porque echando por la borda mis convicciones religiosas, decidí correr el gran lance.

Al día siguiente las abordé en el salón de costura. Una hacía dibujos sobre las telas, otra las iba cortando y la tercera las bordaba.

—He estado leyendo —les dije— sobre la religión de ustedes y me he dado cuenta de que oficialmente proscriben la poligamia. Tal aparece en el Manifiesto de Woodruff y en la Declaración Oficial de José F.

Smith, el hijo de José Smith. La ley poligámica no aparece en El Libro de Oro. Ella fue establecida en virtud de una profecía que fingió el primer profeta José Smith, después que el Congreso de Illinois había concedido a Nauvoo una Constitución y le había permitido a él convertirse en soberano de los mormones como Jefe de La Legión de Nauvoo. Su vanidad lo indujo a anunciar esa falsa profecía.

—Los que afirman que José Smith simuló que Nuestro Señor le había revelado la ley de la poligamia —intervino Marta, me parece que fue Marta—, los disidentes, al negar esa profecía y calificar de farsante a José Smith, niegan el mormonismo todo. Nuestro Profeta encontró El Libro de Oro en virtud de las revelaciones que le hizo Moroni. Así lo afirma el Profeta y así lo creemos todos los mormones. ¿Cómo es posible creer en la procedencia divina de ese libro, si se afirma que José Smith es un farsante?

—Tres de los once testigos que declararon haber visto el libro —argüí— revocaron después su testimonio.

—Así es —siguió mi bella interlocutora—. Ellos fueron Cowdery, Whitmer y Harris, cuyos testimonios contradictorios carecen de valor en cualquier sentido y dejan en pie el de los ocho testigos restantes. Pero lo que yo quería decir es que los disidentes mormones, son disidentes a medias y se colocan en una posi-

ción absurda. Si el Profeta Smith es un falsario, ¿cómo creen en la existencia de El Libro de Oro, que él dice le entregó Moroni?

—Además —colaboró Marcela, me parece que fue Marcela—, en El Libro de Oro está decretada, aunque no de modo expreso, la ley de la poligamia. Así que ésta no nació única y exclusivamente en virtud de la profecía de Nauvoo. Enlazando e interpretando los textos sagrados se llega a la conclusión...

—¿Así que ustedes creen de modo absoluto en la ley de la poligamia?

—Sí —me contestaron.

—¿Y estarían dispuestas a practicarla casándose las tres con un solo hombre?

—Sí —volvieron a contestar.

—¿Cumplirían con los preceptos del matrimonio múltiple que exige en las esposas deposición del orgullo y ahogo de los celos?

—Cumpliríamos —respondieron.

—¿Actuarían siempre en conjunto como las he visto actuar, y jamás pretendería superioridad una sobre las otras?

—Sí —respondieron anhelantes.

—¿Entonces —pregunté—, quieren concederme sus manos? Marta, Marcela y Mirtala, las pido por esposas.

Las tres asintieron. Las tres lloraron. Besé a las tres.

* * *

Me preguntaron si yo quería que actuara en el matrimonio un sacerdote de la orden de Melquisedec o

uno de la orden de Aaron. Yo dije que me daba lo mismo; pero ellas me explicaron que era superior uno de Melquisedec, antiguo Rey de Salem, del que no se conoció ni el principio de su vida ni el fin de sus días, porque sólo los de esta orden tenían el atributo de imponer las manos y comunicar el Espíritu Santo. Me acomodé a la opinión de ellas y fuimos casados un día domingo por un sacerdote de Melquisedec que además era miembro del Colegio de los Doce Apóstoles, del Colegio de la Setenta y del Colegio de los Ancianos. Privó en la ceremonia la austeridad. No hubo baile ni vino. Recuerdo que nos leyó el sacerdote la epístola de San Pablo, alterando los términos que aparecen en el texto bíblico y repitiendo aquellos que parecen coincidir con la ley de la poligamia. Varias veces nos dijo, fiel al texto de la famosa epístola:

—Las mujeres casadas están sujetas a su marido. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos.

Llegó la noche y empezaron los problemas. Después de la cena se retiraron a la sala y celebraron largo conciliábulo. Al salir, sus rostros revelaban ira, rencor, las más bajas pasiones. Habían perdido la serenidad, la dulzura y la firmeza, virtudes con las cuales me conquistaron.

—Tú tienes que decidir —me amenazó Mirtala, supongo que fue Mirtala— con quién se inicia la luna de miel.

—Yo entendí. . . —les contesté azorado.

Me soltaron un puñetazo y me llenaron de insultos.

—¡Vulgar! ¡Puerco! ¡Degenerado! —gritaban.

Largo rato gasté en calmar sus ánimos y convencerlas de que no merecía esos improperios, pues yo de buena fe, interpretando tal vez erróneamente las leyes mormónicas, había creído que el matrimonio era plural desde sus inicios y en todas sus fases.

Cuando las hube calmado, volvieron a exigirme hiciera la selección.

Medité largamente, sobreponiéndome al cansancio que me agobiaba. Eran las dos de la mañana. Mientras cavilaba, ellas procedían de muy rara manera. Entornaban los ojos, los guiñaban. Habían perdido el recato y la compostura. Llegaron, incluso, a ensanchar el escote de sus vestidos y a subirse la falda arriba de la rodilla.

Yo las contemplaba asombrado.

—Escojo a Marcela —dije y tomé a una de la mano.

La aludida me lanzó el libro de oraciones en la frente y exclamó:

—¡Yo soy Mirtala!

Marcela por su parte me defendió de Mirtala y acariciándome dijo que mi decisión estaba tomada. Protestaron las otras, arguyendo que había habido error en la persona. Y se liaron en furiosa riña. De vez en cuando se desliaban para propinarme un

zapatazo, darme araños o tirarme del pelo.

Cuando se apaciguaron, les dije, ya furioso:

—Yo no puedo decidir. Rífense. Son las cinco de la mañana.

Aquello fue como tocar un avispero. Me molieron a golpes. Y allí terminó mi primera noche de luna de miel.

Huyendo, me fui a la casa del pastor protestante que nos había casado. Vivía él en un villorrio situado a dos kilómetros de mi casa. He de advertir que antes del matrimonio compré la casa de mis cónyuges. El pastor —mormón de pura cepa— estaba casado con dieciocho mujeres. Llegué a su casa al amanecer del día lunes.

—Deseo hablar con su marido —expuse a una de las esposas que salió a recibirme.

—Es imposible —me contestó—, está acostado.

—Me urge pedirle consejo —expliqué— ¿A qué hora puedo verlo mañana?

—A ninguna —me respondió—, los días de semana permanece en cama. Se levanta únicamente los domingos, para atender los oficios religiosos.

Y aquí me tienen ustedes. Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegan. Para colmo, hoy día jueves, he sabido que mis tres esposas abjuran ya de sus convicciones mormónicas y quieren abrazar el catolicismo.

Hugo Lindo

PULVIS ES...

No que hiciera frío propiamente; pero sí había refrescado por la noche, después de un día caluroso. El viejo partero tomó sus precauciones para no resfriarse. Luego de haber gritado con voz aún pastosa por el sueño: “—¡Espere un momentito, ya voy!” . . . , vistiósse de prisa, se colocó un suéter encima de la camisa arrugada y caminó a tranco largo hacia la puerta.

Lo esperaba un hombre que sostenía las bridas de dos mulas:

—¿Dónde es la cosa? . . .

—Donde don Rigo.

—¿En la hacienda?

—Sí.

Comenzaron a trotar en silencio. Ni un alma en las calles de Metapán. Cruzaron frente a la iglesia colonial, toda hecha de primores barrocos, y enfilaron luego hacia el río

de San José. Eran las dos de la mañana, y aquello daba la impresión de cruzar por un cementerio. El doctor Menjívar sintió un calofrío, casi un presentimiento, y quiso matarlo *ad portas*. Por eso habló. Para escuchar su voz. Para sentirse acompañado.

—¿A qué hora empezaron los dolores?

El hombre que iba a su lado rezongó un “¡a saber!” casi imperceptible, y el silencio continuó, no roto, sino acentuado por los cascotes de las bestias. Más tarde trató de establecer, nuevamente, un contacto.

—Ha refrescado mucho, ¿no?

Pero el otro hombre no hizo comentario alguno. Era como de palo. O como un muerto ambulante. O como un fantasma —eso, un fantasma— que deambulaba por el ancho

cementerio de tierras minerales, ricos en cal viva.

Llegaron al patio de la hacienda, frente al caserón de don Rigoberto. Allí se apearon y el mozo comenzó a desensillar las mulas. Desde afuera se escuchaban los gritos de la parturienta, agudos, penetrantes.

El doctor Menjívar apenas si saludó. En la abrigada alcoba se quitó la chaqueta, se lavó someramente las manos y comenzó a palpar el hinchado vientre de Aurora.

El rostro de la mujer estaba más bello que nunca. Aquella ternura virginal de sus facciones, se hallaba ennoblecida por la maternidad y dramatizada por el dolor.

—¿A qué horas comenzó?...

—Hace unas cuatro horas, doctor...

—Está bien... necesito agua caliente.

—Ya está lista...

—...y paños limpios...

—Los que quiera...

Don Rigoberto, hombre puntual y ordenado, arrancó del calendario la hojita del día que acababa de pasar: 8 de Mayo de 1915. El médico siguió esperando, sentado, con una profesional y callada pachorra. A ratos palpaba. Los gritos de Aurora, ya semidormida por las inyecciones, eran más suaves, pero más frecuentes.

—Don Rigo... Sería mejor que usted esperara en el patio.

El propietario de la hacienda salió. Aclaraba el cielo. Se puso el

hombre a fumar. Nunca hubiera creído que ese momento lo agitará tan hondamente. Se quebraba los dedos. Caminaba desde la puerta principal hasta los postes en donde se hallaban las mulas amarradas, y volvía a la puerta. Una y otra vez, en tanto daba fuego a un cigarrillo con la colilla del otro.

Por fin se acercó una criada.

—Don Rigo, dice el doctor que ya estuvo...

—¿Ah?...

Era hombrecito. Pesaba siete libras y media, y venía perfectamente normal. Su nombre hallábase impreso en la nueva hoja del calendario: "9 de Mayo de 1915. — San Gregorio".

A don Rigo le temblaban las piernas de la emoción. Tomó asiento, y olvidando acaso su condición de hombre hecho a todas las rudezas de la vida campesina y minera, rompió a llorar.

—Es de alegría... —sintióse en la necesidad de aclarar.

—Bueno... bueno... debería tomarse una copita de coñac...

—Si usted me acompaña, doctor...

—Claro... claro... —respondió el médico riendo golosamente por entre los canosos bigotes.

* * *

No pudo el médico marcharse tan pronto. Su propósito era el de tomar desayuno con don Rigo, pedir luego que le ensillaran una mula y regre-

sar cuanto antes a Metapán. Así le quedaría tiempo para reposar siquiera un poco antes de atender a su clientela habitual.

Pero temprano de la mañana llegó al salón en donde se hallaba, llevada por una mujer de la hacienda, una mala noticia que venía del dormitorio. Fue a ver.

—No tiene importancia... Es normal... Habrá que darle un poco de vino de quina para reponer las energías.

Ya hacia la tarde pudo saberse que no era tan sencilla la cosa. El rostro de la enferma había ido empalideciendo gradualmente, hasta quedar de un amarillo marfilino que le daba el aspecto de un camafeo delicadamente burilado. El doctor hizo esfuerzos heroicos. Más vino. Café cargado. A las ocho y diez de la noche se detuvo el reloj, inexplicablemente, y el pequeño Gregorio dio en su moisés un grito sin que nadie supiera por qué.

La muerta estaba tan linda, con sus dieciocho años recién florecidos, con los labios pálidos finamente dibujados en el rostro más pálido aún, que el atormentado marido la vistió de novia y se quedó al lado del féretro, con los ojos como perdidos en el vacío.

Así la enterraron en el cementerio, blanquísimo de cales aglomeradas, en donde se alzaba el mausoleo de familia.

* * *

Don Rigoberto cultivó la memoria de su mujer durante varios años. Pero al cabo él estaba todavía joven, le pesaba la soledad, y el niño le significaba una serie de problemas que él no hallaba cómo enfrentar.

No había cumplido Gregorio los cinco años, cuando ya su padre contraía nuevas nupcias con una viuda de Metapán, rica como él y como él propietaria de minas de cal.

El niño aprendió a quererla y a llamarla "mamá".

La vida fluyó. Vinieron los estudios primarios, que Gregorio hizo en Metapán. Ya para los secundarios fue menester enviarlo a Santa Ana, al Liceo San Luis, bajo la tutela directa del inolvidable Padre Núñez.

Y cuando el muchacho, ya bachiller, se inclinó por la vida religiosa, encontró en don Rigoberto y su mujer una fuerte oposición que sólo le sirvió de acicate. Hubieron después, entre rabietas y apesadadas reconveniones, de ceder ante el imperativo de la vocación. Gregorio marchó entonces al Seminario Conciliar, en San Salvador, en donde pronto dio muestras de genuinas condiciones para la vida que escogiera.

Una vez al año echaba en una pequeña maleta sus escasas pertenencias de seminarista, y marchaba a la propiedad de su padre. Corría entonces por los llanos, a caballo, y dejaba que el sol lo tostara hasta despellearlo. Doña Marina volcaba sobre él toda la solicitud de su frustrada

maternidad, y lo acompañaba hasta Metapán todos los días, para asistir a la misa.

—A ver tú cuándo dices tu primera misa...

—El año entrante, si Dios quiere...

Llegó el instante de la ordenación. Gregorio se sintió pleno. Temblaron levemente sus manos al consagrar. Temblaron más al elevar la hostia. Y oró por sus padres. ¿Por sus padres?... Luego advirtió que como madre había tomado sólo a doña Marina. La otra... bueno... ¡El no sabía nada de la otra, de la real...

Pocos días después, un telegrama de don Rigoberto lo llamó con urgencia. El hombre había vuelto a enviudar.

¡Ah, sí!... Gregorio sabía que su madre no era esta mujer a quien amaba como tal, sino la otra, la del retrato de su alcoba de ayer, aquella jovencita, casi niña, que en su recuerdo no significaba nada. Su dolor fue hondo. En sus cavilaciones, no dejó de preguntarse muchas veces cómo habría sido aquella Aurora casi legendaria, cómo habría sido su propia vida si ella no hubiera muerto...

Y el tiempo siguió pasando. Los años llevaron al mausoleo familiar los restos de algunos parientes lejanos. Ya que él no había tenido más hijos, don Rigoberto extendía su protección a quienes se hallaban dentro de su círculo de afectos. Cayó

también en la sombra el viejo partero de Metapán, el doctor Menjivar, útil y bondadoso hasta en los últimos días de su vejez. Y el Padre Gregorio dijo la misa de sufragio y rezó, conmovido, los responsos. Don Rigoberto comentó:

—¡Es curioso!... El fue quien te franqueó las puertas de la vida temporal, y tú le ayudas a pasar las de la vida eterna...

* * *

Monseñor hizo llamar al Padre Gregorio.

Una noche antes de la entrevista, el joven sacerdote hizo minucioso examen de conciencia. No podía evitar cierta nerviosidad, a pesar de que no hallaba en su propia conducta ningún motivo de recriminación. ¿Había sido, acaso, descuidado en su ministerio?... No: honradamente no... ¿Cuántas veces había tenido que levantarse, cansado y soñoliento, hacia la madrugada, para llevar auxilios a un enfermo?... ¿Cuántas veces había sacrificado su desayuno o su almuerzo, para atender asuntos de la Parroquia y evitar al viejo cura titular, esfuerzos superiores a sus energías?...

“Es inútil —se decía— que me torture especulando en el vacío”...

Mas tornaba a la cavilación.

Para promoverlo, para darle una parroquia en propiedad, para llamarlo a servir como familiar en la sede episcopal... ¡era imposible! ¡El no tenía méritos!... Además, el

corazón le decía sordamente que algo sombrío andábase agitando detrás de aquella cita imprevista.

Recurrió al misal. Lo abrió al garrate, como preguntando vagamente por algo, y sus ojos cayeron en el introito de la misa de los catecúmenos. Lo sabía de memoria. Dejó nuevamente el libro sobre una mesa desnuda, sentóse en la antigua silla poltrona del párroco titular, y empezó a decir entre dientes las palabras antifonales:

“Quia tu es, Deus fortitudo mea: quare me repulisti, et quare tristis incedo...”

Dios era su fortaleza, ciertamente... ¿Mas por qué ahora sentíase desechado y afligido?... ¿No estaría construyendo un absurdo universo de temores por el solo hecho de que Monseñor quisiera hablarle?...

Echábase en la poltrona hacia adelante y hacia atrás en un dulce balanceo que lo adormecía. El rezongo latino que salía de sus labios estaba lleno de sílabas turgentes, acariciadoras —um, úam, erunt— que lo envolvían en un oleaje sonoro.

Y dormitó.

Su entresueño se pobló de imágenes. Cabalgaba él sobre planicies blancas, interminables. A su lado iba una sombra callada. El viaje no tenía por delante un camino, sino la mano abierta de la llanura, con todos los rumbos posibles e imposibles. Era de noche. No había luna ni estrellas; no obstante, una luz lechosa e indefinida se reflejaba en

la tierra mineral, y a ratos desdibujaba la sombra del acompañante para volverla a modelar, casi hosca, sobre una mula paralela... Aquello era como un cemento...

—¡Padre, Padre!... ¡Se ha dormido!...

¡La voz del viejo cural

—¿*Quare conturbas me...*?

* * *

Monseñor tenía razón. No porque él, el Padre Gregorio, poseyera méritos para ser promovido, sino porque... Efectivamente, desde la Párrquia de Metapán podría ahora vigilar la achacosa vejez de don Rigoberto, mal atendido a veces por manos mercenarias, a veces por manos afectuosas, pero ignorantes.

Con qué regocijo volvió a moverse entre las naves silenciosas de la iglesia, ahora con los ojos más abiertos que nunca a las bellezas del detalle. ¡Qué inverosímil talla la de los altares, qué repujados milagrosos en el sólido confesionario, qué muros anchos, de un noble adobe capaz de testimoniar varios siglos de historia...

Al menos una vez por semana le era dable dirigirse en motocicleta al caserón de su infancia, ahora denso de olores farmacéuticos.

Supo Gregorio que Monseñor había atendido a una oculta solicitud de don Rigoberto, y comprendió que la decisión de su pastor estaba, como lo presintiera, soportada por algo sombrío. Era que su padre se

encontraba en franca decadencia, pero no estaba grave. Los suyos eran achaques, decaimientos, tristezas. A ratos meras enfermedades imaginarias.

—Es que este caserón le queda grande, papá...

—¿Qué puedo hacer?...

—Véngase a vivir conmigo, a la Parroquia...

—¿Y cómo deajo esto?

—¿Qué le importa?... Lo que importa es su salud... Esta soledad le está haciendo daño...

Era su herencia. La hacienda. Las minas. Riquezas materiales que el orín corrompe, y que, a su vez, corrompen el alma.

—Es menester que alguien vea nuestros intereses.

—Todo eso es vanidad, papá. Ya usted no necesita de riquezas sino de atenciones, y por lo que a mí...

Don Rigoberto cedió. Al cabo, él también había sido dentro de su vida de hombre de mundo, caritativo y desprendido. No era hora de aferrarse a los bienes terrenales. Lo que debía hacer, por lo contrario, era preparar su viaje, aliviar su carga. Por eso, para eso, había hecho esfuerzos porque su hijo volviera al lar nativo. Además, comprendía que Gregorio, como sacerdote, no deseaba para sí aquella fortuna.

—¿Y si destináramos esto para una escuela parroquial?... ¿O para un hogar de niños vagos?...

* * *

El último año se deslizó sin mayores complicaciones. A veces un ataque de asma, o un resfrío, o un dolor reumático que don Rigoberto lamentaba más que otra cosa, porque lo hacía sentirse inválido. Pero nada más. La vida era apacible. Sobre todo, sin esa tremenda soledad que lo estaba aplastando. Ahora sentíase como más aliviado, y en él renacían los ánimos perdidos.

Aproximándose la Semana Santa de 1957 el Padre Gregorio tomó las providencias del caso para inaugurar el hogar de niños vagos. Llegó el momento de hacerlo. Hacia el solar antiguo se dirigió con su padre. Don Rigoberto quiso ir a lomo de bestia. Estaba mejor que nunca de salud, y deseaba rememorar sus días juveniles. Se hizo la inauguración con toda la pompa que los recursos permitieron. Gregorio bendijo la obra, y bendijo también a su padre que la hacía posible. Y cuando ya declinaba el sol, ambos emprendieron el regreso.

Llegó temprano el Padre Gregorio a la iglesia de Metapán. Su viejo, lógicamente, había de tardar aún. Entretúvose el Padre leyendo textos piadosos. Pero el reloj caminaba, caminaba, y don Rigoberto no daba trazas de llegar.

Lo llevaron en camilla. Un mal paso de la mula. Una fractura. Varios días en los cuales Gregorio hubo de repartir sus afanes entre los oficios de la temporada y la atención de don Rigoberto. La muerte puso

punto final a la congoja el día 5 de marzo.

Empinándose heroicamente sobre su dolor alcanzó Gregorio un tipo extraño de desdoblamiento: no faltó a ninguno de sus deberes como cura de la parroquia, ni escatimó lágrimas junto al féretro de su padre.

Había que enterrar el cadáver. Con alarma, al atender el papeleo burocrático, notó el sacerdote que en el mausoleo familiar ya no había sitio disponible.

¿Qué hacer? ¿Cómo despojar de su nicho a los parientes pobres, al doctor Menjívar, a gentes que habían sido recogidas allí por ley de caridad?...

* * *

Al sordo ruido de la piqueta cayó por fin la losa grande que recubría las sepulturas. Cada nicho ostentaba, a su vez, una pequeña plancha de mármol con su inscripción.

Y entonces Gregorio vaciló.

¿Su madre?... ¿Cuál de las dos?...
"Aurora de Retes, n. el 12 de Enero de 1897; m. el 9 de Mayo de 1915"...
"Marina de Retes, n. el 12 de noviembre de 1900; m. el 10 de Agosto de 1942"...

La primera era su madre, su madre auténtica, y había muerto para darle la vida... ¿Cómo podía hacerlo?... Pero la otra también en distinto sentido, era su madre. Y más aún. A su lado había discurrido la propia infancia. Con sus ternuras y su comprensión se había alimentado

la juventud. Con su recuerdo estaban llenos los recintos del alma... ¡Imposible!...

—¿Cuál abrimos, Padre?...

Casi instintivamente respondió:

—La más vieja...

Pensó: a los cuarenta y dos años, ya sólo será un puñadito de tierra... En una bolsa pequeña, a los pies del nuevo ataúd...

Apareció el cajón. Inexplicablemente, Gregorio sintió vivos impulsos. No sabía si era un movimiento emotivo, debido a la nerviosidad y al dolor del instante, o si era una simple actitud de curioso. Sí, sabía que era irrefrenable la inquietud. El mismo hizo girar con prisa los tornillos que afirmaban la tapa y la levantó con decisión.

Adentro estaba, incorrupta, una dulce muchacha de dieciocho años, vestida de novia. Las facciones finas. El rictus un poco seco, pero transido de una rara beatitud. Era como si sonriera al hijo, desde la hondura de los tiempos.

Tampoco pudo el Padre Gregorio refrenar un nuevo impulso: alargó las manos para tocar aquel rostro que habría podido amar tanto, y de cuyos labios hubiera podido recibir todo el milagro de la infancia. Pero al tocarla, como si un viento atroz soplara sobre un hacinamiento de pavesas, voló un polvillo gris. El mismo que tiñó los dedos del sacerdote.

Este trazó sobre su frente una línea vertical con la ceniza, diciendo:

—*Pulvis es...*

En su tribulación alcanzó a recordar que era Miércoles de Ceniza, y completó la cruz:

—*et in pulverem reverteris...*

Y sollozó, mordido por una jauría de dolores.

Cristóbal Humberto Ibarra

LA VIRGEN LEPROSA

¡Ayayaaaaaaay!

El grito brotó desde más allá del *Usumacinta* brumoso y bravío, enredándose en las copas gigantes de los árboles, atravesando los túneles añosos, apaciblemente traidores de la selva. Era una especie de lloro que cubría de puñales dolidos el ambiente, quejido de algún alma desvelada que tornaba al nido de sus viejas querencias destrozadas...

—¿Oyó, mano?

—Sí, pues... ¡La Virgen Leprosa ta llorando!

—¡Ah, puchis! ¡El monte esconde-rá la goma!...

—¡Año malo se los vien!

El llanto se volvió a romper más fuerte y más desolador. Raspó el techo vegetal que pesaba sobre los *lagarteros* del río y como un triste relámpago inundó de pesadumbre

los campamentos *chicleros* y los cho-ceríos taciturnos que también agita-ron su espanto bajo el agrio clima. La selva detuvo sus rumores en un gesto sombrío y la voz del presagio encogió los nervios de los hombres que presentían el hambre azotando inclemente sobre sus poblados. La Virgen Leprosa se quejaba. Era la maldición que todos los monteros conocían y contra ella nada se podía. Inútil todo... ¡No se podía!

Nadie supo jamás de qué lugar procedía. La Evarista Sequén arribó al campamento cuando los *contratis-tas* y *subcontratistas* en plena tarea de *enganchar* hombres, se baten a tiro limpio contra los rivales marrul-leros que se han adelantado en la aventura, despojándolos de los más *altos chicleros*, aquellos que *rum-bean* mejor, y saben hablar con más

cariño al árbol, conociendo a fondo el secreto de su sonrisa blanca, arrancándole más leche a cambio de hacerle menos daño.

Fue una mañana de junio lluvioso y torrencio. La Evarista Sequén asomó a la aldea vistiendo traje hombruno. Zapatos de trompa levantisca como dispuestos a retar al fango, sobretotas, pantalón *café de lona* y camisa verde musgo a cuadros. Su ancho sombrero le daba un extraño gesto de imponencia que atraía y su machete al cinto era una orden de respeto... Sin embargo, se adivinaba en ella a la mujer.

Ladeó el *bodegón* de la oficina, salvó de un salto los escalones haciendo rechinar sus botas en el corredor. Un hombrón curtido la miró estudiándola. La Evarista Sequén, reconociendo en él a un contratista se le arrancó en su primera decisión:

—Quiero trabajo. Soy chiclera.

Una sonora carcajada se resbaló timbaleando en las paredes de las *champas* bostezantes de aburrimiento.

—El chicle es pa los machos... ¿Entendés? ¡Y vos me lo pedís!

—Ta bien. Me iré con otro. ¡Cabrón!

Un certero salivazo mapeó el rostro del hombre que en seco paró de risotear. La miró alejarse a lo largo de una vereda, pantanosa curtidada de *sapillos* y culebras de agua. Rondas de mosquitos le querían atajar el paso, pero la Evarista Sequén los azotó con el sombrero, siguiendo li-

bre en el camino de su rabia.

El contratista era un haz de miradas en su asombro:

—¡Perra la patoja...! ¡Ta güena y es machita!

Veinticuatro horas después una voz tabaco-aguardentosa llamaba a la Evarista Sequén en la *cuadrilla*.

Diez quintales de caucho por temporada y treinta dólares por quintal. No importa cómo, ni hasta dónde el dolor del sacrificio. Pero el chiclero tiene que cumplir su compromiso y en pos del chorro claro tala y tala el verde abovedado de la selva. Diez quintales por año. ¡Eso es todo! Aquí el anhelo fuerte del *cauchero*, el relumbrón del oro *gringo*, el disfraz humillante de la pordiosería que toma el traje engañoso de la abundancia... Y más allá la selva, prodigiosa madrina de la fiereza que ata al hombre en cuanto la conoce, porque es la gloria de medirse con la muerte la que le hace aferrarse a la aventura de encauzar el río blanco de la goma, luchando contra el tiempo y su soberbia, contra el odio del diente y el veneno, bajo cielos de sombra y agua sorda, sobre lechos de fiebre y de ponzoña.

Diez quintales por año. La Evarista Sequén rindió cincuenta en la primera entrega. Con los ojos desorbitados, fruncido el ceño, arqueadas las cejas en la incredulidad y escupiéndose salivones espesos de tabaco y *clan*, los *cuadrilleros* observaban, a la chiclera que repartía sorpresas

con su exagerada anotación. Pluma en mano, el contratista atrapaba moscones con la boca, sin decidirse a escribir, como dudando en el más hondo de los recelos. Cambiaban señales los perfiles cetrinos, un viento misterioso acampó sobre la tarde y el murmullo criminal de lo diabólico comenzó a frutecer en la torva conciencia de los hombres.

—¡Vuele vidrio, cuate...!

—¿Si será bruja la maldita?

—¡Por lo menos...!

Y lo mismo ocurrió todos los años. La chiclera llegaba con el *tiempo* y con el tiempo retornaba “a saber dónde”. Sola acudía al reclamo de los contratistas, ensoñando al pago alegre de las temporadas. Sola se internaba en los reductos de la selva que sólo ella conocía. Sola trabajaba en el ir y venir de los días y las semanas y los meses y sola desaparecía empujando su aro simple de leyendas a las oscuras regiones de donde provenía. ¿Sufría o era feliz? ¿Se apegaba a la vida, o la vida le importaba poco? ¿Tenía corazón, o una brasa infernal le almacenaba el pecho? Todos, absolutamente todos, ignoraban el destino de aquella sombra indescifrable, hierática e incomprendiblemente fría, cínicamente melancólica, cercada de misterio y brujería.

Mucho se habló de aquel carácter esquivo y de la fantasmal soledad de la chiclera. No era orgullo —dijo más de alguno en su defensa—, era más bien piedad disimula-

da de soberbia. La Evarista Sequén padecía una extraña dolencia y temía contagiarse a los *huleros*. Por lo demás era una santa... Pero... ¿y el chicle? ¿De dónde lo sacaba?

Un hombre hubo que se atrevió a seguirla hasta más allá de lo real, acaso del lado del vacío. Era el mejor de los *rumberos* y el más hombre de los hombres que sudaban coraje en la montaña. Fue por valorar su sangre, por medir tal vez la fibra terca de su raza, por dominar la cima de su orgullo macho, que el cauchero pesquisó a la hembra. Pero tornó loco, salpicando de historias increíbles el calor de los fogones, de cosas que olían a mentira la comba bulliciosa de las noches selváticas. Raros, rarísimos eran, ciertamente, los cuentos que el chiclero loco despenicaba en sus cuadrantes de delirio. Reía primero, hablaba después y concluía otra vez riendo, empapando con su historia a los oyentes...

Jamás los cuadrilleros habían escuchado un lenguaje semejante. Eran como palabras de humo, como cantar de mandolina rota, como los versos tristes que mastican los monteros borrachos cuando barren sus penas con alcohol. Aquí está, más o menos, lo que el hombre en su locura de chicle repetía:

—La voy siguiendo en el monte, la he seguido. Soy un chiclero más, me he dicho por dentro y caminando. Es ella que va delante de mí, cerca de mí, muy frente a mí. La Evarista

Sequén me guía a mí. Sus pisadas de luz andan por mí. Sus ojos de dolor miran por mí. Su corazón vive por mí. Su carne y su desear pecan por mí. Es ella la que peca y yo el que goza. Ahora sufro en el goce y caminando... ¿Distancia? ¿Para qué si no la siento? ¿Y el tiempo? ¿Qué más da si no lo cuento? ¡Qué luciérnaga enferma no ha llorado! ¡La Evarista Sequén también me llora y en su llanto se crece la montaña! ¡Soy yo con su secreto y caminando! ¡El chicle es ella, la Evarista Sequén...! ¡Y yo, soy que soy la muerte y caminando...!

Otras veces recostaba su idiotez en las fogatas y en una forma de ronroneo lúgubre continuaba el enhebrar de sus dislates. No eran árboles para él los de la selva, eran hombres de verde estatura y piel extensa cortando el son lunado de las noches, suaves niños de monte que acudían reptando hacia los pechos de ella, a succionar el filtro blanco de su grande que era el caucho.

—¡Los he visto saltar con pies de tierra! ¡He mirado mamar su leche triste! ¡El chicle es ella...! ¡Y yo, soy yo que soy la muerte y caminando...!

Espantaban las cosas del montero loco. El campamento se colmó de miedo y el clamor de la protesta recayó en la hembra, porque el rumbo idiota seguía enredando la mente de los hombres con su enorme cosecha de extravíos y su mar de

lunas tontas babeando en la quietud vigilante de los nocturnales.

—¡Es pura bruja la maldita!

—¡Qué va ser alma del monte...!
¡Babosadas!

—¡Si güelve el año entrante la acabamos!

—¡Eso muchá..., la acabamos!

Centenares de *pangas* navegaron los ríos anchurosos. Las aves migratorias habían huido hacia tiempo a los escondidos parajes de su estación salvajemente dulce y provechosa. Alharacas de monos saludaban el paso de las barcas azules de vados y de cielos profundos. Recomenzaba el ciclo de venganzas. Retornaban los hombres sedientos de látex con el suspiro del *hule* a flor de labio. El monte se entornaba en el bostezo vislumbrando la forma de sus nuevos peligros.

Los caucheros volvían. Eran las mismas caras curtidas de otros años y los gestos ceñudos también eran los mismos. Los hombres del chicle son como la selva, no envejecen nunca. Miden lo lejano de su infancia por sus odios despiertos, los peligros sorteados y sus lacras... “Cuando me apareció la *llaga* ...”. “La vez que al compa Ambrosio lo *trabó* la *nahuyaca* ...”. “El tiempo en que *acabaron* al *dijunto* Isauro...”. Así iniciaban siempre sus historias simples, sencillas y trágicas, festoneadas de miseria, acuareladas sobre el dolor de sus propias existencias explotadas.

Regresaron los nervudos montañeses y con ellos la Evarista Sequén derramando el vuelo enfermo de sus pájaros. Era también la copia fiel de años pasados. Taciturna, rodeada de sus latentes soledades y sus melancolías, se entró de nuevo al campamento. Firme el andar pasó la-deando las filas de hombres mudos que ocultaron su mueca, disimulando su impiedad jurada en un delgado silencio de hoja muerta.

Diez de ellos se ofrecieron a seguirla. Sería al amanecer, después de muertos los fogones y cuando apenas las lámparas de *querosén* vigilan el dolor del campamento, tras un coro de chirridos y croares que bordan su misterio en las marañas.

El alba cantó en las hojas destilantes, vaporosamente tiernas, dando el aviso del nuevo día a los légamos tristes del pantano, que envió sus espirales de humo al encuentro del primer rayo solar. La Evarista Sequén tomó su *equipo*, se *desperezó* con el pecho de la bruma, rumbeó hacia el monte y se adentró en la muerte.

Diez sombras la viajaban en sus huellas...

¡Los demás dormían!

¿Qué cosas más no siguió refiriendo aquel cauchero loco? Muchos años hace ya de ello y aún su voz

de páramo continúa haciendo reventar las bocas en temblores de oración. Nunca más volvió la Evarista Sequén a desandar el rastro de las caucherías, pero tampoco se supo jamás de sus perseguidores. Sin embargo, el son perdido del chiclero loco sigue revolviendo lunas sobre las almas ebrias de supersticiones.

Un pueblo de leprosos se había descubierto más allá del río. Lo mandaba una mujer, aseguraban. Grupos de hombres la abanderaban como perros, aullando a su vanguardia con una especie de gemido que hacía huir a los pavóricos monteros y más de uno juró haberla mirado curando piadosamente a los *chicozapotes* de las heridas causadas por los machetes montunos, mientras surtía su llanto de hembra amargurada sobre la piel sangrante de los tallos.

La Virgen Leprosa la han llamado. Y asegura la voz sencilla de la gente, que cuando la aurora raya el horizonte y un llanto agudo, largo y triste se estira allende las riberas del Usumacinta, el monte esconde su resina, bulle el hambre y los hombres del presente pagan muy caro por el crimen de otros hombres...

Matilde Elena López

Al negro le pagan por bailar

Esta es la historia de un hombre triste, o mejor dicho, la historia de un negro triste que es más doloroso todavía. Yo me siento por dentro pintado de betún, me ahogo en un pozo negro, me estoy ahogando desde que nací. Una vez leí —¿o se la oí a mi madre cuando era niño?—. Acaso ella me la leyó. Era algo de Chesterton: “Un tigre puede librarse de su jaula pero no de su piel manchada...” Mi madre lloraba mucho. Quizá por eso nací triste... Un día me dijo: “Cada quien lleva su drama adentro...” Yo adivinaba cuál era el suyo... Pero no hablemos de eso.

—Pobre hijo mío —solía decirme, y me dormía:

—Emeíto, eme ó. Emeíto, eme ó. Durmete me nengro lindo.

—Emeíto eme ó. Emeíto, eme ó.

Aquellas fueron las únicas palabras de ternura que he conocido. No sé por qué cuando se anuncia la Navidad, yo tengo como un presentimiento: algo malo me va a pasar... ¿Algo malo? ¡Pero si todo lo que me ha sucedido es desastroso...! Pero pienso que vendrá algo peor... Yo soy un negro supersticioso... Eso me viene de los viejos atavismos de mi raza. Y el miedo también. Me viene de la selva. Sólo la tristeza no sé de dónde me viene. Quizá de mi madre. De mi padre sólo recuerdo a un jamaicano estirado que hablaba inglés:

—British, British. No importarme Panamá.

Pero a mí sí me importa porque es mi tierra. Y me duelen muchas cosas que aquí pasan. Sobre todo en Chorillo, Marañón, Calidonia y San

Miguel. Los barrios de color. Músculos negros para la Zona del Canal. Yo no sabía lo que era la discriminación, hasta que tuve que ir a trabajar al Canal. Entonces me di cuenta que somos unos seres desgraciados en este mundo de dólares.

Pero les decía que me asusta la Navidad. Fue porque un 24 de diciembre —hace muchos años— yo era un niño triste (porque he sido niño alguna vez aunque ustedes no crean), y mi madre me ayudó a componer una ramita de pino. Eramos muy pobres, pero yo había conseguido muchas cosas porque soy habilidoso, eso sí. Mi mamá. ¡pobrecita!, la había abandonado mi papá y se puso a vivir con otro. Era un carpintero borracho, infame. Yo le ayudaba como podía, pero me odiaba...

—Negro maldito —me decía—. ¡Ay!, yo se lo aguantaba, pero no que le pegara a mi mamá.

Ese día era Navidad, y yo llegaba contento a encender las luces del arbolito. Mi padrastro borracho discutía con mi madre...

—Ese muchacho es malo. ¡Malol —decía—. Lo voy a matar.

Mi madre lloraba. Yo no me atrevía a entrar, pero vi cómo le pegaba y ella caía al suelo a puntapiés, y me cegué. Eso es todo. Me abalancé sobre él...

—¡Andá listo! —me gritó mi mamá.

¡Ah!, que andé listo, ¿no? —gritó el hombre.

Y tomó un martillo que estaba

cerca, y me lo tiró con ganas a la cabeza... Sólo recuerdo que vi muchas luces, y todo como un rojo, y me desvanecí. Dicen que me desangré mucho. Ahora ya saben por qué me asusta la Navidad... Y luego dicen que los negros somos supersticiosos y tenemos muchos complejos...

Poco después murió mi madre.

—Vete al diablo, negro del demonio —me dijo mi padrastro—. Y yo me fui a la ciudad. Quería buscar trabajo de lo que fuera. Sólo tenía doce años.

No sé si les he contado que yo nací en un pueblito, donde murió mi madre. Ir a la capital, fue pues, una aventura. Hice de todo. Cuidé carros, vendí en el mercado. Soñaba con salir en un buque grande a rodar mundo, y por eso me metí de ayudante de carga. ¡Ah!, porque soy fuerte. Me embarqué una vez pero me echaron del trabajo. En la capital rodé por las cantinas. Todo porque a la medianoche los borrachos ya no se comen las bocas y se consigue algo.

Luego me fui a la Zona del Canal a trabajar a los muelles como cargador. Sólo para eso servimos los negros. Y la conocí a ella, la maldita. Parecía que ya todo se me iluminaba. Que la vida iba a cambiar... Le puse casa, saqué muebles por abonos. Ella me esperaba después del trabajo, y con ella aprendí a refr... hasta me llegué a sentir alegre, y aprendí el sentido del hu-

mor... Algo a veces cruzaba como una sombra y me ponía serio. La risa se me deshacía...

—¿Por qué te ríes así? —me decía—. Parece que lloras por dentro...

Así con todo seguíamos contentos y yo la llevaba a bailar a los carnavales... Un negro tiene el ritmo en la sangre y yo era un demonio bailando. Un gringo me vio bailar en una cantina del límite de la Zona del Canal.

—Caray —dijo el gringo—. ¡Cómo te mueves! ¿Te gustaría bailar en el Happy Land?...

Mi suerte estaba echada. Allí me contrataron por recomendación del gringo. Me dieron un vestido blanco y un corbatín negro. Un sombrero de paja como el de Maurice Chevalier —a quien yo imitaba—, y un bastón. Bailaba y me reía:

Ja, ja, ja, ja... Era una carcajada larga y estridente. Y los dientes resaltaban como teclas de piano, de un piano que lloraba por dentro...

—Ríete negro. Ja, ja, ja. Baila negro, baila...

—¡Ah, qué negro salvaje!... baila y se exalta, con el instinto de su sangre sensual! ¡Qué negro, qué negro! —decían los gringos ya borrachos.

A mí me pagaban por bailar y divertir a la gente. Yo no cargaba sacos enormes en los muelles... Mi suerte había mejorado...

—¿Sabes que vamos a tener un hijo? —me dijo mi mujer. Yo la tomé entre mis brazos y la besé en-

ternecido. Aquel fue el día más feliz de mi vida.

Pero no podía durar mucho la dicha. Como trabajaba de noche en el Happy Land, la mujer se quedaba sola. Un gringo la andaba rondando. Era un soldado de la Zona, de los que llegan, acampan y se buscan una entretención mientras regresan a su país. Le gustó mi negra.

—Sos una morena picante —le dijo un día entrándose a la casa mientras yo dormitaba cansado.

Mi mujer movía las caderas para andar y le gustaba provocar. Se ponía un pañuelo de color en la cabeza. Daba gusto verla.

Ahora empieza, amigos, la verdadera historia. Cuando una mujer le dice a un hombre:

—A mí me parece haberte conocido desde antes. Yo te quiero mucho.

Aunque esas palabras las repiten todas, uno piensa que es verdad y se siente en el cielo. No, no crean que me voy a poner a llorar porque la mujer me dejó. Porque se fue con el gringo que le puso una casa con césped. No, señores. ¡Que se fuera! Mujeres abundan y más en Panamá. Sólo me dolía por mi hijo. ¡Tendría la misma suerte que yo en manos de aquel gringo! Me dolía pero no se lo podía quitar... ¿Qué iba a hacer con él? Poco a poco la mujer se me fue olvidando...

Ahora díganme ustedes si yo no tuve razón. Era Navidad. Yo tenía que trabajar toda la noche en el

Happy Land. Esa noche había más marinos gringos que nunca. Eran las diez. Mi número era para después de media noche. Un amigo llegó agitado. No sabía cómo decirme...

—¿Qué te traes? —le increpé.

—Hermano, malas... Tu hijo...

—¿Qué? ¿Qué le pasa a mi hijo?

—Está allí muerto. Dicen que lo mató el gringo... el que vivía con tu mujer.

—¿Qué dices? ¡No puede ser! ¿Dónde está? ¿O es que estás borracho?

—No hermano, está muerto...

—¿Y ella? Pero ¿por qué iba a matar el gringo al niño?

Salimos a toda prisa. En la calle se oía la bulla. Yo estaba enloquecido.

—¡Lotería!... ¡Sáquese la gorda. Se juega esta noche!

—Mataron un negrito en el Límite...

—Okey, okey, tómelo suave. Abra paso, golpe.

—¡Allí viene Santa Claus! —y se oía el griterío de los chiquillos rodeándolo.

—Hermano —me gritaba el amigo siguiéndome—. Espérame —y trataba de alcanzarme.

Pero yo no oía nada. Nada más que el estribillo duro, golpeándome:

—Dicen que un gringo mató a un niño negro...

—Sí, amigos, sí. El gringo, el que me quitó a mi mujer...

En las cantinas apretadas de borrachos, las sambas calientes y lúbricas...

—¡Sodoma, Sodoma! —gritaba yo.

—¡Prostitutas! ¡Prostitutas! No sé si pensaba o gritaba. Da igual.

—¡Que caiga fuego eterno sobre las chombas hirvientes de sensualidad!...

—Todas las mujeres son prostitutas... yo rugía por dentro. Ustedes no entenderían lo que a mí me pasaba.

—La música resonaba estridente. Rock and roll, Calipso, Merecumbé...

—Back to back —cantaba una negra. Y el ritmo sensual retorciéndose... Y a lo lejos, desentonaba un lamento:

—Píntame angelitos negros...

—Señor, que pintas con amor...

Perdonen lo entrecortado de esta historia. Todos mis recuerdos se agolpan. Mi niño... mi niño... Mi negrito con los ojos brillándole como pacunes... y lo blanco de los ojos como teclas de piano... y los dientes blancos, muy blancos. Y el pelo parado, la cabeza rapada, pelidura...

Corrí como un loco. Cerca de la casa donde vivía mi mujer con el gringo, se oían los gritos:

—¡Ay, ay, ay! ¡Mi hijo ta muerto!

¡Ay, ay, ay! Se cayó de allí de la refrigeradora... ¡Pobrecito!

—¡Mentira, mentira, llo mató el gringo, tu hombre!

—¡Ay, ay! Emeíto se cayó de allí. El no tuvo la culpa, él no.

—Mientes, chomba del diablo, mientes, perra —gritaban las vecinas.

No se podía pasar; todo el mundo gritaba indignado. Era un solo coro negro, doliente... la calle hervía de gente...

—¿Qué pasó ahí? Pa mirar.

—¿Qué pasó? ¿Dónde es la cosa?

—Revolú, revolú. Va haber revolú...

—Mataron al niño.

—No... si se cayó de la refrigeradora.

—De la refrigeradora no podía caerse —le grité acercándome amenazador.

—¡Dime la verdad, maldita!

—¡Fue el gringo, fue el gringo!... Yo lo buscaba afanosamente, pero nadie sabía nada.

—¡Josú, Josú!, gringo hijo de perra.

—¿Por qué iba un macho a matar un niño?

—Linchémolo... Linchémolo... Colguémolo...

—Gringo, son of bitch...

—Que lo linchen, que lo linchen. En la unai a los negros los linchan.

—Okey, okey. Háganse a un lado. La autoridá.

—¿Qué pasa? ¿Cómo fue el suceso?

—El gringo mató al niño. Le dio contra la pared y le rompió la cabeza.

—No, no. El no fue... Mijo se cayó de la refrigeradora.

—No, el gringo es malo. Lo colgaba de los alambres. Lo pateaba. Decía que el niño se parecía al negro...

—Ese día, señor, quiero decir, hoy.

—¡Ya no sé lo que digo!

—Hable claro, señora.

—Sí, sí. El niño cortó una ramita de pino para el arbolito de Navidad, del árbol grande que está allí. El gringo se enfureció porque le había arruinado el pino, y lo golpeó dándole contra la pared...

—Okey, okey, eso lo declarará en la policía.

—Chomba sucia mejor hubieras abortado con hierbas...

—Negra gringuera vendida por plata de gringo. Te lo hubieras bajado perra.

—Oh, oh, oh. ¡My god! —clama un jamaicano acercándose al coro de vecinas.

—Esto no se puede quedar así.

—Se salvará el gringo, ya lo verán.

—No, que lo capturen. Debe haber ido a la Zona.

—Que el gobernador de la Zona lo entregue...

—Que caiga la ley panameña.

—¡Calma pueblo! El Gobierno lo reclamará a la Zona del Canal.

—Sí. Porque el delito lo cometió aquí. Cuando nos pasa algo allá, ellos nos juzgan.

No esperé más. Corrí hacia la Zona, perdido ya todo el control. Estaba abatido, indignado. No saben ustedes cómo me sentía. No lo hallé

por ningún lado. Regresé y me metí en una cantina. De allí me sacó mi amigo, casi a la fuerza y me llevó al Happy Land, donde esperaban mi show. ¡Horrible noche! Estaba borracho. Me vestí para el acto, y salí con el traje blanco, el sombrero de paja, el bastón, y el corbatín negro...

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Que se ría el negro, que se ría.

—Que baile el negro, ahora.

—Cómo se mueve el negro, cómo baila... qué negro endemoniado...

—¡Miral, si parece que el negro está llorando...

—Ríete, negro. Ríete Chaplin de color.

—Ahora imita a Chevalier.

—Baila, baila, sigue, sigue.

—No, es verdad. Se ha detenido. Se ríe, pero parece que está llorando...

—Está borracho el negro.

—¡Que lo saquen!

—Señores por mi cabeza danzaban cosas tremendas. Me acordaba de aquella Navidad, cuando mi padrastro me golpeó en la cabeza, y quedé como muerto. El miedo que me daba la Nochebuena. Yo sabía que algo malo me iba a pasar. Y me acordaba de mi madre llorando en el suelo. Y todo daba vueltas en mi pobre cabeza. Estaba ahí, bailando, borracho, riéndome y llorando. Y mis carcajadas eran sollozos interminables para divertir a los gringos. Y un gringo, al otro lado de la Zona, se había refugiado después de...

¡Dios mío! Eso no es posible. Yo salí gritando de ahí. Y como es natural, me despidieron.

—Ese negro está loco —dijo el dueño del Happy Land.

—Bebió mucho, es un borracho.

—Lástima, porque el negro baila bien.

—¡Lástima, el negro!

El final de la historia, ya lo saben. El gringo fue detenido en la Zona, es cierto, pero pronto, como en una escaramuza, se perdió. No le hicieron nada. Ellos dicen que se fugó... ¿Cómo iba a fugarse de una cárcel gringa? Anduvo escondido mientras todo se olvidaba, y le arreglaron todo para irse. Yo le seguí la pista y para ello conté con amigos. Me avisaron que lo habían visto cerca de la Embajada Americana, en vísperas de viaje. De modo que se iría muy tranquilo, burlándose de todo... de las leyes, del dolor que me había causado... de mi tragedia inmensa...

En un momento simbolizó toda mi desgracia... Y le seguí... le seguí... Afuera presagios y complejos. ¡Tan hombre soy yo como el gringo! Ya no me importaba nada. Lo maté, sí señores. Y me fui a mi cuarto, en Chorrillo, a esperar. Sonaron unos golpes.

—Queda usted detenido.

Sentí un tremendo alivio. Esta es toda la historia, señores del jurado. Mi abogado dice que puedo salvarme. Que ustedes me declararán inocente. Ya no me importa lo que

hagan: aquella noche al matar al gringo, yo maté todo mi pasado: la miseria, mi negra suerte, a mi maldito padrastro, y al gringo que me

desgració. Estaba en paz. Estamos en paz, señores. . .

—¿Qué le importa al negro pasar el resto de su vida en la jaula?

Mario Hernández-Aguirre

LA DAGA

A Madeleine y Noé, quien
conoció a Luis Núñez.

Luis Núñez se bajó del caballo al llegar a la puerta de golpe. Tomó la bestia por las riendas y abrió el portón empujándolo con el pie, encaminándose en dirección de la vieja casa en ruinas que se levantaba al final del patio sembrado de jocotes y limoneros. Contorneó el ceibón procurando no destripar los gusanos negros, peludos, que dormitaban debajo de los amates. A la sombra del alero se detuvo, soltó las riendas de la bestia y levantó la cara para mirar las tejas rotas, las vigas carcomidas, los muros descascarados, derruidos en gran parte. Cuando subió las gradas, el ruido de las espuelas se confundió con el crujido de la madera podrida y los chillidos de los ratones que corrían en todas direcciones.

—¿Quién va? —preguntó una voz aguardentosa. Sucia.

Luis Núñez volvió el rostro, y vio al gordo Amadeo, más viejo que nunca, asomado a un postigo. El pelo ensortijado de Amadeo, le caía en la frente, y apenas si pudo distinguirle los ojillos vivaces, rojos, inquietos.

—Soy yo —contestó empujando la puerta—. En el pasillo gritó: —¿Me imagino que estás borracho?

El gordo se acercó arrastrando los pies. Se rascaba la cabeza. Debajo del cinturón llevaba cruzada una vieja pistola. La suciedad de su vestimenta estaba de acuerdo con la suciedad y el desorden reinante en la casa.

—Todavía no patrón... todavía no... —murmuró mientras buscaba una lámpara.

La débil luz de carburo alejó un poco las sombras del salón, y Luis

Núñez alcanzó a ver los sillones de tela ocre, carcomidos, con los resortes a través del tejido, como gusanos o bejucos enrollados. Dos cuadros que tanto le habían impresionado de niño, ladeados, polvosos y carcomidos en las esquinas. El retrato del bisabuelo, con su abotonadura alta, era un manchón en el cual no podía distinguirse nada; el otro, el de una tía abuela que nunca nadie conoció, dejaba ver apenas la curva fina de unos hombros desnudos, la cinta negra con el camafeo alrededor de un cuello cuya palidez se confundía con la total ausencia de colores en la tela desteñida.

—Hay que airear esto —dijo sin volver a ver al gordo—. Voy a vivir aquí.

—¿A vivir? —gritó el otro con sorpresa.

—Sí, a vivir...

Luis Núñez abrió una puerta para pasar al que había sido el viejo comedor, detrás de él siguió la yegua en la que Amadeo no había puesto la menor atención. Luis Núñez se acercó a la bestia, le palmeó los belfos, y le quitó el freno que tiró sobre uno de los sillones.

—Desensíllala... —ordenó—, y llévala al establo.

—Pero en el establo nadie ha entrado en años, patrón —musitó el otro—. Aquél es un nido de cucarachas, arañas y alacranes.

Luis Núñez abrió las ventanas que daban a la galería interior. La tarde había muerto y un crepúsculo gris

plomo caía por entre los pilares, se revolcaba entre las hierbas crecidas en desorden y se perdía entre las fuentes sucias y sobre las cuales zumbaban los jejenes.

—Déjala por ahí, entonces —volvió a decir haciendo un gesto vago con la mano—. Hay que cuidarla. Es lo más caro que tengo, porque esta casona no vale nada.

Se arrecostó en el borde sucio de la ventana y miró las paredes descascaradas de lo que había sido el gran comedor familiar. De los esplendores de entonces sólo quedaban las baldosas, sucias, desteñidas. Le parecía ver las grandes comilonas cuando su tío, "el brujo", había regresado de Europa: chanchos asados y rellenos de frutas exóticas y especias picantes; pollos fritos con salsas de hierbas aromáticas; arroces con hongos silvestres, pimientas, codornices; aguardiente de caña para hacer pasar el picante; y las cuatro sirvientas, con sus delantales almidonados, preocupadas porque el abuelo encontrara el guiso en su punto. Recordaba ahora los candelabros de bronce pulidos hasta lograr el brillo del oro; las pesadas sillas de madera oscura, con respaldares de cuero tachonados de clavos dorados; las cortinas, que eran orgullo de su abuela y que su hermano Heriberto, el coronel, se había llevado para disimular una cama en el cuartel y poder acostarse allí, en plenas horas de trabajo, con la mujer del médico. De todo aquello no quedaba nada.

La loza y la cristalería se la repartieron las gemelas cuando se casaron; la mesa, las sillas, los arcones, nadie sabe a ciencia cierta quién los vendió; pero, ahora, ya nadie se acordaba de ellos.

Rompiendo las telas de araña pasó al otro cuarto. Allí estaba el escritorio de su abuelo Emeterio. Con la polvosa cortina corrida, como cuando el viejo guardaba las piezas de oro y plata que le traían los añileiros. Una silla de gruesa madera, con el respaldo roto, en la otra esquina del cuarto, completaba el mobiliario.

El olor rancio de aguardiente barato le hizo volver la vista, ya sabía que era Amadeo. Traía en sus manos temblorosas otra lámpara de carburo. Luis Núñez le indicó que la colocara sobre el escritorio, juntos entonces lo movieron un poco, y él pudo ver el viejo baúl de madera, con esquineras de hierro forjado, cubierto de polvo y cadáveres de insectos.

—Voy a dormir aquí —ordenó al gordo—. Luego preguntó: —¿Y la bestia?

—La saqué al patio, junto a los jocos.

—No —dijo mirando el baúl—, allí hay gusanos, cuéтанos. Mejor la metés aquí adentro.

El otro no dijo nada, al rato Luis Núñez escuchó las herraduras contra las baldosas del salón. Salió, se acercó a la silla de montar que Amadeo había depositado de cualquier

manera sobre uno de los sillones, y de la bolsa de cuero extrajo una botella de aguardiente. Palmeó con cariño al animal, que permanecía de pie en mitad del salón, y con la botella en la mano se acercó al escritorio, limpió la silla de respaldo roto e intentó abrir la cortina del mueble. Por muchos esfuerzos que hizo no lo consiguió, regresó entonces al salón y retiró de la silla de montar el machete. Con la hoja de acero ya no hubo más problema y la cortina del mueble se abrió con un fuerte crujido. Luis Núñez se sentó, subió por completo la cortina y ante su sorpresa, dentro de la caja de madera, no había nada. Absolutamente nada.

Recordó haber visto un escritorio parecido en la oficina de su padre, cuando después de muerto acudió con sus hermanas a recoger las escasas cosas de valor que pudieron encontrar, y entonces buscó el botón o la palanca que permitía abrir las otras gavetas. La encontró, tiró de ella y sintió un ruido seco, corto, dentro de la armazón. Probó las manijas de los cajones y con secreta satisfacción se dio cuenta que se abrían con poco esfuerzo. Una por una las fue examinando. Primero las tres gavetas del lado derecho. Allí únicamente encontró papeles amarillentos, polvosos, carcomidos. Los revisó de prisa: recibos, telegramas escritos con hermosa caligrafía, facturas, planillas de pago, prospectos de fertilizantes. En los otros había

cartas, sobres amarillentos, muchos de ellos con orlas fúnebres y letras menudas, casi ilegibles. Al fondo encontró las fotografías. Sacó el álbum, le pasó la mano encima, como en los días lejanos de la niñez sintió la sabrosa impresión del terciopelo, y la rigidez de las letras doradas; él y Heriberto vestidos de marineros, con los ojos inmóviles, fijos en el objetivo del fotógrafo; la dulzura nacarada del cuello de la madre, con sus manos blancas cruzadas sobre el regazo; los bigotes de su tío José, el amigo del arzobispo. Había entre las páginas del álbum de terciopelo desplumado un viejo olor a infancia, a jocotes en plena Semana Santa, a nances...

Fue repasando los rostros serios, barbados a veces, de chaleco los bustos, las tías gordas apoyadas en una columna siempre igual, contra un fondo de palmas y flores, siempre igual, y con el mismo abanico, en la misma mano derecha.

El silencio había invadido por completo el viejo caserón al igual que una espesa niebla. Vio pasar al gordo Amadeo con una cama de tijera y unas sábanas sucias, y escuchó cuando le arreglaba un lecho al otro lado de la puerta. Después llegaron los ronquidos del gordo, claros y regulares, confundidos con la fuerte respiración del caballo, que a veces hacía sonar sus herraduras en el suelo. Por fin le pareció que la bestia se acomodaba sobre los viejos petates que Amadeo había colo-

cado en un rincón. Luis Núñez se levantó, avivó la llama del candil y terminando de golpe el vaso de aguardiente se acercó a ver el animal. La bestia paró las orejas cuando lo sintió acercarse, luego continuó en esa duermevela equina, en la que jamás se sabe si las bestias duermen o nos engañan.

Al regresar se fijó en el retrato del bisabuelo, acercó la llama del candil, pero era casi imposible distinguirle los rasgos. Pasó la palma de la mano sobre la tela, sintió la suciedad, y se limpió en el pantalón. Regresó al escritorio, se sirvió otro vaso de aguardiente, y continuó hojeando el álbum. Encontró la fotografía del bisabuelo, era igual al cuadro que ahora no había podido ver, pero que durante los años de la niñez, siempre le había llamado la atención.

Estaba con los hermosos bigotes blancos, el chaleco de doble abotonadura, la cadena de oro sobre el pecho, la mirada firme. Antigua y firme.

Don Crisóstomo Núñez había heredado la hacienda. Un poco con trabajo y un poco con política la había engrandecido, y sus límites hubo una vez, cuando fue Ministro, que nadie sabía en dónde comenzaban y en dónde concluían. Incluso, decía la gente del lugar en esa época parece que se perdieron o desaparecieron varios títulos de ejidos municipales. Los trenes de carretas recorrían toda la República con el añil

de Don Crisóstomo; las recuas de mulas cruzaban las fronteras, con el azúcar de mascabado de Don Crisóstomo; las filas interminables de cargadores, subían y bajaban las montañas, con las naranjas, los jocotes, las granadillas de Don Crisóstomo. Y en el tiangué municipal, don Cayetano Buendía, el escribano, ya se sabía de memoria las generales de Don Crisóstomo, pues solamente el ganado de él se vendía y por consiguiente, eran las únicas cartas de venta que redactaba, corriendo, don Cayetano.

Pero vinieron los hijos, no sólo los de la bisabuela, doña María Cayetana, sino también los otros. Los que habían nacido por ahí; por el valle del Agua-Zarca, había dos; por la cuesta de los bueyes, en un cantón llamado Piedra-Encendida, cuatro; en la ribera del Infipar, cerca de Verbeza, uno; y en la capital dos y dos, es decir dos de la viuda del general Mejía, y dos de la Conchita, la florista. Total que aquella gran hacienda, se fue repartiendo, y a pesar de los esfuerzos de Eulogio, el mayor que era coronel, poco o casi nada se pudo salvar de la invasión, como fue calificada en la casa de los Juzgados de San Salvador la llegada de todos los hijos naturales de Don Crisóstomo. No obstante, la familia legítima, se quedó con la mejor y mayor parte, y de la familia legítima, como era lógico, el coronel Eulogio Cienfuegos, que era Mayor de Plaza y socio en todos los obra-

jes de añil de la comarca. Pero el coronel se murió, lo mataron por equivocación sus mismos soldados, pero él no se dio cuenta porque eran ya como las cuatro de la tarde, y a esa hora siempre estaba borracho. De los otros hermanos, tampoco quedó nada y de la abuela de Luis Núñez, su padre recogió unas escrituras amarillentas y casi vencidas, y con grandes esfuerzos y grandes intereses fue recuperando casas, fincas y ganado. Pero su padre murió joven, y la madre también; los bienes los administró su tío Joaquín, que hacía dos semanas se había pegado un balazo en la cabeza, y les había dejado una carta muy cariñosa en la que le pedía perdón a él, a su hermano Heriberto y a las dos gemelas Laura y Luisa, por haber perdido todo el dinero a los dados. Al fin y al cabo, había sido como una inversión, pues de haber ganado, nada hubiera sucedido y se hubieran podido ahorrar el funeral. Y ahí estaba ahora él, con la única herencia que jamás pudo soñar: un caserón viejo, lleno de telas de araña y serpientes, terrenos hipotecados y cubiertos de chiriviscos y basura, y el viejo Amadeo que consumía una botella de aguardiente diaria.

En el consejo con los hermanos se había acordado darle a él lo sobrante de la hacienda: el caserón, las lomas quemadas y el gordo Amadeo; ellas no querían nada, sus maridos las respaldaban y Heriberto, había insinuado que de llegar un día a cubrir

las hipotecas, podrían juntos sembrar cualquier cosa allá en las lomas...

Luis Núñez estaba allí, con aquel montón de retratos desteñidos entre las manos, pensando en que de quedarse en San Salvador andaría pidiendo a los amigos hasta para comprar cigarrillos. Su vida se había deslizado sin preocupaciones. Al lado del tío suicida había conocido todos los burdeles y los garitos de la capital, dormía hasta entrado el mediodía, y después con el billete que le daba su hermano, caminaba hasta el Club, o al "Café Nacional", o se sentaba simplemente en el Parque Bolívar a escuchar la banda de música del regimiento, hasta que se apagaba el alumbrado de gas, y con dos o tres amigos bajaban a Candelaria a comer fritadas y beber aguardiente, mientras llegaba la hora de encamarse con las muchachas.

Dejó el álbum a un lado y quiso recordar la infancia, pero se le escapaban las imágenes y apenas si descubría una que otra sombra, diluida, como los árboles detrás de la niebla del río en el amanecer. Se fijó en el arcón, lo acercó y tomando impulso levantó su tapa carcomida. Con sorpresa, el viejo mueble se abrió completamente; ya que había estado, nadie sabe cuántos años, arrinconado sin llave ni cerradura de ninguna especie.

Luis Núñez sabía que no iba a encontrar dinero, pero pensó que cualquier cosa de valor podría haberse

quedado entre tanta basura. Primero encontró los restos de unas hermosas sobrebotas negras, cuyo cuero había sido comido por los ratones. Varios sombreros de paja con igual suerte; y, un enorme paño azul, que al levantarlo esparció polvo y le pareció haber sido un elegante vestido de dama, solamente que lo único completo eran los botones, pues lo demás eran hilachas destrozadas por el tiempo y los diminutos y filosos dientes de los roedores. Entonces, sus manos encontraron las armas.

"Estas son las que dejaron los hombres de Filiberto Avilés", se dijo mientras metía la mano y empuñaba un viejo rifle. Sacó después varias pistolas, enmohecidas, sucias; espadones negros de suciedad, quepis azules, en los cuales los cordones dorados habían desaparecido, y las viseras acharoladas se deshacían de podredumbre con sólo pasar los dedos encima. Fastidiado de la basura que conseguía extraer, Luis Núñez hizo un último esfuerzo, y levantando en brazos el arcón, le dio vuelta.

Vio entonces la daga. Una daga que le pareció no haberla visto, a pesar de haber revuelto las armas y restos de vestiduras infinidad de veces. A la luz del candil observó la vaina y vio que era de nobles tejidos, como terciopelos y holandas, unidos por nervaduras de rica piel pintada de vivos colores y por tachones que semejaban oro y plata. Todo ello hecho a la mano por un orfebre de primera calidad pese a la pátina con

que los había velado el tiempo. Tenía el aspecto de algo valioso, y esto, especialmente agudizó la atención de Luis Núñez, que de inmediato se preguntó: “¿Cuánto me darán por ella?”, afirmándose: “sin lugar a dudas, la venderé bien”.

Apartó entonces la daga. La puso sobre el escritorio y la examinó una vez más, con más cuidado.

Desde que se bajó del caballo ese día al morir la tarde, Luis Núñez padecía extrañas turbaciones, presentimientos sin causa que, de cualquier modo, lo angustiaban bastante. Confusamente se decía que ya era tiempo de hacer algo y de salir de aquella situación; por otra parte, además de un vago remordimiento, lo invadía a menudo una rara excitación semejante a la del buscador de tesoros cuando se siente, por obra y gracia de la adivinación, a punto de descubrir alguno. Se le antojaba tener una gran fortuna a su disposición, sin saber, empero, de qué clase ni cómo, en todo caso, podría utilizarla. Y ya con la preciosa daga en las manos, aquella sensación más fuerte que nunca, volvió a dominarlo.

Aún no había terminado de quitarle el polvo, cuando la vaina lució tal como la habría adquirido cualquier antepasado en casa de algún exclusivo armero de Toledo. Era sin lugar a dudas un arma ínclita y de egregio artífice. No cabía duda de que las cachas eran de oro fino y topacios o esmeraldas las piedras de

la guarnición, aunque sin brillo por el largo encierro. Sin embargo, Luis Núñez no se decidió a desenvainar la hoja: un inexplicable temor se lo impedía.

Aquella noche, una vez terminada la botella de aguardiente, Luis Núñez durmió con el arma junto a él. “Por fin —pensaba— me ha llegado la suerte. Este es el tesoro que he buscado sin saberlo. Esta daga es la felicidad y la riqueza que he esperado, que he presentado. Con ella realizaré mi destino, grandes hazañas que me producirán riqueza, nombre y poder. ¿Cuáles? No sé todavía, pero grandes sin duda”.

Deseaba dormirse pero tardó en conseguirlo: le angustiaba la presencia de aquella arma que pese a la oscuridad resplandecía junto a él.

Cuando despertó se dio cuenta que no había soñado, en su puño derecho tenía fuertemente apretada el arma maravillosa. Abrió las ventanas y el hermoso sol matinal invadió con sus cuchillas doradas la penumbra mohosa del caserón abandonado. Levantó el arma, lleno de valor la desenvainó con brusco ademán. Todo el brillo del sol joven pareció disminuir frente a la hoja deslumbrante. Atónito, Luis Núñez entrecerraba los ojos para que tan vivo resplandor no lo hiriese, ya que parecía resplandecer con luz propia. Bruñida, intacta desde muchos años atrás, se habría dicho que la lámina era de oro si una cierta hosquedad, radiante aunque parezca extraño,

desde adentro, no hubiese emparentado la misteriosa materia con el topacio mismo o, acaso, con inusitados metales extraterrestres. Realmente era transparente: a través de ella Luis Núñez veía las plantas silvestres y los chiriviscos del patio el sol doraba. Y tan sutil era que que daba la impresión de no tener espesor alguno y, mucho menos, filo y revés, ni dos caras, ni nervadura, como todas las otras dagas, tan sutil que se habría roto o doblado si un secreto procedimiento de temple no le hubiese conferido la rigidez y la flexibilidad de un buen acero.

—¡Diablos! —exclamó Luis Núñez en voz alta y aproximó la hoja al pulgar, según lo acostumbrado para probar el filo.

Un sobrante de uña y una minúscula porción de yema saltaron, antes de que sintiera en su carne la presencia del acero. Mejor dicho, fue como si la hoja hubiera atravesado uña y yema sin cortar, sin producir dolor, sólo un instante después, al sacudir el dedo, cayó el pedacito y comenzó a sentir el ardor.

—¡Diablos! —volvió a repetir—. ¡Esto sí es filo!

Empuñó el arma y decidió probar en algo más resistente. La extendió sobre el respaldar de la silla; no había acabado de apoyarla, sin hacer presión siquiera, cuando el madero se hundió dócil: el insensible peso del arma había bastado. La limpió en la manga de la camisa, y le pareció ver algunas letras entre el brillo

que surgía de la hoja; se acercó a la ventana y, leyó: "*Conmigo ya no tendrás enemigos*". Le pareció que los caracteres eran muy antiguos.

Excitado, agitado, Luis Núñez colocó en su cintura el arma, y comenzó a pasearse a grandes pasos por los salones. Se detenía frente a cualquier cosa ya sea el viejo arcón, o arneses de montar amontonados, herramientas agrícolas recogidas sin orden, viejos camastros, sillas, sillones con los asientos agujereados, y en todas partes esgrimía el arma, y con sólo acercarla a las maderas, cueros, metales, troncos, éstos cedían instantáneamente. A medida que más destrozos acumulaba entre los escombros de desperdicios y anti-guallas, Luis Núñez saltaba y lanzaba al mismo tiempo inconexos gritos de euforia, a tal grado que, cuando ya incluso estuvo amenazada la vida de la yegua, previo corte de la cola, los estribos de la silla, el pomo de la misma y una oreja de la bestia, surgió espantado el gordo Amadeo para ver a su patrón saltar y gritar entusiasmado mientras llevaba aquel rayo de luz en la mano. Lo miró estupefacto y lo sintió pasar a su lado como una corriente de aire.

Luis Núñez recorrió el descuidado jardín decapitando plantas, hiriendo flores, dividiendo troncos, rompiendo frutos. Saltó hacia el campo, destruyó los sembrados, degolló tres gallinas, segó las flores del cañal, subió a las lomas, sembrando por todas partes la destrucción.

Cansado, cayó sobre la hierba. Tenía apretada junto a sí la daga que competía con el sol del mediodía. Allí quedó fatigado por su euforia: "*Tengo que hacer algo*", se decía: "*Tengo que hacer algo*", y murmurando estas o parecidas palabras se durmió. Al fin de la tarde abrió los ojos y sintió en su mano la lámina maravillosa. Regresó por el mismo camino, cabizbajo, melancólico: vio a su paso las flores rotas, decapitadas, las gallinas sangrando sobre el polvo del camino, los árboles frutales destrozados. En cualquier dirección que mirara encontraba la marca espantosa de su paso.

Al llegar al caserón ya había oscurecido, pero no tuvo necesidad de hacer luz, ya que el resplandor del arma era suficiente. Se encaminó directamente al escritorio. Se sentó pensativo. A los pocos minutos la cabeza se le deslizó entre las manos, y apoyado en la vieja mesa de madera volvió a dormirse.

Nadie podrá saber nunca qué fue lo que despertó a Luis Núñez, pero lo cierto es que cuando abrió los ojos, e instintivamente blandió el arma, vio debajo del marco de la puerta, la blanca criatura: delgada, alta, con la piel suave y dulce como las frutas en plena temporada, flexible como una caña. Vestida hasta los pies de un blanco que hacía resaltar más su cabellera oscura suelta sobre los hombros. Un delgado cinturón ceñía su breve talle.

—¿Quién eres? —preguntó Luis

Núñez, frunciendo el ceño y sin soltar la daga.

—Yo sé —comenzó ella con una voz tímida pero segura—, que no quieres verme; pero estamos unidos secretamente por algo, y he venido a buscarte, pues de otra manera moriré.

Luis Núñez se levantó. Con la daga en una mano y tocándose la barbilla con la otra, se acercó. Algo le dijo en el fondo del corazón (eso tampoco nadie lo sabe), que él no era el único dueño de la daga. Miró la hermosa figura, luego le gritó con brusquedad:

—¡Déjame tranquilo!

—No me iré —dijo la otra, sin retroceder.

Luis Núñez la pudo ver a través de la hoja, la miró levemente empañada, como reflejaba en un agua turbia.

—... No me iré —continuó, y él vio que le brillaban los ojos con un resplandor semejante al de la hoja que estallaba en su mano.

"*Esta es la gran empresa*", se dijo y se acercó a ella que le miraba fijamente con una muestra inefable de cariño, de ternura. La escuchó que le decía:

—Luis Núñez, hagamos juntos el camino...

Fueron sus últimas palabras: de pronto tras levantar el arma como se levanta un látigo, descargó sobre la muchacha un tremendo golpe a la altura de la garganta. La hoja atravesó el hermoso cuello, sin hallar

resistencia; pero la muchacha no cayó: inmóvil contemplaba fijamente a su asesino con amorosa mirada, sonriendo aún. Resplandecía su rostro y lejanas estrellas de la noche vinieron ahora hasta sus ojos; de la horrenda herida no había quedado ni una huella. Pero la daga, que Luis Núñez continuaba empuñando, parecía haber dejado todo su fulgor en aquel cuerpo que ahora brillaba con un lejano color de oro antiguo. Luis Núñez miró su arma, y además de opaca y sucia, le pareció que tenía el aspecto de una serpiente muerta, podrida. La arrojó lejos de sí, y gritó:

—¡Qué hice! ¡Qué hice! ¡Fue el arma sola! ¡Ella llevó mi brazo! ¡Ella llevó mi brazo...!

Y cayó llorando con la cabeza entre los brazos.

La hermosa muchacha, pese a la mortal herida, todavía trató de sonreír una vez más. Eso fue suficiente, en el cuello modelado mejor que el de un lirio fue apareciendo poco a poco un diminuto río de sangre, los ojos se oscurecieron y la sonrisa se convirtió en una horrible mueca, un guiño ambiguo y espantoso. La grieta del frágil cuerpo se abrió rápidamente, y la hermosa cabeza cayó entre las baldosas sucias y gastadas.

Un gran silencio, y una oscuridad total, rota sólo por los sollozos entrecortados de Luis Núñez, cayeron esa noche, y para todas las noches, en el derruido caserón.

Alvaro Menen Desleal

LA LLAVE

(Sugerido por la Sra. de X).

Su mano derecha penetró en el bolsillo del saco. Buscaba la llave de la cerradura. Sintió sus dedos largos y fríos —fríos por sí mismos y fríos por el frío exterior— palpando objetos. Reconoció el cortauñas —“¿por qué lo tendré aquí?”—; el encendedor con iniciales, regalo de su novia; unas cuantas monedas y tabaco suelto, sucio. Imaginó tener ojos en las yemas de los dedos (siempre le había sido práctico imaginar eso); mas no aparecía la llave. Percibió bajo las uñas trocitos de tabaco, lo cual le fastidiaba mucho. Entonces, como recurso extremo, sacó un puñado de objetos. Con la mano izquierda fue tomando uno por uno y volviéndolos al bolsillo: el encendedor con iniciales, las monedas, el cortauñas. Finalmente quedaron dos llaves en su mano, sucia de tabaco y de pequeños trocitos de hilo.

Dos llaves, no una llave, no *la llave*.

Abrió la puerta, entró, encendió la luz, se lavó los dientes y las manos, se desnudó y se durmió.

A la mañana siguiente guardó el cortauñas —“¿para qué lo quiero aquí?”— y volvió de revés el bolso para sacudirlo. Encontró las dos llaves. Una —*la llave*— le era fácilmente reconocible. Cinco años de compañía, de usarla a cada rato, a las siete de la mañana, a las doce meridiano, a las dos de la tarde, a las cinco y media, a las siete, a las diez de la noche, le dieron un total, un íntimo conocimiento de su forma; de su textura, de su color, de su olor, de su peso, de su tamaño, de sus canalitos, de sus poros metálicos antojadizamente sudorosos. El frío de sus dedos encontraba calor en ese objeto cuando la tensión nerviosa lo

dominaba. Las protestas de la novia —“¡No des vueltas a esa llave; me pones nerviosa!”— no habían sido suficientes para terminar con la manía. Sus dedos largos, alejados del cuerpo y como constituyendo organismos separados, buscaban refugio en la llave. El *tic* fue visto en clases, en el trabajo, en la calle, y el *tic* aumentaba, crecía, porque también crecían las dificultades, porque la vida se tornaba más y más dura. Identificaba, pues, perfecta y fácilmente su llave, *la llave*, la única llave que tuvo en muchos años.

Desconocía la otra, la que encontraría la noche anterior en su bolsillo. Ningún parentesco la asociaba con la que le servía cotidianamente. Ni en la forma —*la llave* era plana, fina, elegante quizá— ni en el tamaño —*la llave* era ligeramente más grande—, ni en el metal —*la llave* era de latón—, ni en el peso, la textura, el olor. Un fino cilindro penetraba el cuerpo del objeto, simulando un cañoncito; en el extremo que penetra en la cerradura, una proyección de tres planos como punto de mira del cañoncito; en el otro extremo, el que asen los dedos, arabescos calados, figuras simétricas de donde estaban ausentes las líneas rectas. De hierro semi-pulido, esa llave tenía algo extraño en su aspecto, un *no sé qué* de misterioso que lo impulsó a guardarla de nuevo en el bolsillo del saco, junto a la otra llave —junto a *la llave*—; junto a las monedas, el

encendedor con iniciales, los trocitos de hilo y de tabaco.

Tres o cuatro veces durante el día, en el trabajo, tropezó con la llavecita —empezó a utilizar mentalmente el diminutivo—; pero no le dio importancia al asunto porque, viniendo la noche anterior de casa de su novia —“¡Deja esa llave!”—, lo más probable es que fuese de ella. De su joyero, de su tocador, de uno de esos tantos objetos que las mujeres tienen en su casa y que les sirven para todo y para nada.

Por la noche, en la visita que tenía cinco años de repetirse —“Los tiempos están malos; no podemos casarnos”—, quiso entregar la llavecita a su novia.

—¡Esa llave no es mía!

Y terminó en apariencia el incidente, pues no gustaba discutir con ella porque el prolongado noviazgo la había tornado hosca, agresiva.

Esa noche se despidió más temprano que de costumbre —ella no le riñó por eso—, y llegó a casa inmediatamente: metió la mano en el bolsillo y puso más ojos que de costumbre en las yemas de los dedos. Sintió, percibió, conoció *la llave*.

Abrió la puerta, entró, encendió la luz, se lavó los dientes y las manos, y no se acostó. Tomó la llavecita; encendió más luces para examinarla mejor. Le intrigaba la presencia de ese cañoncito en su bolsillo. ¿Cómo llegó allí? ¿Qué mano la puso, y por qué?

Obviamente no era suya; pero la

probó en la cajita incrustada de maderas preciosas que le servía incidentalmente de cigarrera y de joyero, la que jamás vio cerrada con llave. No pudo siquiera hacerla entrar en el agujero de la cerradura: el punto de mira del cañoncito, la proyección de tres planos del extremo, lo impidieron.

Contra su costumbre, esa noche se quedó pensando antes de dormir, y a la mañana siguiente se sintió aplastado por el desvelo; y pensando en la llavecita —persistía el diminutivo—, se levantó, se lavó los dientes y la cara, hizo café, lo bebió y se fue al trabajo.

Al mediodía no salió a comer. Con el pretexto de trabajo extra y poco apetito, se quedó solo en la oficina mientras todos sus compañeros se marchaban. Poseído como de fiebre, acrecentaba la tensión nerviosa, húmedas las manos y la cara, desorbitados los ojos, temiendo a cada instante que alguien apareciera, empezó a probar la llave en todas las cerraduras. Repasó los escritorios, los archiveros, las mesas de trabajo, la caja fuerte, las puertas, las ventanas. La llave era inútil. En las puertas, los grandes agujeros de las chapas amenazaban tragarse el pequeño objeto metálico. En las gavetas de los escritorios las cerraduras se mostraban como indiferentes: era muy gruesa para ellas esa llave minúscula y extraña, con un excesivo punto de mira en un extremo, con arabescos en el otro.

Al mediar la tarde, cuando todos los compañeros de trabajo tenían bastante de haber regresado, se sintió calenturiento. Los escalofríos recorrían su columna vertebral de abajo arriba, y remataban en la frente, y de arriba abajo, prolongándose hasta los pies que le temblaban y dolían. Pidió permiso para retirarse y se lo concedieron: los ojos enrojecidos y desorbitados, la piel pegajosa y amarilla, la voz rota, no dejaban duda de su enfermedad.

Llegó a casa y, con ropa y todo, se tiró sobre la cama. Un lejano zumbido estaba paradójicamente encerrado en sus orejas. Apretando los párpados no lograba borrar de su vista las figuras de colores metálicos que se movían, se alejaban, tornaban, se reproducían... Incapaz de dormir, probó una vez más la llave aquella en la cajita de maderas preciosas. Y una vez más, la llave fue inútil.

Temprano de la noche calculó tener unos treinta y nueve grados de fiebre; pero se cambió de traje y marchó a visitar a la novia. En el camino sintió ganas de vomitar y sólo tuvo contracciones violentas y dolorosas. Su novia lo notó mal y se lo dijo; él afirmó sentirse bien y aun con el temor a una negativa áspera, pidió permiso para volver a probar la llave, permiso que obtuvo por vías de conmisericordia. Casi corriendo fue de uno a otro lado con la llave en la mano, metiéndola en cuanta cerradura encontraba, tratando de forzar-

la a entrar en las pequeñas, evitando perderla en las grandes. Palpitándole las sienas, jadeante, con un sabor amargo en la boca, repitió la operación. Y perdió el conocimiento.

Al recobrarlo se encontró en el hospital, vestido con un pijama demasiado grande para su cuerpo. Cuando llegó la enfermera no preguntó nada, y dejó que ella metiera la barrita del termómetro en su boca. Se imaginó que la barrita era una llave y sus labios la cerradura. Se extrañó de que no se le abriera el cráneo, de que no crujieran las bisagras de la tapa de los sesos. Pero no dijo nada. No dijo nada ni cuando llegó la novia a verle. Sencillamente le pareció una enfermera más y se sintió aliviado cuando ella se marchó.

Cuatro días después salió del hospital. Llegó a casa a tenderse largamente sobre el lecho y a clavar los ojos en las paredes y el techo desnudos. De entonces para adelante se olvidó de la rutina de visitar a su novia, de la rutina de trabajar, de la rutina de comer, de la rutina de pensar... Se habría olvidado de la rutina de respirar y de moverse y de vivir a no ser porque una fuerza desconocida se lo impedía. Su única ocupación fue desde entonces probar la llave en la cerradura de todas las puertas, cajones, escritorios, archiveros y gavetas que veía. Le pareció —a decir verdad nunca pensaba en eso; simplemente *lo sentía así*— que el objeto de su vida, que la ra-

zón de haber nacido y vivido era encontrar la cerradura para la cual estaba hecha la llave. Creyó que al lograrlo, que al abrir la desconocida cerradura que la llave tenía implícita, se abriría también para él un mundo maravilloso, distinto, beatífico... Y con pasión, jubilosamente siempre, a ratos embargado por un raro sentimiento, lleno de fe en una disposición superior que tarde o temprano lo llevaría a poner la llave en la cerradura justa; sin importarle las recriminaciones, las sanciones de las autoridades, el desprecio de quienes fueran antes sus vecinos o sus compañeros de trabajo, las burlas y ofensas de los chiquillos, él buscaba la cerradura.

Un día temió perder la llave; temió que criminales torvos le asaltarán para robársela, y con un pequeño cordón la ató a su muñeca. La ató duramente porque necesitaba sentir en las carnes, en los huesos, la presencia del cañoncito, imaginarlo parte de su organismo. Recorría así las calles de la ciudad probando puerta por puerta; visitaba los apartados de correo; iba a las oficinas, a las escuelas, a los cines, a los partidos políticos. Al principio su actitud dio lugar a reacciones violentas. Paró dos veces en la cárcel y una vez más en el hospital; sin embargo, todo lo tomó como algo señalado de antemano, por un viacrucis que estaba en la obligación de recorrer porque así lo habían dispuesto inmemorialmente.

Con el tiempo las gentes dejaron de concederle importancia. Permitían que probara la llave en las cerraduras de sus casas, pues al fin y al cabo para ellas no era más que un ser inofensivo, desaliñado, hambriento, a quien los escolares presentaban cajitas para que probara la llave atada a la mano. Llegaron a ser —él y la llave— una institución urbana, permitida por inocente y débil, celebrada y tolerada por cándida. Para él, en cambio, la búsqueda era una búsqueda mística, una pasión.

Pese a los largos meses de penalidades; pese a los dolorosos años de búsqueda, nunca supuso que la fuerza superior que lo guiaba tratara de burlarse de él; por el contrario, siempre imaginó que una divinidad omnisciente, omnipresente y omnipotente lo sometía adrede a la prueba para premiarlo con la felicidad eterna.

Una tarde, después de haber recorrido puerta por puerta cierta calle de la ciudad, se encontró parado frente a una iglesia pequeña, íntima, propia por su tamaño y condición para las almas sencillas, para los que poco piden porque poco esperan. De mala factura y peor diseño, llenaba sin embargo de paz y contento. Sus agujas no traspasaban las nubes: se opacaban con la altura de los edificios y los postes del alumbrado.

Receloso miró al interior del templo. No obstante ser de día, el altar

del fondo estaba iluminado con multitud de bombillas eléctricas. Una gran cruz sostenía, aparentemente con tres clavos, una figura que él, gracias a su educación religiosa, respetaba todavía: la rutina de la religión, aunque algo opaca, no había desaparecido tampoco. Unos pocos fieles rezaban en silencio; un cura siseaba notablemente al hacer preguntas, en el confesionario, a una damita adolescente y saludable que piadosamente bajaba la vista. Él se persignó de pie, mientras la llave atada al cordelillo flotaba cómicamente. Lo vio un cura joven que le preguntó si quería confesarse. No respondió; se limitó a caminar al frente, para buscar con los ojos las cerraduras de los altares. La primera que vio fue la del altar de San Benito, piadoso en su negra tez, que le dejó meter la llave. El cura joven lo siguió extrañado; supuso al rato, aun cuando lo vio tratar de abrir la alcancía de las limosnas, que no se trataba de un ladrón. Fue luego al altar de la Virgen María. Probablemente los Santos y las Vírgenes sabían del mandato superior, porque no se opusieron a que fuera probada la llave en sus altares. En ninguno quedó bien, sin embargo. Con el aire lento y conforme que le había hecho adoptar la vida y la multitud de cerraduras extrañas en las cuales nunca quedó bien la llave, se encaminó al Altar Mayor. Arriba, la gran cruz de luz eléctrica y las talla-

das imágenes de lágrimas perennes parecían mostrarse conformes con la prueba.

Llegó, se persignó de pie mientras se agitaba el cordel con el trozo de metal, y metió la llave en la pequeña chapa. La hizo girar con el gesto millares de veces repetido, esperando que, como siempre, tuviera que volverse fracasado; pero con sorpresa oyó un ruidito metálico y seco: el de las combinaciones de la cerradura al ser movidas por la proyección de tres planos, por el punto de mira del cañoncito. Mientras quedaba él mismo atado por su mano derecha a la cerradura, con temor, con unción, tiró suavemente de la pequeña puerta y ésta se abrió sin esfuerzo, como empujada por una mano extraterrena.

Le tembló el cuerpo todo; le sudaron copiosamente las manos y la frente. Su respiración era irregular, jadeante; sintió que el corazón quería salirse del pecho, romperle la caja torácica. Estuvo a punto de echarse atrás; pero todas las esperanzas que tenía para ese momento le saltaron fuera del cuerpo. Imaginó el premio magnífico, la paz, la tranquilidad beatífica, la felicidad colmada, el regalo edénico que aquel ser omnipresente, omnipotente y omnisciente le reservara para entonces.

Alargó la mano huesuda, los dedos largos y fríos. Aparentemente el Altar Mayor estaba vacío; pero al acostumbrarse a la oscuridad interior, al abrir más, casi hasta el desorbitamiento, los cien ojos de los dedos, percibió algo: un objeto metálico, frío, insensible, que casi se le pegó al sudor de sus manos. Era otra llave, en todo igual a la llavecita; pero de mayor tamaño.

Se quedó sumido por un rato en profundas cavilaciones. La realidad es que no pensaba en nada. Tenía años de no pensar, de casi no vivir. Luego reaccionó. Se arrancó de un violento tirón el cordoncito aquel dejando la llavecita en la cerradura justa, violada, y con la nueva llave se encaminó despacio hacia la salida. Varios feligreses le miraron hacer, extrañados. Arriba, en los nichos, en los altares, San Benito de piel negra, la Virgen con el Niño y todos los santos lo vieron pasar levantando y agitando la mano con la nueva llave.

Sólo el cura joven se encogió de hombros con un gesto de significación imprecisa, para luego dar la vuelta y preguntar a otra damita saludable, que piadosamente bajaba la vista, si quería confesarse. Ya fuera del templo, el hombre aquel comenzaba a buscar una nueva cerradura.

Waldo Chávez Velasco

EL CRIMEN

I

“¿Habremos seguido el camino más justo? ¿Los grandes hallazgos técnicos corresponderán a iguales conquistas en el campo de los valores morales? ¡No!, ¡mil veces no!”

Así empezaba el editorial del periódico, escrito esta vez por el Reverendo Parkison. Y continuaba: “Conocemos ya los planetas de nuestro sistema; estamos tratando de ponernos en contacto con las estrellas de tipo espectral G, para ver si en ellas se ha desarrollado la vida inteligente; las máquinas realizan todos los trabajos manuales y de cálculo que nuestros antepasados efectuaban ellos mismos. Todo esto está muy bien. Pero, ¿y el espíritu? Por todas partes se han incrementado la maldad y el egoísmo y el olvido a

los grandes preceptos enviados a los hombres por Dios, nuestro Señor. Los índices de criminalidad van en continuo aumento, todos nos hemos horrorizado por esos execrables casos de antropofagia que la policía descubrió recientemente, las estadísticas de los divorcios revelan una verdadera degradación familiar, etc. Y es dolorosísimo que esta humanidad que se enorgullece de sus científicos, haya descendido tanto espiritualmente. Pero hay que tomar medidas serias: los autores del canibalismo deben ser descubiertos; la criminalidad, en general, debe perseguirse; la vida humana tiene que ser defendida, dignificada...”

El editorial fue muy comentado, aun cuando ya se sabía en qué se iría a parar: mayor vigilancia de parte de la policía, arrestos, campa-

ñas de moralización pública a través de todos los medios de publicidad, etc. Y aun esto se llevaría a cabo sólo porque se aproximaban las elecciones para los miembros del Consejo de la Liga Terrestre. Después de ellas, todo volvería a ser lo mismo.

II

La luz de la luna daba una coloración láctea a la atmósfera, volviéndola casi irreal. Habría preferido la penumbra, porque ésta permitía avanzar sin precauciones, mientras que la claridad obligaba al sigilo. De todas maneras tuvo suerte porque, cuando la encontró en el jardín de su casa, ella estaba dormida y su cuerpo desnudo se extendía, inmóvil, sobre la hierba. Era tan hermosa que se vio obligado a contemplarla con admiración, sintiendo hasta un poco de pena al mirarla tan indefensa e inocente. La pobrecilla seguramente, como se acostumbraba a menudo, había salido a dormir a la intemperie para librarse del calor.

Su carne blanca era suave, atractiva, voluptuosa, pero él no pensó en ello.

El crepitar de una rama pareció sobresaltarla, y él se detuvo, conteniendo la respiración. Mas no se despertó. Entonces, con diabólica serenidad, poseído por un impulso irrefrenable, le inyectó el narcótico que hizo su efecto instantáneamente. La piel de ella, más tranquila, adquirió un color rosado pálido que la embellecía más, y él, acercándose, la mordió con fuerza, experimentando un sádico placer con los convulsos, desesperados e inútiles movimientos de su víctima...

Murió muy pronto y él siguió devorándola, hasta saciarse. Luego ni siquiera se preocupó por ocultar los restos del cadáver, y en su cerebro endurecido no había espacio para la compasión. Ahí quedaron, pues, descomponiéndose, los restos de la pobre oruga, mientras el escorpión regresaba a su madriguera, satisfecho. Pero no alcanzó a llegar porque, a medio camino, fue devorado por un ave rapaz.

Santiago Castellanos h.

DESPUES DEL GRITO

I

Después del grito, y mientras sus espacios interiores iban recuperando su lucidez y se deslizaba furtiva la tarde por el ventanuco estrecho hasta cubrir de extrañas luminosidades el estupor de las paredes, Domenico se sentó en el borde de la cama, repasó con ojos inquisidores la habitación, y trató de recordar todo lo sucedido.

Alguien había gritado. El mismo aire del cuarto le revelaba la presencia de ese grito, allí, escondido bajo cualquier mueble. Domenico no lograba una explicación satisfactoria. Sólo sabía de ese grito enorme, agudo, todo lleno de angustia. Un grito de muerte. Un grito de dolor. El grito de alguien a punto de quedarse definitivamente sin fuerzas para

continuar gritando. El grito que él había escuchado, sin comprender por qué, sin saber de dónde había partido. Un grito que lo sobresaltó, que le ahuyentó el sueño, que lo obligó a despertar. La lluvia menuda que de repente empezó a caer, a sonar por encima de su incertidumbre, le puso al descubierto algunas posibilidades. La posibilidad de que hubiera sido el viento el que emitiera aquel grito, transportándolo desde cualquier otro rumbo de la ciudad. Sin embargo, él seguía sintiendo la cercanía de aquel grito, oculto o adherido a las paredes, presto para volver a sonar, hasta extenuarlo, hasta abrirle en el cerebro un cauce profundo, en donde pudieran germinar otros gritos semejantes...

Domenico se asomó a la venta-

na. La tarde declinaba. Las gotas menudas le daban a la ciudad cierta irrealidad. Había un silencio sobrecoedor, un inexplicable silencio, como si todos aquellos edificios se fueran alejando en rápidas migraciones, dejando en el espacio roto una ligera reverberación. Pero las calles seguían atestadas de gente y continuaba el endiablado transitar de vehículos. Domenico podía observarlos desde su ventana, aunque no lograba entender ese repentino silencio, como si la ciudad se hubiera quedado sin aire.

Y luego aquella tristeza, una tristeza muy dentro de sí, como un lastre que lo fuera obligando a la inmovilidad. Y aquellos terribles deseos de sentarse a llorar, de llorar por todo el dolor arraigado en su alma y por todos los objetos impávidos que colmaban su habitación. Domenico iba penetrando, sin poder evitarlo, a un mundo trastocado, tremendamente ficticio, en donde sólo había estímulos para el silencio y la tristeza y en el cual se agudizaban, hasta volverse insoportables, sus deseos de llorar y sus ansias de retornar a su mundo anterior, al mundo castrado de su rutina, con sus actos inveterados, repetidos maquinaalmente durante largos años, pero un mundo en definitiva más reconfortante, más lleno de todo lo que le era cercano y familiar. . .

Domenico optó por retirarse de la ventana. No alcanzaba a descifrar el semblante de la ciudad; ni su mutis-

mo, ni su repentina evasión. Aunque sí podía recordar que cada vez que se asomaba a esa ventana experimentaba un extraño desvanecimiento, y se sentía atemorizado, cubierto totalmente de miedo, de un miedo que estaba en su interior y que iba brotando lenta y ardorosamente, hasta humedecerlo, hasta pegarle las ropas al cuerpo.

Casi aturdido desvió los ojos hasta el calendario. Era domingo, un domingo recortado, sin la menor emotividad ni la más mínima alegría. Un domingo similar a los otros domingos, a los suyos, a los que jamás pudo hallarle justificación. Un domingo de recuento, hecho para clasificar su dolor y sus frustraciones. Un día horriblemente opaco, puesto allí, en el calendario, unas cuatro o cinco veces, para recordarle su obligación de ponerse triste durante cuatro o cinco veces. Veinticuatro horas que había que soportar, con sus minutos y sus segundos. Los domingos le fueron siempre difíciles. Y en ese día, precisamente, tenía que ocurrir eso, lo del grito aquel, enorme, frenético. . .

Después del grito no le quedaba otra alternativa que esperar. En medio de su incertidumbre, no encontraba otra salida más que aquella de aguardar lo que indudablemente sucedería, cualquier cosa, todo lo imaginable y hasta lo que no fuera capaz de encontrar cabida en su febril imaginación. Ya no necesitaba seguir buscando aquel grito en su

habitación. Era consciente de que adonde fuera, el grito iría con él, metiéndole su rabia, la evidencia horrible de ser el último grito, el definitivo, el que se lanza al borde de las últimas circunstancias...

II

La presencia de Isabel le fue siempre algo necesario. Domenico lo comprende. Cada vez que retornaba del trabajo venía repasando mentalmente la totalidad enervante que era Isabel. Y el júbilo se le metía hasta en los huesos. Isabel era eso: una circunstancia en donde cabía toda posibilidad de ser feliz. Domenico recuerda cuando la conoció; tiene presente aquella tarde en el parque, bajo las luces del verano, en medio de un sopor magnífico, y no olvida el grito alegre del niño, su manoteo y los tirones que le daba mientras giraba a su alrededor y la voz dulce de ella y su rostro agitado y los ojos llenos de asombro y las consabidas disculpas.

Por fin una vida en común, con sus continuos sobresaltos, con el júbilo renovado a cada instante, con sus diminutas rencillas que volvían más desesperante su necesidad de permanecer junto a Isabel. Luego aquellas semanas esplendorosas, de cuerpos abandonados a la posesión, propicias para recuperar el sabor cotidiano de la vida y franquear las puertas de un mundo rabiosamente anhelado.

Domenico recuerda los finales de ese verano, con su aliento abrasador, girando en aquel cuarto, como un sol iracundo sobre el temblor primitivo de su deseo.

Isabel llenaba la habitación con la resonancia abierta de su risa. Domenico solía confesarle su muerte dominical. Isabel persistía en cubrir las paredes con el hálito reconfortante de su risa desbordada.

La imposibilidad del hijo comenzó a hurtarles del cuerpo aquella tibieza largamente acumulada. El trató de olvidarlo a costa de una forzada indiferencia. Durante noches continuas permaneció inmerso en el recuerdo de aquel niño, el mismo que cuidaba Isabel la tarde aquella en el parque, y se culpaba a sí mismo por haberse empeñado en concebir esperanzas. Su sangre o la de ella, daba igual, era un agua delgada, muerta desde siempre, inútil para fructificar. Luego no supo si la frialdad de Isabel era el contagio de la misma indiferencia que había comenzado a levantarse entre los dos. La repentina ausencia de Isabel le dolió profundamente pero no logró desconcertarlo.

Domenico siempre se consideró un hombre normal, sin aquella soledad que hoy le resultaba desesperante, sin aquel gesto de cansancio, sin aquel silencio de quien ya todo lo ha dicho y tan sólo espera proseguir su silencio en otras latitudes en donde cualquier palabra es inútil.

Al día siguiente todo volvería a

ser normal. Las cosas persistirían en recuperar su impavidez. Se apagarían los metales febriles de su sangre y el abandono alzaría de nuevo sus espejos ciegos en aquel cuarto.

III

Después del grito cualquier recuerdo es estéril. Ya nada cabe en ese tremendo vacío en el cual va cayendo. Antes del grito aún era posible un esfuerzo por sobrellevar sus malogradas ilusiones. Antes del grito podía optar por la blasfemia o por la simple gesticulación. Después del grito no le queda más alternativa que continuar gritando, hasta quedar exhausto, hasta que el cuerpo se le cubra de agujeros inverosímiles por donde aquel grito pueda seguir expulsando su cólera.

Domenico ha vuelto a la ventana en un postrer intento por descubrir los orígenes de aquel grito. La ciudad cobra luminosidades extrañas. Hay un viento frío, dislocado, girando en aquel cielo metálico, intensamente

azul. Domenico no sabe si amar o aborrecer aquella ciudad que de improvisa ha retornado a su consistencia anterior. Una ciudad como aquella, inmutable, totalmente inhóspita, puede llenarnos el alma de resentimientos y prolongar nuestro rencor hasta volverlo ciego y antiguo. Y Domenico tiene la piel cubierta por las manchas malignas de su viejo rencor.

Esto es la muerte, piensa Domenico, y todo se disuelve aceleradamente: la imagen de Isabel, el rostro evasivo del hijo que nunca pudo engendrar, su abandono; Isabel, el hijo, los ojos, la risa, el niño del parque, su grito, el cuerpo de Isabel, sus lágrimas jubilosas sintiéndolo a él, con todo su empuje, como si tuviera la fuerza del viento que corre doblegando espigas para hacerlas germinar. Su frustración. Su tristeza. Su llanto...

Esto es la muerte, exclama Domenico, y la ausencia inesperada de aquel grito se lo confirma rotundamente...

Alfonso Quijada Urias

EL ALUCINADITO

Han venido mis parientes lagartijas desde el otro lado de la ladera. Además de mi tío Cara de Caballo y su sobrino Tarántula y se han quedado en la ventana justo donde se para el gallo por las mañanas. Han venido como siempre, esperando que cierre los ojos para luego apoderarse de las paredes, los claroscuros, las tejas, la silla vieja, el calendario, y meterse poco a poco en mis sueños. Los he visto uno por uno con sus pitas, sus lazos, sus cadenas, su engrudo y sus vendas, sigilosos y fantasmales, rígidos en su vigilia que muchas veces ha subido por mis pies hasta dormir mi pelo, mi cabeza, mi piel, mis huesos y convertirme en el espectro de ellos...: un cuerpo de lagartija y una cara de caballo con una anquilosada beatitud de tarántula.

Esta noche juré terminar con ellos y saqué como primer paso la vieja lámpara que por muchas noches ha permanecido oculta bajo la cama. Oculta casi olvidada por un descuido o miedo a enfrentarme a sus rostros.

He aquí que luego de cantar el gallo me he sentado cuidadosamente en la cama a manera de sorprenderlos a ellos que siempre me han sorprendido cuando ya es demasiado tarde. He tratado de prender la lámpara, pero su desusada lumbre se ha negado a prender, ha brotado sí, después de un nuevo intento una azulada llama del tamaño del pulgar. Así la he colocado en la ventana a la par del gallo y frente al cuadro casi invisible de mis parientes lagartijas, mi tío Cara de Caballo y su sobrino Tarántula. La he dejado allí

para enfrentarme a la innegable realidad de sus rostros, pero luego la lámpara ha estallado llenándome la cama de un reguero de plumas y sanguinolentos restos del gallo... así como cenizas y un hedor tremebundo a creolina, engrudo, lazos, pelo quemado y vestigio de una materia viscosa y extrañamente familiar.

Todo ha quedado después del es-

tallido reducido a cenizas, una puñada de cenizas, en tanto que el cuarto ha crecido de dos a tres veces, tan notablemente que he estado a punto de desaparecer. Pero he optado muy cercano al amanecer levantarme y caminar, justamente cuando he visto en el espejo de enfrente el rostro verdadero de un hombre majestuosamente dueño de sus alas.

Francisco Andrés Escobar

LOS DIAS VERDADEROS

Ellos intentaron hacer el grupo y hacerse a través de él. Si lo consiguieron, únicamente los años venideros habrían de decirlo. Lo importante es que en esos días vivieron una estación de fulgor. En ella amaron y creyeron; y cada uno se fue de allí con muchas cosas buenas para las horas de adelante.

La belleza de su grupo estuvo en que cada uno llegó con distintas tonalidades en el alma. Ellos probaron, por lo menos a ellos mismos, que no es la similitud la que enriquece la experiencia de una vida que se comparte. Es más bien la diferencia, y a veces la honda diferencia, la que estrecha más, cuando los seres humanos tienen voluntad de acercarse.

Edgardo era la vida de los cinco, porque desde muy adentro le venía

un esplendor raras veces encontrado. Enrique traía la paz; le bastaba la mirada para poner en el dolor ajeno la calma tierna de su espíritu dilecto. Mauricio era la amargura y la esperanza, el duro padecer del presente y la carrera ansiosa hacia la luz. José era la pregunta ante las cosas no sabidas. Y Francisco... la fuerza que empieza a tomar conciencia de sí misma porque se sabe hija del dolor.

Así, diferentes y unidos, cantaron a las cosas buenas de la existencia. Resucitaron, para todos aquellos que estuvieron a su lado, los grandes valores que hace mucho los hombres se empeñaron en matar.

Marta, Alicia, Ana, Sonia y Silvia fueron las mujeres que amaron y también quienes los amaron. En ellas se apoyaron porque se sabían

solos. A su amor sencillísimo y tierno ellas respondieron con el beso, la mirada y la paz. Algunos encontraron otras manos; pero todos guardaron la tibieza de las manos primeras, porque todo hombre recuerda con ternura la pupila dorada que lo ama en los días de luz.

Su experiencia la empezaron en los años de colegio y la llevaron más allá del tiempo de universidad. Sólo cuando a uno le llegó la muerte, cada quien se decidió a partir.

Enrique murió en la tranquilidad con que había vivido. Una enfermedad corta y después... el silencio absoluto. Al irse les dejó todo el remanso de su espíritu tranquilo y la confrontación con las cosas desconocidas. Fue entonces que cada quien partió. Como si el ángel fenecido les hubiera heredado los millares de rutas que tiene el universo.

Tengo ahora sesenta años y esto que escribo es un recuerdo. Un viejo y bello recuerdo de aquel tiempo en que también los tuve cerca. Entonces yo era joven. Los entendí y en cierta medida también estuve con sus sueños.

He vuelto a recordar porque hace dos semanas, caminando por un antiguo pueblo de este país en el que ahora vivo, y que empecé a amar en aquellos años, encontré a Edgardo. Ahora es todo un señor; y la bella española de otros días, ahora es doña Marta. Ella conserva su mira-

da buena y él su fulgor, sólo que más acrisolado, como el del sol que ha pasado el mediodía.

Hemos hablado largo tiempo. Me ha contado que Mauricio es médico, que trabaja en el campo y que consiguió la paz. Francisco se hizo siquiátra. Es decano de una facultad de Ciencias de la Conducta y tiene cinco libros escritos. José siguió los caminos de su padre: se hizo arquitecto y también ha conocido la paz.

Con gran ternura me ha hablado de Enrique. Me recordó todo el impacto que su existencia tuvo en quienes le conocieron... y me dijo que lo ha extrañado toda la vida. Compartieron los juguetes, compartieron la primera juventud y hubiera querido compartir con él la hora de la luna.

El, Edgardo, goza de la plenitud de un arquitecto, escritor y padre plenamente realizado. Al marcharse, ha sonreído con la luz de otros días. Al final, bien al fondo de la calle por donde se fueron, él y Marta han agitado un pañuelo para decirme otra vez adiós. Al dejarlos nuevamente en esta vida, he tenido la certeza de que les volveré a encontrar, en éste... o en otro tiempo.

¡Qué extrañol No había vuelto a llorar. Es que todo recuerdo duele. Si profano este tierno dolor es sólo para testimoniar, ante los años que vivimos, que en el pasado del hombre también hubo cosas bellas.

Ricardo Jesurum

RARA AVIS IN TERRA

V

Era una mañana húmeda. Las gentes se levantaron tarde, y como si la noche no hubiera terminado de desaparecer; se movían con somnolencia, realizando torpemente los actos cotidianos. Las nubes moradas y densas permanecían a poca altura de los techos.

—Lloverán iguanas —anunció don David, el boticario, mirando por la ventana.

—¡Cómo! —exclamó su mujer. Así se terminó de despertar.

—Digo que lloverán iguanas —repitió don David.

Lo oyó la María mientras servía el desayuno y se lo dijo luego al lechero. El lechero se lo dijo al repartidor de periódicos. El repartidor de periódicos lo gritó, indicando que salían más precisiones en el interior de La Gaceta Palpitante.

Cuando al cabo de dos horas, una dama que iba a comprar supositorios dijo a don David que los astrólogos habían previsto una tormenta de sapos, iguanas y cocodrilos y que el fin del mundo se aproximaba, el boticario ya fue incapaz de reconocer su inocente frase del desayuno y dio crédito al asunto.

Después dejó encargada del mostrador a la María, y pasó a la trastienda a hacer sus experimentos.

Más tarde Miguel de Hipotenusa se paró ante la placa que decía:

DAVID ESCOBAR GALINDO

Boticario y Alquimista

Empujó la puerta, haciendo sonar la campanilla del dintel.

La María, que acababa de trapear, le pidió que no se acercara al mos-

trador y que le dijera de lejos qué deseaba. Miguel anunció que deseaba ver al alquimista.

—Salte entonces —dijo la María— y cuidado me ensucia el piso.

Miguel lanzó primero el saco que llevaba consigo, luego se acurrucó y contó:

—¡A la una... a las dos... y a las... tres!

Ya estaba detrás del mostrador. Atravesó la cortina que lo separaba de la trastienda. El alquimista recibió de manos de Miguel de Hipotenusa una bolsa llena de monedas de oro, las echó en la copela y encendió el horno. Al cabo de un rato extrajo de la copela un puñado de hojas secas para que las pisotearan

los niños y las cagaran las palomas del parque.

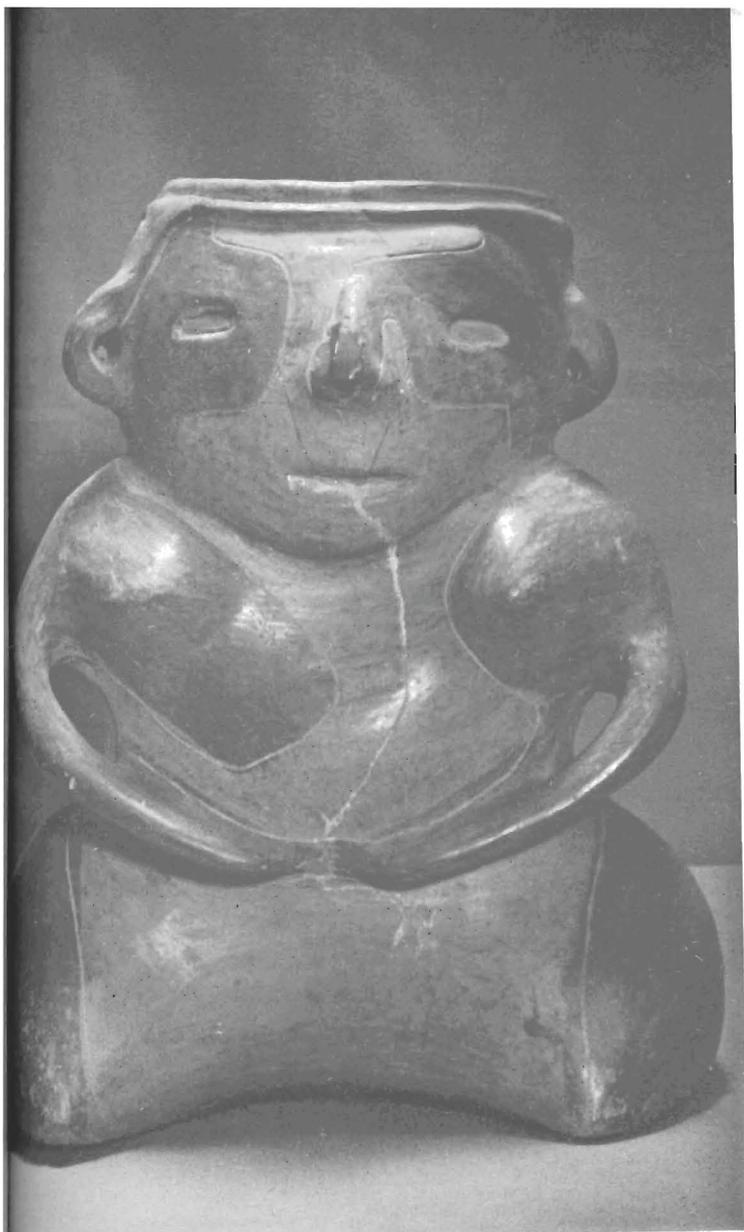
—Gracias —dijo Miguel.

Entonces se oyó un trueno y llegó la María con una iguana en los brazos. Don David y el Príncipe Miguel la miraron en silencio mientras ataba el animalito a la pata de la mesa.

—Se la compré al afilador de cuchillos —explicó la María.

—¿Y la lluvia? —preguntó don David.

—Caerá dentro de 3 páginas —anunció Miguel, y se marchó dando un portazo y dejando la huella de sus zapatos sobre el suelo todavía húmedo.



POESIA

de

Quino Caso

Alberto Baeza Flores

Juana Rosa Pita

Oscar Echeverri Mejía

Elisa Huezco Paredes

José Kozér

David Escobar Galindo

113

QUINO CASO

Poeta y periodista salvadoreño, nacido en 1902. Su poesía se inscribe dentro de un post-modernismo muy personal y sugerente. En 1928 ganó el Primer lugar de Poesía en los Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango, Guatemala. Se mantiene plenamente activo y creador.

ALBERTO BAEZA FLORES

Crítico y gran poeta chileno de obra muy extensa. Vive actualmente en España.

JUANA ROSA PITA

Poetisa cubana de obra extensa y muy valiosa. Vive en Miami.

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Poeta colombiano cuya obra se enmarca dentro del más sabroso clasicismo.

ELISA HUEZO PAREDES

Gran poetisa salvadoreña (1921). Ha publicado un solo libro: "Voces sin Tiempo".

JOSE KOZER

Poeta cubano de gran vitalidad creadora. Vive en Nueva York.

DAVID ESCOBAR GALINDO

Poeta y narrador salvadoreño.

QUINO CASO

Líricas Pentatrifonías de las Artes

Segundo Premio en los Juegos Florales Centroamericanos
de Quezaltenango, celebrados el 12 de Septiembre de 1979.

TRIFONIA I LA MUSICA
TRIFONIA II LA DANZA
TRIFONIA III LA PINTURA
TRIFONIA IV LA ESCULTURA
TRIFONIA V LA POESIA

*Conviene, de tarde en tarde,
pulsar la septicorde lira para
sentir la embriaguez del Ritmo,
y borrar el inacorde ruido de la
calle... Conviene pulsar el Ritmo
Unico, para entonar la única canción...*

San Salvador, El Salvador, Junio de 1979.

TRIFONIA I — LA MUSICA

HOY

*Conozco ya tu música rampante
ritmo desconcertado anti Beethoven:
pirotecnia a presión en sangre joven,
anti-Bach, anti-Gluck, altisonante.*

*Que al chispazo del gong alucinante
los abuelos del Africa te troven,
y en la epilepsia del danzar se arroben,
¡Todo eso sabe bien a estimulante...!*

115

*¿No surgieron el címbalo y la cítara,
y la flauta y el laúd y la vihuela,
antes que la maraca de alma ríspida?*

*Todo lo que antes fue, vuelve a ser nuevo,
y el canto del ruiseñor, que te desvela,
dormido está, mas romperá su huevo . . .*

AYER

*En el Caos fue Bach . . . El Cosmos iba
rotando sin concierto ni armonía . . .
La luz como señuelo aparecía . . .
El mundo era un esquiife a la deriva . . .*

*—“¡Que la Música sea . . .!” Y hubo arriba
de pronto claridad. El cielo ardía . . .
El órgano encendió una alegoría
con el alma de Bach en él cautiva . . .*

*Así la Música fue y así la hallaron
Haendel y Haydn, Gluck, Mozart y Beethoven
cuando en el pentagrama la expresaron . . .*

*Y se mantuvo así hasta el instante
en que ciego de luz el mundo joven,
quiso pulir. ¡Y deformó el diamante . . .!*

ANTEAYER

*En el alba fue el Ritmo. La Armonía
se organizó más tarde. En las esferas,
después de largas y orfeicas esperas,
Pitágoras oyó su Sinfonía . . .*

*Nunca tan espontánea la alegría
estalló en fragorosas primaveras . . .
Había un retoñar entre las eras . . .
¡La “Pastoral” del sordo ya se intuía . . .!*

*El hato de David pace la grama
y David, tañe lyra o toque flauta,
le imprime vibración al pentagrama . . .*

*Porque masa coral de ángeles bellos
agólpase en las líneas de la pauta
¡e irrumpe la eclosión de mil destellos . . .!*

TRIFONIA II — LA DANZA

HOY

*El ébano se anima, se hace hoguera.
Tras los ritmos indóciles y ariscos,
siéntense emanaciones de mariscos,
cimbran sensualidades de pantera.*

*En el recio rotar de la cadera
la médula espinal suelta sus discos . . .
¡De la rótula saltan los meniscos . . .!
¡Ay, de su joven pie con tobillera . . .!*

*El charleston de antier casi la quiebra.
Con la rumba de ayer se desgobierna
tornándose en elástica culebra . . .*

*El Rock'n Roll le rompe la entrepierna . . .
¡Por Dios, que con el Twist todo se afiebra . . .!
¡“Lasciate ogni speranza . . .”! ¡La caverna . . .!*

AYER

*En la selva sin luz, el cuerpo es llama.
En la llama del cuerpo hay noche bruna.
Inicia el ritmo un trémolo de luna.
En la danza ritual, la selva brama.*

*La sangre del ancestro aquí reclama
su antigua potestad como ninguna*

*otra fuerza, y el vértigo es sólo una
de las proteicas formas con que clama.*

*En Versalles el pie borda arabescos:
en la selva de Thor, bailes tudescos,
y arranca chispas en Andalucía.*

*Ante el teocalli azteca, olmeca o maya,
una raza de bronce se desmaya . . .
¡La danza es rito, es culto, es armonía . . .!*

ANTEAYER

*Y dijo así el Tetrarca: —“¡Pide, y danza . . .!”.
¡(El ojo de Herodías la incestuosa,
reflejó la cabeza dolorosa,
del Bautista, vencida a su venganza . . .!)*

*Desnuda, sin pudor, Salomé avanza
y en diabólica danza voluptuosa,
el cuerpo entrega al ritmo que la goza,
la enciende, la aniquila, la remansa . . .*

*Nervios y sangre son el elemento
que la vuelven sutil, lúbrica, elástica,
vibrátil, insisible pluma al viento . . .*

*¡Y al furor de la danza que la arropa,
dos mil años atrás nos da la plástica
con que entra al siglo XX Ana Pavlova . . .!*

TRIFONIA III — LA PINTURA

HOY

*Cuando el ojo de Pablo se entreaabría,
Homero había ya visto sus cosas:
El Minotauro de astas poderosas,
y el ojo con que el Cíclope veía.*

*En la griega escarpada lejanía
cuatro potros —las crines luminosas—
abrían las ocho alas portentosas
y ya Faetón el látigo blandía.*

*Tenía el caracol su débil cuerno.
Tres cabezas el can, de dientes crueles,
ladrando a las entradas del Averno.*

*Nada faltaba entonces, mas Apeles
—con todo y ser Apeles, el eterno—
mojó en otra pintura sus pinceles.*

AYER

*Tenía largo el ojo, nariz larga:
larga la mano al pomo de la espada:
larga la limpia espada niquelada
y largo el rictus de su boca amarga.*

*La oscura capa de felpuda sarga,
el airón con la pluma nacarada,
el guante gris, en luz amortiguada,
¡todo lo lleva ya como una carga . . .!*

*En el largo chapín, el Caballero
descansa el largo pie sobre la alfombra
y da una sensación toda de acero.*

*Acerado el mirar, muy frío y seco.
Sombra de sombra esfuminada en sombra . . .
(¿No miraban así, Rembrandt y el Greco . . .?)*

ANTEAYER

*Con tres o cuatro líneas, ya está el niño
creando perfil, volumen, movimiento . . .
Una o dos líneas más, y el pensamiento
entra en acción en ese desaliño.*

*Tan puro era el pensar como el armiño.
Y el troglodita, torpe, macilento,
en la niñez del mundo, al dar su acento,
pinta el toro español de su cariño.*

*En esa infancia están Rembrandt y el Greco,
y en Gauguin y Van Gogh así se alterna
esa gracia de Goya y su muñeco.*

*En la infancia del mundo ya se mira
la luz y el movimiento en la caverna . . .
(¿Quién fue el Pablo Picasso de Altamira . . .?)*

TRIFONIA IV — LA ESCULTURA

HOY

*Cuando el bloque de mármol observaba,
en Augusto Rodin hubo un suspenso,
porque vio “El Pensador”, adusto, inmenso,
que ya, desde aquel bloque, le llamaba,*

*Posó la mano en sus aristas. Daba
muy rara sensación aquello, denso.
Era cual si dijera el mármol: “¿Pienso?
Luego, sin duda, soy . . .” ¡Y ya vibraba . . .!*

*Lo demás, obra fue de un gran perito.
¡Limó aquellas aristas con premura
y a poco, del pesado monolito,*

*se dejó ver la egregia curvatura,
la testa doblugada, ahogado el grito,
el gesto insomne de interior tortura . . .!*

AYER

*En los gloriosos cielos de Toscana
esculpe el sol sus formas puras*

*y parecen bordadas las alturas
a modo de una inmensa filigrana.*

*En esos cielos la mirada arcana
del Buonarroti sorprendió figuras
y desde entonces las frías esculturas
cobraron alma fúlgida y liviana.*

*Por eso tienen luz y movimiento
y el hálito de Dios desde su abismo,
viene a darles divino complemento.*

*Y si hay desolación en su “PIEDAD”
y fuerza en su “DAVID”, en “MOISES” mismo
¡fue Dios quien sopló la Eternidad...!*

ANTEAYER

*“Edad de piedra . . .” —dijo el hombre. Y no era
de piedra aquella edad. La arcilla
entraba a su segundo día . . . El hombre andaba
queriendo perpetuarse en su gran Era . . .*

*Cuando petrificó y conociera
que el sílice en sus manos se ablandaba,
la gruta primitiva que habitaba
quiso que en petroglifos floreciera.*

*En Ninive, en Nubia y en Caldea
—del Yang Tse hasta el Nilo y el Eufrates—
deja en piedras constancia de su idea.*

*Y cuando se le borran los vestiglos,
levanta un Parthenon a sus penates
esculpe a Venus . . . ¡y la da a los siglos...!*

TRIFONIA V —LA POESIA

HOY

*Pececillo de luz, ángel sin alas,
ciego en la medianoche submarina,*

*estás por un milagro en la piscina,
íntegro en el molusco y sin tus galas.*

*Y estás entre los ángeles de Phalas.
Y estás entre las fúlgidas retinas.
Y estás entre las manos asesinas
del negro Alibabá de ideas malas.*

*Inédita, en asocio de las algas,
estás para la fiebre del mulato
de blancos dientes y redondas nalgas.*

*¡Ya no serás dorada lagartija,
ni ostentarás tu escándalo y boato,
ojo del mar en mineral sortija. . . !*

AYER

*No te quiero decir, Apolo santo,
el por qué Deyanira ya no treme.
Desde el cegado dios ya no me teme,
lágrimas vierte de dolor mi canto.*

*¡Oh, syngara de Pan bicorne. . . ! En tanto
la música enloquece a Psiquis, heme
ante tu luz, porque tu luz me queme,
sordo al ensueño y ciego ante el encanto.*

*Si de la concha en que Afrodita nace
surge también la perla nararina,
Neptuno hará lo que mejor le place.*

*¡No más Nereidas en mis claras linfas. . . !
Del yodo y de la sal, auri-marina,
¡un sátiro saldré para mis ninfas. . . !*

ANTEAYER

*Gatomaquia de antier, gatomaquiana,
maullido de pavor en el creciente*

*quen fuye qual elástica serpiente
del pecado inicial con la manzana.*

*Si por mi bien estás esta mañana
de la hostia con Efebo entre el su diente,
maguera la zagala, el seno ardiente,
olorosa a tomillo y mejorana.*

*Non riyáis por aquestos mis sonetos,
nin fraguéis por mi lyra una patraña,
pues que ya estoy finando los tercetos.*

*¡Que por trovar cual hoy, sin ser un zote,
quatro siglos que ha, en la añeja España,
trovó Don Luis de Góngora y Argote...!*

ALBERTO BAEZA FLORES

Poeta en el Oriente. Planetario

DESDE EL ULTIMO PISO DEL “NEW OTANI”, EN TOKIO

*Esta sutil presencia de la lluvia,
¿de dónde vino?*

*¿Y hacia adónde se irá con su abanico
ya gris y melancólico?*

JUGUETE EN UNA GALERIA DE TOKIO

*Las carcajadas metálicas van cayendo
como una descarga de relámpagos amarillos,
como pájaros ebrios.
Las aves prisioneras chocan
contra la caja,
hasta que el leve movimiento mecánico
detiene la alegría.*

JARDIN DE NARA

*Faroles de piedra en el jardín
que recuerda una antigua primavera*

*mientras el ojo de una débil llama
acompaña la vastedad del invierno.*

*Faroles de piedra que en la vida
nos vieron cruzar unos instantes
que eran aquellos años en los que aún soñábamos
recorrer paraísos eternos.*

EN EL JARDIN DE UN TEMPLO SINTOISTA DE KIOTO

*Recorría contigo la lenta fantasía del cielo
caminando senderos donde el sueño cruja —leve—
con la gravilla.
Era en el jardín del templo sintoísta
donde sólo hablaban las almas.*

*Aparecieron los monjes con sus anaranjadas túnicas ligeras
donde vibraba el débil parpadear del sol.*

*Nos detuvimos. La mañana era sólo
el débil volar de un pajarillo
de la rama de un árbol a las tejas de barro.*

*En Kioto comprendimos
por qué cabe la eternidad
en el más leve sonido de una campana.*

DEAMBULANTE EN HONG KONG

*Los veo temblar —arcángeles del miedo—
y rodar sexo abajo
hacia los arrabales del deseo. (Y del dinero).*

*Cada noche desnudan sus sueños
entre el olor a verduras y fritas de Hong Kong,
a pescado y a sexo.*

*Y en el naufragio de los días errantes
en la quietud de los sampanes harapientos*

*como cardúmenes de grandes peces muertos o escuálidos,
en este mundo donde ruedan como hojas del otoño
los papeles inútiles de siglos como años
voy leyendo en los rostros
el invisible Apocalipsis del miedo.*

RESPUESTA A UN POETA DE LA DINASTIA TANG

*Querías estar ebrio para olvidar el dolor
como un vino oscuro
mientras “El Río de las Nubes” pasaba
y te embriagabas de poesía y silencio.*

*“La voz del viento en los pinos”
está ahora cerca de mi mano en otro siglo,
mientras “Los Nueve Cielos” pasan
como sombras fugaces sobre el muro,
pero sólo el muy lejano puede manejar
esta linterna mágica.*

AZAR DE LA NOCHE DE HONG KONG

*Sólo dos sílabas al viento
y el recuerdo abrió su viva rosa —puro fuego—
que rodó escaleras abajo
con silencioso sentimiento
mientras me ofrecías tus labios temblorosos
y las mariposas de Hong Kong se quemaban
en la invisible llama de tu fugaz misterio.*

KU

*Con sus lentes grandes y su manera afable,
con su fino cristal de letrado errante y antiguo
traducía el río resplandeciente de peces
y los rostros cambiantes de las nubes
al castellano de mística y misteriosa plata
con la familiaridad de quien relaciona constelaciones remotas
donde titilan estrellas como miradas.*

CONTRASTES

*La metafísica del dinero,
el amor a las nubes vagabundas,
la vida al filo de su Hora Cero,
y la luz de las cosas sencillas y profundas
viajan, generalmente,
como la hoja que va sobre el estero.*

NIÑOS DE UNA ESCUELA RURAL

*En el centro de la brisa que pasa
se abrían como flores sus sonrisas.
En la escuela escribían los pájaros sus signos
y el cielo buscaba descifrar la realidad del agua.*

LA GRAN MURALLA

*No una sola hilera de montañas
sino dos o tres paralelas
que van desde el verde secreto de la luz
al morado penumbroso del cielo.*

*La última cadena de montañas
son las nubes que se han detenido
detrás del último dibujo del sueño
de la montaña.*

DESDE UNA ALMENA DE LA GRAN MURALLA CHINA

*Abajo continúa el tiempo
creciendo en verdes hojas
la soledad sin límites del hombre
(Esta muralla que detuvo a innumerables invasores
no pudo nunca detener el tiempo).*

*El ojo descubrió el menor movimiento
de las sombras extrañas
entre las quejumbres de la luz y el viento.*

*Llegaron y se fueron los ejércitos
y nada pasó y todo pasó,
mientras un muro de ojos era otra muralla del momento.*

*Ahora me asomo por esta almena de la Gran Muralla,
color cáscara de fruta grave
donde los dientes del tiempo continuaron mordiendo.
Los ojos desde los muros midieron las conjeturas de las guerras,
pero de tantas luchas del ayer
sólo quedan ahora: soledad y silencio.*

LAS VARIANTES INFINITAS

*¿Y si no hubiera sido
lo que fue?*

*¿Si alguno de los dos
se hubiera retrasado?*

*¿Si lo que pudo ser
no hubiera sido nunca
y mi voz no se hubiera hermanado
con tu voz?*

*Toda esta complicada
jugada de ajedrez del infinito
—que es sólo el roce
de la uña en nieve—
nunca se hubiera realizado.*

*No deja de dolerme
—entre el milenio de los siglos—
que juegue siempre a ciegas
el destino.*

JUANA ROSA PITA

Saga

Alguien podrá descreer del muro de fuego y
de la espina del sueño; nadie puede no creer
en Brynhild, en su amor y en su soledad.

JORGE LUIS BORGES
("La Volsunga saga")

1

*Saltan las letras por los pensamientos
que no llegan a ser
y no hay palabra
para decir el rostro de esta angustia
rodeada por las llamas
donde me confinó algún dios para emplear
la espina de su sueño*

*Tomaría que tú fueras veloz
y que depuesto el nombre
atravesaras
a intercambiar anillos
aunque en las noches
los cuerpos se abstuvieran del amor
disuadidos
por el sereno filo de la espada*

2

*La victoria le di porque era bello
hasta vuelto de sombra*

129

*y candidez de copo su decir tenía
y de alma las armas*

*Pero otro fue el designio de Odín
y me castiga
a enmarañar los sueños
a imagen de sus barbas
mientras rueda la historia
el meditado horror de su asonancia*

3

*Te he dado runas
para cada frecuencia del camino:
no olvides que yo viajo
desde el círculo ciego en que te espero*

*No vayas a decirme “estás durmiente”
y te alejes
- a beberte algún filtro cotidiano:
si yo duermo es porque ya te has ido*

*Y no olvides
que tu abandono linda con la muerte*

4

*Tengo este oficio
de hacer eternidad de cada instante
redimible en aurora:
oficio de esperar y en alegría
o a distancia
acariciarte el rostro pensroso
y susurrarte sombra*

*Tengo este oficio
de hacerte nido para cada viaje
y desnudar espacio
vertiendo la ternura en el silencio:
oficio de velar aunque durmiente*

*para que no le temas
al sabor de la sangre que traduce
lo que dicen los pájaros*

5

*La realidad nos tiene prisioneros
si todo nos ocurre
como el agua a la sed
o la sed al desierto:
si el mundo se acobarda porque nada
inaudito sucede*

*Sólo el amor
la muerte y el poema
nos ungen el alado privilegio
de sucederle al mundo*

6

*Y nada será igual después de un beso
bien cantado
o un corazón al aire:
todo rendirá luz al azar noble
que alterara el trasfondo de los mares
y el decir de las piedras
urdiendo el descalabro de la historia*

7

*Solamente mi hermano
pudo quererme
como te quiero a ti*

Pero él no alcanzó a nacer

8

*Nunca me importó la intrascendencia
que rebotan los días*

*Por eso abandoné el castillo
y vine a ti
sin velo y con canciones
de altísima pureza*

*Tus silencios me dicen “estás sola”:
pronto no necesitaré vivir*

9

*¡Me sobra tanta noche!
Se dirían las olas si pudieran
saltar por mi desvelo:
“el mar no nos carezca
de esta preciosa sal”*

*Dime
¿asumirías mi amor si yo muriera?*

10

*Dolor de manantial
no haber sabido
redondearte el paisaje con aromas
de una intemperie plena:
no haber urgido luz
(de tanta por mi frente)
para allegarte a mí lo solitario*

*Sólo atino a dar vida en la frontera
de la desolación
y me falta la fuerza
para pedirte el agua indispensable
a bendecir mi almohada
de cenizas:
¡permitir que las horas y la espada
hagan muro en Nosotros!*

*Dolor de manantial:
acaso el mar se acerque*

11

*No he tenido quién me acaricie el hombro
mientras duermo:
entraste tú
y creí concluido mi castigo.*

*Tendrás harto consuelo para dormir
tan lejos:
mi única certeza es el rigor
de Odín*

12

*Runas para el lanzar
te di y andar para las lunas
repletas de exigencia*

*A tu espada enseñé
a cercenar un hilo sobre el agua
deletreando los sueños*

*No defiendas mi amor para el hermano
ayer desconocido:
defiende tu epopeya*

*No me confunden nombres
conozco el cabalgar a tu caballo:
desafiaré a la saga el desatino*

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

He vuelto a ver la Vida

*He vuelto a ver la vida frente a frente:
como huracán de llamas, se ha encendido
otra vez el amor, y me he sentido
en nueva dimensión, alta y candente.*

*Mi sangre, al fin, entre sus penas siente
que ya no es el espejo del olvido
y oye cómo su tímido latido
se desata en impávido torrente.*

*Mi corazón en otro repetido
se siente ahora. El cuerpo —redimido—
a ser hombre de nuevo me convida.*

*La pasión en sus brazos me ha sacado
del limbo de la ausencia, y me ha llevado
al paraíso insomne de la vida.*

La Poesía

(A José Jurado Morales)

*La poesía llega de repente
como el amor. Nos hiere con su espada
de niebla y sueño, y en su llamarada
se nos abrasa el alma, lentamente.*

*Cuando viene, sentimos en la frente
soplo de eternidad. A su mirada
la sangre se convierte en marejada,
se hace dúctil el barro y transparente.*

*Espejo del Creador, la poesía
al silencio convierte en melodía,
su claridad sobre la noche vierte.*

*Las palabras renacen en el acto
del verso, y a su mágico contacto
el poeta se salva de la muerte.*

ELISA HUEZO PAREDES

Poemas

ALMA EN PENA

*Yo tengo que decir mi palabra.
La que me corresponde.
La que es mía.
La que todavía guardo
porque se está forjando
en la recóndita fragua.
Aún está informe, en gestación.
Su timbre es opaco, sordo, oscuro.
Pero yo tengo que decir mi palabra.*

*No sé en qué yunque se forja.
No sé dónde está la fragua.
La soledad habrá de pulirla.*

*El silencio la hará sonora
como la campana que despierta a los dormidos.
Ante todo a mí debe despertarme.
Duermo.*

*Y es doloroso dormir tan largamente
sin haber escuchado su eco.*

*Está bien descansar, dormir
y hasta morir si se está en posesión de la palabra:
Pero . . . si no se ha dicho y uno muere
pasará a ser un alma en pena
porque seguirá buscándola.
Yo la busco desde hoy en el vacío,
en el inenarrable hueco abismal . . .
Desde ahora soy el alma en pena
que quiere encontrar su Palabra.*

S. S., 1980.

CANTARES

*“Cuando yo me muera quien me enterrará
sólo las hermanas de la caridá”*

*Siempre sale aquel canto
de bocas pàrvulas
entre risas ajenas
a las palabras.
Qué niñas más tenaces:
cantan y cantan
la misma melodía
tarde y mañana.
Trigueña la de rosa,
de azul la blanca,
de amarillo la rubia;
de verde y grana
las otras morenillas
de oscura cara.
Luego cambian de canto
y es “Doña Blanca
cubierta de pilares
de oro y plata”.
Las voces infantiles
suben y bajan,
desafinan y ríen
con su “Doñana”.*

*Trenzas de cobre luce
la niña pálida;
oscura la melena
y alborotada
lleva la más sonriente
que va descalza.
Brinca que brinca todas,
canta que canta
picarillos los ojos,
las voces claras.
El ritmo se renueva
hoy y mañana
con la misma alegría
desafinada,
y por vereda y campo
rodando vuela
desde el tiempo que el tiempo
volvió tiniebla.*

— o —

*Aunque silben las balas
de día y noche,
por más que fieras sueltas
las casas rondan,
a pesar de los llantos
y de los muertos,
de los sórdidos antros
de sangre y fuego,
repitiendo los brincos
y la tonada
picarillos los ojos
las voces claras
el ritmo se renueva
hoy y mañana
con la fresca alegría
de la Esperanza . . .*

San Salvador, 1981.

RUEGO

*No te alejes Poesía, no te alejes,
hazme el milagro de sentirte mía,
despierto está el Ensueño, todavía
necesito tu llama, no me dejes.*

*Tu claro rostro quiero que reflejes
en el espejo de mi fantasía,
que la grávida lámpara que ardía
siga ardiendo en mis sueños que entretejes.*

*¿Será mucho pedir a tu grandeza
si desde niña te sentí a mi lado
dándome la lección de la Belleza . . . ?*

*¿Cómo podrás quitarme lo entregado
si hoy que parece todo terminado
tu luz de plata enciende mi cabeza?*

San Salvador, 1981.

CAMINANDO

*Tú vas caminando, vida,
y voy caminando yo,
o tú me cargas a mí
o yo cargándote voy.
Aún no siento tu peso,
ni tu acritud ni amargor,
no me has parecido dura,
ni me lo pareces hoy.
Pero es hora de un examen
de conciencia y corazón,
porque vamos caminando
como camina el reloj.
Tú vas caminando, vida
y yo caminando voy;
pero tu peso no pesa
todavía en mi interior.*

*No te cargo, tú me llevas
por camino sin rencor;
si alguno quiso dañarme
ignoro lo que sufrió,
si alguien arrojó su dardo
en su pecho lo clavó.
Aún tengo una ventana
donde la gloria del sol
me regala tarde a tarde
torres de oro y bermellón
y es por esa ventanilla
que entran cielo y nubarrón,
árboles, pájaros, cerros
y el sideral aluvión.
Oh vida qué suave eres
para quien gana tu amor
poniendo la otra mejilla
para el beso del traidor.*

JOSE KOZER

Poemas

I

ZEN

*El arquero, un paso al frente, imitación de la grulla en la quietud
anterior al graznido.*

Abre su posición, la mano imita el arco.

Los ojos buscan la diana en sus pupilas.

Rocío

(el arquero a punto de captar una imagen al alba).

Surca la flecha, pasa.

El arquero, inmóvil, la mirada fija en la arrogancia de su esterilidad.

II

RETIRO DE LI TZU CHENG

(Para Roberto Picciotto y para Joan Richardson).

*Los tres polígrafos visitaron al general Li Tzu Cheng en su retiro,
hablaron del sopor*

que vacila en los ojos de la lechuza

*y los arrozales en que se entrecruzan los guisantes en flor (reptarían
hacia un muro) las ancianas*

desencadenan una alabanza

*(año tras año estos surcos, tercios) gloria en los cascos de las bestias
fila india las tropas (blusas ufanas) y al alejarse
en secreto
(aretes) un anillo, una bocanada de palabras. Aquellos tiempos en que
el último emperador Ming se suicidó y las cuervas se
ensañaron
sobre el tamiz marchito de los crisantemos. Epoca en que las cuatro
garzas se cruzaron
y tronó (vacío) un badajo. Li Tzu Cheng
gobernó desde muy lejos: sus ojillos revelaron (se despedía desde una
ventana en alto de los polígrafos) quizás desmesuradamente
(fanal) el nimbo
de su candor inasequible.*

III

LA MESA, CUATRO COPAS

*Sólo la del anfitrión aparece manchada: húmeda y grana.
La visita llegará puntual (así demuestran su interés) deshaciéndose
en alabanzas sobre el último poema de Tu Fu, jamás
desbancado (en nuestra opinión) por Mei Yao Ch'en por Li Po.
Tu Fu, que amó las blusas.
Reverenciaba a su mujer, digamos con un ojo clínico puesto en la
literatura.
Y que hoy nos recibe, su sonrisa un pabellón de sauces inclinados:
ropas ajadas, ojos ebrios, su público una quimera de
salmones.*

DAVID ESCOBAR GALINDO

EL ESPEJO EN LLAMAS

Premio "PEDRO BARGUEÑO"

Granada, España

1977

***A Nelson E. Merren,
huésped de Babel.***

Claustros

"El unicornio quiere lo que la rosa olvida"

GARCIA LORCA.

*Del fondo de la luz, por el opaco
vuelo de las especies inventadas,
se van haciendo cuerpo estas imágenes
que la palabra junta y atormenta,
cubriéndolas de súplica y esmalte,
como si regresar al tiempo huido
fuera una forma de reconquistar
los minutos del ojo que contempla.
Suenan músicas de áulica embriaguez,
cuernos entre el follaje sin escombro
que es la antítesis de esta dehiscencia
que acumulan los aires bajo el frío;
y en los tapices de mojada lumbre,
en lana, seda y oro desvelados
por la profundidad de falso espejo,
renace la pasión del unicornio
ante el aliento de Ana de Bretaña
y de Luis XII y de los invisibles.*

Ventana sobre East River

*El ciudadano levanta los ojos
y el gran poder se queda mudo,
acechando el cristal de sus espaldas,
sitiando su creencia hasta saber
la verdad del orgasmo y de los sueños.
—¿Dónde arde entonces el amanecer?
—No aquí en mi frente presa del olvido,
condenada a beber el aire pánico,
sino en la oscuridad de los pasillos
donde alguien seca el suelo con un resto
de luna conservada de la infancia,
literalmente en la estación del miedo,
mientras el cielo huido se desnuda
sobre los edificios sin regreso.*

Himno

"Regresaré los dioses a sus sitios"

(CIRO, Rey de Babilonia)

*Lenta fruta del sol atribulado,
la memoria en su azúcar se desvive,
llena así de los números menores
con que descalza la naturaleza
su ambición de presagio, su destello
conseguido en la furia del minuto.
Fruta de agua en el aire y en la frente
que denuncia las líneas del oleaje,
con esa rendición de lo posible
que es la música en ascuas de la sangre:
la nostalgia del hierro y de las hojas
caídas en el ingrino cemento.
Desde allí va brillando mi manera
de nacer entre el zumo desvelado
que este sol me depara en justa prueba,
hasta que el corazón sea la fruta
dinástica, y el sol tenga sentido.*

Comedia de Domingo

*Desde las alfombras
perdidas en los desvanes
me perturban los dioses
de la serenidad
—los ramajes del tiempo
de la música.
Y en la calle
los desperdicios de los perros
gozan de un bello sol.*

La Rosa de Hielo

*De pronto, en la abundancia,
surge de alguna parte el resplandor
sin precio, sin origen,
sin marca conocida. Bajo el puente
cruza la fatuidad de los juegos rodantes,
y ahí ese resplandor de un hombre que camina
sobre las aguas de su enrarecido
misterio: el mismo aún
que anda por las praderas, el que suda
contra el carbón, el que durmiendo mide
los siglos de la calle, el humillado
y el floreciente. Está de pronto allí,
sólido, miserable en la abundancia
de manzanas, de pieles, de sonidos,
sordo en el rendimiento de las aguas,
acometido por la prisa pública.
Y así de pronto, en la perplejidad
que nadie ve, en un rostro,
surge ese resplandor que el viento labra,
ese anuncio de beso o de quejido,
la rosa de la sangre revelándose
con sus alas de hielo,
culminación fugaz del ciudadano.*

Agenda

*Sobre el puente de Queensboro,
el resplandor de las frutas
del tiempo
parece no pertenecer al hombre
que viene con tobillos y ventanas,
desde quién sabe qué perplejidad.
Es el aura del juicio
de las frutas sin huesos
—no hablo de Casiopea,
sino del rostro del señor común.
Y de ese juicio ha de salir un canto
derrotado o perfecto,
una vieja manera de arreglar el carruaje,
una pequeña cena en familia
de todos.
Para salvar el grave resplandor
de las flores del tiempo,
de las frutas del hombre.*

Himno

*Pálida melopea
con que el dragón extiende su dominio
sobre aguas sucias
rostros
estaciones
cristales
en llama vertical:
—¿Hasta el trueno del
Juicio?*

Desde Liberty Island

*La palmera de la memoria
albea como esa nube
—de maléfico polvo
—de explosiva conciencia.
¿Pero de qué balcón viene cayendo un nombre?
¿Y hacia qué remolino
de máquinas y huesos?
Quizás la resonancia de una muerte
perdida,
desafiante:
quizás el aire preso
en la palmera de la memoria,
para que se divierta
la Dama de Bartholdi.*

Formalidades

I

*Los puentes
bajo la luz sin llagas del invierno
recuerdan no sé cómo
que las palabras van en esas aguas
tienen la esencia del anonimato
y sólo encima el hierro
de la creencia
de la ideología
la soledad de la cultura que oye
cruzar el humo entre sus costillares.*

II

*Y sobre todo aquí
desde esta sístole
de las apabullantés abundancias
en que abrigos
estatuas
automóviles
fuegos
espejismos*

*cristales
teatros ebrios
liturgias
crujen hasta agrietar la fantasía
hasta quebrar los labios.
Desde aquí
los puentes arden sobre luz de sangre
gimen por la miseria de las nubes.*

III

*¿Y qué puede agregar
entonces el que observa
desde párpados llenos de ceniza
el desorden
la ley del desperdicio?
¿Qué espejo recordar en esas aguas
que turbias reconstruyen
el sol que tiembla
en las gargantas de los rascacielos?
Oh pasión babilónica recoge
la variedad del pensamiento
en ascuas
la animación del ave sin cabeza
—como el oscuro sino del desarme.*

(Salón de la Asamblea ONU).

Himno

*Tú, ciudad escondida
donde la soledad se vuelve arcángel
desusado, menor,
como la rama
de metal que los fuegos
del Dios atormentara
en sereno exorcismo.*

*¡Pertenece al agua con que mueres,
al viento
que agiganta los párpados!*

Llamas Paralelas

*Mañana
surgirá el sol de nuevo
sobre la testa de la esfinge.
El sol rojo
de los atardeceres bíblicos
en el primer minuto de mañana.
La lumbrarada sobre las basuras
que el viento lanza sobre el río
y nadie se da cuenta.
El resplandor de las vitrinas
donde bostezan inadvertidamente
las cajitas de música.
Mañana
el sol,
sobre la testa giratoria de la esfinge.*

Sub Specie Aeternitatis

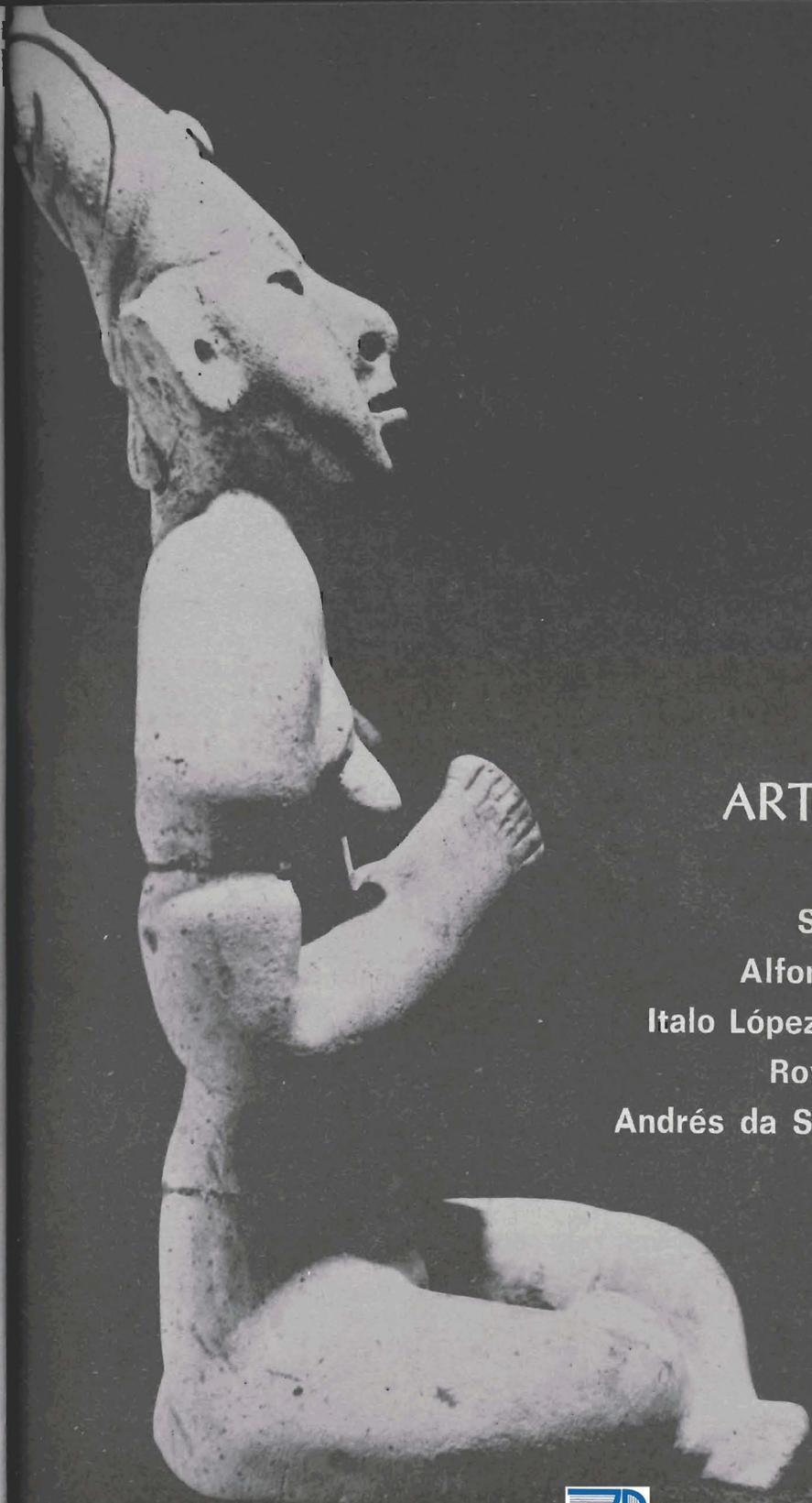
*Este es el laberinto: en él se cita
la oscuridad con el desorden áureo.
Alguien le abrió la tripa al minotauro,
y había un cofre de almas en la tripa.*

*Hipo es de esencia lo que el aire hipa,
porque hay ciudad aún de peste y lauro:
mientras reía el sol en el establo
y se rasgaba el útero Xantipa.*

*Es el aire en ciudad, el pie en la media,
el rostro en la gloriosa tufarada,
y de súbito el coro de veloces.*

*Nueva York: ese curso de ortopedia,
para luego quebrar entre la nada
los anónimos huesos de los dioses.*

Poemas escritos en Nueva York,
en noviembre-diciembre de 1976.



ARTICULOS

de

Stefan Baciú

Alfonso Orantes

Italo López Vallecillos

Roy C. Boland

Andrés da Silva Silvera

159

STEFAN BACIU
(Ver CULTURA 64)

ALFONSO ORANTES
(Ver CULTURA 65)

ITALO LOPEZ VALLECILLOS
(Ver CULTURA 64)

ROY C. BOLAND
(Ver CULTURA 65)

ANDRES DA SILVA SILVERA
Catedrático y crítico literario uruguayo.

Stefan Baciu

MAX JIMENEZ: La Correspondencia de un Costarricense Universal

Max Jiménez Huete (1900-1947) ha sido una de las personalidades más destacadas de la literatura costarricense y de Centroamérica de su tiempo; y sin embargo falta hasta hoy día el estudio completo y fehaciente que pueda colocar a este hombre multifacético, inquieto trotamundos en una época cuando la era de la aviación comercial recién comenzaba, en el sitio que su obra merece. Compañero y amigo de Miguel Angel Asturias, David Vela, Luis Cardoza y Aragón, César Brañas, Francisco Amighetti, Max Jiménez representa, indiscutiblemente, un "caso" en la literatura y en el arte todavía provinciano de su patria, desde los años '20 hasta los '40.

Poeta, novelista, cuentista, pintor, dibujante y grabador, Max Jiménez ha sido también periodista y polemista, y en este sentido valdría la pena publicar en un tomo sus colaboraciones en prosa del "Repertorio Americano" de Joaquín García Monge, quien, en aquel ambiente muchas veces estrecho y hostil, como se puede ver en la carta que reproducimos, jamás se cansó de respaldar y elogiar a este hombre a veces violento, otras veces de una gran ternura, según nos ha relatado uno de sus mejores amigos, el pintor, grabador y memorialista Francisco Amighetti.

Las cartas que reproducimos vienen del archivo de uno de sus hijos, el licenciado Ricardo Jiménez S., quien nos abrió las puertas cerradas hace muchos años, permitiéndonos seleccionar un número de cartas y tarjetas que reputamos de interés especial para la definición del perfil humano e intelectual de Max Jiménez, escritor costarricense en el más profundo espíritu de esta palabra, pero al mismo tiempo, hombre de grandes inquietudes cosmopolitas.

Por primera vez, tuvimos la ocasión de oír mencionar su nombre, en Río de Janeiro en el ya lejano año de 1950, en el "consultorio" del poeta y médico Jorge de Lima, quien fue, al lado de Manuel Bandeira, Mario de Andrade y Tasso da Silveira, uno de los pocos escritores brasileños interesados en la literatura y en el arte contemporáneo de los países hispanoamericanos. Hombre generoso e inquieto, multifacético, él mismo, como Max Jiménez (Jorge de Lima era poeta, ensayista, crítico, historiador, novelista, dibujante y pintor) el autor de "Invenção de Orfeu" poesía un rico archivo hispano-americano, guardando libros y revistas, cartas y manifiestos de muchos de los movimientos de vanguardia y de sus autores, en los años '20 y '30. Además, como era hombre muy "organizado", poseía un fichero de direcciones hispanoamericanas, y todavía guardaba las diversas direcciones de Max Jiménez, a pesar de que éste —en 1950— ya no vivía, habiendo fallecido tres años antes, en un extraño y hasta hoy día no aclarado accidente en Buenos Aires, donde se encontraba de viaje. Me parece haber oído contar a alguien, no me acuerdo **quién**, que la última persona a quien Max Jiménez había visto la víspera de su muerte, fue su amigo, el poeta guatemalteco —que en la carta que reproducimos, algo irónicamente se autodeclaraba "mendigo"—, Miguel Angel Asturias.

Ya en otra oportunidad (en el ensayo "César Vallejo en el atelier de Max Jiménez", publicado en "Costa Rica en seis espejos" San José de Costa Rica, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1976) llamé la atención sobre las múltiples amistades que el costarricense tenía, no sólo en el Istmo, que —ya entonces— para él era demasiado pequeño, y las cartas que salen a la luz del día a más de medio siglo después de haber sido escritas en tantas latitudes del mundo —de París a La Habana y de Madrid a Río de Janeiro— tienen la virtud de confirmar —una vez más— esta, diríamos, vocación panamericanista, en el mejor sentido de la palabra, que Max Jiménez cultivaba con fervor, y que era tan cara a **don Joaquín**.

Estas cartas son prueba del aprecio que el joven escritor costarricense disfrutaba entre sus compañeros de generación, pero, al mismo tiempo, escritores de otras generaciones, como Rufino Blanco Fombona, expresaron este aprecio y entusiasmo, muchas veces sin medir las palabras, como acontece en la carta de Jorge de Lima.

Dándose cuenta del ambiente provinciano de Costa Rica en su tiempo, que García Monge trataba de superar con el trabajo excepcional del "Repertorio", Max Jiménez, quien era hombre de grandes recursos económicos, publicaba sus libros no en la "patria chica", sino en el "extranjero", en Chile, La Habana y en España, para que sus libros no correrían el riesgo, como casi siempre acontecía, de "ahogarse" en el ambiente local.

Hay que tener en cuenta que muchas de estas cartas (nos referimos a aquellas que datan de los años '20) se escribieron cuando el poeta tenía veinte y pocos años de edad, es decir, cuando todavía estaba en su época de inquietud creadora, buscando un camino, que

encontró, certero y largo, al llegar a los 40 años, publicando "El Jaul", que, según apuntamos en el ensayo "Max Jiménez, un moralista ferroz", salido en el libro anteriormente mencionado, es la primera novela de contenido social en la literatura del Istmo, siendo, de esta manera, Max Jiménez precursor cronológicamente, no sólo de sus compatriotas Carlos Luís Fallas y Joaquín Gutiérrez sino también de Miguel Angel Asturias.

Las cartas que siguen, reflejan como un espejo, el carácter de su destinatario: lleno de **elan** vital, siempre al día, bien informado, generoso, curioso de saber y de conocer, visitando escritores y amigos conocidos y desconocidos, Max Jiménez era algo así como un embaajador itinerante de la poesía, del arte y de la amistad, distribuyendo, a diestra y siniestra, no sólo su amistad y su simpatía personal, sino libros, **plaquettes**, ideas e ilustraciones, transformado en el "heraldo" de un nuevo espíritu, cosa que hizo al poeta brasileño Jorge de Lima exclamar:

"¡Qué felicidad para un poeta, haber nacido en Costa Rica!".

Deseamos, una vez más, expresar nuestros agradecimientos al licenciado Ricardo Jiménez S., por su generosa acogida, y a nuestro buen amigo Francisco Amighetti, por su paciencia con la cual nos acompañó en las investigaciones en búsqueda de las cartas de su amigo Max, a quien **don Joaquin** solía, cariñosamente, llamar "Maxito".

[No. 1]

Julio 1926

Max Jiménez.

Le envío mi colaboración para su revista. Si algo tienen estos versitos de agua de azúcar es q'son viejos i muy malos. Lo peor es que yo nunca publico versos i ya ve, cuando me decido a hacerlo, no sirven. Y es q'no tengo otra cosa q'mandarles, ni humor de escribir. Lo único es q'se los mando con mi buena voluntad.

Lo saluda

CARMEN LYRA¹

[No. 2]

(Sin fecha)

Max Jiménez.

No sé si Ud. supo q'esta tarde cuando vinieron a la escuela, yo estaba, pero le pedí a Rafael Estrada² q'dijera si quería q'estaba pero

q'no salía porque no me gusta el hombrecito ese de Venezuela con q' andaban, o si le parecía malcriado, q'yo andaba por ejemplo en Tibás. Me dolió por Ud. porq'con Ud. sí me habría gustado pasar un buen rato.

¿Qué va a pensar Ud. de mí?

Pero q'le parece q'todos estos literatos al servicio de Leguía, Gómez i Co. me repugnan profundamente. De hablarles sería para decirles q'me parecen unos pobres hombres, i como con eso nada consigo, prefiero no hablarles.

Venga un día, solo o bien acompañado i entonces sí q'me pondré contenta. Aviseme cuándo para esperarlo.

Cariñosamente lo saluda su amiga

CARMEN LYRA

[No. 3]

CARTE POSTALE

Madrid, 18 de mayo 1927

Muy señor mío. Acepte las más expresivas gracias por el regalo de su precioso librito de **Ensayos**. Los he leído todos, preparado a la admiración por el prologuista. García Monge no miente, ni el libro desilusiona. La distinción no cesa. El arte y el talento tampoco.

Su afmo.

R. BLANCO-FOMBONA

[No. 4]

El Embajador de México

Bs. Aires 23 febrero/1928

Amigo Max Jiménez:

He tardado para leer a mi sabor sus **Ensayos**. Me han acompañado al campo argentino, en mis breves y siempre entrecortadas vacaciones. He sentido caer sobre mí una por una de sus preciosas flechitas de oro. Hay en Ud., hasta por el modo de empuñar las palabras, un gran acento personal.

Mis felicitaciones y mi aprecio verdadero, mi amistad, mi simpatía, mi aplauso.

ALFONSO REYES

Pasa por aquí, estos días, el Ministro Dobles Segreda^a.

[No. 5]

San José, octubre 3 de 1929

Don Max Jiménez

7 Avenue Alphonse XIII

París (16 eme)

Mi querido Max:

Tengo a la vista 2 amables cartas tuyas. ¿Me recuerda? Yo también lo echo de menos, aquí donde la sinceridad y el ingenio hacen tanta falta. Muy interesantes las noticias que me da del Repertorio. Saqué su artículo sobre los japoneses; le mando muestras. También me han llegado los versos; saldrán; sigue escribiendo para la revista.

No haga caso de lo que digan Pachequillos⁴ y Turcios⁵. Eso no sirve, es liana, cosa tropical. Huya de esas gentes como de la peste.

Siempre pienso en el viaje; esto se pone cada vez peor. Que no se les ocurra venir. Dña Celia y Eugenio el año entrante se van para esa. Después me iré yo. Empresa que hacer no me faltará en esa ciudad.

Dña Celia sufrió operación seria. Ya está bien.

Un abrazo, Max, y hasta luego. Memorias a Clemencia y a su mamá.

Siempre suyo affmo. y servidor.

J. GARCIA MONGE

[No. 6]

JORGE MAÑACH
Gral. Aranguren, 70, 2
LA HABANA

9 diciembre 1929

Amigo Max Jiménez:

Acabo de recibir el ejemplar que tan bondadosamente me ha dedicado y enviado de su "Gleba", bello título. Acabo de recibirlo en casa. De vuelta a mi oficina —por desgracia soy hombre de oficina—, decido acusarle recibo sin más por el momento, pues desde hace ya un mes o cosa así tengo sus líneas de octubre y sus versos —sus versos de siempre—, que es buen decir, para la revista⁶. Por la simpatía que nos demuestra ese envío, le doy en nombre de mis compañeros y

165

mío (I), las gracias más cordiales. Sus versos quedan en turno de consideración. Nos sería grato de veras tenerle asiduamente en nuestra compañía. Con Maribona⁷ —buen amigo de Ud. y mío— hablé recientemente: me contó de sus entusiasmos y de la inminente salida de este libro, que con tanto gusto me preparo a leer.

Con gracias muy reiteradas, le estrecha la mano su compañero y amigo

JORGE MAÑACH

[No. 7]

París 25/12/29

Mi querido poeta: su postal me alegró, por ella lo "encuentro" ya en la Corte. Deseo que hayan hecho un buen viaje y favor de saludar a su esposa y señorita hermana, aunque no tengo el gusto de conocerla. Veo que usted está laborando y que la cosa empieza a pegar. Espero la carta larga que me promete y mejor que eso su regreso, que conversemos largo y tendido sobre las posibilidades madrileñas. A Reissig lo operaron de almorranas, enfermedad de los literatos en Argentina. Sigo de "mendigos". Le adjunto el artículo sobre su libro que publicó "El Imparcial",⁸ y en el que, aparte de lo del ritmo, me reafirmó. ¿Cómo va "Sonaja"? y no le dice más su amigo que le quiere mucho

ASTURIAS

(En el final de la carta hay un dibujo de Asturias: A la izquierda, la torre Eiffel, y abajo, la inscripción "París", una montaña en la cual suben varios coches, y debajo de la cual hay las palabras "Una filmax", del lado opuesto a "París", en letras mayúsculas, verticales, la palabra: "MADRID").

[No. 8]

Madrid, 30 Dic., 1929

Sr. Don Max Jiménez

Muy distinguido amigo:

Aunque abrumado de trabajo, he aprovechado ayer domingo de una media mañana para leer su libro y darme un rato de solaz y de encanto. Encuentro como lo esperaba, después de conocer otros trabajos de usted: frescura, intención, intensidad, poesía. No creo decirle nada que usted no suponga asegurándolo que me gusta mucho; y que por ello le auguro un espléndido triunfo.

Le deseo feliz viaje y quedo de usted, con el deseo de que regrese pronto a Madrid,

su afmo. compañero en letras y afmo. amigo,

R. BLANCO-FOMBONA

EDITORIAL-AMERICA
Apartado 117
MADRID (ESPAÑA)

[No. 9]

COLUMBIA UNIVERSITY
in the City of New York
Department of Romance Languages

17 enero 1930

Sr. D. Max Jiménez

Muy señor mío:

Le doy las gracias por haberme enviado su libro de poesía "Gleba", que ha venido a confirmar la gran estimación literaria que me habían hecho sentir por V. sus ensayos anteriores.

Si dispusiera de más tiempo, me gustaría explicarle y explicarme a mí mismo el placer que la lectura de sus obras me ha proporcionado, pero no quiero retrasar el darle las gracias por él.

Queda de V. afmo. amigo y servidor

FEDERICO DE ONIS

[No. 10]

"CONTACTS"

11, Rue de Sevres—Littré 73-83

DIRECTION
24.2.30

PARIS, VI e

Muy señor mío y distinguido poeta

167

No podrá haber para mí un libro de poemas que me pareciera más incitante que bajo este título de "Gleba" que Ud. ha escogido con tanto acierto. "Remover la tierra del pasado y dejar caer en ella la propia semilla" es un programa poético que aplaudo de todo corazón. Ud. lo ha cumplido con sinceridad, armonía y firme originalidad.

Reciba Ud. mi enhorabuena más sincera y créame su muy agradecido y atento servidor

JEAN CAMP⁹

[No. 11]

12, rue d'Annam

París el 10 de abril de 1980

Distinguido amigo:

He recibido con mucho placer su nuevo libro de poemas y le he consagrado una nota en mi crónica de *Vient de Paraitre* para el número de mayo, en la cual digo todo el bien que pienso de él.

Ud. habrá sin duda recibido en su tiempo 1º una revista en la cual había publicado varios poemas, 2º el número de *Vient de Paraitre* en el cual había hablado de Gleba. Había hecho otra nota para la *Révue de L'Amérique Latine*, pero no pudo pasar, Charles Lesca¹⁰ habiendo hecho otra antes.

Adjunto le remito con mucho gusto dos poemas míos y una fotografía, agradeciéndole de antemano su traducción y publicación en el **Repertorio Americano** que considero como una de las obras más meritorias en las letras hispano-americanas. Está muy bien hecha y rinde muy buenos servicios. La cito en mis crónicas siempre que tengo ocasión.

Me repito de Ud. su muy afmo. amigo y compañero

GEORGES PILLEMENT¹¹

[No. 12]

EL SOL

Diario Independiente
Larra, 8. Madrid

Sr. Dn. Max Jiménez
San José de Costa Rica

Querido Max:

Recibí su tarjeta, su carta, su cablegrama. ¿Cómo agradecerle tan-

tas atenciones? No me perdonaré ni le perdonaré a usted por supuesto, que no nos viéramos antes de su marcha. Mi cuñado me dijo que le había visto y que de todas formas y de acuerdo con sus propósitos anteriores piensa usted regresar por aquí pronto. ¿En agosto?: ¿En setiembre? Díganoslo. Dígame también si hay (!) pensado algo concreto referente a la revista y la Editorial¹². Yo tengo dados algunos pasos, me han hecho presupuestos. Creo que sería fácil y de poco riesgo, con muchas facilidades de éxito. Además cuando usted vuelva la revista podrá salir ya sin competencia, sin rivalidades.

Amigo Max, me caso. ¿Ya lo sabía usted, no? Me caso para junio próximo y mi boda viene desgraciadamente a coincidir con una serie de circunstancias algunas de las cuales conoce usted ya porque antes de salir de aquí se las dije o se las insinué. ¿Se ha acordado usted de indicar mi nombre para alguna colaboración por ahí? Usted tiene que tener muchos amigos en América porque tiene el don de la bondad y de la lealtad. A propósito de esto he vuelto a ver versos suyos —de “Gleba” y de “Sonaja” en la “Revista Chilena” y en la “Revista de La Habana”. Si usted no las tiene se las enviaré. Le he enviado un ejemplar de mi libro “Imán”. Libro fuerte y áspero con un lenguaje necesario desgraciadamente en esta España nuestra, tan merecedora de mejor suerte. Me gustaría saber su opinión. Le envío adjunto un artículo publicado en un número extraordinario de EL SOL de ayer por si lo cree interesante para el “Repertorio”. Son cosas sobre mi tierra chica —el alto Aragón— bastante pintorescas. El retrato que usted me pedía no lo tengo. Le enviaré una caricatura que me va a hacer Bagaría.

Le insisto con todo interés en lo de las colaboraciones. No importa que paguen poco. Está uno acostumbrado a trabajar y a cobrar mal. El libro “Imán” se vende bien, pero las liquidaciones con la editorial son semestrales y por lo tanto aunque me cubriera de oro —lo que no es probable— de momento todavía va a ser poco. Perdone usted que le insista pero repito que tengo una gran confianza en las gestiones que usted pueda hacer por ahí.

Saludos respetuosos para su esposa y usted reciba un abrazo muy fuerte de su buen amigo y compañero

RAMON J. SENDER

18 abril 1930

[No. 13]

Barcelona, 26 de enero de 1933
Sr. Dn.

Max Jiménez
Madrid

169

Querido poeta:

Llegó a mis manos su "Quijongo" que tan finas y extrañas modulaciones tiene. Hay en él un soplo interior, un tono espiritual que conmueve por lo escueto y despojado. Su poesía donde está más feliz —en mi concepto— es en ese estilizado "Lago del Parque", en "La Tarde que es mía", en la sugestiva "Ventanilla de Tren", y sobre todo en ese romance magistral que se llama "Toledo" donde hay un escalofrío de mística inquietud.

Ya había leído algunas poesías de usted en "Repertorio Americano" y le seguía con deleite. Somos, pues, viejos conocidos. No importa la distancia material que nos separa, si nuestros espíritus han entrado ya en el diálogo y en la amistad.

Quiero hacerle una pregunta. Estoy en las gestiones previas a la publicación de un librito de poesía y desearía saber el costo de su Quijongo, que está muy bien presentado. Además del costo, las condiciones que ha exigido la "Espasa Calpe" para editarlo. Le agradeceré mucho este favor.

¿Conserva aún algún ejemplar de "Sonaja"? Porque desearía hacer una notita sobre usted, para una revista literaria de mi país.

Con mis más cordiales agradecimientos y un sincero apretón de manos

JORGE CARRERA ANDRADE

[No. 14]

A Max Jiménez

Mi querido amigo y compañero:

He sentido mucho —y conmigo Gregoria— no verles a ustedes antes de marchar. ¿Por qué ha hecho usted eso con nosotros? Le envié a usted, el día anterior a su marcha una carta con un recorte del artículo de Obregón. Me figuro que habrá llegado a poder de usted, a juzgar por lo que nos dijo el portero de su casa. Azcoaga me dijo que le había saludado a usted en la estación; también yo hubiera salido a despedirlos.

En su carta de despedida hay algunas palabras que reflejan algo de pesadumbre. Si en ésta tengo yo alguna parte, tenga la bondad de decírmelo con toda claridad. Lo menos que puedo esperar de nuestro mutuo afecto es saber por qué razones pudo cambiar su conducta de usted para conmigo. Si usted no me las dice, creeré que no existe ninguna.

Yo estoy muy agradecido a ustedes por todas sus atenciones para con nosotros. Espero que nos disculpe si, por nuestra bien conocida pobreza, no hemos podido devolverlas.

En mi anterior le decía que durante veinte días LUZ no había publicado ninguna nota crítica mía. He reanudado la serie y QUIJONGO será uno de los libros primeros en comentar. En la misma carta volvía a agradecerle sus cariñosas palabras del REPERTORIO.

Espero recibir carta de ustedes. Me sería muy duro que esta nuestra buena amistad se enfriase por causas desconocidas. Al menos que se enfríe conociéndolas bien.

Salude a todos los suyos en nuestro nombre. Yo le abrazo

BENJAMIN JARNES

Madrid, 10-II-33,
S/C: Paseo Santa María de
la Cabeza, 2.

[No. 15]

Max Jiménez,

Ha tempos recebi "El Domador de Pulgas" que li e guardei com o maior carinho. Agora este "Revenar" me faz conhecer um genuino e puro e grande poeta que elevou a poesia de sua patria ao plano da poesia universal de todos os tempos. Agradeço a oferta desse bello livro em que a poesia restaurada em seu veradadeiro clima agradou-me sobremodo. As madeiras—aptimas. Daqui vae um afetuoso abraço de:

JORGE DE LIMA

Río de Janeiro, 29 de Janeiro de 1937
Praca Floriano 55 IIº andar

Mande-me coisas de Costa Rica. Que felicidade para um poeta ter nascido em Costa Rica!

[No. 16]

Sr. D. Max Jiménez

Mi gran amigo:

Muchas gracias por su bello libro en el que se anda por un mundo de delirio en que lo más pequeño adquiere proporciones de luto y obsesión.

En espera de más noticias tuyas queda su devoto amigo

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

1/c Villanueva 38
Madrid

Neuilly Jueves

Mil gracias estimado amigo por el envío de su delicioso libro "Gleba" lleno de gracia y de sentimiento poético y con intimidad de detalles tan nuestros. Tendré mucho gusto en recibir su visita. Si está usted libre el martes a las cinco ¿quiere venir a tomar el té a mi casa 84 Av. Víctor Hugo, Neuilly? Estará mi hermana y un joven poeta vezolano que también vendrá a verme.

Con mis mejores saludos soy su afma.

TERESA DE LA PARRA

NOTAS

- 1 Carmen Lyra (1888-1949), educadora, cuentista y novelista costarricense, especializada en la educación infantil pre-escolar. Militante política, ayudó a organizar una sección costarricense del partido aprista en los años 20. Más tarde se vinculó al partido comunista (Vanguardia Popular). Su libro más conocido: "En una silla de ruedas" (1918), fue varias veces reeditado.
- 2 Rafael Estrada (1901-1934), poeta y ensayista costarricense, autor, entre otros, del libro "Viajes sentimentales".
- 3 Luis Dobles Segreda (1890-1956), escritor, historiador, bibliógrafo y diplomático costarricense. Fue ministro de Educación y diplomático en Francia, Bélgica, Holanda, España, Italia, Argentina y Chile. Su "Índice bibliográfico de Costa Rica" (1927-1936) es muy importante.
- 4 Probablemente el ensayista, profesor y diplomático costarricense León Pacheco (1900), autor de varios libros, destacándose entre éstos "El hilo de Ariadna".
- 5 Probablemente Froilán Turcios (1875-1943), controvertido político, escritor, periodista y diplomático hondureño. Durante algún tiempo ha sido representante de Augusto C. Sandino. Editó diarios y revistas, la más conocida, "Ariel".
- 6 "Revista de Avance", publicación del grupo de la vanguardia cubana. Jorge Mañach ha sido uno de sus principales animadores.
- 7 Dibujante, caricaturista y pintor habanero.
- 8 Diario de Ciudad Guatemala, importante debido a las colaboraciones de los escritores de la vanguardia centroamericana, bajo la orientación de David Vela y César Brañas. Miguel Angel Asturias publicó en sus páginas muchas crónicas y correspondencias de Europa.
- 9 Jean Camp, escritor francés, traductor y comentarista de los vanguardistas hispano-americanos en Francia.

- 10 Charles Lesca, traductor de la literatura hispano-americana, autor de reseñas y críticas sobre libros y revistas.
- 11 Georges Pillement, uno de los más activos divulgadores de las letras hispano-americanas en Francia, amigo de muchos escritores de Latinoamérica residentes en París.
- 12 La "editorial" a la cual se refiere Ramón J. Sender ha sido un proyecto muy caro a Max Jiménez. Tanto su amigo costarricense, el pintor, poeta, memorialista y grabador Francisco Amighetti, como el cuentista dominicano Juan Bosch, quien fue por algún tiempo secretario de Max Jiménez, nos confirmaron el interés que éste tenía en el proyecto, algo al estilo de la editorial organizada en Madrid por Rufino Blanco Fombona.

Alfonso Orantes

RECORDANDO A JOSE BATRES MONTUFAR

Muchos son los autores que han escrito acerca de José Batres Montúfar, entre ellos, de los que yo tengo noticias pueden enumerarse los siguientes: Fernando Cruz, quien escribió una BIOGRAFIA DE PEPE BATRES; José Milla, autor del Prólogo de la 1ª edición de sus obras; Antonio Batres Jáuregui, que escribió: JOSE BATRES MONTUFAR, SU TIEMPO Y SUS OBRAS, libro editado en 1909; Adrián Recinos, autor del estudio: JOSE BATRES y José Arzú, autor del libro JOSE BATRES INTIMO. Además de eso el General Miguel García Granados en sus MEMORIAS, se refiere a Batres Montúfar. Carlos Gándara Durán, se refiere a él en el Prólogo a una edición de las obras de Pepe Batres y Edelberto Torres, es autor del Prólogo a las Poesías de José Batres Montúfar, editadas por el Ministerio de Educación Pública de Guatemala.

La primera edición de las obras de Pepe Batres se anunció en la Gaceta Oficial de Guatemala del 14 de septiembre de 1844.

Hasta donde yo tengo noticia y como curiosidad bibliográfica, las ediciones de la obra de Batres Montúfar realizadas, son las siguientes: 1845. Imprenta de La Paz, Guatemala; 1859. Imprenta de La Paz, Guatemala; 1881, Imprenta de El Progreso, Guatemala; 1882, Edición de Garnier Hermanos, París; 1882, Imprenta de Arenales, Guatemala; 1882, Tipografía de I. Paz, México; 1887, Imprenta El Globo, Guayaquil; 1901, Imprenta de Arenales, Guatemala; 1910, Imprenta Sánchez & de

Guise, Guatemala; 1916, imprenta Royal, Guatemala; 1924, Imprenta Helénica, Madrid; 1940, Imprenta Sánchez & de Guise, Guatemala; 1944, Tipografía Nacional, Guatemala; 1952, Edición de la "Biblioteca Popular 20 de Octubre", volumen 34, Guatemala; 1960, Edición de la Organización de Estados Centroamericanos, San Salvador; 1961, Departamento Editorial del Ministerio de Educación, San Salvador. Es decir que hasta la fecha han sido dieciséis las ediciones de la obra de José Batres Montúfar.

Los aspectos de la vida de Pepe Batres son diversos. Era Subteniente, grado que le concedió el Presidente de la República Federal de Centroamérica, General Manuel José Arce, el dieciséis de diciembre de mil ochocientos veintiséis, es decir cuando tenía quince años.

Muchos autores se han referido a la fisonomía de Pepe Batres y algunos se refieren a su nariz. Pero como no quedó ningún retrato de él, el único dato existente acerca de ese órgano, es la referencia que aparece en su filiación, hecha cuando tenía 25 años, en la cual se expresa que tiene: nariz regular corva.

El 14 de diciembre de 1835, el doctor Mariano Gálvez, jefe supremo del Estado de Guatemala, en la Federación de Centroamérica, le extendió el título de Ingeniero Topógrafo.

Aunque Pepe Batres era muy retraído, fue sin embargo Jefe Político de Amatitlán, nombramiento que le extendió el Jefe Departamental, en mayo de 1839. Y durante los días 18 y 19 de marzo de 1840, como Capitán de artillería, participó en la defensa de la ciudad de Guatemala, en la que según le expresara el Jefe de Gobierno Rivera Paz, "en que no sólo se salvó el Estado sino que fue completamente destruido el enemigo común de sus aliados".

El abolengo de Batres Montúfar es notable, su familia tiene ascendencia con personajes como Jorge de Alvarado; por la abuela paterna desciende de los Alvarez, de las Asturias y Nava, entre cuyos descendientes figura don Sancho quien ostenta en su escudo nobiliario un lema que dice algo así: "Yo no desciendo, de mí descienden reyes". Por la rama materna: Montúfar, tiene a don Antonio de Montúfar del que un cronista de la colonia Vásquez, hace grandes elogios por unos cuadros que pintó para la iglesia del Calvario de Antigua Guatemala y a otros Montúfares renombrados hasta llegar a Dr. Lorenzo Montúfar Rivera Maestre, orador e historiógrafo notable.

Don José Mariano Batres y Asturias, era el padre de Pepe Batres, había nacido en Antigua Guatemala en 1771, fue a España en 1794 y

en la Compañía de Americanos en el cuerpo de Guardia de Corps, sirvió cinco años, se graduó de cadete y salió de la Madre Patria en 1799 con el cargo de Ministro tesorero de las Cajas de Cochabamba, que desempeñó cuatro meses. A petición suya lo permutó por el de Ministro Conyador de la Intendencia de San Salvador, cuya plaza desempeñó veintitrés años, hasta cuando el mismo expresó que “fue lanzado” del lugar. En 1812 don José Mariano había sido nombrado capitán de la Tercera Compañía de Voluntarios de San Salvador “honrados de Fernando VII” por don José de Bustamante, apodado El Zonto. Al pronunciarse las autoridades salvadoreñas en contra del gobierno de Guatemala en 1822, el 6 de junio, un grupo de exaltados clamaba frente a su casa. Al salir al balcón e informarse de la causa del tumulto, se enteró que los amotinados pedían nada menos que su cabeza. Don José Mariano, hombre de carácter, sin perder la calma les preguntó:

—¿Qué os ha hecho Batres?

—Sólo beneficios —respondieron—, pero ya no lo queremos, clamaron.

Don José Mariano entregó sus cuentas “de orden verbal del Señor Intendente, Jefe Político, Dr. José Matías Delgado” a Francisco de Paula Vallejo. De ese modo salió de San Salvador, acompañado de José Batres Montúfar, quien a la sazón tenía 13 años.

La razón por la cual los salvadoreños de entonces no simpatizaron con los Batres se atribuye a que consideraban a don José Mariano el símbolo de la nobleza y del pasado.

Por las cuestiones políticas de Centroamérica, don José Mariano y toda la familia Batres sufrió. Las huestes de Morazán al entrar a la capital de Guatemala en 1829, saquearon su casa y los dejaron en la calle. En seguida estuvo preso en el convento de Belén, siendo encarcelado más tarde y enviado en cuerda a Sonsonate, donde permaneció, según él mismo dice, “desterrado seis meses”. Por entonces su hijo, Pepe Batres, también se encontraba preso en San Salvador con sus tíos Juan y Manuel Montúfar y su primo José Antonio Palomo. Ese año todos fueron expatriados; pero como don José Mariano deseaba que lo acompañara su hijo Juan, Pepe lo hizo al salir libre.

Los salvadoreños se condujeron hidalgamente para con don José Mariano quien al respecto decía desde Sonsonate en una carta: “No hay expresiones para ponderar los servicios, buenos oficios y generosidad de tantas gentes para con todos nosotros; en cada uno y en cada una se encuentran motivos nuevos de agradecer; a mí me van cada día amarrando más a pesar de que aún no se ha desenrollado la pita”.

José Batres Montúfar nació en San Salvador el 18 de marzo de 1809, en la casa situada en la que es ahora esquina de la Avenida España y 4a. Calle, en el predio del Banco Hipotecario de El Salvador, convertido en estacionamiento privado de vehículos; en ese lugar, hacia la 4a. Calle, existe una placa conmemorativa que dice: "Aquí nació José Batres Montúfar el 18 de marzo de 1809. La Academia Salvadoreña correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y la Academia de la Historia, dedican este homenaje al eminente poeta con ocasión del Primer Centenario de su muerte. San Salvador, 9 de julio de 1944".

En la correspondencia familiar se tiene la primera noticia de Pepe Batres. Se trata de una cartita que le escribió su padre desde Quezaltepeque, población salvadoreña, el 22 de febrero de 1817, cuando el destinatario tenía ocho años. En ella le dice don José Mariano a su hijo que tuvo mucho gusto en recibir su esquelita y mucho siente su dolor de muelas, concluyendo con estas frases: "Yo no tengo novedad, tristeza sí, pero me la quitaréis si sé que estás juicioso, cuidando a tu mamá y contemplando a tus hermanitas sin que tengan pleitos".

No se sabe en dónde hizo sus primeros estudios Pepe Batres. Es probable que los hiciese al lado de su padre. Sin embargo, uno de sus biógrafos: el licenciado Antonio Batres Jáuregui, quien firmaba sus artículos con las iniciales de su nombre y apellidos ABJ —abejota— afirma que fue en un convento de frailes belemitas, asegurando que ni el "superior del monasterio, fray Adrián de Jesús, ni los otros religiosos, supieron de más pedagogía que el catecismo del Padre Ripalda y del Catón Cristiano". El mismo autor asegura que el latín lo estudió Pepe Batres con el padre Rayón, luego de salir del convento belemita y que las primeras lecciones de matemáticas las recibió del padre J. Anselmo Núñez, cuando en realidad es sabido que el latín lo aprendió solo, por consejo de su amigo el escritor Alcalá Galiano, a quien le dedicó una de las Tradiciones de Guatemala: EL RELOX. El licenciado Batres Jáuregui, comete un error al situar a Pepe Batres en Guatemala cuando residía en San Salvador, el mismo historiador hace concurrir al poeta, en compañía de Miguel García Granados, su amigo, a la edad de once años, a la plaza pública —Plaza Mayor— de Guatemala el 15 de septiembre de 1821, cuando se proclamó la Independencia de Centroamérica. Lo más probable es que Pepe Batres pasara esa magna fecha en San Salvador.

Lo cierto, respecto a las clases de matemáticas, es que Pepe Batres, asistiera a las que dio su tío el general Manuel Arzú en uno de

los salones del palacio presidencial y que principiaron el primero de junio de 1824. Entre los condiscípulos de Pepe Batres debieron encontrarse recomendados por el General Arce, entonces presidente de la Federación de Centroamérica, el hijo de un señor Gómez y un salvadoreño pariente del General Arce, según se deduce de una carta del mismo gobernante, dirigida al general Arzú.

El Dr. Santiago Barberena, padre del también Dr. Santiago I. Barberena, éste uno de los pocos y verdaderos sabios que ha tenido Centroamérica, al calificar al poeta como matemático dice: "Hasta ahora, por las notas marginales de la enciclopedia, he venido a conocer hasta dónde llegó Pepillo Batres en las matemáticas". La enciclopedia a que se refiere el Dr. Barberena, la había adquirido el poeta comprándosela al distinguido literato Manuel Domínguez, autor de un Tratado sobre el uso de los globos o esferas y de las "Lecciones de Aritmética y Álgebra", para ser utilizadas en las escuelas de Centroamérica. Uno de los días felices que tuvo en su vida el poeta fue cuando adquirió esa enciclopedia. Y en momentos de apretura económica pasados por los Batres, Pepe, desde Sonsonate, escribe a sus hermanos que vivían en Guatemala: "Vendan mis libros y no reparen en nada", él que amaba tanto a sus libros.

Don Manuel Arzú Batres, refería al Dr. Fernando Cruz, otro brillante intelectual centroamericano, la afición a la lectura de Pepe Batres, diciéndole que "se convirtió en una verdadera pasión con el tiempo. No tenía otra ocupación día y noche hasta altas horas. La historia, el romance, la novela, la poesía, estudiando a los clásicos latinos y españoles, el inglés y el italiano. Hablaba y conocía el francés como el castellano, asombraba su pronunciación perfecta. Su instrucción fue ensanchándose hasta el punto de hacerse increíble, al decir de las personas competentes que lo trataban". Con el señor Vincon de Quemont aprendió Pepe Batres el francés que se lo enseñó a su amigo Miguel García Granados a cambio del inglés que aprendió de él.

Además, Pepe Batres era gran ajedrecista a tal punto que "jugaba al ajedrez de memoria, desde su cama, por la numeración del tablero". Llegó a ser también el más grande guitarrista de su tiempo. Fue tornero a igual que su padre y torneó un juego de ajedrez en hueso.

Pepe Batres, por sus indiscutibles méritos fue miembro de la Sociedad Económica en donde estaba lo más brillante de la intelectualidad guatemalteca entre escritores, historiadores y artistas.

Se decía que Pepe Batres era insociable; pero en una carta escrita a Quezaltenango el 22 de agosto de 1843, se refiere a sus relaciones

sociales cuando residió allá. Habla de muchas jóvenes, entre ellas de “una Margarita Reyes, linda moza y la mejor cantora del lugar: en casa de las niñas Herrarte vi unas cantadoras horribles que decían caballero libiador, etc.”.

En cambio de la tristeza y el aburrimiento de la capital y de la vida, Pepe Batres dice: “voy a paseo duélame o no me duela el estómago, de donde en vista de no haber cosa mejor, vuelvo a recorrer el mismo círculo y así voy tirando, no patos ni conejos ni otra cosa alguna, sino la vida porque esta manera de emplearla es lo mismo que tirarla a la calle”.

El tío, su jefe militar y compañero de cárcel en San Salvador, coronel Montúfar y Coronado, en carta escrita a los padres del poeta dice de él: ...Dile a Pepe que tiene muchos adornos, lectura, poesía, música, matemáticas; pero le falta soltura, le falta genio, le falta amancrarse un poco y hacer flexible sus movimientos”.

Sabemos más de Pepe Batres por su correspondencia que por sus biógrafos. De las cartas se desprende que fue caviloso y optimista al mismo tiempo. Habla de “mi gran propensión a la esperanza” y sobre su aburrimiento expresa: “Yo tengo el mío (splin) como siempre ¡paciencia! no debo quejarme porque yo tengo la culpa de dejarlo entrar: cargue el diablo con él y con su dueño”. En otra parte dice: “Si mi humor hubiera cambiado junto con el temperamento, ahora, lo tendría muy malo porque en Amatitlán lo tenía bueno, aunque estaba algo enlodado, barbón y soñoliento”. En cuanto a su tedio decía en una cuarteta:

“No hay cosa peor ni condición más ruín
estado más infame y más cruel
que tener un splin como este mío
que hasta yo mismo de mi splin me río”.

En cuanto a su carácter reservado él mismo dice en otra carta: “Yo con mis trabajos y enfermedades no digo nada porque no paso unos ni otros, sino aquellas cosas que aún estando ahí (en la capital) no las digo porque no me llamen la atención”.

Hay muchas pruebas respecto a la pereza de Batres Montúfar, una de ellas es la de escribir cartas. Casi todas éstas son cortas, como posdatas, dice su biógrafo José Arzú. En una escrita durante el sitio de Mejicanos —población salvadoreña—, fechada el 5 de julio de 1828, al despedirse dice: “Un abrazo a Clarita y otro a mis hermanitos que no

puedo escribir por pereza y otras ocupaciones” y una prueba más de su acidia era la omisión de acentos, que, desde luego, no desconocía, porque dominaba el castellano.

Se asegura que por la flojedad de Pepe Batres se reduce el Prospecto del periódico “El Café”, editado en Guatemala el año 1839, en donde se publicaron, por primera vez, su cuento “Don Pablo” y otros versos sin firma, probablemente suyos: “Saldrá cada domingo, día feliz en que todos pasamos la tarde bostezando, por no tener que hacer; enfermedad de que adolecemos con frecuencia, la mayor parte de Los Editores”. Quien subraya un tanto la pereza de Pepe, es Miguel García Granados, al decirle: “...Mas esto no es nuevo en ti, sino viejo y muy viejo, pues nace de tu desmesurada pereza (que es infinitamente mayor que la mía) y desidia”.

En un altillo situado en la casa del poeta, se reunían varias personas, la mayoría de ellas parientes suyos, primos, etc., entre los que estaban el ya citado Miguel García Granados, padre de María García Granados, la “Niña de Guatemala” a la que José Martí se refiere en su conocido poema; los Palomo, etc. y Pepita García Granados, poseedora de mucho ingenio y nerviosa, llamada el Ruiseñor de los Estudiantes. Refiriéndose a ese lugar el propio García Granados le dice: “Has abandonado el altillo, pero no tus costumbres, y en lugar de pasarte dos o tres días enteros tratando de componer una llave vieja que no te ha de servir de nada, más valiera que empleases dos o tres horas (de tu precioso tiempo) en escribir a un amigo (hem) que también **toma algún** interés en tus cosas”.

Pepe Batres se dedicó al cultivo de las letras y de la tierra. En su filiación militar de 1834 se inscribió como campesino, una humorada suya sin duda. Pero en el año 1830 realmente Pepe Batres trabajó o estuvo al menos en la finca “El Zapote”, jurisdicción de Cuajiniquilapa, población de Guatemala, en el Departamento de Santa Rosa, arrendada por su primo José Ignacio Palomo Montúfar a su propietario don Juan Barrundia. Su tío Nelico, en dos cartas escritas al padre de Pepe le dice: “Considero a Pepe con su genio y con sus sentimientos; y deseo que al entregarse al ganado o a la labranza, no olvide el estudio: cuida de que no deje el inglés y que en sus momentos de descanso los dedique a las matemáticas, que son las únicas que hablan verdad, y que no sólo sirven al militar, sino al labrador, al comerciante, al náutico y al artista”. En la segunda carta expresa: “De padre ha visto una postdatita que puso en un papelito característico de Pepe Batres en el Ojo de Agua, y sé que está dirigiendo a este novicio labrador en El Za-

pote. Quiera Dios que no se infeccione allá del mal que aqueja a los propietarios; mal que les ha obligado a hacerse patriotas o devastadores de su patria”.

No quedó ningún retrato del poeta, fuera de una mascarilla de yeso que se le sacó al morir. Tampoco existe ningún dato correspondiente a su figura. Algunos íntimos amigos y allegados a Pepe Batres dicen que: “su carácter y sentimientos contrastaban de manera notable con su exterior un poco frío y reservado, con el encogimiento y sequedad natural que le hacía parecer un hombre muy diferente de lo que era en realidad”. De allí esa reserva exterior —dice alguno—, ese aspecto melancólico y preocupado que cada uno interpretaba como quería, y que no era tal vez sino un reflejo del martirio de su alma”.

Pero, “el carácter de José Batres Montúfar —dice uno de los amigos que le conocieron— era caballeroso hasta la exageración, generoso, franco, leal y buen amigo”. Se habla “como toques propios del carácter de José Batres Montúfar, que jamás le veían reírse, sonreír apenas; y sin embargo, era amable y cariñoso en sus relaciones particulares. Tampoco bailó nunca, no quiso aprender a bailar. Decía con amarga ironía que “era bajar a los pies la cabeza del hombre”.

De la nariz de Pepe Batres se ha hablado mucho. A ella se le han dado todos los calificativos; pero no debe haber sido muy descomunal. Algunos la han calificado de “delgada, altísima, atrevidamente aguilena, sobrepasaba la marca cervantina y reclamaba para sí algún epigrama de Quevedo”; otro la califica de “arabesca”; uno más la llama nariz agresiva y por último, alguno de sus biógrafos dice: “El hombre era feo, narigón, lampiño, y eso le hacía sufrir horriblemente, y contribuyó a darle un aire huraño y desconfiado.

Característica indudable en Pepe Batres es el contraste entre lo serio y lo burlesco, así como su mordacidad. En una de las paredes de la hacienda Argueta, situada en Quezaltenango, escribió refiriéndose al trato que ahí daban sus propietarios, lo siguiente:

Mucha alfalfa y poco pan
dan en la hacienda de Argueta:
provisión harto discreta
donde tantas bestias van.

Aparte de que en varias de sus composiciones se advierte esta particularidad se halla en su composición “Al Volcán de Agua”, final que

ha desconcertado a muchos de sus críticos. Algunos de ellos ha dicho al respecto que: "Esta vez el afán irónico de Batres Montúfar le ha juzgado una mala pasada. Sorprende que un poema lírico abundante en delicadeza y vigor remate con un verso un sí es no burlón, mas en todo caso completamente ajeno al esplendor y grandeza del logrado conjunto poemático y su tono serio y de verdad inspirado". Pero es que así era Pepe Batres y allí se encuentra retratado su carácter y temperamento.

Entre los manuscritos de Pepe Batres se encuentran su romántica "Canción a María" y "Consejos a Un Amigo", breves y festivos que no podrán publicarse nunca. Lo mismo ocurre con una larga, escabrosa y picaresca composición denominada "Sermón", por la que hasta se dijo le habían excomulgado.

Enrique Anderson Imbert, en su: "Historia de la literatura hispano-americana", al referirse a José Batres Montúfar, dice entre otras cosas: "recordemos que el género menor en que escribía —cuentos humorísticos en verso— fue un estropicio en la literatura. Batres Montúfar fue un solitario, tímido, culto, escéptico, irónico. Su humor no suena como los cascabeles de un juglar: es silencioso, como una sonrisa inteligente. Los falsos valores del medio pacato en que vivía lo hirieron profunda y dolorosamente; pero el corazón sangraba miel. Criticó la hipocresía, la ignorancia, la violencia y la necedad de los hombres e instituciones de su tiempo; sus sentimientos más sollozantes se expresaron en poesías como "Yo pienso en ti", joya antológica".

Italo López Vallecillos.

EL REALISMO MAGICO EN “CUENTOS DE BARRO”

CUENTOS DE BARRO de Salvador Salazar Arrué (1899-1975), más conocido como Salarrué, constituye el punto de partida de lo que ha dado en llamarse el realismo mágico en las letras hispanoamericanas. Mucho antes que el guatemalteco Miguel Angel Asturias, el brasileño José Guimaraes Rosa, el mexicano Juan Rulfo y el colombiano Gabriel García Márquez, Salarrué había producido los breves, finos y penetrantes relatos en que la tierra, el paisaje y el hombre salvadoreño son captados dentro de una dimensión en que se funden dos ámbitos sin frontera: la dureza de la realidad concreta y el pensamiento mágico, irreal, y no obstante arraigado como forma objetiva de conciencia social.

Salarrué, con estos cuentos formados con el barro local, logra ahondar en la naturaleza de los pobres y sufridos trabajadores rurales, en una asombrosa descripción que supera el costumbrismo, el folclorismo de otros autores. Si algo queda de la estampa lugareña, de los fabricantes de aguardiente clandestino, del gamonal todopoderoso en las haciendas, de las miserias y supersticiones que erigen su secular trasfondo en las tertulias y divagaciones de la noche o en el actuar cotidiano del **indio**, no es sino un reflejo de lo que el autor vio, oyó, presencié en las serranías y rancheríos de Sonsonate, lugar donde sus parientes poseían tierra de cultivo y donde, probablemente, enriqueció su visión de escritor, no sin cierto alucinamiento por los tersos colores

del trópico. La redacción de estos cuentos data de 1930 y su primera edición de 1933, época en que el sistema de dominación social en el campo se caracterizaba por relaciones semi-feudales, pre-capitalistas, en las que el atraso, entre otros aspectos, reunía a la peonada en latifundios y minifundios de la mayor penuria. A contraluz, con leves toques impresionistas, los campesinos están pintados descalzos o con caites, vestidos con cotones de manta dril y sombreros de palma. A medida que el lector se adentra en los diálogos, advierte que los personajes son analfabetos y carecen de seguridad social, que viven al amparo del curandero que hace de médico, veterinario y fabricante de medicinas a base de hierbas o raíces; situación en la cual el cura, el sacerdote, sirve al patrón con solícita benevolencia y mira al trabajador agrario como un siervo irredento por el hecho mismo de ser indígena o mestizo, pobre por haberlo así dispuesto Dios o las circunstancias y al que hay que ayudar a ganar el cielo y la vida eterna mediante el conformismo y la penitencia. Los ritos externos, las misas y bautismos, las celebraciones en honor al "patrono" o "patrona" del lugar están impregnados de una religiosidad popular, sin asidero en la conciencia. Luego del rezo, al "santo" se le cubre con un paño para que no vea el baile o la borrachera, ni escuche las discusiones o el ruido sordo del filazo de los machetes en las riñas de aldea.

Los cuentos son piezas literarias extraídas de un marco clasista, donde la estratificación social es cerrada. La gente nace, vive y muere en el mismo lugar de trabajo, sin lujos de ir un día a la capital a conocerla siquiera. Las familias están aisladas por falta de caminos y medios de locomoción, obligados a trajinar la existencia entre la siembra y la cosecha, el trapiche y el beneficio de café. La sociedad potencia la reproducción de una ideología, de unos símbolos, de una cultura trágicamente dolorosa para los de abajo.

Al leer CUENTOS DE BARRO el lector tiene que estar prevenido de tal hecho sociológico, para no caer en la falsa apreciación de que se trata de una literatura alienada y alienante, en la que el artificio convierte la realidad humana en mero juego de imágenes y en abalorio de una feria de pequeños dramas, embellecidos y ennoblecidos por la palabra humanizadora del autor. Es cierto que árboles, lianas, flores, ríos y montañas, pájaros multicolores, ambientan la vida misma de estos seres tristes e ingenuos. No obstante, viven en un contexto dual en el que, a pesar de los años de lucha, las fuerzas sociales en pugna no han podido modificar la situación de miseria y explotación.

Es cierto que al dolor y al sufrimiento, al mismo instante del nacer para la fugacidad, adviene un clima mágico, un plano extra-real que le da a los relatos una unidad, no sólo en cuanto a la estructura interna de los cuentos, sino en la temática, en las ideas centrales que presiden y orquestan el mundo total de la comunidad. Se trata de familias enteras aún imbuidas del pensamiento mágico pre-hispánico, en un entrecruce con lo colonial español. El mito se conserva como lo único cierto, como lo único seguro, es el conocimiento primitivo que efectivamente ayuda frente a la enfermedad, se trate del paludismo o la picada de la barba amarilla. Por lo menos eso piensan y sienten los pobladores rurales. Lo otro, lo científico-urbano es para las clases "educadas", que tienen doctores y abogados. Para los personajes de CUENTOS DE BARRO que trabajan bajo el sol implacable en los pantanos y ciénagas, en los manglares, en las encrespadas olas marinas, en los cafetales, los conceptos de hombre, sociedad y civilización tienen su propio significado. Surge así una axiología que tiene su raíz y fundamento en un modo de vivir distinto, objetivado si se quiere en lo mágico. De ahí que sean diferentes los parámetros de honor, honradez, virginidad, hombría, familia, virtud, y en el tráfico obligado con la civilización fronteriza haya un desfase entre el valor y el precio, entre el dinero que todo lo compra y prostituye y la sobriedad y austeridad de otros siglos y otras edades que en estos contornos parecieran detenerse. Hasta la perversidad, la maldad, la mala levadura es autorreconocida al reflexionar hondamente: SEMOS MALOS.

CUENTOS DE BARRO es, sin duda, uno de los mejores libros narrativos de América Latina. Juntamente con CUENTOS DE CIPOTES, obra que se inserta en la picaresca del niño de barrio, Salarrué nos introduce en la realidad de un país típicamente sub-desarrollado, sin que haya en el autor la intención de hacer sociología como ya lo anotaba hace algunos años Anderson Imbert. En todo caso sí hay un propósito, ese propósito que todo buen narrador trata de ocultar, a manera de que el argumento, el diálogo, las descripciones, la síntesis o el hilo conductor invisible, hablen por el mismo relato. Y hay que reparar que no se trata de una mera técnica narrativa, de una fórmula literaria, de un recurso retórico, sino de una percepción de hechos que sucedieron o pudieron suceder de esta o aquella manera en un tiempo y un espacio que el autor crea y recrea, sin poder aislarse del contexto social en que escribe su obra.

El mérito literario de CUENTOS DE BARRO está en la captación

psico-social de los hombres de arcilla de El Salvador. Allí, perdidos en el sub-mundo rural, impávidos como ídolos de desaparecidas civilizaciones, agobiados por el peso de un sistema social injusto desfilan estos hombres con sus tragedias y sus alegrías, sus contradicciones, y su doble despliegue moviéndose de lo real telúrico a lo mágico ideal, haciéndole frente a la clase dominante con la resignación acostumbrada, aferrándose a las concepciones de un pasado que, a pesar de haberse ido, subsiste como defensa contra la hostilidad y la brutalidad del ambiente. Sólo quien sueñe con ardor en la posibilidad de hallar una botija llena de monedas de oro, cubierta de piedras preciosas, quien aspire a encontrar una felicidad evidentemente inexistente, podrá trabajar y arar la tierra rompiéndose el alma en los surcos, sin importarle el tiempo y, finalmente, ni el mismo salario. En la paradoja del indio haragán, buscando sonámbulo el tesoro, termina por conservarse e imponerse el mito, la reserva de energía y la provisión de esperanza de enterrar el fruto de su propia vida "para que después no digan que no hay más botijas", ni más sueños que no tengan su esplendor.

El lenguaje de estos cuentos resulta extraño a quienes desconocen el español de El Salvador. Hay una serie de modismos, de giros dialectales, de arcaísmos, de voces propias de la zona geográfica. Se trata, en la mayoría de los casos, de palabras escritas tal cual se pronuncian en el castellano rural, o semi-urbano del país, por lo menos de las décadas de 1920 a 1940. La acentuación aguda y constante, el **voceo hispanoamericano** proveniente del siglo XVI, el yeísmo, la propensión a unir palabras y frases como algo natural y propio del habla coloquial, es registrado como un fenómeno del cual el mismo autor no puede escapar. Por momentos no solamente los personajes hacen uso de ese lenguaje popular, local, vernáculo, sino el mismo escritor se traslada al plano verbal del ambiente introduciendo imágenes, tropos y metáforas bellísimas.

El habla autóctona, si bien se vuelve a ratos un obstáculo, es un instrumento eficaz para comunicar sentimientos e ideas, tras los cuales hay todo un bagaje de tradición popular y una manera de ser, de existir. Un recurso lingüístico que nos lleva de la mano por los caminos del alma salvadoreña, en una expresión doliente, irónica, triste y a la vez ingenua. El realismo y la magia se condensan, se acrisolan, en un mundo de honda conflictividad, frente al cual está la conciencia de la raza mestiza, aislada entre breñales, ahíta en su bruñida soledad. El hombre de barro, sudoroso, errante, va por los caminos con nostal-

gias que se diluyen entre borrascas y tempestades. Su destino es incierto, pero está en sus manos alzado y digno.

Estas páginas, en síntesis, son acuarelas de gran expresividad. Aguafuertes en un lienzo que recoge el rostro, el perfil, el tránsito existencial de un pueblo de arcilla, en la exuberante y sobrecogedora selva de misteriosos parajes. Relatos de gozo, de ambiente latinoamericano, reales y mágicos en muchos sentidos, para leer y reflexionar en todos los tiempos.

San Salvador, mayo de 1979.

Roy C. Boland

UN POEMA DE SALARRUE INSPIRADO POR GARCIA LORCA

EL GALLO

Peine de sangre.
Sangra la aurora abierta por el filo de la espuela.
Clarín de triunfo,
insistente, insistente . . . con punta de lejanía grisazul.

En la lejanía
la plata del agua.
El día
entra lento como un barco transparente
a un puerto frío.

Se oye (como un rodar de avalancha distante)
la cadena del ancla.

Aparece en el mástil la bandera de oro.
¡Qué linda; qué linda! . . .
El entusiasmo se golpea con dos alas,
sordamente, fuertemente,
con alegría borracha.

Y la flecha de acero del gallo
se eleva como un cohete infinito,
hasta herir de muerte la última estrella.

La luna (ya vacía, exangüe)
en el basurero de montañas y de nubes
que el viento viril arrastra
por los horizontes.

“El gallo”, poema de Salarrué que abre **Mundo nomasito**, su única colección poética, es digno de análisis particular porque nos demuestra una de las técnicas empleadas por el insigne escritor salvadoreño para hacer poesía. Inspirándose en un celeberrimo poema de García Lorca, Salarrué crea una obra original que se desarrolla a través de una serie de imágenes de fuerte, más aún, violento impacto emotivo.

El mismo Salarrué, en “Palabras de náufrago”, especie de prólogo poético de **Mundo nomasito**, hace notar que su poesía tiene algo de García Lorca:

A ratos
puede ser que notes,
al barajar,
cartas del naípe
algo extrañas,
como de otros naipes...
de Rafael Heliodoro en su “Anfora Sedienta”;
lugares en “Los Paisajes”
o García Lorca...

No cabe duda que las imágenes visuales, los efectos sonoros y la evocación de ambiente en “El gallo” nos traen a la memoria la poesía de García Lorca, en la cual existen tantas referencias al sol, a la luna, a la música, a la sangre, al agua y a los colores rojo, oro, plata y gris. Específicamente, encontramos una clarísima analogía entre “El gallo” y “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, poema de Lorca que lamenta la cogida y la muerte del gran torero andaluz.

Ciertas imágenes taurinas en “Llanto...” encuentran correspondencia en “El gallo”. Primeramente, se puede comparar la imagen de Ignacio, su “sangre abierta” por un “muslo con asta”, con la imagen de la aurora que sangra, “abierta por el filo de la espuela”. El toro de

García Lorca se ha convertido en el gallo de Salarrué, el asta del uno en la espuela del otro, la sangre de Ignacio en la sangre de la aurora. También en "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías" encontramos dos referencias a "espuelas" de jinete, lo cual sirve para reforzar el paralelismo entre ambos poemas.

Podemos señalar otra imagen taurina en "El gallo" en la referencia a "la bandera de oro" (símbolo de la salida del sol). Obviamente, así como en la corrida la capa escarlata provoca al toro a pisar la tierra, a mugir y a embestir con las astas al torero, "la bandera de oro" entusiasma al gallo, incitándolo a golpearse con las dos alas como si aplaudiera, provocándolo finalmente a lanzar "la flecha de acero" contra la noche. Tanto el toro de García Lorca, como el gallo de Salarrué, hieren de muerte a su adversario, en aquel caso, "la última estrella" de la noche, en éste, la gran estrella del ruedo andaluz. Exultantes, triunfantes en la lid, el gallo y el toro constituyen símbolos primordiales de fuerza y de energía, el uno rebosando de "alegría borracha", el otro "con el corazón arriba".

Para redondear la analogía entre ambos poemas, las imágenes de viento, muerte y basura en la última estrofa de "El gallo" nos recuerdan imágenes paralelas en "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías". Es ineludible la correspondencia entre "nubes... que el viento arrastra por los horizontes" y "el viento se llevó los algodones". Como la luna, "vacía, exangüe" como un cadáver, Ignacio yace sangriento, gangrenoso en un "ataúd con ruedas". Finalmente, "el basurero de montañas y de nubes" en "El gallo" se puede comparar con la plaza en "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", la cual, cubierta de yodo, óxido y otras suciedades, semeja un verdadero basurero.

Varias imágenes visuales aparecen en ambos poemas: la sangre, la luna, las nubes y el sol, así como varios matices de rojo, gris, oro y plata. En ambos encontramos también efectos sonoros, el "clarín de triunfo" en "El gallo" y "los sonos de bordón" en "Llanto...", así como "el rodar de avalancha distante" en "El gallo" y tales sonidos como "el doble resuello de toros", "un aire de voces secretas" y "mugieron como dos siglos" en "Llanto..." Consta, pues, que la correspondencia entre ambos poemas se extiende tanto a imágenes visuales como auditivas.

El análisis comparativo de estos dos poemas pone en manifiesto un aspecto fascinador de la creación poética: la manera en que un poeta, inspirándose en la obra de otro, es capaz de crear una obra de punzante originalidad ¡Solamente un poeta audazmente original, po-

dría escribir un himno de alabanza al alba en torno a una genialísima analogía taurina! La originalidad de Salarrué también se revela en la manera en la que usa el canto del gallo para especular sobre la paradoja de la vida y la muerte: el gallo, verdugo de la noche, es a la vez el heraldo del nuevo día, o sea símbolo de luz y energía.

El tratamiento por Salarrué de dos imágenes claves en "El gallo" hace destacar su originalidad poética. La primera, y más ingeniosa, es la del canto del gallo, cuyo "clarín de tiempo", a través de una fantástica metamorfosis se convierte en "la flecha de acero". La insólita transformación de un efecto sonoro, el canto del gallo al alba, sonido tan conocido de los salvadoreños, en un arma de muerte, es el producto de una fecundísima imaginación poética.

La segunda imagen, la más tradicional, es la del día "como un barco transparente a un puerto frío". Sin embargo, lo que en manos de un poeta inferior podría degenerar en un clisé, en Salarrué adquiere nuevo vigor dramático, cuando el sonido del barco echando anclas se compara con "un rodar de avalancha". Esta insólita comparación de una imagen marítima con un estrepitoso fenómeno de montaña, otra vez pone en relieve la fertilísima imaginación poética de Salarrué.

En conclusión, citemos los siguientes versos de "Palabras del náufrago":

"Mundo nomasito"
es un libro bonito
(digan lo que digan)
y original,
porque tiene origen
como toda cosa:
la estrella y la rosa...
su sencillez lo salva.

Sin duda alguna, "El gallo" constituye una confirmación del juicio de Salarrué acerca de la colección de su obra poética. Sin embargo, el análisis de este poema también nos advierte que la aparente sencillez de los versos de Salarrué puede ocultar sorprendentes honduras y sutilezas poéticas.

Andrés da Silva Silvera

INTRODUCCION A LA POESIA DE JUANA DE IBARBOUROU

1.—Biografía espiritual

Nace Juana Fernández Morales, conocida con el nombre de Juana de Ibarbourou, en:

Campos de mi Cerro Largo
—trébol que mordí en flor—

en el año de 1895.

Su infancia y adolescencia se desenvuelven de una manera modesta y sencilla dentro de un marco soledoso:

A mi pueblo distante y tranquilo
naranjales tan prietos rodean
y en diciembre de azahares blanquea.

* * *

Naranjitas pequeñas y verdes
siendo niña, enhebraba en Collares.

Y exclama:

Soy hija del llano. Nunca vi montañas.

192

En el correr de los años, recuerda:

Tiene aún mi epidermis morena,
no sé qué fragancias de trigo emparvado.

Salida nuestra poetisa de su ámbito natal añora en su casa de la Calle Asilo (La Unión, pueblo de Oribe) y también desde su hogar en el barrio Buceo, aquellos dichosos momentos de su vivir pueblerino feliz y despreocupado. Con nostalgia tremenda dice:

Pero ahora estoy siempre taciturna y callada.
Poco queda de aquella chicuela de los campos,
cuya risa era viva como esos gajos de agua
que se escapan del río a sisear por los pastos.

La vida ciudadana le reduele:

Mujer que te has venido con el alma estrujada
por la ácida y torva vida de la ciudad.

Y la remembranza campesina surge potente, como una luz en el cansancio de la no ubicuidad espiritual:

Muchachelo que fuiste a las chacras
y a los árboles amplios trepaste
como yo me trepaba cuando era
una libre chicuela salvaje.

Y en esa lucha campo-ciudad, el alma de Juana reconoce el triunfo de su raíz salvaje:

Soy la misma muchacha salvaje
que hace años trajiste a tu lado.

Cerramos esta biografía espiritual transcribiendo su autorromance de Juana Fernández:

Por quietas calles andaba
Juanita Fernández, que era
Muchacha como de pájaros
y naranjas y colmenas.

Nadie veía su guardia
callada, de serafines.
Nadie veía en sus sienes,
invisible, el arco iris.

Nadie, ni padre, ni madre,
Ni parientes, ni padrinos,
Sabía que aquella niña
la había marcado el Destino
"¡Qué inteligente, Juanita!
¡Qué fina piel de duraznos!
¡Qué dos ojos de lucero
en un cielo de verano!"

Y andaba Juanita, andaba,
con sus muñecas, su perro
Tilo y sus libros de estudio
por las callejas del pueblo.
Andaba Juanita, andaba,
con un ángel de custodia,
y su pobreza tan rica
y sus ensueños de novia.

Primero, novia del aire,
y después de un capitán.
Andaba Juanita, andaba,
y era rica más y más.
¿Qué importan la casa pobre,
los vestidos de algodones,
los zapatitos de cuero,
la blusa sin prendedores?

Veinte años casi sin crónica
con sólo el hijo y la paz
de sus versos y sus flores
de alambre y de cambray.
Alegre, tierna y callada,
amante y sin ambición,
gorjeaba en cantos y canto
de vida y callado amor.

Ya sobre el pecho una estrella,
ya otra más sobre la sien,
ya mil clarines al viento
y el toque de somatén.
Ya el llanto por sus mejillas,
ya grises fuegos, su luna.
Mañanas de helada niebla,
noches a desvelo y bruma.

Ya zapatos de gamuza
y vestidos de París.
Ya la sonrisa perdida,
ya el deseo de morir.
El amor, como una rosa;
la vida, cáliz y cruz.
Tilo, borrado en la sombra.
Brumosa la Cruz del Sur.

Y en su Río de la Plata
sólo el barco de su fe,
aunque sigan los clarines
y el toque de somatén.
¡Qué sola y sola Juanita
en su casona vacía!
América por sus salas
pasa, y Juanita, perdida.

Ya no sabe de laureles
ni de dardos en el alba.
Traen orquídeas a sus manos
y mendiga un vaso de agua.
Secreto, ¡ay, secreto, oh Dios,
oculto el romance puro!
Vela el ángel con su túnica
el préstamo sin futuro.

Y cuando muera Juanita
a gritos todos dirán
que fue bendito aquel día
ocho de marzo, San Juan

que Dios, en tierras de Melo
que la historia alabará.
Y ha de dormirse llevando,
sobre la mortaja, un sol:
el de un amor silencioso
que nadie le adivinó.

2.—Itinerario bibliográfico de su obra en verso

Su primera obra en verso: **Las lenguas de diamante** (1919) encierra fresquedades y fragancias agrestes. Después: **Raíz salvaje** (1924) donde surgen renovadas empatías con la naturaleza nativa. **La Rosa de los vientos** (1930). Ya en este libro no se manifiesta la consustanciación con lo telúrico. Una inquietud de ansias no logradas, cierta disconformidad con la vida lo caracteriza. **Perdida** (1950), se halla perdida la poetisa en el trasiego del ser y el existir. **Dualismo** (1950) como su nombre lo expresa: dualidad y ambivalencia del ser. **Azor** (1953): canto al amor divino y al divino amor. **Mensajes del escriba** revela la aeda su acaecer literario como resultado de trances, en el que alguien le dicta sus poemas. Su libro en verso: **Oro y tormenta** (1956) variaciones profundas del ser frente a la muerte y la vida expresadas en sonetos.

3.—Características generales de la poética ibarbouriana

El ángel de la "poiesis" que visita a Juana le ha dejado **espontaneidad, frescura y una difícil sencillez poética** (sobre en los temas panteístas). El espíritu de la lirófora es hermano de la naturaleza, con la cual una simbiosis de empatía poética. No creemos, como afirman algunos críticos, que sea pagana la lírica de Juana; sino que su obra en verso señala una perfecta comunión de su alma con la naturaleza. No habría pues, sino empatía. Surgen así personificados, vivificados diversos elementos de los que componen el poder natural. Su lirismo está sustentado en una expresión poética natural que emerge de sus hondonantes fuerzas vitales.

El tópico del amor constante en la mayor parte de su obra literaria de arte en verso, es expresado con femenino recato. Su pasión

amorosa vibra sin morbos. Su persistente amor a la vida perfila siempre su tremendo horror al no ser.

Evocación y reminiscencias impregnadas de tristura encontramos en sus poesías, como presagios del irrecuperable pasar, de seres y cosas que ya nos van dando con su lejanía el anticipo del final definitivo.

Tales las características de sus tres primeros libros en verso ya señalados.

Su posterior obra poética señala los diversos altibajos de un alma desorientada por las asperezas del cotidiano vivir. Muchas veces logra afianzar su fe en la vida y otras veces el ser encuentra el camino de la renovada esperanza. Desasosiego, desaliento, amor, muestran los restantes libros citados.

4.—El vocabulario ideológico-poético de Juana

La empatía del alma de la lirófora con la naturaleza se manifiesta en el vocabulario poético que maneja, con el cual podemos interpretar su obra. Conocer su obra es penetrar en la concepción de la vida de Juana, la cual es consustanciación con la naturaleza y como ésta repleta de amor y perfume bucólico. Vida que es hora, fragancia, primavera, en la que en pleno resplandor del sol se vislumbran las sombras de la noche.

Y así la vida de Juana se realiza en un entorno de agua, luna, primavera, cielo, sol, fuente, piedra, luz (llama, ceniza), noche, **vida, amor y muerte.**

Detengámonos en la significación poética que le da a estos términos la lirófora:

Al **agua** la ve como un ser vivo, es fresca, tiene bondad y pureza:

El agua es un ser vivo
que me contempla y calla.

La **luna** tiene distintas facetas de encantamiento:

¡Ay luna recién llegada,
que en el fondo de mi alberca
semejas una pestaña
caída en el agua quieta!

El **cielo** lo más hermoso y etéreo:

Anoche yo tenía dos alas
y estuve cerca del cielo.

La **pedra** significa inmovilidad, pesadez, muerte:

¡Y si es preciso, el manto de piedra de la muerte:
para formar la venda de su boca rasgada!

Juventud, amor, fragancia, dicha de vivir representa la diosa Flora:

Te amo y soy joven, huelo a primavera.

Con las sensaciones visuales y olfativas capta la poetisa los aspectos más sobresalientes de la naturaleza. Predominan en las sensaciones visuales: el oro y el azul. Ambos en una gama de variaciones:

Cimera azul, el azul más azul de los cielos y el mar, pajarito chino de color añil, signo celeste, otoño de oro molido, abril dorado, oscuro bronce, verdor amarillo y en síntesis armoniosa azuldorado.

Las sensaciones olfativas configuran otro aspecto relevante de la poética de Juana:

Y se **aroma** de nardo y enriquece de trigos.

* * *

Que he ungido tu cama con **fragancia** de rosa.

* * *

¡Ah, qué bueno el **olor** a naranjas!

* * *

Vuelves a mi esperanza, como un ramo de hierbas **oloro-**
[sas.

* * *

El **perfume** da a la noche
un aire de encantamiento.

Como vemos, no sólo el sentido de la vista en la apreciación de

colores es muy desarrollado en Juana. El olfato capta todas las fragancias de la naturaleza y la poetisa se halla siempre hambrienta de aromas. No es de extrañar que las flores ocupen un sitio privilegiado en sus percepciones:

Manzanillas doradas y nevadas, azul de jacaranda, flores de azahares, tarde llena de lirios, nardo puro, quemadas violetas, junquillos violentos, olor de jacintos, menta fresca, jazmínicos abiertos, marfil de arrayán, olor de caña maleva, vetiver, trémulo clavel, coronita de novia, lilas, cardo, retama, clicinas, azucenas, dalias y en general, el amor a las plantas que aunque no posean perfume hablan de primavera, luz y amor al terruño:

Dulce laurel hospitalario, camalotes, musgos, guaco, flor de habas, coral del ceibo, trébol nuevo, macachines, cedros encendidos, flor de salvia, junco, carquejas, mimbre, trigo, avena.

Las frutas la llaman con su aroma fresquita: nísperos, ciruelas, damascos, membrillos, duraznos, peras, naranjas, moras, pitangas, etc.

Por ese amor a la esencia setembrina se ufana la poetisa de que sea su cuerpo, una bella y perfumada y primaveral flor de olor agreste:

Te amo y soy joven, huelo a primavera.
Ese olor que sientes es de carne firme,
de mejillas claras y de sangre nueva.
¡Te quiero y soy joven, por eso es que tengo
las mismas fragancias de la primavera!

La fauna del solar nativo desfila por sus libros:

Abeja de nueva esperanza, abril sin golondrinas de octubre, viento de palomas, corderos nuevos, cimera de cardenal, jilgueros nuevos, oveja descarriada, silban serpientes, coro de grillos, chicharras, lagartos, orugas, patos, alguaciles, galgo, escarabajos, tórtolas, loros, avispas, vacas, cigüeñas, sabiá, sapos, ranas, luciérnagas, potros, urracas.

5.—La concepción de la vida y de la muerte en Juana

Tres conceptos preocupan el microcosmos de Juana, los cuales son: **vida, amor, muerte**, problemas trascendentes del existir ontológico de nuestra aeda. Alrededor de estas palabras, crea un ámbito semántico:

Con **Vida** asocia: campo, flora, fauna, rosa (color y flor).

Con **Amor** asocia: primavera, fragancia.

Con **Muerte** asocia: tierra, piedra.

La **luz** la asocia a **vida** cuando es **llama** y a **muerte** cuando es **ceniza**.

Comprendiendo esto como clave de interpretación, podemos entrarnos en la hermenéutica de su poesía. Apliquemos de una manera concreta, objetiva, la clave anteriormente mencionada en la vivisección de dos poemas como ejemplos. Ellos son: **Vida - Garfio** y **Resurrección**. Ambos poemas comprenden principio y evolución de la concepción ontológica de Juana de Ibarbourou.

VIDA-GARFIO

1. Amante: no me lleves, si muero, al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente
3. alboroto divino de alguna pajarera
o junto a la encantada charla de alguna fuente.
5. A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos,
7. alargados en tallos, suban a ver de nuevo
la lámpara salvaje de los ocasos rojos.
9. A flor de tierra, amante. Que el tránsito
así sea más breve. Yo presiento
11. la lucha de mi carne por volver hacia
arriba, por sentir en sus átomos la frescura del viento.
13. Yo sé acaso nunca allá abajo mis manos podrán estarse quietas.
15. Que siempre como topos arañarán la tierra
en medio de las sombras estrujadas y prietas.
17. Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
en la greda amarilla de mis huesos menguados.
19. ¡Por la parda escalera de las raíces vivas
yo subiré a mirarte en los lirios morados!

(**Las lenguas de diamante**, Argentina, 1919).

La poetisa es joven, flexible, llena de amor, lo cual significa para ella la suprema dicha. Gozando de la plenitud de esos atributos su felicidad sólo tiene un lado sombrío: la indeclinable sombra de la muerte.

Y al amor-amante le expresa su vehemente, vital deseo:

Amante: no me llesves, si muero, al campo santo (verso 1).

La poetisa le tiene terror tanto como a la muerte, al sitio donde moran los muertos. La tierra para ella es semánticamente muerte. Y es tenebrosa y trágica sobre todo esa tierra, la del cementerio.

Al pasar diremos que en toda la obra ibarbouriana se ama la horizontalidad hacia arriba; de la tierra: agua, arroyos, vientos, pájaros, flores, etc.

La tierra es tema casi ignorado en su poesía. Ella, una hija del campo, habla poco de la tierra. Porque en su concepción ontológica, la poetisa encierra en esas palabras la muerte. Y es en la palabra campo, llanura, donde semánticamente ella habla de vida:

Como noche a noche, sólo ambularía
por los campos quietos y por frente al mar.
Después seré ceniza bajo la tierra negra.

Es en este poema donde menciona más el voquible tierra. Poema que trata de la muerte. Observemos en el segundo verso: A flor de tierra... Frase anafórica y musical y obsesionante. Quiere que su obligada horizontalidad, sea menos muerte. Estar cerca de la naturaleza tan amada pues no existe más que horror si se va muy abajo.

A flor de tierra oirá agua, pájaros, fuentes, oirá vida.

En el verso 5 hay variaciones en la frase anafórica: A flor de tierra casi sobre la tierra. La huida a la profundidad se hace patética. Un patetismo que pocas veces se advierte, en general, en esta poetisa, en sus primeros libros cobra aquí extraordinario relieve. Los ojos ávidos de luz, de sol, de vida, cual flores sobrehumanas se yerguerán ansiosos en los ocasos siempre que el amante no olvide su ruego.

En el tercer cuarteto se especifica lo que ya vino latiendo en los cuartetos anteriores: la lucha. Porque en realidad todo el poema es eso: lucha. Lucha de la carne contra la tierra que es igual a muerte. Y la frase anafórica aparece ahora con toda su significación. A flor de tierra ya es ruego, plegaria, orden, desesperación. Sin ese requisito no triunfará la vida de la tierra. En otros poemas de Juana, **Melancolía**, **El juguete**, **Las cuatro alas de abeja**, **La arboleda inmóvil**, hay premoniciones. Pero en **Vida-Garfo** Juana busca resurgir, y lucha lograrlo.

Y en el verso 11 la palabra aparece: lucha. Y todo un vocabulario inherente a esa idea va a surgir en los versos siguientes.

(Leer el cuarto cuarteto).

Nunca podrán estarse quietas (las manos), arañarán la tierra.

Y en el último cuarteto una resurrección en lo que considera lo más bello de la naturaleza —flor, perfume, color, gracia, belleza— es su aspiración suprema. Juana anhela revivir en lo que siempre amó en los factores ecológicos que rodearon su existir de plenitud.

Hemos analizado muy someramente este poema **Vida-Garfilo** perteneciente a su primer libro: **Las lenguas de diamante** (1919).

El tema de la palingenesia veamos cómo vuelve a ser tratado en el soneto **Resurrección** de su libro **Oro y Tormenta** (1956):

RESURRECCION

1. He de tener mis sauces, mis mastines,
mis rosas y jacintos, como antes.
3. Han de volver mis duendes caminantes
y mi marina flota de delfines.

* * *

5. Retornarán los claros serafines,
mis circos con enanos y elefantes,
7. mis mañanas de Abril, alucinantes,
en mi caballo de alisados crines.

* * *

9. He de beber la vida hasta en la piedra
y en el menguado zumo de la hiedra
11. y en la sal de la lágrima furtiva,

* * *

13. porque regreso de la muerte y tengo
el terror del vacío de que vengo
y la embriaguez hambrienta de estar viva.

(**Oro y Tormenta**, Chile, 1956)

Comienza la poesía con la frase verbal obligativa: **He de tener**. Esta expresión que de las que encierra idea de obligación es la más antigua presenta un matiz subjetivo que otras como **tener que**, **haber que**, **etc.**, no presentan y es la de que con la frase verbal **haber de la**

obligación se siente como menos conminatoria, como si nosotros mismos nos la hubiéramos impuesto (Gili y Gaya). Con una resolución de comunicación interior, comienza pues este soneto (leer versos 1 y 2).

¿Qué resuelve tener de nuevo la poetisa en la resurrección? Mas-
tines, rosas, sauces, jacintos. Las palabras como antes dan la clave de
un panorama redivivo. Observemos que al revivir no desea la lirófora
ser otra distinta a lo que fue, sino la misma de antes, con sus mismos
sueños, anhelos y deseos y rodeada de lo que constituyó su existir
anterior.

En el verso 3, otra frase verbal **han de volver** continúa dan-
do el énfasis obligatorio a la determinación de Juana en la pleni-
tud de su ser.

Saborea anticipadamente el reencuentro con la antigua vida en
la que duendes, delfines, serafines, enanos, elefantes, mañanas de
Abril traen la frescura de fresca adolescencia.

En los dos cuartetos están las añoranzas, las reminiscencias de
una vida gustada con fruición. Casi diríamos que todo ello es un friso
amable y dulce.

Pero, en los tercetos, la nota suave adquiere tonos dramáticos. La
avaricia de poseer la vida hasta en lo inerte de la sustancia mineral,
en la menor gota de savia del mundo vegetal, hasta en el dolor huma-
no, es una conmovedora confesión. Recordemos que piedra era sím-
bolo de muerte en sus etapas anteriores. Y aquí hasta ella tiene posi-
bilidad de vida.

La aeda no desea perder ni una brizna de vida, aunque tenga que
vivirla en la menor porción y en la más árida de las posibilidades.

Tal expresa el primer terceto.

¿Por qué esa actitud? Responde el segundo terceto: Este lo expre-
sa toda.

En la confrontación de los dos poemas analizados **Vida-Garfilo** y
Resurrección deslindamos el concepto de la muerte en su juventud
y el mismo concepto en su madurez.

Si el fin de la poesía es organizar un método entre la vida y lo
temporal, ese método debe consistir en salvar lo temporal aproximán-
dolo al misterio de la diuturnidad y Juana de Ibarbourou ha cumplido
siempre con su lirismo este precepto.



ENSAYOS

de

Hilda Falla Cáceres

Francisco L. Peccorini

205

FRANCISCO L. PECORINI
(Ver CULTURA número 64)

Filósofa y catedrática salvadoreña. Obtuvo su grado académico doctoral en la Universidad Central de Madrid, España, con un denso e importante trabajo sobre la filosofía de David Hume, una de cuyas partes es la que se publica en este número de CULTURA. Es actualmente catedrática de varias materias filosóficas en la Facultad de Cultura General y Bellas Artes "Francisco Gavidia", de la Universidad "Dr. JOSE MATIAS DELGADO", de San Salvador.

HILDA FALLA CACERES

Hilda Falla Cáceres

LA CAUSALIDAD EN DAVID HUME

ESBOZO DE LA CONCEPCION TRADICIONAL

La noción de causalidad ha tenido una importancia fundamental desde los albores del pensamiento filosófico. En dicha relación se ha encontrado la razón de ser de las cosas y el mundo, pero el papel desempeñado, o mejor dicho atribuido a la causa ha variado dentro de los distintos sistemas filosóficos.

La relación causal tuvo ya gran importancia en los pre-socráticos, pero ellos no la analizaron, ni la sistematizaron. Pitágoras consideró los números y las figuras geométricas como causas modélicas o formales del universo. Empédocles tuvo al amor (unión) y a la discordia (separación), como causas de cambio en un universo en variación continua. Anaxágoras, que consideró el universo dirigido hacia un fin teleológico, hizo del **nous** la causa final a la cual tienden todas las cosas. Para los atomistas fue la necesidad el principio de relación causal.

Platón, con su dicotomía del mundo, necesitó dos tipos de causas, unas primeras o inteligibles, productoras del mundo de las ideas, y unas segundas causas sensibles, productoras de las realidades materiales; éstas últimas subordinadas a las primeras.

Aristóteles fue el primer gran teórico de la causalidad. Consideró cuatro clases de causas: causa eficiente, o principio de cambio; la

causa material, de la cual surgen o llegan a ser las cosas; la causa formal, que es la idea o el paradigma de las cosas; y la causa final, o el fin hacia el cual tienden a ser las cosas. En la producción de algo concurre más de una causa, y aunque concurren todas, la causa final, que es el bien de las cosas, tiene predominio en la relación causal.

En Aristóteles la relación causal difiere mucho de su respectiva en el pensamiento moderno. En la teoría aristotélica, la causa está mediatamente ligada a la substancia; lo que posibilita a una causa la producción de otra, es el hecho de ser substancia, por lo cual las cuatro causas son los modos en que se manifiestan las substancias en cuanto substancias. La relación de causa a efecto, cualesquiera sean las causas que intervengan, es irreversible.

Después de Aristóteles se sucedieron diferentes concepciones de causalidad, entre las que cabe mencionar, por sus influencias posteriores, la de los estoicos. Esta escuela introdujo la noción de causa mutua y su concepción del mundo como un conjunto perfectamente continuo, en el cual todas las cosas encajaban entre sí, los hizo sostener que cualquier cambio en una cosa individual afectaba a todas las demás cosas del universo. Comparaban la causa con la generación biológica, por lo cual toda causa tenía un poder generador análogo al biológico, aunque no igual, y su efecto, una imitación. Es decir, el efecto es una imitación, aunque distinta, de la causa. De aquí nació la doctrina del ejemplarismo que tanta influencia tuvo en Plotino, en San Agustín y en San Buenaventura.

El ejemplarismo y el tomismo fueron las dos nociones de causalidad que predominaron en la Edad Media, pero a partir del siglo XIII, cedió su predominio el ejemplarismo, de inspiración platónica, al pensamiento tomista.

La teoría de la causalidad del ejemplarismo cristiano consideraba el universo como un orden creado jerárquicamente, con encadenamiento de causas.

Para el tomismo, y en general para todo el pensamiento escolástico, la noción de causalidad es similar a la aristotélica. Reconocen también cuatro causas: material, formal, eficiente y final. Consideran que las causas son necesariamente seguidas de un efecto real específico.

Es en la escolástica del siglo XIV, especialmente con Guillermo de Occam, donde comienza a gestarse una nueva noción de causalidad. Occam es uno de los precursores de la ciencia experimental; dis-

tinguió entre ciencia real o de las cosas reales y ciencia racional o de demostraciones lógicas.

Galileo, en el siglo XVI, al reducir los fenómenos a lo cuantitativo, es decir a lo mensurable, marca una línea divisoria entre la causalidad antigua y medieval y la moderna.

Antes de Galileo la relación causal explica principalmente la razón de ser de las cosas mismas; con Galileo la causalidad comienza a explicar las variaciones y desplazamientos de las cosas —no las cosas— mensurables matemáticamente. La física moderna que comienza a gestarse con el pensamiento de Galileo, y se corona con Newton, como la ciencia experimental por excelencia, renuncia a explicar las razones ontológicas de las cosas y los cambios observados, pero trajo consigo un gran interés por la relación causal, la cual fue debatida ampliamente durante los siglos XVII y XVIII.

En este período tuvieron gran importancia la teoría racionalista de la causalidad, lo mismo que las ocasionistas y las empiristas.

Los principales representantes de la teoría racionalista de la causalidad fueron Descartes, Espinoza y Leibniz.

Hay un rompimiento entre la doctrina cartesiana de la causalidad y el pensamiento aristotélico. Para Descartes, la causalidad “no es otra cosa que la razón, hablando matemáticamente: **Causa sive ratio**”. Dentro de la concepción matemática del universo cartesiano, “la causalidad se define como una relación determinada con precisión entre un antecedente y un consecuente, siendo los dos mensurables”¹. En la teoría cartesiana, la verdad de la relación causal se debe a la evidencia de una intuición geométrica o de una demostración **a priori**.

Aunque con diferencias en cuanto al concepto de causa, las varias teorías racionalistas coinciden en identificar la causa con la razón. Dicha identificación es radical en Espinoza; no así en Leibniz, quien recurre a la distinción escolástica de ‘principio’ y ‘causa’ y hace diferencia entre razón como principio y razón como causa; ésta es una razón suficiente.

Para tratar de solucionar la dificultad de la inteligibilidad de la relación causal planteada por el dualismo substancial cartesiano, Malebranche introduce la **ocasión**. Para Malebranche sólo Dios puede ser causa eficiente, y las causas segundas son ocasiones. Hace intervenir a Dios continuamente para solucionar la dualidad substancial.

El empirismo niega la identidad entre la causa y el efecto. Para

1 Brunschvicg, L., *L'Expérience Humaine et la Causalité Physique*, p. 187.

Locke la mente no tiene dificultad en distinguir dos clases de cosas: las causas y los efectos. La causa es aquello que hace que una cosa —idea simple, causa o modo— comience a existir; y el efecto es aquello que se deriva de otra cosa².

Las causas producen las ideas simples y compuestas; es decir, para Locke, los efectos son ideas³.

Locke distingue dos clases de causas: una creativa, y la otra comprende la generación, hechura (**making**) y alteración.

Una causa es de creación, cuando la cosa es enteramente nueva, “como cuando una partícula nueva de materia comienza a existir, **in rerum natura**, la cual nunca tuvo antes existencia”⁴.

De generación, cuando una cosa es hecha de partículas previamente existentes, las cuales al juntarse forman colecciones de ideas simples, tales como este hombre, esta casa, etc.

De hechura, cuando de una causa extrínseca se produce el efecto por separación o yuxtaposición de las partes discernibles; éstas constituyen las cosas artificiales.

De alteración, cuando en una idea compleja se produce una nueva idea simple que no estaba comprendida en ella con anterioridad.

“Así un hombre es generado, un cuadro, hecho, y cualquiera de ellos alterado, cuando se produce una nueva cualidad sensible o idea simple en cualquiera de ellos, la cual no existía antes”⁵.

Para Berkeley en cambio, sólo existe una causa: Dios, “el espíritu cuya voluntad constituye las Leyes de la Naturaleza”⁶. Por ello niega que la materia sea causa de las ideas; del mismo modo que el hombre no necesita de ningún instrumento para mover sus dedos, Dios no necesita más que su voluntad para producir las **ideas**, las cuales Berkeley, identifica con las cosas⁷.

Berkeley ataca las deducciones racionalistas de causas y ocasiones de los efectos percibidos únicamente por los sentidos⁸. La mente percibe las ideas de los sentidos por medio de las Leyes de la Naturaleza. Estas leyes son las que nos enseñan que tal o cual idea es acompañada de tal o cual idea, en el transcurrir ordinario de las cosas⁹, lo

2 *Essay*, I, xxvi, 2, p. 238.

3 *Essay*, I, xxvi, 1, p. 238.

4 *Essay*, I, xxvi, 2, p. 238.

5 *Ibid.*, loc. cit.

6 *Treatise concerning the Principles of Human Knowledge*, Sect. 32, pp. 64/5.

7 *Three Dialogues between Hylas and Philonous*, Second Dialogue, pp. 174/5.

8 *Ibid.*, First Dialogue, p. 120.

9 *Treatise concerning the Principles of Human Knowledge*, Sect. 30, p. 64.

cual llega a formar en el hombre una especie de previsión para regular sus acciones, sin la cual no podría vivir. Esta predicción de los efectos la logra el hombre sólo por observación de las leyes naturales, pues no existe ninguna conexión necesaria en la relación causal¹⁰.

La crítica empirista de Locke y Berkeley a la teoría de la causalidad racionalista, constituye un duro ataque al concepto tradicional de causación. Para Locke, la relación causal se reduce al ámbito de las ideas, pero no llega a negar su necesidad, ni sus implicaciones ontológicas. Berkeley va más allá, niega la conexión necesaria de causa a efecto en las cosas sensibles (ideas); rechaza asimismo la substancia material, pero deja a salvo la substancia espiritual y sus nexos ontológicos.

Hume lleva al máximo la crítica empirista de la causalidad. El racionalismo había identificado la causa con el efecto y, también, con la razón, y el ocasionalismo había hecho irracional (ininteligible) la explicación de la relación de causa a efecto. En su análisis de dicha relación, Hume le niega implicaciones ontológicas y reduce la conexión necesaria a un sentimiento en la mente producido por la sucesión de acontecimientos contiguos en el espacio y en el tiempo.

Niega los vínculos analíticos de la relación causa-efecto, es decir, el conocimiento **a priori** de las causas. Para Hume, como para Bacon, el método a seguir es el inductivo, del efecto a la causa, por el cual se verifica un cómputo de los efectos observados que acontecen a continuación de algún hecho con mayor o menor frecuencia. De acuerdo con dicho acontecer se establecen los grados de probabilidad de que tal o cual hecho (efecto) sea producido por tal o cual hecho (causa).

Así lleva a su culminación el proceso de disolución del pensamiento humanista tradicional, que había comenzado en el siglo XIV, el cual resquebrajó el concepto humanista de razón, y desafió la certeza moral cristiano-platónica, hija de un pensamiento fijo-absolutista.

UN NUEVO CONCEPTO DE CAUSALIDAD

La causalidad es la pieza central del sistema filosófico de Hume y la más conocida de sus teorías; es un nuevo concepto en franco

10 *Ibid.*, Sect. 31, p. 64.

rompimiento con todas las teorías precedentes, con el cual Hume desafió el modo de pensamiento **a priori** de la tradición platónica. El principio de causalidad implícito en la idea de la gran cadena del Ser fue retado por una filosofía que puso dudas sobre la idea misma de causa¹.

Para Hume la causalidad no es racional ni tiene validez ontológica, características que se encuentran en la noción tradicional de causalidad. Para Hume es una mera explicación de las operaciones mentales y de los hechos o sucesos del mundo externo, la cual se logra por medio del razonamiento de experiencia.

Para la filosofía racionalista anterior a Hume, en el conocimiento toda la actividad estaba principalmente a cargo del sujeto, pues concebía a las cosas como meros objetos pasivos de conocimiento, cuya realidad se percibía inmediatamente por los sentidos y por la mente. Es decir, la mente iba activamente hacia los objetos, cuyo conocimiento dependía completamente de la actividad de la mente que los percibía.

Para Hume, en cambio, los objetos no son pasivos: son ellos quienes se ofrecen o se presentan a la mente por medio de las impresiones que causan en ella; de los objetos depende la puesta en marcha del dinamismo cognoscitivo. No obstante esta función o mecanismo de los objetos, por la cual ellos mismos se ofrecen al conocimiento, no se pueden conocer inmediatamente, por ellos mismos, sino por interposición o mediación de percepciones —‘causadas’ por ellos— o contenidos mentales. De aquí, que para Hume la relación causal no explica una unión real entre los objetos, sino que representa una relación entre percepciones que se realiza dentro del ámbito noemático de la conciencia.

Para Hume, los datos primarios de los que depende la puesta en marcha del proceso cognoscitivo, son las impresiones de sensación, causadas por los objetos externos en los órganos de la sensación². A partir de estos datos, la mente, por medio de sus disposiciones naturales innatas, adquiere todos los contenidos mentales.

En estos distingue además de dichas impresiones de sensación o datos originarios, en cuya recepción o percepción la mente es pasiva, otra clase de contenidos mentales, que se originan o derivan a partir

1 Harris, R. W., *Reason and Nature in the Eighteenth Century Thought*, p. 46.

2 Hay que tener en cuenta que Hume no se definió sobre el origen último de las impresiones de sensación; pero la mayoría de las veces habla de dichas impresiones como efectivamente causadas por los objetos externos.

de las impresiones de sensación, en conjunción con las disposiciones, estructuras y cualidades innatas del hombre: las impresiones de reflexión, en cuya recepción o percepción la mente ya no es pasiva. Estas dos clases de impresiones son los datos únicos recibidos por la mente en la experiencia, y constituyen representaciones de los objetos externos e internos. A las representaciones de los objetos externos, las llama sensaciones o impresiones de sensación, y a las de los objetos internos, sentimientos, emociones y pasiones, o impresiones de reflexión; ambas clases de impresiones forman lo que Hume llama sentimiento (**feeling**), o sea, a lo que nos hemos venido refiriendo como parte sensitiva de la naturaleza humana.

Pero no termina aquí la actividad mental: estas impresiones o representaciones de los objetos dados en la experiencia, son copiados en otro tipo de percepciones, caracterizado por Hume, como percepciones más débiles; éstas son las ideas o pensamientos sobre lo dado, a las que Hume designa como ámbito operativo, lo que llama "parte cogitativa de la naturaleza humana".

De las relaciones entre estas representaciones y sus representadas, Hume sólo determinó la relación entre las ideas y las impresiones. Mientras las impresiones son **sentidas**, ya sea por los sentidos externos (sensaciones), o por los sentidos internos (sentimientos, emociones y pasiones), sus copias o imágenes más débiles son **pensadas**; o sea que la relación representativa entre las ideas y las impresiones es que las ideas son un pensamiento o reflexión sobre lo dado o sentido, y como muy bien dice, cualquiera comprenderá la diferencia entre lo sentido y lo pensado.

En cambio, no logró determinar la relación representativa de las impresiones de sensación con los objetos del mundo externo, y por tanto, tampoco las de las impresiones de reflexión, que se originan a partir de ellas, en un proceso de interrelación psico-fisiológico, con los objetos del mundo externo.

Hume apunta que los objetos no son conocidos inmediatamente³, sino a través de las impresiones que causan en los sentidos⁴, por lo cual todas las ideas que tenemos de los objetos son únicamente de las cualidades que descubrimos en las impresiones, ya que todas las ideas se derivan de ellas⁵. Es decir, que nuestro conocimiento de los objetos no va más allá de los datos que éstos ofrecen a través de la percep-

3 T, I, iv, 5, p. 228-E.

4 T, I, ii, 6, p. 71-E; I, iv, 2, p. 185-E.

5 T, I, iv, 5, p. 231-E.

ción, por lo cual nunca puede la mente pronunciarse sobre su naturaleza y operaciones reales⁶, ni tampoco puede conocer la naturaleza real de sus uniones causales. Todo lo que la mente puede conocer acerca de las relaciones de los objetos, son las relaciones percibidas entre las distintas percepciones ocasionadas en ella por los objetos. Pero Hume no considera válido transferir a los objetos las cualidades de las impresiones⁷, por la imposibilidad de conocer si realmente corresponden las relaciones percibidas a los objetos, o si dichas relaciones pertenecen únicamente a lo percibido.

De acuerdo a esta teoría perceptiva, para Hume, lo que la mente percibe en las relaciones de los objetos, llamadas relaciones causales, no puede tener la validez ontológica que le concedía la filosofía tradicional, ni tampoco certeza objetiva, por la dicha dificultad de la mente para determinar lo que corresponde a los objetivos y lo que corresponde a las percepciones.

La mente actúa como agente observador del mundo de los objetos, y encuentra que en los objetos, que según su relación, se denominan causas o efectos, lo que la mente percibe realmente es una relación espacio-temporal. Es de la mera reiteración de las conjunciones espacio-temporales de los objetos, que Hume llama "conjunción constante", de donde nace la idea de la causalidad⁸.

Para Hume las relaciones espacio-temporales son necesarias para declarar a un objeto causa de otro, o viceversa, a un objeto, efecto de otro. En cambio, para la filosofía escolástica medieval, las relaciones espacio-temporales eran meros accidentes de los objetos, por lo cual buscaban en la causalidad conexiones lógicas.

Hume, inspirado por la filosofía de Newton, bajo cuyo influjo los filósofos modernos comenzaron a especular sobre el espacio y el tiempo, coloca a las relaciones espacio-temporales como condiciones necesarias para que se establezca una relación causal entre los objetos. Y al hallar que estas relaciones sólo se pueden conocer por la experiencia, problematiza seriamente el conocimiento del futuro, al plantearse con un criticismo riguroso la validez de la extrapolación del pasado observado a un futuro ignoto —en virtud de analogías observadas

6 T, I, ii, 5, p. 68-E.

7 T, I, iv, 5, p. 230-E.

8 "You ask me, If the idea of Cause & Effect is nothing but Vicinity (you should have said constant Vicinity, or regular Conjunction)". Carta a Gilbert Elliot of Minto, Marzo 10 de 1751. HL, I, p. 55.

entre el transcurrir del pasado y el devenir del futuro—, sobre el cual, lo único que cabe es la predicción.

Para que esta predicción tenga una calidad de conocimiento riguroso, hay que hacerla a base de observaciones efectuadas sobre los hechos que se trata de determinar. Hume, encuentra que de la observación no se pueden obtener conclusiones absolutas, ya que no siempre se da en la práctica que un mismo hecho o suceso proceda siempre de la misma causa. La observación empírica informa sobre el número de veces, en que dos o más objetos han estado unidos por la misma relación causal, y el número de veces en que no ha ocurrido la misma relación⁹. De acuerdo con lo anterior, la mente efectúa un cálculo de probabilidades sobre el futuro comportamiento de los hechos. Este cálculo es la única conclusión que se obtiene en toda observación empírica, la cual es una mera predicción porque no hay constancia sobre que el futuro ocurrir de los hechos se ajuste siempre a los patrones observados en el pasado.

En este cálculo de probabilidades Hume parece influido por las tablas de presencia y ausencia de Bacon, las cuales fueron aparentemente ignoradas por los filósofos de la experiencia situados entre Bacon y Hume.

Al reducir las conclusiones causales a una mera probabilidad —obtenida del cálculo de presencia o ausencia de las relaciones entre los objetos—, Hume aparece como herético ante un mundo que todavía está preso en el sistema de pensamiento fijo-absolutista del mundo medieval, hijo de una concepción de causalidad jerárquica-lineal, cuya causa final es Dios, el primer motor inmóvil del universo.

Mas, Hume no sólo aparece herético al pensamiento medieval, todavía influyente en el siglo XVIII, sino también para el pensamiento moderno, hijo de la ciencia nueva de Galileo y afirmado en la filosofía de Newton. Este pensamiento era esencialmente matemático; ya no estudiaba al universo como naturaleza cualitativa, sino que ponía énfasis en lo cuantitativo: la mensurabilidad de los hechos naturales. Se fundamentaba también en unas leyes causales necesarias; y si bien la gran cadena del ser de la causalidad escolástica le pareció estrecha, y la modificó para agilizarla de acuerdo a su mundo mensurable, siempre son las leyes de causalidad el fundamento **necesario** de la ciencia nueva, la cual por su naturaleza matemática es una ciencia deductiva.

9 Enq., Sect. 10, i, p. 90.

Aquí comienza el rompimiento de Hume con la ciencia nueva. Hemos visto antes cómo separa los ámbitos de conocimiento en deductivo e inductivo, señalando en el primero dos aspectos diferentes: uno teórico y otro práctico. Es decir, en el campo del conocimiento demostrativo —hasta entonces heterónimo— distingue la teoría pura de su aplicación a aspectos prácticos. La deducción continúa operando con certeza absoluta e incuestionable en las ciencias matemática, porque su ámbito de operación se circunscribe en el mundo de las ideas sin limitaciones espacio-temporales. Al aplicarla al mundo de la práctica, su certeza absoluta necesita verificarse; no porque cambie su naturaleza "cierta", sino por las capacidades humanas limitadas por su propensión al error.

Pero este conocimiento matemático-deductivo de incuestionable certeza, no es válido para el conocimiento de los hechos y existencias; la demostración se cumple sólo entre relaciones invariables. Los hechos son acontecimientos variables, sujetos a un aquí y a un ahora, para cuyo conocimiento, Hume indica, que lo único que cabe es la inducción empírica. Por ello, señala como instrumento único para el conocimiento de este mundo físico (de hechos y existencias), al razonamiento de experiencia o causal, el cual se efectúa por medio de la inducción.

Las conclusiones así obtenidas, es decir, los conocimientos de las ciencias empíricas, son meras probabilidades o conjeturas hechas a base de una experiencia pasada, pero referidas a un futuro ignoto, por una transferencia, por analogía, de los acontecimientos físicos observados a un proceso futuro.

Estas conclusiones no pueden ser garantizadas racionalmente, porque se basan en una suposición imposible de demostrar, ni de deducir de la misma experiencia: la del transcurrir uniforme de la naturaleza. Sin embargo, la mente está determinada a **creer** que el futuro ocurrirá de modo semejante al pasado observado.

Por ello, las conclusiones científico-empíricas para Hume, no son más que creencia o fe, de que si las leyes naturales no varían, dos objetos similares a otros que en el pasado han guardado una relación de causa a efecto, la guardarán en el futuro; pero como no podemos garantizar el transcurso futuro de la naturaleza, sólo podemos predecir las probabilidades de su acontecer. Se aleja, pues, de la ciencia dogmática de su época, pero se anticipa al cambiante panorama científico de nuestro siglo, en el cual contemplamos cómo la verdad de ayer, no es la verdad de hoy.

“La ciencia no es, ni será jamás, un libro terminado. Todo avance importante trae nuevas cuestiones. Todo progreso revela, a la larga, nuevas y más hondas dificultades”¹⁰.

SUS FUNCIONES

Por el hecho de que Hume expone su teoría de la causalidad al mismo tiempo que sus consideraciones sobre la problematicidad del mundo de hechos y existencias, es fácil perder de vista su doble campo operacional: conocimiento del mundo de los hechos físicos y conocimiento del mundo de los hechos psíquicos. Al estudiarla, hay que tener en cuenta que la causalidad opera no sólo sobre los objetos del mundo externo, sino también sobre los objetos del mundo interno¹.

Aunque Hume, en el Libro I del *Tratado*, expone su doctrina de la causalidad principalmente alrededor del problema del conocimiento de los objetos físicos, en el Libro II, hallamos que también el conocimiento de los objetos psíquicos del mundo interno, se realiza de igual manera: por medio del razonamiento de causa a efecto, obtenido por medio de la observación y la experiencia².

Ambos sistemas de conocimiento son análogos; en el conocimiento del mundo interno la simpatía juega el papel que en el conocimiento del mundo externo ocupa la creencia. Creencia y simpatía son las garantías del razonamiento causal; ambas son impresiones de reflexión, nacidas de una mera idea vivificada por la asociación de ideas³.

Por esto la simpatía es el criterio sobre el cual descansan los razonamientos morales⁴.

Asimismo, de igual modo que en el dominio de la causalidad física se presenta el problema de la trascendencia de las premisas empíricas, es decir, de la extrapolación o transferencia al futuro de las experiencias pasadas, en el campo de la causalidad psíquica, se presenta el problema de la extensión de la simpatía, desde unos sentimientos presentes, a otros futuros. Esta extrapolación del sentimiento presente al futuro, como en el caso de la creencia, se logra por la **vivificación** de

10 Einstein, A., e Infeld, L., *La Física, Aventura del Pensamiento*, p. 248.

1 Kemp Smith, N., *The Philosophy of David Hume*, pp. 88/9; *Enq.*, Sect. VII, i, p. 64-SB.

2 T, II, i, 11. p. 43-E.

3 T, loc. cit.

4 T, III, iii, 6, p. 371.

una idea que se convierte así en impresión⁵ garante de la futura existencia de pasiones que no tienen todavía una existencia real.

Aquí, siguiendo a Hume, examino el funcionamiento de la causalidad en sus relaciones con el conocimiento del mundo externo de hechos y existencias, el cual se obtiene por medio del razonamiento de experiencia.

En este razonamiento he señalado dos niveles: uno espontáneo o natural, en el cual la mente opera movida por mecanismos psico-biológicos (leyes de asociación), y otro, por el cual la mente somete a crítica la validez del conocimiento espontáneo y natural, de la vida práctica —resultante del razonamiento natural de experiencia. El segundo razonamiento, corresponde al conocimiento en sentido estricto, el cual es un medio para refinar, en lo posible, las conclusiones de la vida práctica ordinaria; éste no es natural, sino **artificial**, es decir, un invento o creación humana para tratar de fundamentar el conocimiento de las ciencias no-demostrativas, que se ocupan de lo que Hume llama “hechos y existencias”, o sea de la facticidad del mundo.

El razonamiento de experiencia en su nivel correspondiente al conocimiento científico (conocimiento en sentido estricto), es una comparación o relación que efectúa la mente sobre sus contenidos, sirviéndose de la relación filosófica de causa a efecto, auxiliada por las relaciones espacio-temporales⁶.

El hombre por medio del razonamiento experiencial de causa a efecto, trata de establecer las relaciones de los objetos físicos, sometiendo a un examen crítico las ideas que tiene en la imaginación sobre dichas relaciones, valiéndose como instrumento de la experiencia, y como método de la inducción.

Encuentra así, que las relaciones entre los objetos no son invariables, porque la experiencia enseña que no siempre sigue a una causa el mismo efecto, o viceversa, por lo cual todo el recurso de la inteligencia humana, para conocer lo fáctico, se agota en una inducción, por medio de la cual podemos concluir, que de acuerdo al número de veces que se ha observado que tal o cual hecho sigue —o precede— a tal o cual hecho, tenemos una probabilidad, proporcional a la observación⁷, sobre el futuro acaecer del hecho que se trata de determinar. Por lo tanto, las conclusiones del razonamiento de causa a efecto son un cálculo de probabilidades.

5 T, II, ii, 9, p. 101-E.

6 T, I, iii, 2, pp. 77/9-E.

7 Enq., Sect. X, i, p. 90.

Siendo las conclusiones del razonamiento causal, meras probabilidades, no pueden brindar certeza demostrativa⁸.

Aquí, el problema a resolver es indemostrable; se trata de un razonamiento empírico, cuyo único fundamento lo constituyen las experiencias pasadas. Pero el recurso a la experiencia pasada, no decide nada sobre las relaciones de causa a efecto; es decir, la experiencia pasada no puede probar que los mismos efectos se producirán siempre por las mismas causas⁹; todo lo que la experiencia prueba es que en el pasado tal causa ha estado unida a tal efecto.

En estas pruebas de la experiencia pasada se enmarcan las premisas del razonamiento de causa a efecto, pero las conclusiones que la mente infiere de dichas premisas, son una extrapolación o transferencia analógica de la experiencia pasada a un futuro acontecer.

La inferencia efectuada en el razonamiento causal no tiene bases racionales¹⁰, ya que nunca se puede probar que hay analogías entre unos objetos de los que hemos tenido experiencia, con otros que están más allá de dicha experiencia¹¹; todo lo que cabe es una suposición o conjetura¹².

El conocimiento de causa a efecto, tampoco puede ser obtenido *a priori*, porque procede totalmente de la experiencia:

“Adán, aunque supusiéramos que sus facultades racionales fueron desde un principio, completamente perfectas, nunca podría haber podido inferir de la fluidez y transparencia del agua, que ésta lo podría asfixiar, ni de la luz y el calor del fuego, que éste lo podría consumir”¹³.

De todos estos argumentos concluye Hume, que el conocimiento de causa a efecto, no puede brindar la certeza necesaria que tradicionalmente se le había atribuido. Es por la falta de posibilidad de probar racionalmente que todo lo que la mente puede hacer es **creer** en dichas conclusiones¹⁴.

Es por ello que el conocimiento causal para Hume es “una ex-

8 “What is possible can be never demonstrated”. *Abstract*, p. 40.

9 T, I, iii, 6, p. 93-E.

10 “even after we have experience of the operations of cause and effect, our conclusions from that experience are not founded on reasoning, or any process of the understanding”. *Enq.*, Sect. IV, ii, p. 32-SB.

11 “Let men be once fully persuaded... that there is nothing in any object, considered in itself, which can afford us a reason for drawing a conclusion beyond it”; T, I, iii, 12, p. 139-E.

12 T, I, iii, 6, p. 94-E.

13 *Enq.*, Sect. IV, i, p. 27-SB.

14 T, I, iii, 12, p. 140-E.

presión de esperanza y confianza basada en el hábito"¹⁵, causado en la mente por la mera contemplación de instancias ocurridas con una costumbre regular. Todo lo que informa un conocimiento obtenido por razonamiento de causa a efecto, es que se ha observado contigüidad de un objeto-causea con un objeto-efecto, con prioridad temporal del objeto-causea y con cierta regularidad, no la conexión necesaria entre los objetos que tradicionalmente se suponía.

Además, toda la información se deriva de la experiencia, si hacemos abstracción de ella, y razonamos **a priori**, nunca podremos inferir un efecto de ninguna causa; y por medio de la experiencia, no podemos garantizar dicho conocimiento. Hume señala, así, en el conocimiento de causa a efecto, una dificultad que no se había tenido en cuenta antes que él la señalara: la tantas veces mencionada trascendencia de las conclusiones del razonamiento de causa a efecto, del marco empírico en el cual se realiza el razonamiento.

El análisis de la validez del razonamiento de causa a efecto, verificado por Hume, es lógicamente impecable¹⁶; con él señala los peligros de la inducción, de obtener conclusiones generales de la observación de casos particulares.

Es "una temeridad imperdonable, el juzgar el curso completo de la naturaleza de un solo experimento, aunque sea exacto o correcto"¹⁷.

Los objetos para Hume, en el razonamiento de causa a efecto, están unidos por una relación de causa a efecto. La causa no es un término absoluto, sino relacional; en el mundo físico los objetos se dan en la percepción como existencias, las cuales pueden ser causas o efectos, dependiendo su función de causa o de efecto, del aspecto relacional en que se observen los objetos¹⁸.

Hume dejó así en entredicho la necesidad absoluta de las relaciones de causalidad; se alejó mucho de ella: le llegó a negar necesidad objetiva, por lo cual, señaló que el conocimiento empírico-probable, que se fundamenta en el razonamiento de causa a efecto, no puede brindar una certeza demostrativa y, por lo tanto, carece del carácter dogmático de la ciencia medieval y de la racionalista. Su certeza o evidencia es relativa: proporcionada a la experiencia.

15 *Encyclopaedia Britannica*, Vol. V, p. 107.

16 Harris, R. W., *op. cit.*, p. 178.

17 *Enq.*, Sect. VII, ii, p. 74-SB.

18 "...there is nothing existent, either externally or internally, which is not to be considered as a cause or an effect; though it is plain there is no one quality which universally belongs to all beings, and gives them a title to that denomination". *T*, I, iii, 2, p. 78-E.

RESUMEN CRITICO DE LA CAUSALIDAD

Hume somete a la causalidad, a un análisis crítico-epistemológico riguroso, para determinar la validez de las bases en que descansa —en su teoría del conocimiento— el ámbito del conocimiento fáctico probable, en su nivel “filosófico”, es decir, en su calidad de conocimiento en sentido estricto.

Toda la ciencia de su época se fundamentaba en una concepción de la causalidad, cuyas relaciones de causa a efecto eran mensurables y, por lo tanto, determinables con certeza absoluta. En cuanto a Hume, hemos visto, que en su rompimiento con el pensamiento gnoseológico tradicional, uno de sus aportes más valiosos al problema del conocer ha sido el delimitar los campos operativos de los razonamientos analíticos (conocimiento matemático-demostrativo) y de los razonamientos sintéticos (conocimiento empírico; para él, “probable”).

Hume presenta un nuevo concepto de causalidad, en el cual fundamenta sólo el conocimiento empírico-probable. Es únicamente por medio del razonamiento de causalidad que la mente puede acometer la tarea del conocimiento de la facticidad del mundo¹, porque es el único medio lógico por el cual el hombre puede alcanzar conocimiento más allá de lo dado en la experiencia inmediata.

La experiencia suministra a la mente unos datos, pero por la capacidad imaginativa de la mente, en su asociación de ideas, puede pensar ideas de cosas que nunca vio ni oyó², porque la mente humana no es limitada como la de los animales, cuyos pensamientos y razonamientos se realizan únicamente sobre lo que le es dado en la percepción inmediata³. Debido a la gran capacidad imaginativa del hombre, se hace necesario que en sus razonamientos sobre los hechos la mente esté dirigida por el entendimiento⁴, para poder distinguir lo real de lo meramente imaginado.

La intervención del entendimiento se efectúa por medio del razonamiento de causalidad, al cual concibe como un proceso “arbitrario”, es decir, una creación humana para verificar las conclusiones del conocimiento vulgar, el cual es connatural a la condición humana⁵.

1 T, I, iii, 6, p. 92-E; I, iii, 7, p. 96-E.

2 T, I, iii, 9, p. 110-E.

3 *Essays Moral, Political and Literary*, p. 83-OUP.

4 T, II, iii, 3, p. 125-E.

5 “Nature, by an absolute and uncontrollable necessity, has determined us to judge as well as to breathe and feel”; T, I, iv, 1, p. 179-E.

Por medio de este razonamiento, cuyas bases cognoscitivas residen en el conocimiento natural-instintivo del hombre, se perfeccionan los procesos cognoscitivos naturales⁶, por medio de la reflexión, creando así el mundo de conocimientos científicos (ciencias empíricas), las cuales se ocupan del conocimiento de las relaciones existentes entre los objetos del mundo físico, que se presentan a la mente por medio de las impresiones.

Una exposición detallada del complejo análisis de Hume sobre la causalidad, requeriría un estudio aparte, por lo cual aquí, sólo veremos los pasos principales de dichos análisis.

Para determinar los alcances del razonamiento de causa a efecto, Hume analiza:

- A) La naturaleza perceptible de los objetos físicos.
- B) La naturaleza de las relaciones de causa a efecto.
- C) El proceso mental (psicológico) que conduce a la mente a enlazar "arbitrariamente" los hechos, por medio de dicha relación.
- CH) La necesidad de dichas relaciones.

Del Examen de "A", concluye:

1—Que en el mundo común, en el que se enraiza el conocimiento en sentido estricto, todas las conclusiones sobre los hechos son realistas, porque como el vulgo nunca reflexiona sobre la naturaleza de los objetos que percibe por los sentidos⁷, confunde las percepciones con los objetos⁸.

2—Pero que por medio del conocimiento reflexivo, se sabe que rigurosamente la mente sólo puede conocer sus percepciones y las diferentes relaciones entre ellas.

3—Que las percepciones son causadas, de alguna manera imposible de establecer por medio de la experiencia, por los objetos físicos. Pero que éstos, hablando estrictamente, sólo existen como fenómenos de conciencia (percepciones en la mente)⁹, fugaces¹⁰, por lo cual la

6 Hume fija unas reglas lógicas para dicho fin: **Reglas para juzgar sobre las Causas y los Efectos**, T, I, iii, 15, pp. 170/2-E.

7 T, I, iv, 7, p. 256-E.

8 T, I, iv, 2, p. 188-E.

9 T, I, ii, 6, p. 71-E.

10 T, I, iv, 6, p. 239-E.

mente nunca puede llegar a conocer ningún nexo entre los objetos, ni las relaciones reales entre ellos y las percepciones en la mente¹¹.

Entonces, sobre las relaciones perceptivas, que se conocen como relaciones de causa a efecto, en rigor no se puede saber si existen en los objetos¹², ya que la mente no puede conocerlos inmediatamente; lo que conoce son fenómenos de conciencia, es decir, percepciones en la mente causadas por los objetos sensibles.

Del examen de "B", concluye:

1—Que, a pesar de que la mente no puede conocer los objetos, **arbitrariamente** relaciona a los objetos-impresiones por medio de una relación causal, por lo cual trata de determinar a qué se debe el hecho de que se califiquen a unos objetos-impresiones como causas de otros, o viceversa, a unos objetos-impresiones como efectos de otros.

2—Que siendo las impresiones contenidos mentales, es necesario determinar a qué mecanismos lógicos obedece la mente en los juicios causales.

3—Que por medio del método experimental de observación encuentra que esos objetos-impresiones que se consideran enlazados por una unión causal, guardan entre sí relaciones espacio-temporales¹³, con prioridad temporal de la causa sobre el efecto¹⁴.

4—Que las relaciones espacio-temporales son necesarias, pero no suficientes para juzgar a un objeto-impresión como causa de otro, o a un objeto-impresión como efecto de otro, porque muchas veces ocurre que dos o más objetos-impresiones guardan entre sí relaciones espacio-temporales, sin que exista entre ellos ninguna relación de causa a efecto¹⁵.

5—Que de la observación de los objetos impresiones no se infiere de ellos, ninguna otra relación fuera de las relaciones espacio-temporales, por lo cual tiene que dirigir su observación hacia los mecanis-

11 "There is no single phaenomenon, even the most simple, which can be accounted for from the qualities of the objects, as they appear to us"; T, I, iii, 1, p. 73-E.

12 "Nor is it ever within the reach of human capacity to explain or show the last connections of any objects". **Dialogues concerning Natural Religion**, p. 424.

13 T, I, iii, 2, p. 78-E.

14 T, loc. cit., p. 79-E.

15 T, I, iii, 2, p. 80-E.

mos psicológicos del razonamiento de causalidad, para tratar de encontrar la necesidad de las conexiones causales¹⁶.

Del examen de "C", concluye:

1—Que la mente, en los razonamientos de causa a efecto, parte de una impresión presente a los sentidos o a la memoria¹⁷ —por cuya intermediación conoce únicamente a los objetos—, de donde se origina todo el proceso del razonamiento causal¹⁸.

2—Que la mente efectúa una inferencia por medio de la cual pasa de la impresión presente a la mente a una idea-conclusión, que está conectada a la impresión por una relación de causa a efecto¹⁹.

3—Que, rigurosamente hablando, "los objetos, llamado uno. **causa** y el otro **efecto**, considerados en ellos mismos, existen distinta y separadamente uno de otro, como cualesquiera otras dos cosas en la naturaleza"²⁰, por lo cual la inferencia no puede ser producida por los objetos.

4—Que de la simple contemplación de los fenómenos (objetos-impresiones), la mente no puede inferir las relaciones de causa a efecto que puedan existir entre dos o más objetos-impresiones, sino que su decisión, o inferencia, nace de la reiteración (conjunción constante) observada entre algunas causas y efectos²¹.

5—Que esta reiteración o conjunción constante se deriva de la experiencia de la observación de los objetos-impresiones, la cual de alguna manera **determina** a la mente a declarar a un objeto-impresión causa de otro, o viceversa, a un objeto-impresión, efecto de otro²².

6—Que de la observación reiterada de una conjunción constante de objetos, en cuanto objetos, no puede derivarse la necesidad de la inferencia en las relaciones causales, porque ésta no puede derivarse

16 T, loc. cit.

17 "Had we no memory, we never should have any notion of causation". T, I, iv, 6, p. 247-E.

18 T, I, iii, 4, p. 85-E.

19 T, I, iii, 5, pp. 86/7-E.

20 T, II, iii, 1, p. 118-E.

21 T, I, iii, 6, pp. 92 y 95-E; II, iii, 1, p. 118-E; Carta a Gilbert Elliot of Minto, del 10 de marzo de 1751, HL, p. 156.

22 T, I, ii, 5, pp. 86/7-E.

de los objetos del mundo externo²³, por lo cual tiene que encontrarse en el mundo interno.

Entonces dirige su observación al mundo interno para buscar la necesidad del razonamiento causal y de sus conclusiones.

Para ello usa el método introspectivo, y encuentra que la mente **siente** una determinación por la cual infiere de un objeto-impresión otro, unido al primero por una relación de causa a efecto.

7—Que esta inferencia que la mente siente no puede derivarse de la razón, porque es extrínseca al razonamiento de causa a efecto; por lo cual las conclusiones de dicha inferencia, no pueden ser probadas por la razón analítica (demostración), ni por la razón sintética (razonamiento de experiencia o de causa a efecto).

8—Que lo que determina a la mente a efectuar la inferencia, es el principio de asociación de causa a efecto, es decir, la costumbre producida por la observación de la conjunción constante²⁴.

“Esta conclusión parece un poco sorprendente; pero hemos sido conducidos a ella por una cadena de proposiciones, que no admiten duda. Para ayudar al lector a recordarlas, las resumiré brevemente. Los hechos sólo pueden ser comprobados por sus causas o por su efecto. Solamente por la experiencia se puede conocer que un hecho es causa de otro. No tenemos ninguna razón para extender al futuro nuestra experiencia pasada, sino que somos enteramente determinados por la costumbre, cuando concebimos que un efecto seguirá a su causa usual”²⁵.

9—Que en la conclusión del razonamiento causal, la mente no sólo concibe que una causa producirá siempre su efecto usual, sino que además, **cree** que sucederá así.

10—Que la creencia es un sentimiento, que no varía de ninguna manera la idea-conclusión inferida del razonamiento de causa a efecto²⁶, sino que es una manera peculiar de concebir dicha idea, la cual por asociación con la impresión presente, adquiere la vivacidad de la impresión, y produce así dicho sentimiento, en el cual culmina su análisis del conocimiento empírico-probable.

La conclusión de “CH” se deduce de las otras conclusiones; si las

23 T, I, iii, 14, pp. 162/3-E.

24 T, I, iii, 11, pp. 129/30-E; I, iv, 1, p. 179-E; Abstract, p. 42; Enq., Sect. V, i, p. 37.

25 Abstract, p. 46.

26 T, I, iii, 7, p. 99-E.

relaciones causales, rigurosamente hablando no se realizan entre los objetos, sino entre los contenidos mentales, su necesidad no puede existir en los objetos, sino que existe en la mente²⁷.

Como se deduce del esquema anterior, Hume distingue en la causalidad dos aspectos: uno lógico (razonamiento de causa a efecto), y otro psicológico (asociación de causa a efecto (costumbre)).

La causalidad vista como razonamiento lógico, descubre en los objetos-impresiones, contigüidad, sucesión y una conjunción constante entre los objetos-impresiones considerados como causas, y los objetos-impresiones considerados como efectos. Pero la inferencia que la mente concluye, no es producida por la lógica del razonamiento, sino que por la asociación de ideas.

Así tenemos que siendo el razonamiento de causa a efecto el único instrumento lógico del hombre para conocer la facticidad del mundo, el hombre alcanza un conocimiento de ella, sólo en cuanto dicho razonamiento se efectúa sobre los conocimientos naturales de la vida práctica:

“Aunque el razonamiento de causa a efecto es una relación **filosófica**, que implica contigüidad, sucesión, y conjunción constante, es sólo por su calidad de relación **natural**, y porque produce una unión entre nuestras ideas, que somos capaces de razonar o sacar del razonamiento alguna inferencia”²⁸.

Hume opera, pues, con dos relaciones distintas de causalidad; una que corresponde al razonamiento lógico de experiencia (de causa a efecto), y otra, que corresponde al razonamiento espontáneo de la vida común.

Por haber dos relaciones de causalidad, cuya naturaleza varía de acuerdo al nivel de conocimiento de experiencia en el que funcione, Hume da dos definiciones de la relación de causalidad. En el conocimiento en sentido estricto, la mente por medio de la relación de causalidad (razonamiento de causa a efecto), **compara** ideas; en el conocimiento instintivo-natural, la mente asocia ideas. Esta es una diferencia que hay que tener presente al considerar el problema de la necesidad de las relaciones causales. Hume halla necesidad en la relación natural, porque constituye una unión efectiva entre las ideas²⁹;

27 T, I, iii, 14, pp. 163-E.

28 T, I, i, 4, p. 19-E.

29 “The word **relation** is commonly used in two senses considerable different from each other. Either for that quality, by which two ideas are connected together in the imagination, and the one naturally introduces the other, after the manner above

en cambio, la relación “filosófica” sobre la que fundamenta todo el mundo del conocimiento empírico-probable, no da necesidad porque las ideas de los objetos que compara son **colocados artificialmente** en las relaciones o comparaciones que efectúa dicho razonamiento.

Dada la importancia que tiene esta distinción que hace entre las relaciones de causalidad, transcribo las definiciones que Hume da de ambas en el **Tratado**:

“Pueden ser dadas dos definiciones de esta relación, las cuales únicamente difieren por presentar una visión diferente del mismo objeto, y porque nos hacen considerarla bien como una relación **filosófica** o como una relación **natural**; bien como una comparación de dos ideas, o como una asociación entre ellas. Podemos definir que una **causa** es “Un objeto precedente y continuo a otro, y donde todos los objetos semejantes al primero son colocados en una relación similar de precedencia y continuidad con aquellos objetos que se asemejan al último”. Si esta definición se considera defectuosa, porque es inferida de objetos ajenos a la causa, podemos sustituirla por esta otra definición, a saber, “Una causa es un objeto precedente y continuo a otro, y tan unido a él, que la idea del uno determina a la mente a formar la idea del otro, y la impresión del uno a formar una idea más vivaz del otro”. Si esta definición fuera rechazada por la misma razón, no conozco otro remedio, que las personas que expresen esta delicadeza la substituyeran por una definición más justa”³⁰.

En vez de tratar de hacer más claras las diferencias entre ambas nociones de causalidad, Hume usa su método de desafío y nos deja con una pieza gramatical que parece un mero galimatías verbal; sin embargo, hay en el párrafo transcrito, puntualizaciones importantes.

En la primera definición —del razonamiento— hay una manifiesta idea de voluntad: se efectúa la relación **si colocamos** los objetos-impresiones en relaciones semejantes; o sea, que la relación de causa a efecto, en el razonamiento en sentido estricto, es contingente.

En cambio, en el razonamiento natural, los objetos-ideas están unidos de tal manera, que la mente es **determinada** a efectuar la unión causal; en esta relación natural **hay necesidad** porque existe una unión efectiva entre la causa y el efecto, la cual es producida por

explained; of for that particular circumstance, in which, even upon the arbitrary union of two ideas in the fancy, we may think proper to compare them”. T, I, 5, p. 22-E.

30 T, I, iii, 14, p. 67.

una determinación natural: el principio de asociación de causa a efecto o costumbre.

ABREVIATURAS EMPLEADAS

- I: *Treatise of Human Nature*.
- E: En las citas de la obra antes mencionada, indica que la cita ha sido tomada de la edición de Evergman's.
Las citas de esta obra comprenden: libro, capítulo, sección y página, representados, en su orden, así: I, i, 1, p. 1.
- OUP: En las citas de **Essays Moral, Political and Literary**, indica que la cita ha sido tomada de la edición de Oxford University Press.
- SB: En las citas de **Enquiry Concerning Human Understanding**, indica que corresponde a la edición de Selby-Bigge.
- HL: **Letters of David Hume**.
- ESSAY: **An Essay Concerning Human Understanding**.

Francisco L. Peccorini,

La Sensibilidad Humana y el Cerebro según Popper y Eccles

Ha habido siempre una tendencia a reducir los procesos mentales a los procesos puramente cerebrales, y dicha tendencia no ha hecho más que intensificarse a medida que la ciencia ha ido logrando sanar —o cuando menos “diagnosticar”— desórdenes tales como la afasia y la amnesia con sólo buscar sus raíces en las circunvoluciones del cerebro. Habiendo asumido desde un principio que la mente no es más que un órgano más por medio del cual el hombre ejerce la función cognoscitiva, aciertos tan sorprendentes no podían menos de confirmar la creencia de que tal órgano, que todos llamamos “mente”, no es ni puede ser nada más que el cerebro. En otras palabras, del hecho de que los procesos cerebrales son suficientes para dar razón de los desórdenes mentales, se concluye que nada obsta para que sean asimismo suficientes para dar razón de “todos” los fenómenos mentales, incluyendo nuestro pensar específicamente humano. Ahora bien, lo que da pie a tan infundado optimismo es precisamente, y por extraña coincidencia, la admirable y armónica cooperación que existe entre la mente y el cerebro. Al sacar tan sorprendente conclusión, empero, la filosofía se olvida de que cooperación no es lo mismo que identidad.

1—El Cerebro y el Tercer Mundo

Lo primero que se debe hacer al acometer el estudio de las relaciones entre el alma y el cerebro es reconocer que un verdadero con-

flicto entre la verdadera ciencia contemporánea y la epistemología aristotélico-tomista es poco menos que imposible porque ésta, según los estudios más recientes, se nos presenta pura y simplemente como un prolongado esfuerzo objetivo, no sólo por no perder de vista ningún hecho que se relacione con el conocimiento humano, sino también por sacar a plena luz la condición de posibilidad de cada uno de ellos. Y a la verdad que lo hace con una flexibilidad admirable que no sólo le permite dar cuenta de los hallazgos últimos de la ciencia neurológica, sino que le hace posible mostrar cómo esos mismos hallazgos se convierten a su vez en una confirmación de sus pretensiones. Es más aún, a la luz de las glosas de Rahner, nos es posible ver cómo la epistemología tomista, tanto por su estructura tan amplia y comprensiva, como por su asombrosa profundidad, puede incluso reclamar una coincidencia substancial con las conclusiones a las que llegara Manuel Kant al cabo de la empresa epistemológica más gigantesca que se haya jamás intentado en la historia de la filosofía, como lo podríamos mostrar con apropiadas referencias a la **Crítica de la Razón Pura**.

Por el momento, séanos permitido apuntar a la “traducción” científica de tal teoría, que tal parece ser por extraña coincidencia la obra monumental que acaban de publicar el filósofo inglés, Sir Karl R. Popper, y el científico británico, Sir John C. Eccles, bajo un título henchido de significación cual es el de **The Self and Its Brain** (El Yo y Su Cerebro), en el que ellos mismos recalcan especialmente la importancia del adjetivo “its”, y en la que se proponen ambos estudiar a fondo las relaciones que existen entre el cuerpo y la mente.

Semejante “traducción” de la epistemología aristotélico-tomista al lenguaje científico era posible desde un principio, entre otras razones, porque, como lo demuestra a las claras la versión tomista de la sensibilidad humana, con su insistencia tan marcada en la emanación de las facultades del alma y en la precedencia temporal del animal, una verdadera evolución orgánica entendida al modo de Xavier Zubiri² cabe dentro de dicha filosofía. Por otra parte, el hecho de que la distinción tomista entre la producción del objeto como accidente **per se** por parte de la substancia del alma y la recepción del influjo derivado de la cosa externa en el compuesto humano puede procurarnos la mejor explicación posible de hechos tan innegables como la conmisuratomía cerebral, el sueño y la inconsciencia comatosa, así como la interacción asombrosa entre la imaginación humana y el lenguaje, el cual presupone ya la consciencia intelectual del

objeto —no puede' menos de reforzar poderosamente el argumento anterior.

Pero antes de entrar en detalles, es preciso que nos acostumbremos a la distinción entre los tres mundos a la que los autores antes aludidos se refieren constantemente como a principio fundamental.

El universo de entidades físicas, el mundo físico, es lo que ellos llaman el mundo número uno (M-1), al cual se añade el mundo número dos (M-2), que se compone de todos los estados mentales en cuando que son entidades subjetivas reales e individuales que pueden ejercer una interacción verdadera con los objetos físicos. Finalmente, se nos presenta la verdadera innovación de estos autores, a saber, el mundo número tres (M-3), el cual consta de todos los productos del espíritu humano, cuales son, por ejemplo, las historias, los mitos explicativos, los instrumentos, las teorías científicas, las instituciones sociales, las obras de arte, y todo cuanto constituye nuestra cultura³, cuya realidad objetiva e independiente de sus encarnaciones contingentes se demuestra tanto por su interacción con los objetos de los mundos M-1 y M-2, que ciertamente son reales —téngase en cuenta que aun las teorías pueden tener hondas repercusiones en los acontecimientos históricos o en las reacciones subjetivas de los hombres⁴— cuanto por la disponibilidad objetiva con respecto a infinitos sujetos a través de la historia que algunos de ellos, tal como la novena sinfonía de Beethoven, ofrecen a la manera de las ondas sonoras que flotan siempre por encima de los oídos de todos los hombres, y que hacen posible su reinterpretación tantas veces cuantas se quiera por parte de artistas de talento y gusto diferentes⁵.

Con un ojo en el M-3, Popper y Eccles se ven forzados a construir una verdadera refutación de toda clase de materialismo. De hecho, como nos proponemos hacerlo ver, los rasgos esenciales de la teoría aristotélico-tomista no parecen serle extraños. Y lo primero que resalta en ella es la supremacía que el alma (**self**) ostenta con respecto al cuerpo. Sólo les falta decirnos que el alma se manda a hacer su cuerpo a la medida, es decir, que es ella la que lo modela con el fin de servirse de él para llevar a cabo tanto sus operaciones específicas, y en particular el acto de intelección —con el que comienza todo el proceso cognoscitivo según Aristóteles—, como la comunicación lingüística, y hasta el dominio efectivo del hombre sobre su ambiente, el cual depende del influjo de la voluntad sobre los músculos. Porque éstos desencadenan no sólo sucesos mecánicos que ponen en conmo-

ción a las fuerzas naturales, sino también palabras que transmiten los órdenes y los deseos de los que resulta la trama de la historia⁶.

2.—Plasticidad del Cerebro y el Alma como Forma

Y esa acción plástica llega hasta el cerebro, al que sojuzga de tal forma, que literalmente lo hace servir aun en condiciones precarias, remodelándolo si es preciso hasta cambiar las funciones de sus partes. Y su dominio sobre la plasticidad del cuerpo es tanto mayor cuanto la edad del sujeto está menos avanzada, dando así credibilidad a la intuición tomista que leímos anteriormente de que "el animal es engendrado antes que el hombre" por la misma alma espiritual⁷. Eccles recalca este punto en el pasaje siguiente que merece citarse en su totalidad:

A la remoción del hemisferio menor se sigue, sí, una hemiplejía severa, pero el paciente retiene aún una habilidad lingüística muy aceptable (reasonable). No sucede así con la remoción del hemisferio más dominante, de la que se siguen consecuencias mucho más serias. Porque a más de la hemiplejía antes mencionada se añaden una pérdida grave de habilidad lingüística, y en el caso de pacientes de cierta edad, la comunicación con ellos se vuelve muy difícil. Cuanto más joven el enfermo, tanto más notable es la recuperación, y hasta se han dado casos de pacientes de 10 a 14 años en los que cierta recuperación lingüística ha ocurrido. Los infantes, al otro lado del spectrum, presentan una situación mucho más prometedora debido a la plasticidad pasmosa que poseen, de suerte que la función lingüística del hemisferio dominante puede, antes de los cinco años de edad, ser transferida al otro hemisferio sin mayor dificultad. De hecho, a esa edad existe una representación bilateral del lenguaje. De todo ello resulta que esos pacientes hemisferiotomizados gozan de una habilidad lingüística considerable, si bien es cierto que las otras funciones del hemisferio menor, el cual se ve invadido por una multitud de nuevas áreas lingüísticas en formación, tienen que sufrir mengua, como les sucede a las funciones pictórica y espacial⁸.

Todo ello parece coincidir con la idea de emanación de las facul-

tades que ya encontramos en el tomismo. Que tal es la impresión que el representante de la ciencia en todos estos diálogos, a saber, John Eccles, tiene de la situación, parece muy probable. Porque él, quien ha estado suministrándonos todos estos datos científicos, al final del libro se muestra inconvencionalmente convencido —a pesar de los ataques desesperados del “filósofo” del equipo— de que el alma humana es **inmortal**. Y a la verdad, aun aquí, al reiterar su asombro ante esa supremacía que el alma ejerce sobre el cerebro, se siente forzado a alinearse con los filósofos del pasado y a plantear llana y claramente el gran problema, como lo hace en las líneas siguientes:

He querido acentuar esa preeminencia de la mente auto-consciente porque tengo que preguntarme: ¿Qué es esa mente auto-consciente? ¿Cómo viene a la existencia? ¿Cómo se une al cerebro en todas sus relaciones íntimas de interacción? ¿Cómo comienza a ser? Y en última instancia, no sólo ¿cómo empieza a existir?, sino también ¿cuál es su último destino cuando el cerebro se desintegra a su debido tiempo?

Y hacia el final del volumen llega a hacer esta confesión que no podría ser más categórica: “A mi parecer el alma es totalmente distinta del cerebro en cuanto a esos aspectos (su control y su poder sintético), y no puedo menos de estar de acuerdo con Sperry cuando dice que las nuevas ideas que él ha venido desarrollando “le devuelven a la mente su posición privilegiada y prestigiosa de antaño con relación a la materia”. Me vengo a encontrar, pues, en la posición un tanto comprometedora (para un científico?) de quien conoce que el cerebro ha venido a ser asociado en el desarrollo de su evolución con la mente auto-consciente”.

Así, pues, lejos de recibir su ser y su estructura del cerebro, es el alma más bien la que da configuración al cuerpo en cuanto sensitivo los escolásticos dirían que es el alma la que lo **informa** por medio de una facultad que ella emana de su propia substancia. Pero esa superioridad y esa independencia se muestran cada día también al nivel de la acción. Sin referirse aún a la operación lógica por excelencia, que es el raciocinio, nuestros autores concentran su atención sobre el acto de “reconocimiento” o “interpretación” que va siempre acompañado de movimientos corporales. Para seguir con mayor facilidad su desarrollo conviene recordar que en todo acto de interpretación hay

procesos cerebrales, pero que en el acto de percepción completa intervienen además tanto el entendimiento posible —para usar la terminología aristotélica— cuanto el entendimiento agente, mientras que en la mera formación del fantasma sólo interviene la facultad sensitiva llamada cogitativa. Eccles parece subdividir el acto de percepción completa en percepción habitual, en la que intervienen asimismo los hábitos anteriormente formados, y en percepción espontánea. Con la primera el sujeto percibe más aspectos en el objeto que con la segunda debido al trasfondo científico sobre el que se proyecta el acto de reconocimiento —cosa que ya Santo Tomás había reconocido ser cierto en un pasaje de la *Suma* en el que nos advierte que además del entendimiento agente se requieren también la presencia del fantasma, la buena disposición de los poderes sensitivos, y mucha práctica en esa clase de investigación, pues un conocimiento anterior puede iluminar a otro que le ha de seguir”. Eccles, a su vez, nos recuerda que si observamos una planta siguiendo las instrucciones de un buen botánico descubriremos en ella muchos más aspectos que los que le serían accesibles a un laico en la materia que no tuviera a nadie para ayudarlo en su percepción. También nos hace notar que es imposible apreciar todo el valor de una jugada efectuada por un campeón si no se tiene experiencia en esa clase de juego¹². Y añade: “Por ejemplo, nadie puede apreciar todo el valor artístico de un cuadro de una época determinada con sólo echarle un vistazo. Es preciso bien sea discutir con otros al respecto, o leer la literatura crítica y valorativa que se le haya dedicado. Es menester entrar de lleno en una relación de tipo del M-3 con cuanto cae bajo nuestra mirada, si es que hemos de llegar a una apreciación humana de ello¹³”.

3.—Percepción “Intelectual”

Pero, anteriormente a esa interpretación del objeto dentro del M-3 que Heidegger llamaría interpretación teórica, existe otra clase de interpretación que está íntimamente ligada a la acción de los sentidos y corresponde a la interpretación circunspectiva de Heidegger. Sabido es que, según Heidegger, interpretación significa cualquier acto del entendimiento por medio del cual un objeto es entendido. Puede ser, pues, un simple acto de percepción —como el que ejercen los niños cuando están empezando a aprender la lengua materna—, o un acto de juicio como el que ejerce un experto en la materia; pero en todo caso consiste en un dejar que el objeto cobre ser real en la mente

por medio de la actualidad del entendimiento, el cual ya es desde siempre todas las cosas en estado de potencialidad y puede por tanto proyectar su Ser sobre cualquier posibilidad. El sabor fuertemente aristotélico de esta concepción salta a la vista en el pasaje siguiente de **Sein und Zeit**: “Como entender, el **Dasein** proyecta su Ser sobre las posibilidades. Este **Ser-hacia-las-posibilidades** que entiende es él mismo una potencialidad-de-Ser, y es tal precisamente debido al modo como esas posibilidades, al ser descubiertas, afectan a su vez al propio **Dasein**. El proyectar del entender tiene él mismo su propia posibilidad —a saber, la de desarrollarse a sí mismo—. Ese desarrollo del entendimiento es lo que se llama interpretación. Por medio de ella, el entendimiento apropia intelectualmente lo que es entendido por él. Al interpretar, el entendimiento no se convierte en nada diferente de sí mismo, sino que se hace a sí mismo”¹⁴. Ahora bien, según Heidegger, toda interpretación tiene que empezar por una interpretación circunscriptiva, la cual, a su vez, presupone lo que él llama **Aisthesis** (αἰσθησις) o percepción sensible, y en ésta ya va envuelto el poder intelectual. Santo Tomás lo llamaría un entender el “**intelligibile in sensibili**”, y Heidegger apunta a tan maravillosa cooperación de facultades por medio de un juego de palabras muy elocuente cuando escribe: “Das Zuhandene kommt **ausdrücklich** in die verstehende Sicht”, es decir, “Lo que está a la mano se presenta **expresamente** en una visión que entiende”¹⁵. Y ciertamente, en la descripción Heideggeriana que sigue no se puede menos de descubrir la distinción aristotélica entre el νοῦς que es siempre verdadero porque es **kata to ti en einai** (κατα τὸ τί ἦν εἶναι) y el νοῦς que no lo es siempre porque es tan sólo **kata tinos** (κατά τινος)¹⁶. Dice así Heidegger: “Αἰσθησις, la mera percepción sensible de algo, es ‘verdadera’ en el sentido griego, y lo es por cierto de un modo más excelente que el λόγος del que hemos venido discutiendo. Porque así como el ver tiende hacia los colores, cualquier αἰσθησις tiende, como a su fin propio, hacia su ἴδιαι (las entidades que son genuinamente accesibles tan sólo **por medio de ella y por razón de ella**); y en ese sentido es siempre verdadera... El νοεῖν puro es la percepción de los modos determinados del Ser más simples que pueden ser poseídos por los seres en cuanto tales, y ella los percibe sin más que mirándolos”¹⁷. Llega, pues, la percepción a la esencia del objeto, en virtud de la cual lo percibe como caballo, árbol, mesa, etc., aun antes de conocer las definiciones que corresponden a esas clases de objetos, pero no llega aún al λόγος del mismo, es decir, al aspecto de universalidad de su

esencia, por medio del cual la esencia pasa a ser un objeto del dominio público que se halla expuesto a los comentarios de muchos¹⁹.

Pero la percepción que da acceso a la esencia del objeto es suficiente para suscitar en el entendimiento el deseo de saber más acerca de semejante entidad. De ahí que la curiosidad intelectual se siga naturalmente. Aunque no se considera aún el poder de razonar que se llama razón, ya estamos en presencia, sin embargo, de una facultad verdaderamente intelectual que es posesión exclusiva del ser humano e histórico. Por eso Zubiri no requiere más para la aparición del hombre a lo largo del proceso de la evolución. Porque, como él lo dice tan bien, el hombre “no es un ser racional, sino un ser inteligente...”¹⁹. Es un ser en contacto directo con el ser de las cosas, y por lo mismo, podríamos añadir, en un continuo estado de asombro y de curiosidad que nos lleva a preguntarnos qué hace que las cosas sean tan hermosas, tan admirables, y, sin ir más lejos, por qué “son” algo y no pura nada. Popper no dejó de entrever ese amanecer de la vida intelectual y filosófica que no hará más que desarrollarse después con el uso de la vida reflexiva que constituye su función propia en su última etapa: “la función de la consciencia” —nos dice— “bien pudiera ser la de extender un estado de curiosidad más allá de los estímulos sensoriales que la causan —hasta un grado de curiosidad permanente que lleve a la exploración—”. Luego, como cayendo en la cuenta de que no ha insistido aún lo suficiente sobre el aspecto de provocación “intelectual” de la imagen sensible, prosigue su explicación en los términos siguientes: “Lo que quiero decir no es tan sólo que lo que sucede en el campo de nuestra sensación es capaz de desafiarnos a hacer algo acerca del objeto, sino también y más que todo que puede asimismo causar en nosotros una curiosidad tal que a su vez no podrá menos de llevarnos a explorar activamente el objeto mismo que empezara provocando nuestra curiosidad”²⁰.

4.—Sensibilidad, Objetividad y Realismo

Una insistencia tal nos indica claramente que acabamos de presenciarnos la primera aparición triunfal del entendimiento en el mundo que nos rodea, y que en semejante ocasión el entendimiento se dejó ver de la mano de la sensación y hasta guiado por ella. Es pues el valor objetivo de la sensación, en el que el entendimiento se apoya totalmente, lo que se presupone en todo este tratado, o si se prefiere, es la presencia real del objeto en la sensación, no como en un espejo sino

en sí mismo, lo que se nos quiere recalcar. Lejos queda pues en esta concepción la teoría de que lo único que podemos conocer son nuestros datos sensibles. Tan poco cuentan éstos para Popper que no puede menos de exclamarse: “el cuento ya sobado de que los sentidos son lo más importante en el proceso de aprendizaje es falso”²¹. Lo único que vale, para él, es cierta actividad del cerebro, es decir, el aspecto activo del Yo por medio del cual éste se las puede arreglar aun careciendo de muchos datos sensibles que normalmente se hallan presentes en la vida real. Por eso, nos dice: “Si les atribuyo tanta importancia a los procesos activos, ello se debe al hecho de que gente como Elena Keller —que carecen del uso de aquellos sentidos, como la vista y el oído, que para nosotros son poco menos que indispensables—, pueden, sin embargo, lograr una interpretación completa y, en general, correcta del mundo; y que lo mismo ocurre en el caso de ciegos que son también sordo-mudos”²². En otras palabras, nos viene a decir, aunque usando los procesos cerebrales, el yo produce una verdadera presencia del objeto que da pie a un verdadero realismo: “. . . el cerebro trata de obtener directamente una información acerca de la situación en el mundo externo que le sea útil al organismo. Más aún, no se trata tan sólo de percibir una **Gestalt** o cosa parecida: se trata de una **actividad** y en ese sentido ello es ya una preparación para una acción subsiguiente que deberá consistir en dar origen a esperanzas acerca del futuro. . .”²³.

Se trata, pues, de hacer que el objeto sea parte integrante de nuestra vida; no se trata de cuadros plásticos, ni siquiera de películas cinematográficas, sino de objetos que le puedan interesar a nuestra voluntad y ser el centro de acciones morales del sujeto. Tan es la presencia real del objeto la que se trata de explicar, que aun Popper, que ha estado insistiendo hasta ahora en la importancia del cerebro, tiene que reconocer que éste no podría lograr efectos tan ontológicamente sorprendentes si no fuera él mismo un instrumento de la mente: “es bastante claro” —concluye diciendo— “que nuestro cerebro es al menos en parte un producto de nuestra mente”²⁴. No es extraño, pues, que Eccles —quien a lo largo de toda esta discusión no ha tenido reparo alguno en remontarse por encima del cerebro—, le atribuya al Yo el control de la actualización de la forma del objeto en la sensibilidad. “La mente autoconsciente” —nos dice con todas sus letras— “se halla activamente comprometida en la sutilísima y transcendental operación de organizar, seleccionar e integrar su texto [read out]. Es

ella quien instiga los procesos cerebrales que son necesarios para producir dicho texto. Esos procesos cerebrales, a u vez, pueden llegar a hacerse estables en forma de procesos mnemónicos de donde los pueda recobrar a su antojo el Yo consciente como memorias”²⁵.

El acuerdo al que acaban de llegar nuestros panelistas es sumamente significativo, no por lo que respecta a Eccles, cuya posición general cuadra perfectamente con dicha conclusión, sino por la vuelta de 180 grados que ella supone en Popper, quien hasta ahora ha estado adoptando una posición más bien materialista. Y no es una conversión a medias. Tan se avino a aceptar la tesis de Eccles, que incluso llegó a proponer por su cuenta un cambio de título para el libro que estaban preparando: “Por eso, en parte”, nos dice, “yo sugiero que deberíamos cambiar el título de nuestro libro, **The Self and The Brain**, por el título siguiente: **The Self and Its Brain**”²⁶.

Todo esto nos auteriza a concluir que el alma no conoce directa y exclusivamente los actos mentales designados con el nombre de datos sensibles, como lo mantiene la teoría empirista de los “datos sensibles”, sino que va derecho a la entidad misma del objeto externo, la cual se halla presente ante el Yo, como Eccles lo ha dicho tan claramente, porque el mismo Yo consciente lo ha producido activamente dentro del cerebro usando —podríamos decir— la materia prima de éste como substrato para su forma. Sin embargo, la nueva apariencia que así cobra el objeto sería ininteligible para la mente de un “observador científico” hipotético que pudiera seguir con sus aparatos microscópicos únicamente los movimientos celulares mientras el Yo de su paciente piensa. Semejante fenómeno puede ser “reconocido” en el cerebro únicamente por la mente del que está actualmente pensando. Está, por medio del acto de intelección del que ya hablamos más arriba, logra descifrar los “patrones” que el mismo Yo ha producido ya por medio de la sensibilidad en el cerebro. Esto es lo que Eccles llama “read out” —o desciframiento, que podríamos decir en español—. Lo que al neurólogo le interesa, pues, no tiene ninguna importancia para el espíritu, el cual no descubre más que “seres” de determinadas naturalezas en esas combinaciones de neuronas que, por medio de la acción del alma, corresponden, como “patrones”, a las diversas esencias. Eccles lo dice claramente: “Estoy muy de acuerdo en que nuestra mente autoconsciente no está leyendo en el cerebro nada que sea fácil. Estoy seguro de que su tarea consiste en elevar a un nivel superior una actuación sumamente compleja del

cerebro. Si nos hubiéramos de ir al otro extremo”, continúa diciendo, “acabaríamos pensando lo impensable y absurdo, a saber, que la mente autoconsciente está poniendo atención a procesos tales como el disparo de esta o de aquella célula [the firing of any particular cell], lo cual no puede ofrecerle ninguna información de interés. Es tan sólo la operación colectiva y comunitaria de un gran número de neuronas que puede constituir la base del desciframiento mental”²⁷. “Ciertamente” —prosigue explicándonos Eccles— “la retina contiene una imagen que le ha sido proyectada desde el objeto, pero si esa imagen ha de ser transmitida al Yo para que éste la pueda usar, tiene que ser transformada primero en un verdadero mosaico cuya combinación a su vez debe reducirse a una clave codificada en las frecuencias del dispararse de millones y millones de fibras del nervio óptico”²⁸. Y allí mismo rechaza, como ininteligible, la teoría de las “células abuelas”, bastante corriente en ciertos círculos científicos, según la cual cada célula responde a un objeto determinado, como sería esta cara o la otra. Esto se le hace inexplicable a Eccles porque cada una de los billones de caras posibles requerirían un número exorbitante de células para representarla adecuadamente; elevando así la cantidad de células a millones de billones, ya que a cada una de las caras se la puede ver desde diversas distancias y desde ángulos diferentes de acuerdo con una infinidad de combinaciones posibles, las cuales por fuerza tienen que dar resultados diferentes.

5.—Sensibilidad y Lenguaje

No cabe duda alguna de que este nuevo planteamiento de la actualización de la forma del objeto en la sensibilidad ofrece también un interés muy especial desde el punto de vista del problema del lenguaje. Porque es el caso que una frase —y a veces una palabra aislada— evoca inmediatamente en la mente la intelección de una forma determinada que nos permite hablar de los objetos que no están presentes para provocar dicha intelección por sí mismos a través de la proyección de su propia imagen. En otras palabras, si la única manera de conocer objetos reales y determinados fuera a través de una como fotocopia de los mismos, la comunicación de nuestros pensamientos requeriría que los interlocutores tuvieran siempre ante sí los objetos acerca de los cuales quisieran comunicarse algo, y la comunicación misma tendría que proceder a base de gestos indicativos. Es más, la infinidad de comunicaciones matizadas al infinito de que ahora goza-

mos por medio de signos verbales sería absolutamente imposible —tan imposible o más que el auge económico que estamos presenciando hoy en día si la humanidad no hubiera adoptado el sistema monetario—. Porque el lenguaje desempeña en el campo de las comunicaciones humanas el mismo oficio que el papel moneda desempeña en el campo de las transacciones comerciales, las cuales, sin él, no sólo irían al paso de tortuga que llevaban cuando tenían que verificarse a base de un intercambio directo de mercancías, sino que no podrían gozar del poder expansivo tan asombroso que han adquirido hoy en día. Quiere ello decir que el reportaje periodístico y electrónico, que se basa enteramente en el valor del testimonio ajeno y por el que recibimos la mayor parte de nuestro “input” informativo, sería poco menos que imposible sin una representación sensible codificada en clave cual es la que se halla a la raíz del lenguaje.

Llegados a este punto, Popper se muestra tan de acuerdo con Eccles, que hasta se siente entusiasmado con la nueva interpretación del “desciframiento”, en la que ve numerosas promesas, entre las cuales destaca la posibilidad de fundamentar mejor una filosofía del lenguaje. “Yo quisiera” —nos dice— “llevar la idea del ‘desciframiento’ un poco más allá. Cuando nos hallámos leyendo un libro, llega un momento en el que nuestra atención se aparta de las letras y aun de su forma y figura al mismo tiempo que la mente empieza a entender su significado directamente: significados en cuanto tales... Me parece que esto se aproxima bastante a lo que Ud. nos está describiendo”. Efectivamente, añade con un énfasis muy especial sobre la objetividad ontológica del acto de sensación, que es parte esencial del proceso de la percepción, “durante la percepción nosotros descubrimos el significado del patrón conforme al cual el cerebro dispara sus neuronas, el cual patrón es, decirlo así, la situación verdadera del mundo externo que se trata de percibir”.²⁹ Y para mayor claridad, Popper se pronuncia claramente por una existencia intencional, al modo de la propuesta por Aristóteles, del mundo número uno dentro del yo que lo haga accesible a los actos mentales que constituyen el mundo número dos: “El módulo” —prosigue diciendo— “bien podría ser una estructura especialmente ingenziata por medio de la cual el mundo físico, el M-1, logra un estado de apertura hacia el mundo de la mente, es decir, hacia el M-2.”³⁰ Eccles, por su parte, no puede menos de calificar semejante actividad mental como extraordinaria desde el punto de vista de la ciencia. El cree, en efecto, que su interpretación “constituye un rompi-

miento radical con cuanto haya quedado definido con precisión en el pasado”³¹. A su modo de ver, “la hipótesis de que la mente autoconsciente no se halla tan solo comprometida en descifrar sucesos neurales, sino que constituye un principio que busca activamente”, es indispensable si la unidad de la experiencia humana ha de quedar plenamente explicada. “La mente autoconsciente” —nos dice— “se halla enfrente de un continuo desfilarse de la totalidad de los procesos neurales complejos, de entre los cuales puede seleccionar en el cerebro religante —bien sea a su antojo, o conforme a la dirección de su atención, o debido a un acto de libre albedrío, o siguiendo la atracción de su interés o empujada por ciertos impulsos— buscando ahora éste y luego el de más allá para terminar mezclando los resultados de los desciframientos llevados a cabo en varias áreas del mismo cerebro religante. Es en esta forma que la mente autoconsciente logra la unidad de su experiencia”.³²

La idea de “unificación” de nuestra experiencia apunta ya en la dirección del papel transcendental de la imaginación como facultad fundamental del hombre. Efectivamente, es tan sólo en ella donde el “texto” que la mente ha de “descifrar” en el acto de intelección queda terminado. Es aquí, por consiguiente, donde la frontera última entre la sensibilidad humana y la del bruto se ha de colocar. Una vez más es Eccles quien nos llama la atención hacia este aspecto de la ontología de la sensibilidad del hombre. Refiriéndose a experimentos científicos con monos, nos brinda la siguiente observación que goza de una transcendencia filosófica excepcional. “Los monos” —nos dice— “se mostraron susceptibles a un entrenamiento que los capacitó para responder en forma apropiada a un objeto visual, habiendo sido condicionados a responder apropiadamente a él mientras lo estaban viendo. Sin embargo, su habilidad para responder en esa forma desaparecía por completo tan pronto como dejaban de ver al objeto, aunque todavía lo estuvieran tocando. En otras palabras, el objeto, en cuanto palpado, no les daba la misma señal que les venía del objeto cuando lo estaban viendo. Y conste que dichos animales gozaban de perfecta sensibilidad visual y táctil, de suerte que no cabe atribuir semejante fracaso a debilidad de los sentidos. Este modo de examen es, a mi modo de ver, un ‘test’ para estudiar la imaginación ya que el sujeto que ve un objeto tiene que imaginarlo para ser capaz de identificarlo por medio del tacto”³³. Y desde nuestro punto de vista puramente epistemológico, este experimento prueba a las claras que la así lla-

mada habilidad verbal de los monos no se funda en una intelección de la esencia, sino tan sólo en un proceso asociativo entre la vista y la acción. No puede fundarse en dicha intelección por la sencilla razón de que ésta consiste en entender el inteligible en el sensible, lo cual —como se desprende de todo lo dicho— presupone la unificación del “texto” en la imaginación. Su “lenguaje”, pues, se reduce a un mero caso de reacción a estímulos sensibles. En cambio, la habilidad verbal del hombre constituye la expansión normal del acto de entendimiento, y, a su vez, éste presupone un Yo consciente que puede presentarse a sí mismo, en la imaginación, el ser inteligible del objeto. “De acuerdo con nuestra hipótesis” —nos dice Eccles— “es precisamente la mente autoconsciente la que lleva a cabo una reconstrucción tan increíble del objeto conscientemente observado”³⁴.

6.—El Cerebro y el Objeto Emisor

Hasta ahora nuestros autores nos han estado martillando la idea de que todo depende, en última instancia, de la mente autoconsciente —todo, no sólo el entender, sino también la constitución del cuerpo en general y del cerebro en particular, así como la constitución del “Ser” del objeto dentro de la sensibilidad. Desde luego que semejante insistencia no puede menos de arrojar luz abundante sobre el aspecto “activo” del alma en el proceso sensitivo— el cual es, por cierto, el más descuidado en otros planteamientos. Sin embargo, el aspecto “negativo” de la sensibilidad con respecto al “imput” del objeto real externo —el cual fuera reconocido aun por los aristotélicos— no es menos innegable. De hecho, es el primero que se presenta al estudio del fisiólogo, ya que todo influjo producido por los cuerpos circundantes sube al punto al cerebro, donde se puede registrar con aparatos científicos. El impacto físico-químico sobre la materia del cuerpo y del cerebro es tan evidente, que no pocos filósofos se han dejado llevar de la impresión de que el pensamiento humano se reduce enteramente a esos procesos químicos cerebrales que se prestan a la observación científica. Es claro que Eccles y Popper no pueden comulgar con esa interpretación, pero tan poco pueden ellos negar la existencia del impacto. ¿Cómo se puede explicar su doble posición de una manera coordinada y consistente? Quizá ello no sea totalmente imposible.

Si se mira de cerca el cúmulo de conclusiones a las que han llegado hasta aquí, se debe decir que según ellos no es el cerebro el que forma el objeto “real” del entendimiento en la sensibilidad,

sino que es el alma, conforme a su aspecto "activo". **Sirva esto de principio número uno.** Sin embargo, el alma produce su propio objeto ordenando y reorganizando los procesos cerebrales conforme a los patrones que quiere producir para ajustarse a la realidad externa. Sirve, pues, el cerebro de instrumento para la obra creadora del alma. **Sirva esto de principio número dos.** Por otra parte, el cerebro, por medio de su receptividad físico-química con respecto a la influencia del objeto físico, sirve asimismo de puente entre la acción creadora del alma y el mundo externo. Quiere ello decir que lo que el alma halla en el cerebro como material para su operación específica incluye no sólo la materia del cerebro, sino también las trazas dejadas en los procesos cerebrales por el impacto físico-químico producido por la cosa en sí del M-1. **Sirva esto de principio número tres.** Pero hay todavía un dato más que es decisivo. De por sí establece la independencia ontológica y activa del alma —cosa que nuestros autores aceptarían en seguida si se les probara el hecho—. Se trata de la separación entre la vida consciente del Yo, por una parte, y la serie de acciones y reacciones que surgen entre el objeto y el cerebro, por otra. Dicha separación se hace completamente manifiesta observando a una persona que duerme. Porque, por una parte, no hay duda de que dicha persona sigue "viviendo" mientras duerme, pero, por otra, los estímulos corpóreos ejercidos por factores externos, como son los mosquitos que pueden hallar en su piel un banquete opíparo y que —como se desprende de los movimientos reflejos de la mano que trata de matar al invasor...— de hecho afectan a los procesos físico-químicos del cerebro, no pasan del dintel de la consciencia, si hemos de juzgar por la falta de dolor verdadero y no sólo aparente que sin duda alguna debería ser una reacción inevitable de la consciencia si ésta estuviera realmente registrando tales estímulos. **Sirva esto de principio número cuatro.**

Indudablemente que quien admita los cuatro principios a la vez no puede menos de reconocer en su suma total una reconciliación filosófica entre el aspecto activo y el aspecto negativo del alma. Ahora bien, si exceptuamos el principio número cuatro, los tres primeros son aceptados por Eccles y Popper sin vacilación. Tratemos, pues, de su actitud respecto al principio número cuatro.

Popper expresa así su problema: "Jack, Ud. me dice que todos los síntomas del dolor pueden darse sin la presencia de la consciencia. Pero yo no las tengo todas conmigo. ¿Cree Ud. que hay seres humanos

que den muestras de dolor mientras se hallan en un estado de inconsciencia? A mi parecer, ésa sería una evidencia de suma importancia. Quizá Ud. pudiera decirnos algo al respecto”³⁵. Desafortunadamente Eccles no pudo proporcionar el argumento solicitado, lo cual bien pudiera indicar que su creencia anterior quedó hecha añicos, o cuando menos, gravemente herida y debilitada. Y no es que no tratara. Trató, en efecto, de arrojar luz sobre el problema acudiendo al caso del anestesiado. Si el anestésico no es suficiente, nos dice, el paciente puede reaccionar con gritos y pataleos, sin recordar nada de ello cuando vuelve al estado consciente. Esto, nos dice, parece ser suficiente como argumento para mucha gente, sin embargo, él mismo se muestra más cauto por razón de que el testimonio del paciente podría fundarse en un verdadero “olvido”³⁶. Se podría, sin embargo, decir que condicionalmente ya han dado su asentimiento al principio número cuatro también. Si lo único que les hace falta son dos cosas: (1) un testimonio “humano” de una experiencia en la que las reacciones fisiológicas estén presentes durante un estado de inconsciencia, y (2) la imposibilidad de interpretar las palabras de semejante testigo como un simple caso de “olvido” —podemos decir sin género de duda que ambos asentirán al principio en cuestión si ambas condiciones hallaren satisfacción a su modo de ver—. Ahora bien, estas páginas van a presentar un caso que no sólo reúne ambas condiciones, sino que es 100% verídico.

Efectivamente, habiendo sufrido un ataque al corazón, nuestro testigo se desplomó inconsciente. Sus seres queridos lo encontraron con los ojos trabados y dando señales de asfixia y de un sufrimiento horroroso. Según su testimonio, sin embargo, todo ese tiempo él estaba oyendo las palabras angustiadas de su esposa y se preguntaba: “¿Qué le pasa a esta mujer? ¿No ve que me hallo estupendamente, descansando en mi cama?” Aquí hubo “memoria”, sí, y una memoria inolvidable de un caso que más que “recordarse” se “revive” cada vez que se lo reconsidera. Hubo también consciencia “parcial”, pero sólo a través del sentido del oído. Sin embargo, esto fue suficiente para interpretar las palabras de la esposa, como de hecho —según la vivencia vívidamente recordada— lo hizo nuestro paciente. Como esa consciencia parcial y su contenido se pueden comprobar por el testimonio de los seres queridos cuyas palabras constituyen parte de la vivencia, la vivencia misma debe ser admitida como real en su totalidad. Ahora bien, las reacciones correspondientes a los demás sentidos no se ha-

llan registradas en dicha vivencia como actos conscientes. Se sigue, pues, que la inconsciencia a su respecto fue real a su tiempo.

Séanos, pues, permitido sacar la siguiente conclusión. Eccles y Popper no tendrían inconveniente en aceptar algo así como un switch con el que el alma pudiera desconectar el aspecto de los procesos cerebrales que se limita a recibir el "imput" de la cosa externa, de su aspecto por decirlo así "consciente", por medio del cual los mismos procesos intervienen en el proceso creador de la sensibilidad a fuer de materia ya cargada con el influjo del objeto —y dejar así al alma sensitiva en un estado en cierto modo desencarnado, y al cuerpo en un estado de vida vegetativa.

7.—El Alma y la Evolución

La discusión que precede muestra que la materia vegetativa toma una parte activa en la vida sensitiva, y por medio de ésta, en la vida racional. Pero como a su vez la materia inorgánica entra de lleno en la constitución de la materia orgánica, queda demostrada así la continuidad que existe en la creación entera. Se sigue, asimismo, que la vida —como lo hace ver tan claramente Pierre Teilhard de Chardin³⁷— echa sus raíces en la tierra inorgánica y fresca. Bien pudo, pues, el primer caso de vida insensitiva —e incluso de vida sensitiva inferior— haber nacido cuando las condiciones propicias para la síntesis química requerida aparecieron sobre la haz de la tierra. De ahí a admitir que, lo que la naturaleza hizo "naturalmente" a su debido tiempo, los científicos —copiando a la naturaleza— pueden hacerlo artificialmente en el laboratorio, no hay más que un paso, y ese paso la Filosofía Escolástica ya estaba preparada a darlo en 1957, afirmando que la sentencia Agustiniense de las formas seminales nos vendría a dar la solución.³⁸ Más aún, si tenemos en cuenta el principio tomista de que "el animal es engendrado antes que el hombre" en el compuesto humano,³⁹ no habría inconveniente en afirmar que bien pudo la vida racional de un alma humana determinada apoderarse del feto engendrado por un homínido y conducir su desarrollo —durante una sola vida o a través de varias generaciones— hasta que la emanación de las facultades superiores de esa nueva clase de alma le diera a la nueva raza su aspecto típicamente humano. Ante conclusiones tan generosas por parte de la filosofía, el problema que ahora se discute con tanto ardor acerca de la posibilidad del proceso de "cloning" pierde toda significación filosófica. No queda más que el problema científico de si la ciencia moderna está

preparada ya para producir el primer ser humano por vía de "cloning". Porque tan maravillosa —si no más— es la reduplicación artificial en el laboratorio de la síntesis vital primitiva, como la reduplicación artificial de la fecundación del óvulo materno por medio del proceso de "cloning". En forma un tanto alterada, si se quiere, todos los factores naturales están presentes en este último, haciendo así el resultado un tanto menos sorprendente. Porque lo único que se requiere es 1) la extracción de un número determinado de óvulos del útero de muchísimas mujeres donantes, 2) la remoción del núcleo de cada uno de esos óvulos, 3) la inserción, en su lugar, del núcleo de una célula testicular del futuro "padre-hermano-gemelo" por medio del sistema de fusión celular. 4) esperar hasta que uno de esos óvulos se divida y crezca hasta el número de 64 células por lo menos, y 5) finalmente, transplantar ese óvulo privilegiado al útero de la madre que se encargará de gestarlo y de parirlo. La ciencia, pues, puede tratar de imitar a la naturaleza, pero si tiene éxito, ello no dejará jamás en la sombra a tantos millones de padres y de madres de familia que han venido poblando la tierra en cantidades exorbitantes.

Hemos recorrido todo el camino de la evolución: hemos visto al hombre salir del animal, incluso dentro de una misma vida individual, siguiendo el desarrollo biológico del cerebro bajo el influjo del alma racional; lo hemos visto recrear el M-1 en su M-2 por medio de la sensibilidad y presentarle a su entendimiento el ser esencial de las cosas para excitar en él la curiosidad intelectual que luego lo habría de llevar a dar vida a un nuevo mundo, el mundo cultural, o M-3, que subsiste en sí mismo una vez que ha sido puesto en órbita por los talentos humanos. Ahora, Eccles —el espiritualista del equipo...— nos va a descubrir el nacimiento de una facultad superior: la razón humana y filosófica, que se siente fascinada por la razón última de las cosas. Un tanto extático nos dice:

Finalmente llegamos al nivel en el que el hombre ya no se limita a procurarse una vida más llevadera, más segura, sino que empieza a enfrentarse con los problemas gigantescos que se refieren al significado de la vida: ¿Cuál es su objetivo? ¿Cuál es la naturaleza de mi existencia? ¿Cómo puedo hacerle frente tanto a mi autoconsciencia cuanto a la consciencia de la realidad de la muerte?⁴⁰.

Eccles pasa inmediatamente a formular su teoría sobre el desarrollo del mito:

Las mentes creadoras de aquellos tiempos primitivos deben de haber bregado con esta iluminación nueva, dando origen a los mitos causales, de los que poseemos muchas pruebas. Más tarde vinieron los mitos que explicaban el mundo visible por medio de un mundo invisible en el que todos participaban, dándole así un sentido cósmico a la vida de la sociedad primitiva y del mundo que los rodeaba⁴¹.

Todo ello, por supuesto, equivale a decirnos que la última emanación en el tiempo es la de la inquietud racional que nos arrastra hacia la "condición incondicionada", la cual, como es sabido, constituye la esencia de la razón según Kant. En cuanto substrato de la sensibilidad, pues, el cerebro humano extiende su influencia hasta las alturas de la racionalidad del hombre.

California State University,
Long Beach, California.

NOTAS

- 1.—Karl R. Popper, John C. Eccles, *The Self and Its Brain* (Berlín-New York: Springer International, 1977). Véase en la página 473 la razón de semejante insistencia en el "its".
- 2.—Ver "El origen del hombre", en *Revista de Occidente*, 17 (1964), pp. 156-173; en *Contemporary Spanish Philosophy*, Ed: A. R. Caponigri (Notre Dame and London: Univ. of Notre Dame Press, 1967), pp. 43-76.
- 3.—Ver o. c., p. 38.
- 4.—Ver o. c., pp. 39-44.
- 5.—Ver o. c., pp. 450, 455-456.
- 6.—Ver o. c., p. 473. Esto explica los experimentos tan sorprendentes que se están llevando a cabo en la UNIVERSITY OF CALIFORNIA, LOS ANGELES, ENGINEERING CLINIC con brazos y manos que pueden recibir órdenes directamente de los centros motores del cerebro a través de los músculos que están en contacto con el aparato electrónico de dichos miembros artificiales.
- 7.—Ver S. T., I, 77,7, inc c.
- 8.—Popper y Eccles, o. c., pp. 312-313. Véase pp. 467-468.
- 9.—O. c., pp. 552-553.
- 10.—O. c., pp. 562-563.
- 11.—Ver S. T., I, 79,4, ad 3.
- 12.—*The Self* . . . , p. 434.
- 13.—O. c., *Ibid*.
- 14.—*Sein und Zeit (SZ)*, p. 148. párrafo 32.
- 15.—*SZ.*, *Ibid*.

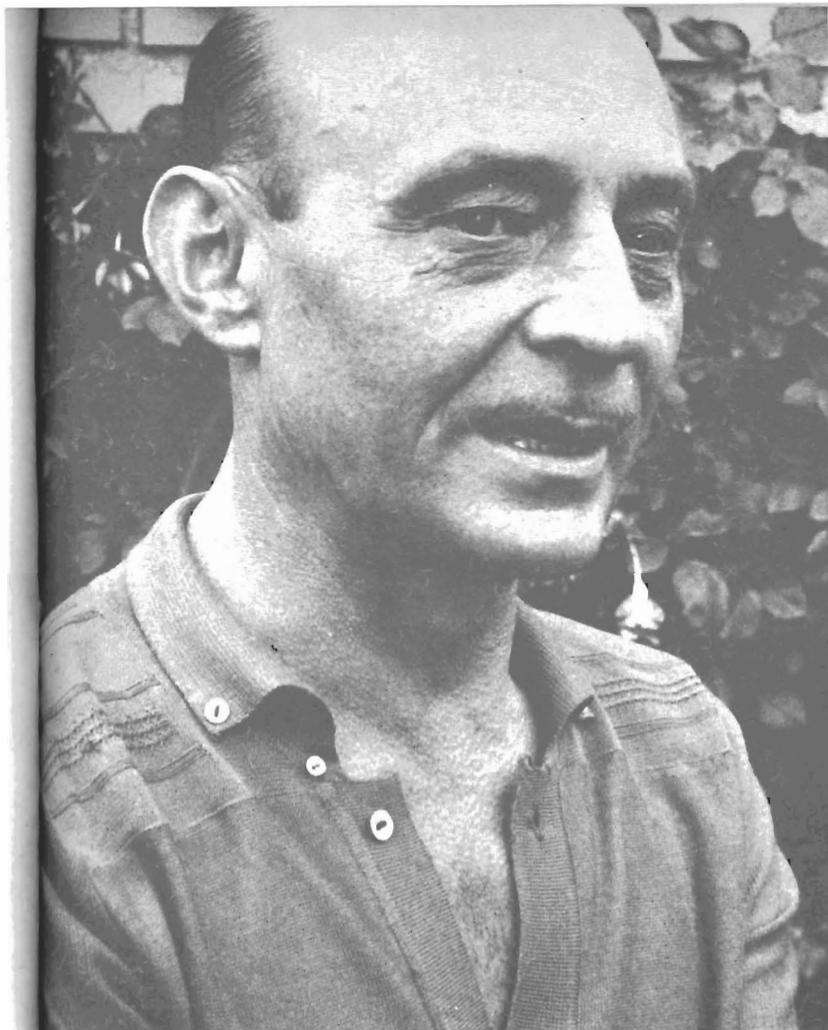
- 16.—Ver **III De Anima**, 6,430b26431a, y **Met.**, 1072b19-22.
- 17.—**SZ.**, p. 33.
- 18.—Ver **SZ.**, p. 32.
- 19.—Véase la traducción Inglesa antes citada, pp. 58-59.
- 20.—**The Self . . .**, p. 447.
- 21.—**O. c.**, p. 429.
- 22.—**Ibid.**
- 23.—**O. c.**, p. 477.
- 24.—**O. c.**, p. 474.
- 25.—**Ibid.**
- 26.—**O. c.**, p. 473.
- 27.—**O. c.**, p. 477.
- 28.—**O. c.**, p. 479.
- 29.—**O. c.**, pp. 477-478.
- 30.—**Ibid.** Eccles aclara la idea de "información" de la materia dentro de la sensibilidad a base de patrones que corresponden a las diferentes clases de objetos y que siendo infinitos en número no necesitan más que un número determinado de células: "There are a relatively limited number of cells in the brain, but the opportunities for pattern, the potentialities for pattern are enormously greater than the cell numbers". (p. 446). — Véase Santo Tomás, **In II De An.**, lect. 24, N.º. 551: "Dicit ergo . . . sensul inesse, quod sensus est susceptivus specierum sine materia, sicut cera recipit signum annuli sine ferro et auro". Ambos, pues, reciben la forma en su propia materia— en este caso, en el cerebro . . . No es de extrañar, pues, que esto redunde en la forma como la "forma" está presente en el sentido; "el sentido recibe la forma sin materia, y la forma tiene un modo de ser muy distinto en el sentido y en la cosa sensible. Porque en la cosa sensible tiene un ser natural, mientras que en el sentido lo tiene únicamente intencional y espiritual". (**Ibid.**, No. 553).
- 31.—**O. c.**, p. 472.
- 32.—**Ibid.**
- 33.—**O. c.**, pp. 469-470.
- 34.—**O. c.**, p. 480.
- 35.—**O. c.**, p. 442.
- 36.—**O. c.**, p. 443. Ver la fuerza científica de sus razones positivas en la p. 440: "You can have a decorticate animal with its whole cerebral hemispheres removed and it would still react to pain and show rage and fear, in fact the whole range of basic adverse reactions. You don't have to have, nor do we have to have the higher levels of the cerebral cortex in the performance of reacting to injury. This can be done when you are unconscious".
- 37.—Ver Claude Tresmontat, **Introduction a' la pensée de Teilhard de Chardin** (Paris: Editions du Seuil, 1956), p. 71, donde se cita a Teilhard diciéndonos: "La Terre juvenile, de par sa composition chimique initiale, est elle-meme dans sa totalité, le germe incroyablement complexe dont nous avons besoin".
- 38.—Ver Alejandro Roldán, "Vida en el laboratorio?", en **Pensamiento**, 13 (1957), p. 143: "1) En primer lugar, si la vida se lograra por síntesis, habría que admitir en la materia que llamamos inorgánica algo perteneciente al mismo orden vital, pues de lo contrario el efecto superaría a la causa; ya que la estructura, como accidente que es, no basta para explicar una diferencia esencial entre las operaciones; 2) Por otro lado, ese

'algo' de orden vital no podría considerarse existente en la materia inorgánica ni formal ni virtualmente, ni potencialmente (con virtud, o potencia, próxima y formal), pues, caso de darse en ese estado, se habría de haber manifestado de algún modo, y habría sido posible constatarlo en el análisis a que nos referimos en el argumento; 3) Que-riendo, pues, coordinar los datos, podría decirse entonces que la vida está en **potencia remota** en el mundo inorgánico, o bien —usando de otros términos— **seminaliter**, o **virtualiter** con virtud remota y causal. Es obvio que, en tal caso, tanto el mundo orgánico como el llamado inorgánico pertenecerían al mismo estrato de la vida, sin que hubiese entre ellos diferencia alguna sustancial; y, en consecuencia, todos los cambios que entre ambos extremos se diesen, serían accidentales (en cuanto 'accidental' se opone a 'sustancial', no a 'esencial')".

39.—Ver S. T., I, 77,7, in c.

40.—The Self . . . , p. 458.

41.—O. c., p. 459.



ENTREVISTA

**a José Hierro
por Hugo Lindo**

251

JOSE HIERRO

Notable poeta español de post-guerra. Se da a conocer en toda su importancia creadora con su libro "Alegría", que gana el Premio Adonais en 1947. Su poesía es de una extraordinaria humanidad, dicha en el sobrio lenguaje de la cristalina trascendencia.

HUGO LINDO

(Ver CULTURA 64)

Hugo Lindo

HIERRO CALADO

Fue Pepe Hierro uno de los primeros poetas con quienes tuve relación al llegar a España. Ya algo suyo había caído en mis manos, tiempo atrás; pero sólo poemas sueltos, de esos que sirven para dar testimonio de calidades externas, pero muy rara vez para revelar al hombre y al poeta.

Acá me encontré con el **Libro de las alucinaciones**, que estaba en la biblioteca de Ricardo Jesurum, y pude así, por primera vez, tener acceso a una obra íntegra, integral e integrada, de este poeta cuya partida civil de nacimiento se halla inscrita en alguna oficina matricense, pero cuya fe de bautismo lírico se encuentra en el mar, junto a las playas de Santander, cerca del más antiguo testimonio artístico de la humanidad.

Íntegra, integral e integrada, son palabras que cayeron por sí solas: no fueron buscadas de propósito, porque no era menester. Así como existe el juglar de la copla suelta, el que va dejando caer la poesía como una lluvia desparramada de pétalos o de hojas, existe el arquitecto o el compositor sinfónico, para quien la poesía es un todo orgánico e inescindible, una sola unidad constituida por elementos varios, cuya vida no se capta ni entiende si no se toma la visión de conjunto dentro de la cual se engarza cada trozo.

Este es el caso de José Hierro. Y lo es lúcidamente, a conciencia. Si en ello hay —que puede haberlo— un imperativo de su naturaleza

o de su educación, también existe algo que entra de lleno en la zona de la voluntad estética.

No es apriorística la anterior afirmación: en varios coloquios personales, y, de modo preferente, en la entrevista que hoy sirve de apoyo a estas páginas, lo ha dicho él mismo, con ese aplomo que sólo permite lograr una experiencia pasada ya por el tamiz de la meditación.

Y no es postura nueva. Facilitado por el autor (no se consigue ya en las librerías) tengo a la mano un tomo de **Poesías completas** (y no están completas, por cuanto hay producción posterior, y de importancia) que abarca sus poemas desde 1944 hasta 1962. Editó Giner, en ese último año citado, como volumen V de la **Colección Orfeo**. Y allí, en un prólogo en donde Pepe Hierro habla a un tiempo como poeta y como filósofo, en extraña y difícil simbiosis, puede leerse este párrafo definitorio:

“...Más de una vez he dicho que los poetas actuales somos autores de obras completas. Tal vez porque no consideramos el poema como un todo que empieza y concluye en sí mismo, sino como una parte, una instantánea de nuestra vida. Un poema nuestro es un fotograma. Sólo relacionado con el anterior y el posterior adquiere movimiento. Las obras completas son entonces algo así como una película que se proyecta. La poesía se hace dinámica: hace vivir, en apariencia, al poeta ante el lector-espectador. Aunque no dé toda la presencia y la verdad del hombre, es la fórmula menos mala para acercarse a este propósito. La poesía, como el cine, es evidentemente un gran invento”.

* * *

Es la tarde del sábado 3 de julio de 1971. Ninguna obligación limita su tiempo ni el nuestro. La charla puede fluir —y fluye— sin urgencias ni limitaciones, con una libertad que aún acrecienta el hecho de hallarse próximas las holganzas veraniegas de un Madrid ya casi desierto.

Cuando en España se habla de la guerra, se habla de la guerra civil, 1936-1939, y no de la segunda conflagración mundial, en la cual este país no participó. “La guerra”, así, a secas, es una línea divisoria entre los poetas de antes y los de después. La crueldad de las batallas, el frío, el hambre, el miedo, la muerte, tocaron a una generación en madurez, e hirieron a una infancia sensible. De ahí que cuando hablamos con alguien señale, inevitablemente, este hito histórico, en calidad de hito vital. Ahora empieza, incluso, a hablarse de una “segunda

generación de postguerra", a la cual Florencio Martínez Ruiz, en una antología crítica titulada **La nueva poesía española**, asigna —entendemos que provisionalmente— los linderos temporales de 1955-1970.

El tema es ineludible. Unos estuvieron de un lado. Otros, del otro. En José Hierro la marca ha sido con hierro candente. En muchos de sus poemas, la cárcel resulta obsesiva, vértice y vórtice de imborrables vivencias.

—¿No hiciste la guerra?

—Estaba muy chico. Tenía catorce años.

—¿Tu padre...?

—Pues sí... Mi padre, que era un nobilísimo y dignísimo republicano, fue detenido. La guerra comenzó cuando vivíamos nosotros en Santander, y mi padre era telegrafista. Al acabar la dominación que los nacionalistas llamaban "roja", lo detuvieron. Eso fue en el año 37. Estuvo unos tres años preso. Fue cuando comencé a trabajar. Dejé de estudiar, lógicamente. Yo tenía entonces quince años.

En un poema, **Historia para muchachos**, del alucinado **Libro de las alucinaciones**, aparece, casi intempestivamente, el llanto de un niño de cuatro años. El poema es un inacabable tren de desgarramientos. Ese niño de cuatro años no es no puede ser José Hierro. Ya él tenía quince:

“¿Cómo hacerlo sentir?... En cuatro años
no había oído voz de niño.
La de mujer, voz casi masculina
por el esfuerzo para destacarse
del griterío. No podría
explicarlo. No es cosa de palabras
como estas mías. Sólo un gran poeta
podría contagiarnos la emoción:
mis palabras no bastan). Lloró el niño.
Por las triples vidrieras entró el sol”.

—¿Y ese niño de cuatro años que aparece en uno de tus poemas, y que tú señalas que eres tú mismo, y que llora en una iglesia...?

—Es que allí hay varias cosas, en ese libro. Lo que ocurre es que hay una superposición, como has visto, temporal. Lo que hay que tener muy presente, es que en el noventa y nueve por ciento de los poemas míos está la idea de la cárcel. Está muy trasmutada y envuelta.

Ese niño que yo oigo llorar, es, precisamente, una experiencia, un recuerdo, un jirón de vivencia en la cárcel, mía. Y después, cuan-

do uno va viendo todo fracasado como ocurre ahí, hay un asidero: nada de futuro y nada de presente. ¿Qué es lo que te queda? El asidero es ese pasado. De manera que ese niño, es la persona que está viviendo una experiencia real. Cuando te sientes, te recuerdas. Una imagen... Además es cierto el recuerdo ese: una imagen infantil, y, naturalmente, ¡es tu padre el que está junto a ti! Pero tú ya has...

—Veo: has hecho una trasposición. Te has convertido en ese niño. No lo eras originariamente, y en la experiencia poética asumes su papel.

—Es lo único que en aquel momento sirve para retenerme.

—Bueno, mira: tengo algunas observaciones que me pueden servir de punto de partida para esta conversación. Sobre todo, hay una oportunidad casi periodística en el momento en que te voy a hacer estos planteamientos.

A mí me ha dolido mucho la muerte de los tres astronautas rusos, Dobrovolsky, Volkoff y Palazaiev. Ahora bien: releendo (porque ya el **Libro de las alucinaciones** lo había leído, pero con placer de lector, y no con el ojo un poco más penetrante del hombre que quiere realizar un trabajo a este respecto) me encuentro, sobre todo, en los primeros poemas, los de esta parte titulada **La noche**, con elementos de gran densidad y pesantez, como este mundo de piedra que planteas al principio (también en **Salamanca** hay bastante de piedra y gravedad) y con elementos de ingravidez, como que el hombre pretende soltarse, en alguna medida, de aquella piedra que le pesa, de aquella cárcel de piedra en que está metido. Yo he pensado un poco en que estos cosmonautas rusos —fíjate qué curiosa la asociación de ideas al entrar en la atmósfera, después de muchos días de ingravidez, sintieron nueve gravedades—. Y entonces su corazón no pudo resistir eso, y regresaron con la muerte, nuevamente a la ingravidez, porque de una manera un poco paradójica, en la ingravidez habían encontrado la vida de liberación, y al volver a entrar en su cáscara pesada, no aguantaron el carapacho de tortuga, y volvieron a liberarse. Así, ellos retornan a la vida, al través de un proceso de muerte. Hay un “muero porque no muero”, un “vivo sin vivir en mí”. Algo de esto me parece encontrar —a los comienzos, insisto— en este libro.

—Sí, sí lo es. Lo es en un sentido no deliberado, y, naturalmente, no previendo lo que iba a ocurrir años después. Pero es que, la mecánica o la estructura de este libro, consiste en una primera parte, donde la persona tiene derecho a ser egoísta, vivir de sus sueños y de sus

evasiones. Está eludiendo en todo momento la realidad. Al final de esta primera parte hay un poema donde se dice que por primera vez y por última vez, soy libre. Es decir: puedes imaginar la realidad y recomponerla. Pero automáticamente, comprendes que no tienes ningún derecho a ser egoísta y que tienes que **participar**. Entonces todo el libro es una tentativa de, aquello que se presenta de manera irracional, hacerlo racional. Si yo en este momento estoy imaginando algo muy hermoso, muy extraño o muy duradero, o real, yo sé, primero, que no tengo derecho, como podía haber hecho el surrealismo, a entregarme a lo onírico ni a lo irracionalista. Y considero al mismo tiempo, de una manera un poco freudiana, que esa imagen o esa vivencia, o esa experiencia vaga que yo tengo en ese momento, tiene que ser explicada, racionalizada. De ahí entonces que verás que todos los poemas, sobre todo cuando va avanzando el libro, van siendo cada vez una tentativa más seria de bucear dentro de lo onírico con que inicialmente se formula el proceso poético: llegar a una conclusión. Yo he dicho esto: ¿Por qué he dicho esto? ¿Qué significa esto que se ha presentado irracionalmente en mí? Entonces todo es, primero —vuelvo a insistir— una evasión de la realidad; segundo, una tentativa de, a través de esos mundos oscuros, saber qué significan de acuerdo con la realidad; tercero, que es la última parte, una mirada sobre la pura experiencia donde, de vez en cuando, hay estos atisbos irracionalistas que no tienes derecho, por no eludir una responsabilidad en el mundo, a aceptar. Esta es un poco la historia. De ahí entonces, claro, que esa gravedad, ese peso de la gravedad, es una cosa que tienes que asumir, pero que no quieres asumir. Los astronautas, pues, ciertamente, se evadieron. Yo, que no he tenido una fuerza de gravedad 9, pues no tengo más opción que no volver allá, sino volver aquí.

—Aquí sí tienes fuerza de gravedad 9, en varias cosas. Por ejemplo, en esta **Alucinación submarina**. La tienes también, ya bastante más adelante, en **Mis hijos me traen flores de plástico**. Fíjate que en uno cantado desde el fondo de las aguas, y el otro cantado desde el fondo de la tierra, desde la propia tumba; ya estás bajo una especie de sepultura, una cosa que te pesa encima, y de la cual tú tratas, de alguna manera, de escapar.

—Sí, en el fondo es también esa misma mecánica. Aceptar en unas circunstancias, lo que no aceptarías en otras. En esas flores de plástico, después de hablar de qué cursi, de qué de mal gusto, de qué horribles son, ¡qué hermosas resultan en el momento en que aquello tiene un sentido!

—Cuando te las llevan los hijos como un recuerdo a la tumba.

—Exactamente. El caso de la **Alucinación submarina** es, si quieres, un poco simbólico también. Vivimos en un mundo que no nos gusta; pero resulta que un día ya no podemos volver a otro mundo... Y sobre todo a los jóvenes, a los que no conocieron aquel mundo, ha de parecerles ridículo. Y a nosotros mismos, que nos hemos aclimatado a éste... Es una forma desesperada de afrontar la realidad de cada día.

“De cada día”, ha dicho. Hemos pensado “De cada tiempo”. El día es un minúsculo trozo de esta cosa inasible, pero ferozmente meditable; de esta sensación que nos rodea por todas partes, como si fuera concreta, y que, no obstante, cuando tratamos de desentrañar, se nos torna gaseosa, huidiza... A un hombre que trata de racionalizar las vaguedades del sueño —y él mismo lo ha aclarado— debe, pensamos, plantearle el tiempo un problema de racionalización. Y nos quedamos estupefactos ante su respuesta, ¡allá él, si logra coordinarla con el resto que nos ha dicho!

—Tengo una negación absoluta para las abstracciones. Soy hombre de mucha vida interior; pero incapaz de hallar el sentido abstracto de una palabra. Por eso yo no tengo formación ni capacidad filosófica para formular las vivencias. Todo esto del tiempo es una pura y extraña vivencia.

—¿No será la vivencia, en este caso particular, una forma de meditación integral?... Así como hay quienes meditan, digamos, con la cabeza, el poeta medita con la totalidad de sus potencias...

—Puede ser... Es lo mismo que pasa a la madre: ella, naturalmente, no sabe cómo se produce el feto en su seno... Sobre esto sabe más un ginecólogo... Pero pare mejor una madre...

—¡Oh, sí!... Pare mejor una madre. Si Pepe Hierro medita o no medita en el tiempo; si tiene, al respecto, convicciones metafísicas o juegos conceptuales, ingeniosas cabriolas del entendimiento, carece de importancia. Esa es sabiduría de ginecólogo. Lo importante es que baraja el tiempo. Que juega con el ayer, el hoy, el mañana, el siempre, el nunca, como con un naipe de imprevisibles pintas y de inadivinables figuras. Lloro en una iglesia un niño de cuatro años. Lo siente un mozo de quince. Lo escribe, muchos calendarios después, un hombre maduro. Y ese hombre maduro es hoy un niño de cuatro años que llora en una iglesia... ¡Eso no lo hace un ginecólogo!

No se puede vivir en Madrid, conocer sus periódicos y revistas, e ignorar que José Hierro es crítico de arte. No se puede estar un ins-

tante en su apartamento, sin sentirse rodeado de presencias pictóricas. Más si se está en la luna, si no se leen diarios ni semanarios, ni se visita a Pepe Hierro, también es imposible dejar de saberlo. Sus versos lo gritan. Por un lado nos hallamos con que “La luz quita a las cosas/su densidad, su peso”; por otra parte vemos que “Se ha desnudado una mujer/y muestra sus luces mellizas”. Más allá encontramos, en un madrigal, esta pregunta casi mágica: “¿Al sur, donde liberá el ruiseñor/su chorro de hojas encendidas?”... Y todavía en otra página:

“Cárdenas tierras húmedas y soleadas, trigos
color de aquellos ojos, pincelada morada
sobre lo verde, allá en Vivar del Cid,
murallas de olmos negros, amapolas,
verdes sombríos por Entrambasmestas,
platas de la bahía...”

Toda una paleta loca de colores, un arco iris desbocado, irreprimible, sobre el papel en que se escribe.

—A ti te salta, por todos lados, el hombre que sabe ver pintura. El que discierne los colores, más que las formas. O en otros términos: más el pintor que el dibujante. Háblame de esto.

—Sí. Evidente: Tengo más sentido plástico que lineal. Yo siento el color, y no la forma. Siento por lo tanto más la pintura que el dibujo y que la escultura. Tal vez esto significa que soy de esa veta de gentes —no de poetas— más simbolistas que parnasianas. Admiro esa rotundidad de formas del parnasianismo; pero me parece de una extrema frialdad. Y así encuentro una escultura más fría que una pintura. Por lo tanto, todas las sensaciones que yo he percibido de la realidad, las he, en cierto modo, transformado, aunque no hayan llegado a plasmarse en pintura. Yo puedo tener de unas personas, de un paisaje, un recuerdo cromático siempre. No formal. Hasta tal punto eso es así, que en otro aspecto, donde también podemos equiparar línea y color, me pasa. Yo tengo madera de novelista, pero me ocurre que ciertas cosas que veo o que imagino, se me presentan como una sensación. Puedo imaginar una novela en donde haya un tipo que empieza siendo muy bueno y acaba siendo muy malo, por ejemplo. Esa transformación la veo clara. Pero no puedo definirla con hechos. De manera que en una novela sería incapaz de ver por qué este señor que era muy

bueno acabó siendo malo. Pero yo no sé imaginar hechos. O no recuerdo los hechos cuando se trata de una persona que he conocido. No recuerdo por qué causa externa ocurrió lo que ocurrió.

Hay un notorio parentesco entre la novela y el teatro. No queremos insistir en un tema tan profundamente debatido como éste de los géneros literarios; pero es evidente la sustancia fáctica de la novela y la pieza teatral. Algo ocurre, en alguna parte, por alguna causa. Cambia la manera de contarlo. El novelista lo relata. El dramaturgo lo echa a ser y a rodar sobre las tablas, ante los ojos del espectador.

Y pues que nos hemos deslizado ya en la plática por la pendiente novelística; resulta casi inevitable que vengamos a charlar un poco, siquiera al paso, de la creación para la escena. Más de todo eso, que tiende a alejarnos del tema central, sólo queremos recoger acá unas pocas confesiones del poeta.

—Yo he escrito novelas, muy malas, todas. Afortunadamente, las he roto, o las he conservado y andan por ahí... He escrito varias. Pero de todos modos, los hechos no eran convincentes.

Aclará la idea indicando que sus aciertos parciales —así los ha llamado con plena modestia— se dan cuando los acontecimientos y las mutaciones psicológicas se operan, diríamos, a la vista del lector. Más insiste en que él tiene dificultades para el logro de tal visión dinámica.

Volvemos al pintor. Nos interesa mucho por esa constancia de presencia que deja a lo largo de su poesía.

—¿Tú pintas?

—Sí. Hace mucho tiempo que no lo hago, pero sí he pintado. También mal. Eso me hace evadirme totalmente, y me absorbe en una cosa que no es mi actividad habitual. Además, lo cual es muy importante, para mi actividad como crítico de arte, lo que hago, me enseña a ver. De la misma manera que el que hace versos buenos o malos, sabe lo que hay en ellos. No tendrá nunca esa visión que llamamos "de profesor": el profesor que ve los versos de fuera... ¡No! Hay que verlos desde el temblor interior... Y en ese aspecto, para mí ha sido muy útil y lo es todavía, la pintura. Ver la técnica, el procedimiento, la dificultad de algo... Ver la pintura desde dentro, como pintor. Hago, por lo tanto, mala pintura, pero útil, me ha sido.

—¿Has realizado estudios?

—No de manera sistemática. Quiero decir, en academias. He esta-

do mucho en estudios de pintor, y he realizado ejercicios, por jugar, desde que era niño.

¿Y música?

—Música, puedo decir que la aprendí yo solo. Me enseñaron un mes de solfeo, y luego conseguí un armonio. Y entonces, ciertamente —y lo digo como una especie de chiste, y no con vanidad— fui encontrando toda la teoría armónica tradicional... Yo descubrí, sin haber nunca oído hablar de ello, lo que era la tónica y lo que era una sensible, y lo que era una dominante y una subdominante...

—¡No sé yo lo que es una sensible!...

—Pues el medio tono que hay antes de la tónica. Es decir, en una escala es do: do-mi-sol-do, por ejemplo, la sensible es si. Un sonido con el cual, al preparar el final, la tónica, se da ya la determinación de una cadencia.

Naturalmente, después de una explicación tan clara y sencilla, nos hemos quedado sabiendo lo mismo que antes. Salvo una cosa, en que sí hemos incrementado nuestro saber. Ahora ya tenemos la certeza de que la frecuencia con que se dan los temas musicales en la obra de Pepe Hierro, no es debida a una mera sensibilidad inducta, sino a una sensibilidad pulida, afinada, consciente.

Hojeando el **Libro de las alucinaciones** damos con lo buscado. Aquí está.

—Mira: a mí, este **Retrato de un concierto**, este homenaje a Bach, me gustó extraordinariamente. Tiene el juego lírico. El salón de conciertos. El dominio de todo un ámbito. La sensación musical:

“Juan Sebastián ensancha con sus dedos el instante hasta casi invadir las fronteras de la eternidad”.

Yo sólo le quitaría el “casi”, porque Juan Sebastián las invade. Las desborda.

—Verás: ¡El tema de la música ha sido tan importante para mí! No he escrito poemas a los pintores ni a la pintura...

Y Pepe Hierro empieza a hablar desordenadamente, con una pasión que no se detiene ni siquiera a redondear una frase o a acabar un concepto; que parece brincar de detalle en detalle, quedarse silabeando, pero vuelve y torna y zumba como un abejorro. Este desorden nos resulta de tan conmovedor interés, tan delator del mundo interno en que se produce, que ahora, al trasladar la conversación a

esta página, no hemos querido hacer el menor retoque. Es documental. Dice:

—...Y he hecho varias veces... No ya que haya ciertas fórmulas y cuestiones: que incluso yo siento procedimientos mecánicos, puramente mecánicos, que luego han podido ser procedimientos técnicos, los he estudiado sobre la música... Parecía una cosa de locos, de locos que quieren explicar al mundo y reducirlo a una fórmula; pero era así. Hacer ritmos sobre una base musical. E incluso inventé —cosas tontas— algunos metros basados siempre en compases musicales. De manera que la música está muy presente. Y no solamente ya en el estudio, en una cierta equiparación que a mí me ha gustado mucho, conseguir los efectos, más que por la forma, el color, la idea y todo eso, por un tipo de rítmica cautivadora que es de carácter musical, sino que además he hecho bastantes cosas a músicos. Le tengo hecho un poema, por ejemplo, a Tomás Luis de Victoria; éste, a Bach; tengo uno que se llama **Sinfonietta a un hombre llamado Beethoven**, donde de alguna manera me van tocando siempre temas musicales. Y además hay una cosa curiosa de pequeña anécdota en esto de lo de Beethoven: hay una de las partes, un "scherzo", en el cual lo que he hecho ha sido reproducir el ritmo de los tresillos. Y es muy divertido porque en una ocasión, con Gerardo Gombau, el músico, me dijo: mira, para pasado mañana, tengo que hacer algo para un concierto: necesito una letra, dame alguna letra... Y yo le digo: bueno: te voy a dar una, que ya es muy fácil de poner en música, puesto que procede de la música, y entonces, sobre este "scherzo", hizo él un "scherzo", y le puso música a esta letra.

—¡Hombre! Me trae esto a la memoria el caso de aquella obra de la picaresca, que Lesage traduce al francés, con algunas alteraciones, bajo el nombre de **Gil Blas de Santillana**, y que el Padre Isla traduce al español, a modo de que vuelva a su casa, como una hija pródiga...

—Pues esto ha sido así: De la música a la poesía y de la poesía a la música.

Y nosotros copiamos aquí, para conocimiento y deleite del lector, todo este "scherzo" de la **Sinfonietta a un hombre llamado Beethoven**

Llegas de pronto,
sombra poniente, sandalia de púrpura,
pórtico de oro.

Trompas te anuncian.
Cascos golpean tu carne que cruje
bajo la túnica.

Todo en mi mano.
Todo esperando que el canto del ave
baje a ordenarlo.

Son como dioses:
Cuerpo de hierba y de lluvia. De fuego,
sus corazones.

¿Tú los llamabas?
Tú aprisionaste sus libres imágenes,
cárcel del agua?

Bebe de prisa
tanta hermosura que sangran las horas
locas de vida.

Llega de pronto.
Rompe y dispersa y extingue los mágicos
fuegos sonoros.

Pone mordazas
a la celeste armonía. Ya es todo
fría coraza.

Alma sin vida.
Llegas de nuevo, mi hermana de siempre,
melancolía?

Una armoniosa, bellísima combinación de versos de 5 y de 11 sílabas, otorga a este poemita su gracilidad musical; pero la música no es aquí sólo externa: viene determinada por la materia misma que se revela en la forma, y por la intención temática que anima todo el conjunto. Con lo cual Pepe Hierro es leal a estas frases que escribió en el ya citado **Prólogo** a sus **Poesías Completas**: “La forma modela, contiene exactamente el fondo, como la piel al cuerpo humano. En el poema, fondo y forma son inseparables”.

Huelga decir que en lo personal, y siempre respetando criterios divergentes y hasta opuestos, coincidimos con lo que indica Pepe Hierro. Mas para que este ajuste entre lo esencial y su manifestación venga a ser perfecto, es necesario que el poeta disponga de una flexibilidad que lo permita desplazarse por metros y ritmos, con aplomo y naturalidad. Y ya esto no es tan espontáneo. Esto se da cuando se trabaja —y mucho— con los materiales expresivos. Que si la poesía se hace con palabras, las palabras se hacen con una idea y una sonoridad y el engarce de palabras, ideas y sonoridades, lleva mucho de poder mágico, y no poco de racionalización y esfuerzo. Sobre todo, cuando se trata de un poeta tan lúcido y consciente como Hierro. Por eso, y sin perder de vista la necesaria interrelación, hallamos lícito hablar un poco sobre formas, aún más, si se toma en cuenta que éstas conllevan ya un sentido o una dimensión próxima a la música que la sustancia poética reclama para sí.

El punto preciso hacia donde ahora derivamos, ha sido planteado en estas conversaciones, a distintos poetas, de diferentes sensibilidades y formaciones. El mero hecho de plantearlo, acusa alguna predilección por parte nuestra. O una curiosidad. El deseo de desentrañar una cantidad de problemas que, a nuestro parecer, van envueltos en el empleo y el regusto del verso eneasílabo. Y nos interesa tanto el tema, que le damos vueltas como a un prisma, para advertir cómo lo enfoca, lo entiende, lo capta o lo goza nuestro interlocutor:

—El eneasílabo no parece un metro, digamos, muy fácil al oído castellano. No parece serlo, porque la mayoría de poetas castellanos, y aun de poetas americanos, lo rehúye. Tú lo enfrentas. Lo enfrenta Carlos Murciano. Lo trabaja muy bien Rafael Montesinos. Pero... no son muchos los que se pueden considerar como sus cultivadores... Pues en tu eneasílabo, he encontrado ya distribuciones de acentos verdaderamente musicales... Me he topado por ahí con unos juegos eneasílabos que me dejaron un poquito perplejo. Me dije: "¿No se habrá equivocado Pepe aquí?". Entonces medí, como profesor de Retórica, y me salieron nueve. ¡Qué curioso está esto! —pensé— ¡Lo voy a estudiar despacio o a preguntárselo a Pepe! Y eso estoy haciendo.

—Pues mira, yo soy probablemente el primero que hace el eneasílabo en la postguerra. (En la preguerra prácticamente no se ha utilizado: yo recuerdo unos eneasílabos de uno de los primeros libros, **Versos humanos** de Gerardo Diego). Quizá ése, que fue el primer libro que yo leí, de alguna manera actuó en sí, inclinándome a ese tipo de

verso; pero ya tú has visto que la acentuación que le doy yo, no es la acentuación cambiante, francesa...

—Yo te he apuntado tres acentuaciones diferentes...

—Pero con un ritmo igual. Esto, probablemente, procede de dos cosas. Primero, creo que soy el primero que lo hace, y además, yo quise hacer del eneasílabo—inconsciente o conscientemente, no lo sé— un metro narrativo, como es el romance.

—Pero es metro lírico.

—Puramente. Enormemente. Quiero decirte, en el sentido de que no ocurra con el eneasílabo francés, que hay unos saltos rítmicos violentos. Es más versificación que ritmo. Yo traté de hacerlo entonces, desde el primer libro. Todo eso procede del gusto que yo he sentido siempre por la poesía modernista, y concretamente por la poesía de Rubén, deliberadamente. Una, el eneasílabo (no es el de "juventud, divino tesoro")... Otra, es el tipo de verso rítmico que yo empleo, a veces, a partir del libro, de **Alegría**, que está basado también en los pies de **La marcha triunfal**, con la diferencia de que yo lo llevo mucho más rígido, sin duda porque tengo mucho menos flexibilidad rítmica que la maravillosa de Rubén.

Sin desearlo siquiera, nuestra conversación se ha ido metiendo en vericuetos y laberintos métricos de los que resulta necesario salir cuanto antes. Declara el poeta que su buen oído natural, le ha vedado, en cierta medida, los cotos del verso libre, y que si hallamos con frecuencia—como se lo hemos hecho notar— muy certeros encabalgamientos en su verso, ello se debe, precisamente, "a la impotencia de hacer un verso más amplio y flexible". Eso es lo que él afirma.

Agrega: hay un ritmo métrico y un ritmo interior.

—Qué es lo importante—enfaticamos.

Y él continúa:

—Pero es muy importante que haya un ritmo métrico que tú estés burlando por alguna razón. Y el encabalgamiento, en mi poesía, sirve para eso: para hacer sentir lo contrario de lo que estás afirmando...

—Yo he encontrado en ti una búsqueda de la cotidianeidad, y a veces hasta de lo plebeyo, como para romper una línea cuasi-romántica que quiere asomar. Entonces, tú la podas...

—Sí.

—La mutilas con una referencia a veces un poco ruda. ¿Por qué?

—Pues sencillamente para hacer ver que está, por ejemplo, cayendo en algo delicuescente y sensiblero; que tú lo sabes, pero que no

puedes evitarlo. Y hay algún poema, además, en donde eso se formula de una manera clara. Es así como pienso yo estas cosas... Como si dijese: "una persona tan delicada, tan espiritual como yo, ¿cómo dice estas tonterías?"... Entonces, como siento la necesidad de decirlas, las digo. Lo que no es obstáculo para que reaccione, y desde el punto de vista del hombre culto diga: "¡esto no es posible! ¡No aguanto estas cursilerías que yo mismo estoy escribiendo!"

Con suma frecuencia los conceptos generales sufren una **capitis diminutio** cuando se llega al terreno de las realizaciones concretas. Ocurre en metafísica, en moral, en política, y no hay razón para que no acaezca, también, en materia estética. Esta consideración nos inclina a indagar, de modo específico, sobre algunos poemas determinados. Y nuestra indagación no resulta vana.

Leemos un fragmento del poema **Los andaluces**, en voz alta, para luego inquirir sobre las motivaciones que lo han determinado. Mas como los posibles lectores de esta crónica no han de tenerlo fácilmente a mano, acá lo trasladamos, a **capite ad calcem**, con la venia del autor:

LOS ANDALUCES

Decían: "Ojú, qué frío";
no "qué espantoso, tremendo,
injusto, inhumano frío".
Resignadamente: "Ojú,
qué frío..." Los andaluces...

En dónde habrían dejado
sus jacas, en dónde habrían
dejado su sol, su vino,
sus olivos, sus salinas.
En dónde habrían dejado
su odio... Parecían hechos
de indiferencia, pobreza,
latigazo... "Ojú, qué frío".
Tiritaban bajo ropas
delgadas, telas tejidas
para cantar y morir
siempre al sol. Y las llevaban

para callar y vivir
al frío de Ocaña y Burgos,
al viento helado del mar
del Dueso.. Los andaluces...

Estos que están esperando
desde Huelva hasta Jaén,
desde Jaén a Almería,
junto a las plazas de cal
y noche, deben de ser
hijos de aquéllos. Esperan
que alguno venga a encerrarlos
entre rejas. Como aquéllos,
no preguntarán por qué.
No se quejarán de nada.
Ni uno se rebelará.
"Las cosas son como son,
como siempre han sido, como
han de ser mañana... "Ojú,
qué frío..." Los andaluces...

Apenas dejaban sombra,
sonido, cuando pasaban.
Se borraban sus cabezas.
Tan sólo un inmenso frío
daba fe de ellos. Y aquella
dejadez que rodeaba
su fragilidad. Más solos
que ninguno. Más hambrientos
que ninguno... (Deseaba
que odiasen, porque los vivos
odian. Los vivos perdonan.
El hombre es fuego y es lluvia.
Lo hace el odio y el perdón).
Indiferentes: "Ojú,
qué frío..." Los andaluces...

Un grano de trigo. Una
oliva verde. (Guardad
el aliento de la tierra,

el parpadeo del sol
para ayer, para mañana,
para rescatarnos. ...) Quiero
que despierten del pasado
del frío, de los cerrojos
del futuro. ¡Todo está
tan confuso! Yo no sé
si los veo, los recuerdo,
los anticipo...

Hace pocos
kilómetros, tuve aquí,
en mi mano, la madeja
de los días. La emoción
de los días. Como un padre
de los hijos muertos. Y ahora
los recuerda. Y ahora vuelve
a olvidarlos, unos pocos
kilómetros más allá.
Olvidados para siempre.

Cuántos años hace de esto,
o cuántos faltan para esto
que hace un momento viví
por los caminos... —Ojú,
qué frío— de Andalucía.

—De este poema, ¿qué me dices?

—**Los andaluces** es un poema que está hecho un poco como **tour de force**, comenzando con una cosa ridícula, como se ve, muy parecida a la mala poesía folklórica que se ha hecho tanto en España... La idea es la siguiente: ese poema surge al pasar un día en un viaje por Andalucía, y de pronto recordar, viendo a los andaluces tan pasivos, tan elegantes —que ésta es la verdad— tan impasibles ante las cosas... Recordando unos andaluces de la cárcel, que en los tiempos de mucha hambre y de mucho frío —ellos se morían de frío mucho más, como se insinúa por ahí, porque sencillamente vienen de tierras calientes—... Era por el Norte, en ciertos penales. Allí se citan unos nombres: Ocaña, Burgos, El Dueso, que son presidios... Estas gentes

estaban allí, pero en lugar de decir como cualquiera de Castilla, del Norte o de otro sitio, "¡coño, qué frío!... ¡Esto no hay quién lo aguante!"... ellos, como si no ocurriera nada, decían "Ojú, qué frío", sin darle importancia. Este tipo de señorío es una cosa que a mí me escalofriaba.

Hojeamos el volumen que tenemos entre manos. Los ojos caen sobre un poema.

—Esta **Fuente de Carmen Amaya** me gustó mucho, ¿ves?

—**La Fuente de Carmen Amaya** tiene una anécdota preciosa, de la cual parte. Verás: yo antes, he partido de anécdotas, de cosas leídas en el periódico, de noticias... Bueno: pues esto de Carmen Amaya es conmovedor. Ella había nacido, como tú sabes, en Barcelona. En el barrio de Somorroso, que es el barrio de gitanos, pobre. Y entonces, yo pienso, ahí tenía que haber una fuente, puesto que no había agua corriente. Esto no importa. Lo que importa es que pasa el tiempo, Carmen Amaya es una bailarina famosa, y un día el Ayuntamiento de Barcelona hace una fuente en el sitio en donde había vivido ella, y le llama "la fuente de Carmen Amaya". Cuenta González Ruano que en el momento de dedicar esta fuente a Carmen Amaya, asiste ella, asisten las autoridades, hay discursos, se habla de la gran artista, etc., etc. Carmen iba con unos magníficos visones, con unos guantes hasta el codo, elegantísima. Y en el momento en que ella tiene que contestar a los homenajes, decir alguna cosa, cumplir una formalidad, lo que hace es lo siguiente: con un gran silencio y una gran solemnidad, se acerca a la fuente, se quita los guantes, mete las manos, se echa a llorar, y se moja la cara con el agua de la fuente. Lo contaba González Ruano en una crónica que era divina... Ahí en el poema hay tres cosas: primero, que yo tengo idea —puede ser equivocada— de que los gitanos no tienen noción del tiempo: viven en puro presente. Fíjate que los gitanos tienen un folclor, como es lógico, y no cuentan del pasado... Hay luego dos cosas más: una raza, la gitana, que no tiene tiempo —la alusión, por tanto, a las llamas, al agua, a lo que no tiene tiempo— y una ciudad que sí lo tiene, que ha sido primero Roma, después la Edad Media, el momento de la Corona de Aragón... Frente a eso, ella está viviendo. Es la muchachita que aprendió a bailar, que ha bailado en todo lo que tiene eternidad, y que cuando vuelve, se encuentra con que la ciudad ya ha cambiado. Ella no ha cambiado. Ella está volviendo a la infancia, porque en aquella fuente, lo que está viendo es la fuente de la niña...

—Está muy notorio eso, en el poema.

—Pero la anécdota contada por González Ruano —por eso le dedico esto— es preciosa.

Y aquí cortamos el diálogo. Se comprenderá que sobra materia para tratar, con una persona tan lúcidamente entregada al hacer literario y que, por añadidura, cuenta con la infinita riqueza de los acontecimientos cotidianos, caleidoscópicos, irrepetibles, como punto de partida o motivación de muchos de sus poemas.

Recordará Pepe Hierro que eso, precisamente eso de catapultar el hecho particular a la zona de lo general, es uno de los consejos en que más insiste Goethe en sus **Conversaciones** con Eckermann.

1971.



DISCURSO
FILOSOFICO
de
Julio Fausto Fernández

271

JULIO FAUSTO FERNANDEZ

Filósofo y jurista salvadoreño de primera línea (1913-1981). Su obra es densa y de alta calidad creadora. Su etapa inicial —de orientación marxista— culmina con la obra: "El Existencialismo, Ideología de un Mundo en Crisis" (1949). Luego abandona definitivamente dicha orientación, y asume el pensamiento cristiano, dentro del cual escribe obras fundamentales como: "Del Materialismo Dialéctico al Realismo Cristiano", "Radiografía del Dolor", "Homenaje a Maritain", etc. Es también legislador excelente, magistrado acucioso, catedrático de gran vuelo. Sin duda, el ensayista más completo y prolífico de El Salvador.

Julio Fausto Fernández

DISCURSO FILOSOFICO

al agradecer el Premio Nacional de Cultura 1978

Palabras previas a la lectura del discurso*

Por circunstancias especiales, ocupo en estos momentos la palabra, designado por el doctor Julio Fausto Fernández, en encargo que me honra y me conmueve, para leer su discurso de agradecimiento al recibir el Premio Nacional de Cultura, en la Rama de Ciencias, correspondiente al año de 1978. Cuando el Jurado escogió al Dr. Fernández como ganador de dicho Premio en el campo de las Ciencias Sociales, no pudo realizar escogimiento más atinado: se trata, en verdad, de un cultivador idóneo y perseverante del Derecho, con una amplísima visión filosófica, histórica y sociológica, que le permite tratar desde las arduas cuestiones universales hasta los detalles de la legislación particular con igual propiedad y fortuna. Se unen, en el doctor Fernández, la sapiencia conseguida a lo largo de muchos años de estudio, práctica y reflexión, con ese otro atributo de los creadores auténticos: la voluntad que mueve montañas, supera vicisitudes y hace que el hombre, sér limitado, se remonte en los aires del afán perfectible, hasta tocar el fuego de la gracia y respirar el hálito de la inmortalidad.

Digna pieza para agradecer un Premio tan merecido es ésta que ha escrito el doctor Fernández, y de la cual sólo leeré, según indicación

* En el acto de entrega de los Premios Nacionales de Cultura 1978, realizado en el Teatro Nacional de San Salvador, el 5 de noviembre de dicho año, por razones especiales de salud del galardonado en la Rama de Ciencias, Dr. Julio Fausto Fernández, la lectura del Discurso fue encomendada por el autor al Dr. David Escobar Galindo, de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

del autor, algunos fragmentos, que darán a ustedes el pulso de este espíritu inquieto y batallador, en el que se manifiestan la claridad del griego y la densidad del germano. (D. E. G.)

Señor Vice-Presidente de la República;
Señor Presidente de la Asamblea Legislativa;
Señor Presidente de la Corte Suprema de Justicia;
Señor Ministro de Educación; y demás Secretarios y Subsecretarios de Estado; señores Diputados; señores Magistrados;
Excelentísimos miembros del Cuerpo Diplomático y Honorables miembros del Cuerpo Consular;
Señores funcionarios civiles y militares;
Señoras y Señores:

Con intensa emoción doy las más cumplidas gracias al Gobierno de la República por haber instituido, como un especial estímulo a la producción artística y científica de la nación, el Premio Nacional de Cultura en las ramas de arte y de ciencias.

Expreso profunda gratitud a la Academia Salvadoreña de la Lengua, al Ateneo de El Salvador, al Patronato del Libro, a la Asociación Salvadoreña de Abogados y al Círculo de Estudios Jurídicos por haber postulado en diferentes años mi candidatura al máximo galardón intelectual establecido en nuestra patria.

Asimismo quiero significar mi imperecedero reconocimiento a todos y cada uno de los miembros del Jurado que me otorgó el honroso Premio Nacional de Cultura, Rama de Ciencias 1978.

Por motivo de fuerza mayor me veo obligado a privarme de leer el discurso que se estila en ocasiones como ésta y, por ello, con la venia de ustedes, señoras y señores, ruego a mi distinguido amigo, el ilustre poeta Doctor David Escobar Galindo, que sea él quien lo haga en mi lugar. Mil gracias, Doctor Escobar Galindo.

I.—ASOMBRO, CURIOSIDAD Y NECESIDAD

Del asombro y de la curiosidad, según dictamen de Platón, surgió el conocimiento intelectual del universo. Yo diría que también la necesidad tuvo parte, y no pequeña, en el lento madurar de la indagación racional del cosmos.

El asombro movió al hombre a preguntar cuál es el origen de todas las cosas y cuáles los primeros principios que las rigen. Así nació

la filosofía o ciencia general. La curiosidad y la necesidad le acuciaron a indagar las causas inmediatas de los fenómenos y, al hacerlo, advinieron las ciencias particulares. “Lo más alto a que puede llegar el hombre —dice Goethe— es el asombro, y cuando un fenómeno le causa asombro, debe darse por satisfecho; no puede ofrecérsele nada más alto, ni debe buscar otra cosa por detrás de él; se ha llegado al límite. Sin embargo, el hombre, generalmente, no se da por contento con la contemplación de un fenómeno; piensa que tiene que haber algo detrás; se parece al niño que, al ver su imagen reflejada en el espejo, le da la vuelta, para ver qué hay del otro lado”. (1) Esta es la curiosidad.

La razón humana comparó entre sí los objetos que hay en la naturaleza, los agrupó en razón de sus semejanzas y diferencias, en géneros y especies. Al propio tiempo la inteligencia descubre que unos hechos suceden a otros, al parecer de modo regular y constante; comprobó además, que unos hechos explican a otros hechos o fenómenos. Aquel descubrimiento y esta comprobación originan las leyes de la naturaleza.

La clasificación de las cosas en géneros y especies, lo mismo que la formulación de las leyes naturales se hace por medio de conceptos generales. Acuciada por la apremiante necesidad de comprender el mundo, la inteligencia formula conceptos más y más generales con la oculta aspiración de establecer una concepción unitaria y racional del universo. Tal es el secreto impulso que anima el progreso de las ciencias particulares.

II.—SOLO HAY CIENCIA DE LO GENERAL

La ciencia moderna heredó de Aristóteles el siguiente postulado: “no hay ciencia de lo singular; sólo hay ciencia de lo universal”. Fiel a este principio, el insigne pensador de Estagira sentenció: ciencia “es lo universal abstracto que (en nuestra mente) nos revela lo que son las cosas (concretas) y cuáles son sus relaciones constantes”. Aquel postulado aristotélico llegó a constituir un pre-juicio o presupuesto lógico de las ciencias de la naturaleza. Semejante presupuesto excluyó del ámbito de las ciencias el conocimiento de las cosas singulares; no daba cabida a los fenómenos particulares como los acontecimientos irrepetibles de la historia, los fenómenos peculiares de la cultura o las creaciones del arte e ingenio humanos. Con ello el nacimiento de las ciencias sociales se vio inevitablemente retardado.

III.—COSMOVISION DE LAS CIENCIAS NATURALES

Gracias a un esfuerzo de siglos, las ciencias de la naturaleza nos proporcionan, hasta cierto punto, la visión de un universo ordenado, la visión de un "cosmos", y no de un "caos", regido por leyes naturales que hasta hace poco tiempo se las suponía de obligatoriedad irrefragable. Esas leyes permiten, o al menos se cree que permiten, al hombre prever acontecimientos futuros y también modificar la naturaleza conforme a su capricho o conforme a sus necesidades.

La cosmovisión científico-natural descansa, de manera directa en los siguientes postulados:

1.—En el vasto conjunto heterogéneo y a primera vista desordenado de las cosas materiales, reina un principio inteligible y unitario de orden. Einstein, padre de la física no newtoniana, afirmó: "Sin la creencia en la armonía del mundo no podría haber ciencia".

2.—Ese cosmos, ese todo armónico, está regido por leyes naturales, las cuales expresan el modo regular y constante en que se suceden los fenómenos de la naturaleza.

3.—Del principio anterior se deduce éste otro: Para la ciencia, "la naturaleza física de las cosas es aquello que en los fenómenos se repite siempre de idéntico modo, lo que, a fuerza de repetirse, puede ser reducido a leyes rigurosas e inquebrantables".²

4.—Las leyes naturales se fundan en el principio de causalidad: no hay efecto sin causa; desaparecida la causa desaparece el efecto; conocido el efecto es posible mediante la inducción conocer la causa y, viceversa, conocida la causa se puede prever, por deducción lógica, el efecto.

5.—Las leyes de la naturaleza son de obligatoriedad irrefragable.

6.—En la realidad espacio-temporal solamente existen cosas individualmente determinadas, pero, para su estudio y en virtud del orden que reina en el universo, tales cosas se pueden reunir en grupos de objetos semejantes y clasificarlas en órdenes, géneros y especies.

Tal es, o tal era hasta hace poco la visión del universo que nos proporcionaban las ciencias naturales.

IV.—EPOPEYA DE LAS CIENCIAS NATURALES

A pesar de los aportes nada despreciables de la astronomía caldea,

del álgebra hindú así como de la medicina y geometría egipcias, la moderna ciencia occidental de la naturaleza, como cuerpo de doctrina que aspira a una explicación unitaria, esto es, como conjunto de observaciones, clasificaciones y explicaciones generalizadoras comenzó en las ciudades griegas de la costa Jónica del Asia Menor varios siglos antes de Cristo con Hesíodo, Tales de Mileto, Anaxágoras, Heráclito y otros; conoció un alba esplendorosa con los pitagóricos, Aristóteles, Eratóstenes, Euclides, Arquímedes y tantos otros "adelantados"; decayó con el colapso de la civilización helénica; se estanca con Tolomeo; progresa soterrada con los árabes en el Norte de Africa gracias a los magníficos institutos científicos de Alejandría; llega a España, donde florece en las escuelas judeo-cristianas de Toledo, Córdoba y otras. Hay después una aparente solución de continuidad en donde resuenan nombres como los de Alfonso El Sabio, San Isidoro de Sevilla, Nicolás de Cusa, Rogelio Bacon, San Alberto Magno, Paracelso y los alquimistas, hasta llegar a Galileo, Copérnico y Kepler.

Galileo dictó el programa de la física, "medir todo lo medible y pesar todo lo pesable", señalando así la aspiración de las ciencias naturales a expresar sus conclusiones en el lenguaje abstracto pero preciso de las matemáticas. Copérnico realizó la "revolución copernicana" al poner el sol y no la tierra en el centro de nuestro sistema planetario. Kepler calculó y precisó la trayectoria sideral de los planetas. El invento de Gutenberg y los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI se añadieron a la crisis de crecimiento que por entonces sufrieran las ciencias naturales y que tuvo en Newton feliz culminación.

Con la astrofísica newtoniana las ciencias empiriomatemáticas parecieron haber descubierto verdades eternas y ese optimismo encontró cabal expresión en el positivismo de Augusto Comte quien, a mediados del siglo XIX, entonó prematuro "réquiem" a la metafísica, la teología y a toda religión que no fuese la del Gran Ser (la humanidad), por él fundada.

La centuria que precedió a la nuestra murió tranquilamente esperando que el continuo e inevitable progreso de las ciencias empíricas desentrañara todos los enigmas del universo y, por añadidura, trajese en breve plazo la felicidad completa al género humano. Al finalizar el siglo XIX llegó a su clímax, según creo, la brillante epopeya de las ciencias naturales. Sin embargo, a las puertas del soberbio alcázar de la "Ciencia" llamaba inútilmente una olvidada cenicienta: las ciencias sociales. Justamente aquellas ciencias que el jurado respectivo tomó en consideración para otorgar el Premio Nacional de Cultura 1978.

V.—ADVENIMIENTO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Al comenzar la vigésima centuria de la era cristiana (en violento contraste con el esplendoroso triunfo de las ciencias naturales) en el ambiente intelectual de la época todo parecía ser adverso a las ciencias sociales:

a) El nombre con que deben ser conocidas esas disciplinas era discutido por sus mismos cultivadores.

b) El número de las ciencias sociales y el ámbito propio de cada una de ellas era una "cuestión disputada".

c) El éxito logrado por las ciencias de la naturaleza mediante el empleo del método empírico que observa, mide, clasifica, generaliza valiéndose de la inducción, comprueba sus resultados por la experimentación y matematiza sus conclusiones, era de tal manera sorprendente que los sabios llegaron a creer que aquél era el único método de investigación e interpretación del cosmos verdaderamente científico.

ch) En vano los estudiosos se esforzaban en buscar en el viejo arsenal de la lógica formal una metodología adecuada y en la gnoseología tradicional una epistemología propia de las ciencias sociales.

d) Empero, el mayor obstáculo que encontraba la sistematización y el desarrollo de las ciencias sociales era el aforismo aristotélico según el cual sólo hay ciencia de lo universal.

Los hechos histórico-sociales, los productos de la cultura y la actividad externa del hombre únicamente pueden ser cabalmente comprendidos y calificados en su exacta dimensión si se los considera en su particular e intransferible individualidad.

Aquí radica el problema fundamental del tratamiento científico de los fenómenos sociales. Es esto tan cierto que "la ciencia ha revisado siempre su programa, en la medida en que ha renovado el objeto y el método de su busca. El concepto de ciencia se ha adecuado así, minuto a minuto, al devenir de la ciencia misma".⁽³⁾

Un gran jurista de nuestra época, Hans Kelsen, ha planteado con entera claridad el problema metodológico que nos ocupa: "Si hay ciencias sociales que difieren de las ciencias naturales, es preciso que describan su objeto de otra manera que mediante el principio de causalidad.

"La sociedad es un orden de conducta humana. Pero no hay razón

suficiente para no considerar la conducta humana como elemento de la naturaleza. En cuanto que la conducta humana está sometida a las leyes de la causalidad, una ciencia que se ocupara del comportamiento mutuo de los hombres y que uno llama por eso mismo una ciencia social, en nada esencial difiere de la física o de la biología. Sí, no obstante, analizamos nuestras proposiciones sobre la conducta humana, es decir, sobre los actos de los seres humanos, descubrimos que los referimos unos a otros y los enlazamos a otros hechos no solamente según el principio de causalidad, es decir, de causa a efecto, sino que también **según otro principio muy diferente del de causalidad**, que la ciencia no ha caracterizado todavía con un término conocido. Es necesario, por de pronto, probar la existencia de ese principio en nuestra forma de pensar y su aplicación en algunas de las ciencias que tienen como objeto la conducta humana. Solamente entonces tendremos derecho de considerar a la sociedad como un orden o sistema diferente de la naturaleza y a estas ciencias sociales como diferentes de las ciencias naturales".(4)

VI.—DIVERSIDAD DE NOMBRES

La cuestión del nombre que corresponde a las ciencias sociales es una disputa todavía no zanjada.

Ampère en su **Ensayo sobre la filosofía de las ciencias** y John Stuart Mill en su **Lógica** las denominaron ciencias morales. Todavía a finales del siglo XIX, el positivista Hipólito Taime en la **Filosofía del arte** las llama de la misma manera.

Windelband en un célebre discurso pronunciado en la Universidad de Berlín en el último cuarto de la centuria anterior, desarrollando una idea de Paul, las designó: "ciencias individualizadoras o "ideográficas" contraponiéndolas a las ciencias de "leyes" o "nomotéticas".

Dilthey las llama ciencias del espíritu, distinguiéndolas de las ciencias de la naturaleza.

Rickert, basándose en la naturaleza de los hechos que estudian, las llama ciencias de la cultura o históricas y las separa netamente de las ciencias naturales.

Cassirer, lo mismo que Rickert, las denomina ciencias culturales y estima que estudian la estructura de hechos de carácter histórico en tanto que las ciencias de la naturaleza se ocupan de las leyes naturales.

Recaséns Siches las llama unas veces ciencias de lo humano o

ciencias del hombre, otras ciencias de la cultura y también ciencias de "sentido" atribuyéndoles la misión de estudiar lo que él llama "vida humana objetivada".

Los autores franceses y suramericanos les dicen ciencias políticas y sociales o ciencias morales y políticas. Nosotros solemos llamarlas ciencias jurídicas y sociales.

Kelsen y muchos otros las llaman simplemente ciencias sociales. Al parecer, esta denominación sencilla y clara tiende a generalizarse.

VII.—PRINCIPALES CIENCIAS SOCIALES

Sobre cuál sea la principal ciencia de la sociedad, no hay consenso unánime.

Comte, que pretendió hacer tanto de las ciencias de la naturaleza como de las ciencias de la sociedad, de la historia y del siquismo, disciplinas estrictamente empíricas, fisicomatemáticas y nomotéticas, declaró a la Sociología fundada por él, reina de las ciencias sociales. Duguit, a pesar de ser jurista, lo sigue fielmente.

Dilthey influido en este punto por el positivismo, pretende hacer de la Psicología el fundamento de las ciencias sociales, así como la Física lo es de las ciencias de la naturaleza.

Rickert, quien considera no sin razón que todos los fenómenos culturales tienen una dimensión histórica temporal de igual modo que todos los fenómenos físicos tienen un aspecto espacio-temporal, pone a la Historia como prototipo de las ciencias sociales.

Para Cassirer la Ciencia del Lenguaje tiene una importancia decisiva para las ciencias sociales, entre las cuales enumera expresamente el estudio científico de las antigüedades clásicas, de la literatura y del arte.

Además, como autor que es de una **Antropología filosófica**, pone también en lugar destacado a la ciencia del hombre.

Kelsen y Recaséns Siches, jurista el uno y jusfilósofo el otro, como es natural, destacan entre todas las ciencias sociales a la ciencia del Derecho y tienen en gran estima a la Economía, a la Sociología y a la Historia.

VIII.—RESULTADOS DEL METODO EMPIRIOLOGICO EN EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA

Con Galileo, Copérnico, Kepler y Newton las ciencias naturales conocieron días de gloria, pero fue hasta llegar Descartes cuando en

el ámbito filosófico-científico adquirió rango prominente y decisivo el pensamiento de que **el universo posee una estructura rigurosamente mecánica y matemática**. Este pensamiento llegó a ser la Estrella Polar que orientó a la técnica en la realización, durante la primera mitad del siglo XIX —según ha dicho alguien—, de maravillas mayores que las pirámides de Egipto y de toda la antigüedad. Aquel principio y estas realizaciones condujeron al “cientificismo” filosófico y a la filosofía positivista que niega la verdadera filosofía y endiosa la ciencia de la naturaleza; por añadidura, dieron nacimiento a un exagerado optimismo hacia el progreso material la perfectibilidad y felicidad creciente del género humano. El hombre intentó erigirse, como lo dice el propio Descartes, “en señor y dueño de la naturaleza”.

Esa euforia redundó en beneficio de las ciencias naturales y en perjuicio de las sociales, por cuanto no se creyó, ni llegó siquiera a sospecharse, que pudiese haber otro método científico que no fuese el método empiriomatemático y generalizador de las ciencias físico-naturales.

IX.—OBLIGATORIEDAD IRREFRAGABLE DE LAS LEYES NATURALES

La ciencia natural necesita un principio directivo para poder seleccionar lo que hay de esencial en los hechos y fenómenos. Proporcionánselo la composición o reunión de lo común mediante la comparación empírica o la expresión de lo universal en forma de ley natural.

Un fenómeno de la naturaleza (el rayo, la lluvia, la caída de los cuerpos, etc.) sólo queda plenaria y exhaustivamente explicado para las ciencias de la naturaleza cuando se determinan sus causas y se registran los efectos regulares y constantes de las mismas.

Añadamos que el método “nomotético” (de nomos, ley) se refiere no sólo al descubrimiento de leyes naturales en sentido estricto, sino que debe culminar en la formulación de conceptos generales, hijos de la experiencia sensorial.

Hasta hace poco tiempo, a pesar de la implacable cuanto convincente crítica que en su época les hiciera Hume, se tuvo a las leyes naturales como de obligatoriedad irrefragable: una sola excepción, se decía, sería suficiente para invalidar una ley natural. Todavía en 1950 un sabio de tan extensa cultura filosófica y general como el maestro Recaséns Siches, escribía: “. . . en la naturaleza, sus elementos se nos

presentan siempre vinculados por nexos causales, por enlaces forzosos. Tales nexos o enlaces reciben el nombre de leyes naturales (físicas, químicas, biológicas, etc.) las cuales expresan cómo, de modo forzoso, se comportan indefectible y efectivamente los fenómenos".⁽⁵⁾

X.—EL PRE-JUICIO DE LO UNIVERSAL

Subordinar todos los objetos de conocimiento a conceptos universales y, en lo posible, a conceptos "matematizados" de ley natural: tal era, y sigue siendo, el máximo ideal de las ciencias de la naturaleza.

En efecto, según la opinión tradicional el meollo de toda concepción científica consiste en procurar ante todo la formación de conceptos universales, en los cuales puedan ser incluidos, como otros tantos "ejemplares" los distintos objetos o fenómenos particulares.

Los escolásticos decían que las cosas tienen dos formas o maneras de existir. Existen en nuestra mente de modo universal y abstracto; pero en la realidad externa sólo existen de manera individual, como entes particulares y concretos. Es así como la universalidad abstracta de las ciencias naturales se viene a oponer a la individualidad particular y concreta de la realidad externa.

El programa metodológico de las ciencias de la naturaleza consiste, pues, en subordinar todos los objetos a conceptos universales y, en lo posible, a conceptos empiriomatemáticos de leyes naturales.⁽⁶⁾

En la abstracción universalizadora estriba la grandeza pero también la limitación de la ciencia de la naturaleza: ella hace posible la unidad del conocimiento científico, pero al precio de omitir la singularidad característica del ente individual; ella nos proporciona un saber universal, pero a cambio de ignorar la encantadora y palpitante originalidad de cada ser; ella, en fin, es capaz de expresar en una ecuación matemática la transformación de la masa en energía y de ésta en masa, pero a costa de callar, avergonzada, ante el hechizo sin par de un rayito de luz que se quiebra sobre una gota de rocío.

A fuer de investigadores, con Goethe podemos decir de lo universal: "Lo empleamos, pero sin amarlo; nosotros amamos sólo lo individual".

XI.—EL PANORAMA DE LAS CIENCIAS EN EN SIGLO XIX

En los cien años que siguen a la muerte de Hegel (1831) y la de Goethe (1832) el panorama de la ciencia europea era, según Cassirer, como sigue:

“La ciencia natural exacta no sólo fue extendiendo gradualmente su campo, sino que supo crear, además, instrumentos de conocimiento totalmente nuevos. La biología dejó de ser una simple descripción y clasificación de las formas naturales para convertirse en una auténtica teoría de las formas orgánicas.

“Pero aún era mayor, si cabe, la misión que se planteaba a las ciencias de la cultura durante la época a que nos referimos. Tratábase, en efecto, de que también estas disciplinas encontraran aquel camino seguro de la ciencia que todavía Kant creía reservado a la matemática y a la ciencia matemática de la naturaleza. Desde los días del romanticismo vemos realizar nuevos y nuevos esfuerzos en esta dirección a la ciencia histórica, a la filología y al estudio de las antigüedades clásicas, a la ciencia del lenguaje, a la ciencia de la literatura y del arte. Todas estas disciplinas van perfilando y precisando cada vez más certeramente su cometido y afirmando más y más sus métodos específicos de pensamiento e investigación”.⁽⁷⁾

Antes que Cassirer, Dilthey con minuciosidad y precisión propios de un auténtico historiador de la cultura, había precisado los vastos logros de las ciencias sociales —principalmente del derecho y de la historia— alcanzados en el siglo XIX. No obstante, el desarrollo orgánico de las ciencias sociales adolecía de un defecto congénito: carecía de una metodología genérica y de principios epistemológicos propios. La magna empresa de subsanar esa falla será obra de gigantes del pensamiento como Comte, Windelband, Dilthey, Rickert, Cassirer, Kelsen, Recaséns y otros.

XII.—LOS PRECURSORES

La infinita variedad de temas o motivos de estudio que ofrecen las ciencias sociales han sido abordados de manera más o menos sistemática por egregios pensadores de todas las épocas. Ejemplos eminentes de ello en la antigüedad helénica son la **República** de Platón y la **Política** de Aristóteles. Lo que faltó en la obra de aquellos grandes “adelantados” del saber histórico-cultural, fue el propósito de fundar una teoría del conocimiento y una metodología propias de las ciencias sociales.

Sin embargo, antes de llegar a los grandes sistematizadores de las ciencias culturales de fines del siglo XIX y principios del XX, encontramos a varios ilustres precursores cuyos nombres sería injusto no mencionar siquiera sea en una simple enumeración.

Dilthey, Rickert y Cassirer, cada uno a su manera, rinde justo homenaje al gran precursor de la epistemología de las ciencias sociales, Vico. De él dice Rickert:

“El verdadero mérito de la filosofía de la historia de Vico no reside precisamente en lo que intrínsecamente nos enseña en cuanto al proceso histórico y al ritmo de sus sucesivas fases. En su sistema, la división de la historia de la humanidad en épocas y el intento de descubrir en ellas un determinado orden, el tránsito de la era *dívina* a la era heroica y de ésta a la humana, aparecen plagados todavía de rasgos puramente fantásticos. Lo que sí ve claramente Giambattista Vico, manteniéndolo con toda energía frente a Descartes, es la peculiaridad metodológica, el valor propio del conocimiento histórico en cuanto al método. Y no vacila en poner este valor por encima del de la ciencia puramente matemática, viendo en él la verdadera realización de la sapientia humana...”⁸

Rickert dice de los filósofos del idealismo alemán que proporcionaron a las ciencias culturales algunos conceptos fundamentales especialmente el mayor de ellos, Hegel, quien con plena conciencia se propuso fundar la concepción del universo sobre la vida histórica⁹.

Nuestro autor menciona entre los precursores de la metodología de las ciencias sociales a Herman Paul, Herder, Harms, Adrien Naville y a Simmel que en 1892 planteó claramente el problema que nos ocupa. De Schopenhauer afirma que no fue uno de los primeros que conoció la diferencia lógica más general entre la ciencia natural y la historia, pero que empleó ese conocimiento para negar a la historia el carácter de ciencia¹⁰.

XIII.—AUGUSTO COMTE

En la tarea de dotar a las ciencias sociales de una gnoseología adecuada, es de justicia reconocer que el grandioso aunque fallido intento de Comte ocupa lugar prominente.

El padre del positivismo quiso hacer de una flamante ciencia fundada por él, la Sociología, la ciencia central de todas las ciencias sociales, así como la Física lo es de las ciencias naturales. El error de Comte fue el de haber supuesto que la sociedad y los fenómenos culturales se rigen por **leyes** de índole igual a las leyes naturales: no tuvo en cuenta el relevante factor de la libertad interna del hombre, el cual es, pese a todo determinismo materialista, un innegable “dato inmediato de la conciencia”.

Con sobrada razón ha dicho Sciacca en nuestros días: "Había una preocupación constante y ambiciosa (si no ingenua) del positivismo, desde Comte hasta Spencer, la de fundar las ciencias morales y políticas sobre una base sólida, al igual que las ciencias de la naturaleza; fundar, por lo tanto, una especie de filosofía de la historia o de sociología que estableciese leyes y concordancia en el hacinamiento de hechos humanos¹¹.

XIV.—WINDELBAND

Corresponde a Guillermo Windelband el mérito de haber planteado por primera vez y en toda su extensión el problema de la metodología propia de las ciencias sociales, en una disertación sobre el tema de **La historia y las ciencias de la naturaleza**, pronunciada en 1894. En tal ocasión Windelband sostuvo los siguientes postulados:

a) La antítesis entre la ciencia de la naturaleza y las ciencias históricas no estriba en una contraposición ideológica, sino que se reduce a una contraposición metodológica.

b) El conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de los hechos históricos son factores igualmente legítimos y necesarios del saber, los cuales no se excluyen sino se complementan.

c) El conocimiento de la naturaleza se concreta en leyes naturales o conceptos "nomotéticos", en tanto que el conocimiento histórico (prototipo de las ciencias sociales) se expresa mediante conceptos "ideográficos" individualizadores¹².

ch) Ambas, las ciencias históricas y las naturales, según Windelband, son ciencias "empíricas, pero el físico ve en el hecho concreto solamente un ejemplar, un caso particular de un tipo general, y busca las relaciones y las leyes universales; el historiador ve en el hecho concreto un individuo como tal y quiere conocerlo científicamente".

d) El fundamento de la división entre ciencias naturales y ciencias históricas debe ser, por consiguiente, "la estructura lógica de las ciencias, no sus diversos objetos".⁽¹³⁾

Resumiendo: según Windelband, "podemos considerar la realidad desde un doble punto de vista; o bien observamos los fenómenos en sus relaciones y nos limitamos a describirlos y a clasificarlos formulando juicios de realidad (nomotéticos); o bien nos pronunciamos respecto al valor de los hechos (su belleza, utilidad, bondad, etc.) en

relación con normas o fines ideales del espíritu formulando juicios valorativos (ideográficos). Estos últimos tienen un valor puramente clasificatorio y descriptivo".⁽¹⁴⁾

XV.—DILTHEY

Guillermo Dilthey, sin compartir totalmente las ideas de Windelband, hace un planteamiento más general que éste, de la gnoseología social. He aquí, con las propias palabras del autor, la premisa fundamental de la doctrina diltheyana:

"Las ciencias empíricas de la naturaleza han transformado el mundo exterior y ya ha comenzado la época histórica en la cual las ciencias de la sociedad irán cobrando sobre ésta una influencia creciente:

"Más allá de este saber universalmente válido se hallan las cuestiones que interesan a la persona, que se enfrenta por sí sola con la vida y con la muerte. La respuesta a esta cuestión se encuentra únicamente en el orden de las concepciones del mundo, que expresan la pluralidad de aspectos de la realidad en formas diferentes para nuestro entendimiento y que apuntan hacia la verdad".⁽¹⁵⁾

Dilthey, fuertemente influido en un principio por el positivismo comtiano, se separó decididamente de él, impulsado sin duda por el idealismo alemán neokantiano de fines del siglo XIX. Este alejamiento le permitió captar el valor espiritual de los fenómenos sociales. Existe historia, nos dice, donde existe capacidad de valores, donde las impresiones o los fragmentos documentales se experimentan como un acontecimiento, como un contenido de vida, esto es, como una **vivencia**.

Como Windelband, Dilthey también está dominado por la misma preocupación: organizar las ciencias morales y políticas, basarlas científicamente, o sea, descubrir los **tipos** y las **clases** en los que se organizan. Aquí son visibles las huellas del positivismo.

Dilthey, como más tarde Wundt, quiere hacer de la psicología el fundamento de las ciencias del espíritu. Sin embargo, nuestro autor rechaza la psicología asociacionista que quiere explicar la constitución del mundo espiritual según sus partes, leyes y fuerzas, como suelen hacerlo la física y la química con el mundo de los cuerpos.

La psicología de Dilthey gira en torno de "la noción del hombre como estructura finalista". "Existe, en efecto en nuestra estructura psíquica una aptitud hacia los valores que la dirige en un sentido determinado. No son los objetos externos (piensa Dilthey) los que mueven el espíritu. La finalidad (teleología) es dada por la capacidad que tiene

nuestra estructura psíquica de vivir y experimentar los objetos en función de un fin".⁽¹⁶⁾ Agreguemos que Dilthey reconoce en la historia valores suprasubjetivos que forman, en cada época, la realidad unitaria del mundo de la cultura.

XVI.—RICKERT

Enrique Rickert piensa que toda realidad, ya sea física, psicológica, cultural o social es objeto de las ciencias particulares, las cuales constituyen dos grandes grupos: ciencias naturales y ciencias culturales o históricas. Ambos grupos difieren formal y materialmente. En las ciencias naturales el aspecto físico (espacio sensorial) del objeto estudiado ocupa el primer plano. En las ciencias históricas, vale decir sociales, la realidad psicológica o espiritual (de la cual la realidad física es una parte) cobra mayor importancia que la parte corpórea de los objetos. Las ciencias naturales son generalizadoras, las culturales individualizadoras.

"Somos dueños de considerar las cosas —dice Rickert— en su concreta peculiaridad, tal como se nos ofrece cada una, o bien en su generalidad, como especies en las que el individuo apenas cuenta. Y el valor es quien decide en cada caso cuándo hemos de ceñirnos al individuo y cuándo al grupo. De aquí dos métodos posibles: el generalizador peculiar de la ciencia natural, y el individualizador peculiar de la ciencia de la cultura".⁽¹⁷⁾

"Hay, por consiguiente, ciencias que no se proponen establecer leyes naturales; es más, que no se preocupan, en absoluto, de formar conceptos universales; éstas son las ciencias históricas, en el sentido más amplio de la palabra".⁽¹⁸⁾

Los conceptos universales, observa Rickert, dejan escapar lo que hay de particular, y de individual en cada momento de la realidad concreta. La concreción individualizadora, en cambio, es capaz mediante el método histórico, que no simplifica la realidad, es capaz de captar lo que tiene de singular, de irrepetible e inconfundible; esto es, como progresiva realización de valores espirituales, como libertad, como ente individual, nuevo a cada momento y que, por ello, está fuera del mecanismo de las leyes naturales.

Rickert acentúa la importancia de normas culturales puestas por encima del devenir, en un reino ideal de valores no realizados ni realizables por la conciencia individual, pero que se asienta en la conciencia universal. Por ello "la significación de los valores es esencial para las ciencias de la cultura".⁽¹⁹⁾

La parte fundamental de la doctrina de Rickert puede ser condensada en los términos siguientes: "en los procesos culturales está incorporado algún valor reconocido por el hombre y en atención al cual el hombre los produce o, si ya existen, los cuida y cultiva. En cambio, lo que ha nacido y crecido por sí, puede considerarse sin referencias a valor alguno; y debe considerarse así si realmente no ha de ser otra cosa que naturaleza. En los objetos culturales residen, pues, valores, y por eso vamos a llamarlos bienes; de ese modo podemos distinguirlos, al mismo tiempo, como realidades valiosas, de los valores mismos, que son realidades ideales y de los cuales puede prescindirse. Los procesos naturales no son pensados como bienes y están libres de toda relación con los valores. Por lo tanto, si de un objeto cultural se retira el valor, queda reducido a mera naturaleza. Por medio de esta referencia a los valores, referencia que existe o no existe, podemos distinguir con seguridad dos especies de objetos; y sólo por ese medio podemos hacer la distinción, porque todo proceso cultural, si prescindimos del valor que en él reside, tendrá que considerarse como relacionado con la naturaleza y, por ende, como naturaleza".⁽²⁰⁾

A causa de los valores, los hechos sociales tienen significación, poseen un sentido valioso o bien un sentido antivalioso.

XVII.—CASSIRER

En opinión de Ernesto Cassirer las ciencias de la naturaleza captan la realidad mediante leyes naturales, en tanto que las ciencias de la cultura lo hacen mediante estructuras histórico-culturales. Para este autor tienen un valor fundamental los conceptos de "cultura" y de "estructura histórica", los cuales asientan sobre la base antropológica de distinguir la conducta humana del comportamiento de los irracionales.

El camino que ha de recorrer el animal para resolver un determinado problema le está trazado de antemano por el instinto; el organismo lo sigue automáticamente sin tener necesidad de buscarlo. "Todo esto cambia radicalmente —dice Cassirer— tan pronto como entramos en la órbita de los actos humanos... el hombre tiene que remontar la mirada por encima del horizonte de sus necesidades inmediatas. Al crear sus instrumentos de trabajo (a partir del hombre primitivo), no lo hace obedeciendo al impulso y al apremio del momento. En vez de obrar directa e instintivamente movido por un estímulo real, lo hace pensando en posibles necesidades futuras, preparando los medios para

satisfacerlas en el momento en que se presenten. Por tanto, la intención a que responde el instrumento implica una cierta previsión. El estímulo, aquí, no responde al apremio del momento presente, sino que pertenece al porvenir... la representación anticipada del futuro caracteriza todos los actos humanos". Las ideas constituyen los instrumentos más importantes inventados por el ser humano, por cuanto los "conceptos" tienen un fundamental carácter instrumental: constantemente los tenemos que estar creando para solucionar determinados problemas. "Los conceptos no se refieren, como las percepciones sensibles, a hechos concretamente dados, a una situación presente y concreta, sino que se mueven, por el contrario, en el círculo de lo posible y tratan, en cierto modo, de agotar el campo de las posibilidades". Los conceptos se eslabonan en cadena cada vez mayor a medida que crece la cultura. Los eslabones de estas cadenas de ideas son símbolos. "El primero y más importante eslabón de esta cadena son los símbolos del lenguaje por medio de las palabras. Tras ellos vienen formas de otra clase y de otro origen: las **formas** del mito, de la religión, del derecho, del arte. En las distintas direcciones fundamentales trazadas por ellas y creando dentro de ellas nuevas y nuevas formas, se realiza la misma función fundamental, la función de lo simbólico en cuanto tal. El conjunto de estas formas (la cultura) es lo que distingue y caracteriza al mundo específicamente humano".⁽²¹⁾ El hacer social es, fundamentalmente, creación de formas culturales, entre las que se divide "lo espiritual en su totalidad", el cual tiene siempre un sustrato físico.

La realidad total (naturaleza y cultura) es encarada por el conocimiento, según Cassirer, bajo dos perspectivas. De una parte encaramos los objetos como un "ello", como simples cosas espacio-temporales; de otra, los vemos como en "tú", como otro "yo", como semejantes a nosotros, vale decir como seres humanos. De esta manera las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la cultura, entre unas y otras estudian la totalidad de la naturaleza: las primeras se dirigen a los objetos en cuanto sensibles, las segundas se dirigen a las personas como otros tantos "yo". Esta es, a juicio del autor, la verdadera diferencia conceptual entre una y otra clase de ciencias.

Los objetos culturales, aun cuando son obras humanas, forman parte de la naturaleza, y se diferencian de los objetos físicos en que aquéllos poseen "sentido" y éstos no. Todo objeto cultural se expresa o manifiesta mediante cosas o manifestaciones físicas, pero lo "físico se presenta aquí bajo una nueva **función**. No sólo **es** y **deviene**, sino

que en este ser y devenir se manifiesta algo distinto. Y esta manifestación de un sentido que no puede desglosarse de lo físico, sino que en ello se halla adherido y encarnado, constituyendo la característica común de todos aquellos contenidos a que damos el nombre de **cultura**".⁽²³⁾ Oficio de las ciencias culturales es "interpretar" el "sentido" de todos los objetos que llevan la impronta del hacer humano, por eso se las llama también ciencias de "sentido" y no ciencias de "leyes".

XVIII.—EPILOGO SORPRENDENTE

Gracias a los citados y a una pléyade brillante de sabios cuya sola enumeración sería larga, pero entre los que no queremos dejar de citar a dos grandes juristas, Hans Kelsen y Luis Recaséns Siches, la ciencia de principios de siglo, la ciencia de la sociedad, ha entrado por el ancho portón de una rigurosa epistemología, en el luminoso recinto de la sabiduría, con igual rango y al mismo título que su hermano mayor, la ciencia natural.

Pero hay algo más: en la segunda mitad del siglo XX las ciencias de la naturaleza están sacudidas por una severa crisis, en tanto que los ojos anhelantes de una humanidad angustiada se vuelven llenos de esperanza cada día con mayor insistencia hacia las ciencias sociales.

Ha pasado la época en que las verdades de las ciencias naturales eran tenidas por absolutas. Hoy no se justificaría el optimismo de un Pascal. Todos los postulados de las ciencias tradicionales han sido puestos en tela de juicio. Se habla de una geometría no euclidiana, de una aritmética no pitagórica, de una física no newtoniana y, en general, de matemáticas nuevas.

Hay crisis moral entre los científicos "puros", ante la sospecha de que sus descubrimientos serán usados para cometer bárbaros genocidios.

Hay una crisis de temor científico provocada por el empleo irracional de las conquistas técnicas logradas gracias a la humana razón.

Hay crisis en el fundamento teórico de las ciencias naturales. En efecto, las modernas teorías científicas han debilitado los principios esenciales en que se apoyaba la clásica imagen mecánica del mundo: el dogma del determinismo absoluto ha cedido su puesto al "principio de indeterminación" formulado por Heisenberg, el mecanismo científico se ha derrumbado y el materialismo está mal parado.

Esta crisis de principios viene de lejos. Ya a finales del siglo pasado, el filósofo francés Eugenio Botreau se refirió a "la contingencia de las leyes naturales". Enrique Poincaré afirmó que las teorías científicas

ficas, lejos de ser exacta representación de lo real, eran solamente instrumentos del pensamiento y, en todo caso, expedientes cómodos y aproximados. Pedro Duhem añadió que no hay teorías perfectas ni teorías científicas falsas sino que todas son relativas respecto a una realidad siempre huidiza y cada vez más compleja. Pero, según parece, fue Eddington, a principios de la presente centuria, el primer científico que negó categóricamente el determinismo absoluto de las leyes naturales.

A partir de 1928 la posibilidad de la contingencia de las leyes de la física se ha venido afirmando cada día con mayor insistencia. El físico Schorondiger afirmó que el determinismo de la legalidad natural no se compagina con los resultados de la mecánica cuántica de Max Plank; con posterioridad confirmó esa afirmación el físico Reichenback, para quien la ley de causalidad, dados los buenos resultados de la mecánica cuántica, sólo puede tener en el dominio de las ciencias naturales un sentido de posibilidad estadística y, por consiguiente, sus resultados tienen el carácter de datos aproximados, igual que las conclusiones de la ley estadística de los grandes números. Para terminar, Heisemberg afirmó el principio de indeterminación basándose en los movimientos caprichosos e imprevisibles de las ínfimas partículas intra-atómicas, fundamento último, hasta hoy conocido, del universo físico.

La verdad es que los logros técnicos de la ciencia de la naturaleza han producido más temor que felicidad. Se ha roto el equilibrio: dominio creciente de la naturaleza externa y envilecedor miedo creciente en la naturaleza humana interna. El dominio sobre la bravía naturaleza interna del hombre sólo puede ser fruto de su perfeccionamiento moral, hijo de la cultura. ¡No sólo el porvenir sino la subsistencia misma del género humano está en las jóvenes manos de las ciencias sociales!

XIX.—CONCLUSIONES

El dominio que, gracias al asombroso desarrollo de la técnica, ha alcanzado el hombre sobre su contorno físico, no ha estado acompañado de un dominio paralelo del ser humano sobre su propia naturaleza interna, integrada ésta por una herencia espiritual en la que existen cosas buenas y malas, y por tendencias biosicológicas, tanto innatas como adquiridas, también ambivalentes. La consecuencia es obvia; un ser que, pese a su racionalidad, no ha logrado alcanzar el señorío de sí mismo es, **a priori**, absolutamente incapaz de usar el poderoso ins-

trumental técnico de que dispone para enaltecer la vida, pero, en cambio, a causa de su frustración se torna naturalmente proclive para emplearlo con propósitos abyectos, cavando, al hacerlo así, la fosa de su propia degradación.

En el orden de los valores éticos, lo mismo individuales que colectivos, el desequilibrio a que aludimos es la causa de casi todos los otros males que padece la angustiada humanidad de nuestros días, tales como:

- a) el uso inmoral de la ciencia y de la técnica;
- b) el innoble desprecio de la persona humana, el cual se traduce en hechos tan evidentes que no logran ser ocultados por el torrente de la palabrería hipocrita;
- c) la rotunda negación de la primacía de lo espiritual y el auge consiguiente del materialismo;
- d) la exaltada prédica del odio como la más alta virtud social y el culto a la violencia, con su larga cauda de crímenes comunes, terrorismo político, guerras externas e internas entre clases, religiones, razas y naciones;
- e) el fomento, con fines lucrativos, de los más bestiales apetitos del animal racional; con todo lo que ello trae consigo (pornografía, lujuria, promiscuidad, superpoblación, hambre, desempleo y malestares psicológicos de todo género); y,
- f) por último, como otras tantas salidas falsas del infierno en que hemos convertido el mundo, ofrecemos a jóvenes y adultos la superstición, la magia, el diabolismo, las fantásticas historietas de oportunos salvadores que vendrán de otras galaxias, o, en defecto de los sucedáneos espirituales mencionados, los paraísos artificiales de las drogas enervantes o alucinógenas.

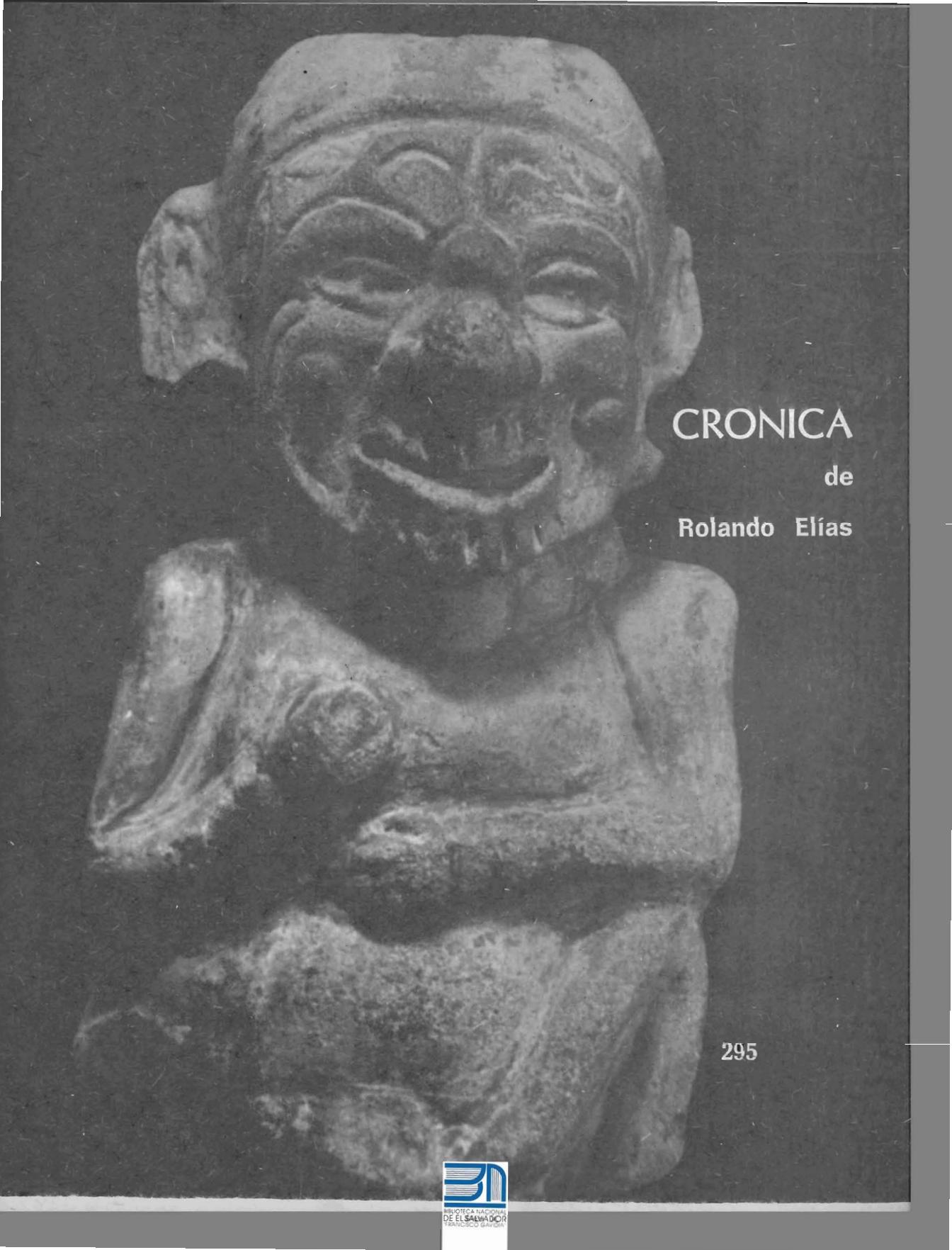
Con todo, nosotros tenemos fe en el hombre, en su iniciativa creadora, y creemos que a la postre sabrá dominar su naturaleza interna en grado igual o mayor del dominio que tiene sobre la naturaleza externa. Tenemos fe en el hombre, tanto en lo que hace a su evolución propiamente humana y perecedera, como en lo que atañe a su destino sobrenatural e imperecedero.

Tenemos fe en el hombre porque creemos que las Ciencias Sociales serán capaces de dotarlo de los elementos técnicos, éticos e institucionales que necesita para superar su lamentable estado actual.

He dicho.

NOTAS

- 1 Cf. Cassirer Ernesto. **Las Ciencias de la cultura**. Fondo de Cultura Económica. México, 1951, p. 149.
- 2 Cf. Cassirer. Ob. cit. p. 74.
- 3 Cf. Sciacca, Miguel Federico. **Las Perspectivas de nuestro tiempo**. Editorial Troquel. Buenos Aires, 1958, p. 255.
- 4 Kelsen-Cossio. **Problemas escogidos de la teoría pura del derecho**. Editor Guillermo Kraft. Buenos Aires. 1952, ps. 12 y 13.
- 5 Recaséns, Siches Luis. **Filosofía del derecho**. Editorial Porrúa, S. A. México, 1959, p. 55.
- 6 Cf. Rickert, Enrique. **Ciencia cultural y ciencia natural**. Espasa-Calpe. México. 1952, p. 76.
- 7 Cassirer. Ob. cit. ps. 56 y 57.
- 8 Rickert. Ob. cit. p. 19.
- 9 Cf. Rickert. Ob. cit. p. 35.
- 10 Cf. Rickert. Ob. cit. p. 98.
- 11 Sciacca Miguel Federico. **La filosofía hoy**. Editor Luis Miracle. Barcelona 1955. p. 27.
- 12 Cf. Cassirer, Ob. cit. p. 59.
- 13 Klimke, S. J. Federico. **Historia de la filosofía**. Editorial Labor S. A., Barcelona. 1947. ps. 554 y 555.
- 14 Sciacca. Ob. cit. p. 91.
- 15 Dilthey, Guillermo. **Introducción a las ciencias del espíritu**. Fondo de Cultura Económica. México. 1949 (Prólogo) p. XXIV.
- 16 Sciacca. Ob. cit. p. 27.
- 17 Rickert. Ob. cit. p. 21.
- 18 Rickert. Ob. cit. cit. p. 96.
- 19 Rickert. Ob. cit. p. 11.
- 20 Rickert. Ob. cit. ps. 50 y 51.
- 21 Cassirer. Ob. cit. ps. 43 y 44.
- 22 Cf. Cassirer. Ob. cit. p. 62.
- 23 Cassirer Ob. cit. p. 69.



CRONICA
de
Rolando Elías

295

ROLANDO ELIAS

Joven escritor, poeta y periodista salvadoreño. Aún no ha recogido su obra en libro, pero tiene abundante obra inédita. Prepara una novela: "Vida, Pasión y Muerte de Juan Caminos".

Rolando Elías

CRONICA DE ALEMANIA (Otoño, 1967)

Paseo sobre el Atlántico

“Volaremos a diez mil pies sobre el nivel del mar. Velocidad: novecientos kilómetros por hora...”.

Así dijo el Comandante del poderoso Jet continental de Lufthansa antes de despegar del aeropuerto de Montreal y emprender el vuelo de siete horas que nos lleva de Canadá a Alemania.

El viajero, experto o no en esta aventura de los vuelos trasatlánticos, diría —como yo, para mis adentros— que “no se siente nada” cuando uno va así transportado, a tal vertiginosa rapidez, en alas de estos pájaros de metal.

Así se lo digo, siquiera para entablar una plática, a la persona que me acompaña en el asiento. Y me responde:

—Así es. Lo mismo sucede cuando un Jet se viene a pique... “no se siente nada”.

Para algunos, el largo viaje desde México, o Nueva York, a Europa, es algo tedioso. Para mí que tampoco el tedio se siente. Y menos aún han de sentirlo los niños, que se vuelven más traviosos a bordo. En cierta ocasión, una azafata cuyos nervios habían ya pasado todas las pruebas de la paciencia cuando dos chiquitines armaron un juego de “vaqueros”, con carreras de caballos, tiroteos y todo lo demás, les dijo:

—Bueno, niños. Ya no molesten a los pasajeros. Si quieren seguir jugando, les abriré la puerta para que lo hagan afuera...

Me contaron el cuento y yo me pregunté si no era oportuno recordar aquello —aquí tan cerca del firmamento— de que “hay que ser como niños para entrar al Reino de los Cielos”.

El viajero que disfruta a su sabor un asiento de primera clase tiene con ello suficiente motivo para sentirse como en el cielo. También lo tiene aquel que hace el viaje “a su temor”, por aquello de que, cuando así Dios lo quiera, puede soplar una turbulencia sobre la máquina y hacer que ésta y todos sus ocupantes “desaparezcan” en cuestión de minutos...

—“Sin que nadie lo sienta”, ha dicho mi acompañante:

Ha quedado como cosa del pasado la frase de Morand, para quien el viajar o desplazarse de un confín a otro del mundo, era característica de las especies superiores.

Porque este placer —y al mismo tiempo esta aventura y este riesgo—, no es ya una gracia que la naturaleza haya concedido de manera exclusiva a los hombres. Hoy en día, los aviones llevan no sólo seres humanos, sino toda clase de animales en ciertos casos. Por ejemplo, para trasladarlos a un zoológico. O bien caballos de raza, a los hipódromos más distantes.

Viajar, por otra parte, es vivir un sueño, para después relatarlo. Es además —como lo diría un poeta anónimo— “ver con los ojos del cuerpo lo que se había presentado con los ojos del espíritu”. Yo no sabía, justamente en esos momentos, si atribuir a los ojos del espíritu o a los del cuerpo el motivo de mi “extrañamiento” —tal es la bella y expresiva frase aplicada por los filósofos al fenómeno del conocimiento— viendo, como veía, los bellos ojos azules de la azafata que me sonreía con gracia indescriptible.

Pero sí puedo describir gráficamente el paisaje, es que no me han engañado los sentidos. Será, en todo caso —bien lo reconozco— el paisaje viejo que nació conmigo, aquel para cuyo deslumbramiento estaban desde el principio predestinadas mis pupilas.

No es poco el encanto, la maravilla, de hacer un viaje, de ir en viaje.

Para Ulises la Odisea sólo resultó una maravillosa aventura cuando volvió por sus propios pasos al punto de partida.

Punto de partida quiere decir destino, en cierto sentido. En otro, el destino del viajero es una aventura del conocimiento, de la experiencia y de la observación. Sólo así entiendo aquello de que los aviones, como las camionetas, transportan muchos y diversos destinos.

Pero hay algo común que identifica a los destinos diversos de los viajeros: el punto de llegada. El encuentro con nosotros mismos. Como para convencernos de que cada sueño, cada ideal, viaja con nosotros hacia su propia realización.

Por eso digo que esto es un paseo sobre el Atlántico.

Y que viajar es pasear un sueño.
Voy, pues, soñando con los ojos abiertos...

Buenos días, Alemania

En un cuarto piso del Hotel Hessischer Hof, abro de par en par las ventanas de mi habitación, que da exactamente hacia la calle Friedrich-Ebert. Son las seis y media de la mañana del 19 de octubre, y en El Salvador medianoche.

El día ha despertado en la ciudad natal de Goethe con un constante ir y venir de transeúntes y automotores. Al menos a esta hora, cuando la calle no está congestionada, los autos van a más de cien por hora.

Y la misma prisa llevan los caminantes, que acostumbran levantarse temprano para ir a pie al trabajo. Muchos de ellos lo hacen por la costumbre típicamente alemana de madrugar y caminar a pie grandes distancias, lo cual tiene relación con su envidiable robustez física y buena salud.

Pero cierro las ventanas porque el frío, si bien no es todavía intenso, deja la ropa y la piel como ligeramente mojados. Nadie va por la calle sin un abrigo, sombrero (pañuelo anudado sobre la cabeza las mujeres) o chaqueta de lana.

Exactamente frente a mi hotel, al poniente, se alza un edificio de siete pisos, por cuyas insignias "DB", descubro que es la oficina central en Francfort del "Deutsche Bank", o sea Banco Alemán.

Francfort es no solamente la ciudad del más grande aeropuerto de Europa, sino la metrópoli bancaria por excelencia.

Multitud de visitantes, de todos los países, de todas las razas, confluyen aquí. Dice la revista "Scala" que en el aeropuerto aterriza un promedio de cuarenta aviones en una hora. Y aquí muy cerca de mi hotel, diríase que todos están ya acostumbrados a escuchar el atronador ruido de los jets que se aproximan a las pistas para aterrizar.

Al hotel, como a todos los de esta ciudad, llegan constantemente los taxis para dejar huéspedes o llevarlos. Esto sucede a cada momento de igual modo como el despegar y aterrizar de los aparatos en el aeródromo, del cual se dice que ha sido algo así como la suerte o la salvación de Francfort, porque después de la Segunda Guerra esta ciudad quedó completamente en ruinas, y no era sino un montón de escombros.

Pero yo no quiero caer en el lugar común de todo visitante que llega a Alemania y cuya primera impresión sería la de maravillarse ante la rápida reconstrucción de sus ciudades.

Para los alemanes esto es ya cosa del pasado.

Sigo con la mirada tendida sobre mi ventana. Allá van los alemanes, con sus pasos largos, apresurados, a trabajar.

El cielo tiene casi el mismo color de los edificios, que son de un gris plomizo, como para armonizar con el aspecto natural de las ciudades alemanas a principios de Otoño, donde todo es gris, opaco, muy distinto de los radiantes amaneceres tropicales durante el verano.

Pero la ciudad está ya completamente desperezada, y el sol quiere alumbrar las verdes copas de los árboles. Hace un clima verdaderamente delicioso, que invita a salir por las calles a respirar aire puro y caminar.

Francfort, dos días no bastan

No, no bastan dos días para conocer a Francfort. Pero la ciudad y sus gentes me dejan una impresión de lo más grata.

En la Verlagshaus, Casa Editorial, donde se editan importantes periódicos y revistas alemanas, he sostenido una interesante charla con el señor Hoffmann, Director de Scala International. Y otra, tan interesante como cordial, con el señor Peter, Director de la Oficina Federal de Prensa e Información en esta ciudad, con quien tuve el arrojo de aventurarme a decir unas cuantas palabras en alemán, para que él me dijera:

—Ud. no necesitaba intérprete. Pero viene con esta bella dama por motivos obvios.

Se refería a la señora Von Württemberg, la guía de Inter Naciones que me ha atendido aquí, una distinguida dama que habla cinco idiomas y cuya habilidad diplomática le permite sortear con éxito no pocos de los problemas creados cuando viene gente del Africa o del Asia con vestidos extraños y costumbres no menos extrañas.

Cuando uno se queda solo en el hotel se da cuenta de la importancia de los idiomas. Un poco de inglés siempre es bueno para los recepcionistas. Pero para las camareras, hay que vérselas con el alemán.

Un auxiliar de Herr Peter me muestra la organización de la oficina, que ocupa unos cuatro pisos y no necesita más que de catorce empleados. Aquí se destaca el característico sentido del orden, de los alemanes. Y la capacidad de trabajo también.

A mi ver, el trabajo de esta oficina lo harían por lo menos 30 personas en El Salvador.

Si Alemania es lo que es hoy —me digo— hay que atribuirlo precisamente al no darse reposo para trabajar. Y al trabajo ordenado, disciplinado.

Francfort, nada menos, una de las ciudades más castigadas por la

guerra, viene a ser un ejemplo típico de lo que vale para un pueblo el ponerse a trabajar sin desmayo para reconstruir lo destruido.

Quien escriba algo sobre esta ciudad no puede dejar de mencionar un hecho sobresaliente. Y es que, históricamente, Francfort ha vivido entre la decadencia y la grandeza. Pero la naturaleza no iba a negarle los medios para subsistir, y uno de esos medios ha sido sin duda su situación geográfica como ciudad del mayor aeropuerto de Europa y capital bancaria de Alemania. Fue en el pasado la ciudad gloriosa que servía de escenario para coronación de emperadores, y antes de concederse a Bonn el título de capital provisional de Alemania, se discutió mucho sobre la posibilidad de concedérselo a Francfort.

De esto y de otras cosas conversábamos con la señora Württemberg, mientras me lleva al restaurante Henninger Turm, en Sachsenhausen, una villa típica de la ciudad. Trátase de un restaurante giratorio, que en cuanto tal no tendría nada de especial, si no fuera porque está situado sobre una alta colina, desde la cual se domina a plenitud toda la inmensa ciudad. Allá el río Main, cruzado constantemente por pequeños barcos de carga; más allá, edificios antiguos y modernos; las casas de campo, que parecen un sueño; la Catedral; y en las congestionadas calles, multitud de vehículos, "carritos de juguete" como diría mi hijo.

Pero es hora ya de prepararnos para el vuelo de PA que nos lleva de Francfort a Berlín, donde nos esperan cosas seguramente más interesantes y una Tour por lo mejor de la vida nocturna berlinesa.

Berlín: Espías y minifaldas

—Ha llegado usted a Berlín en una ocasión especial —me dijo Gisella Schoneville, la intérprete que me acompañara aquí durante mi visita de cuatro días a la antigua capital alemana.

—Ya lo creo, le respondí. Una visita a Berlín siempre constituye ocasión especial para quien llega a esta ciudad por primera vez.

Mas lo que quiso dar a entender la señorita era esto: que los estudiantes universitarios preparaban para el día siguiente (un sábado) una manifestación de protesta contra la guerra de Vietnam, sobre la bulliciosa calle de Kurfürstendam, en uno de cuyos hoteles me hospedaría.

Notábase inusitada presencia de policías y de estudiantes que preparaban la manifestación.

La situación especial de esta ciudad dividida produce en sus habitantes un ánimo predispuesto a la discusión y a la beligerancia políticas. Por lo demás el berlinés posee una agudeza mental realmente extraordinaria (que acaso no se encuentre en otra ciudad alemana) y un inconfundible

sentido de buen humor, sólo explicables en una ciudad que debe su resurgimiento en buena parte a la valentía de sus habitantes, y a aquella actitud —típicamente berlinesa— de “hacerle buena cara al mal tiempo”.

Hoy, aunque Berlín continúa dividido y no hay esperanza alguna de reunificación, puede decirse sin embargo que los malos tiempos son cosa ya del pasado para la antigua capital del Reich.

A pesar de ello, hay todavía autores de guiones cinematográficos empeñados en hacer aparecer a Berlín como a uno de los centros más activos del espionaje internacional, y a veces como un sitio donde el temor o las privaciones desembocaran en situaciones sociales que sólo en la época de la postguerra pudieron producirse.

Tal sucede —y no es resultado de la imaginación cinematográfica, sino con finalidades políticas bien definidas— en películas como “La Cortina Rasgada” o “Funeral en Berlín”.

Hace unos doce años, acaso Berlín pudo haber sido el escenario adecuado para aquel melodrama terrible y sórdido de Graham Greene, “El Tercer Hombre”, donde se describe a Viena como una ciudad sitiada por el hambre, el temor, la desesperación, ocupada por espías y criminales políticos.

Pero el espionaje tiene ya muy poco o nada que hacer en esta urbe alemana que por haber venido a conformarse, o resignarse, ante la evidencia del Muro, sabe que éste y las alambradas no permiten ya la mínima condición de entendimiento, ni dan lugar a las componendas delatoras del espionaje.

Cierto que los berlineses no pueden tolerar su situación de aislados, encarcelados en los predios mismos de Europa central, bajo dominio soviético. El Berlín Occidental propiamente dicho, está rodeado por las fronteras de Alemania Oriental. Cuatrocientos mil soldados rusos montan guardia alrededor de la isla, a la que sólo se puede llegar, desde Occidente, mediante cuatro carreteras debidamente custodiadas, y el corredor aéreo permitido únicamente para líneas francesas, británicas y norteamericanas, menos alemanas.

Con todo, Berlín Occidental es la ciudad alemana con mayor número de visitantes todos los años.

La gente viene aquí por diversos motivos. Acaso el principal sea el Muro, pero también por los centros internacionales de moda, la vida nocturna, la actividad cultural, los negocios, etc.

Yo vine por los motivos obvios de una gira periodística. Por conocer la ciudad. Tocar con mis manos el muro. Visitar la zona ocupada por los soviéticos. Y también por divertirme. Y por leer, a mi sabor, aquel precioso

libro de Ortega: "Meditación de Europa", que comienza precisamente con esta frase: "Pienso que es en Berlín, precisamente en Berlín, donde se debe pensar y escribir sobre Europa".

El maestro decía esto poco después de terminada la guerra. Pero sus palabras no han perdido vigencia. Porque Ortega vaticinó para Alemania un resurgimiento económico, espiritual y cultural cuya mayor evidencia se encuentra ahora precisamente en Berlín Occidental.

Berlín, ciudad cosmopolita, es la ciudad que ríe, que baila, que hace bromas. La algarabía, el bullicio, el bienestar que aquí se observan, como que son la risa irónica con que los berlineses del Oeste miran a los vigilantes soviéticos del Este.

Berlín merece un viaje, se ha dicho. Y lo merece por numerosísimas cosas. Por la alta calidad de sus actos culturales, que satisfacen al más exigente. Por sus numerosos cabarets y centros de la vida nocturna. Por sus hermosos parques y jardines. Y también, naturalmente, por sus bellas mujeres.

* * *

El hotel Am Zoo tiene al lado de la amplia acera uno de sus restaurantes. Cubierto de vidrio totalmente, diríase una vitrina donde el huésped pareciera, sin quererlo, demostrar a los numerosos paseantes de la Kurfürstendamm, las especialidades más sobresalientes de la comida alemana.

He dicho algo de las mujeres bellas de Berlín, y he de relatar —a grandes rasgos— mi experiencia, antes de dar testimonio de los buenos platos alemanes, mas ahora no según el modismo latinoamericano, que identifica a la mujer atractiva con un "buen plato".

Hago, pues, de caso que la vitrina se ha invertido y abro los ojos hasta donde pueden ellos abarcar en este amplio panorama de la Kurfürstendamm, donde las mujeres hacen gala de su buen gusto al vestir graciosas Mini-Faldas.

Porque la moda es la moda. Y lo que se dijo hace tiempo de los sombreros femeninos, puede decirse hoy de los vestidos; que son la cosa más mutable, más caprichosa y más desconcertante.

Ha llegado el momento, me parece, en que los hombres nos sintamos conformes con la moda actual. Por fin, diría yo, la mujer ha dado en el clavo. Se las ha ingeniado de la mejor manera para tenernos contentos. Más no podemos pedirle. ¿Será la Mini-Falda sólo un anticipo de otra novedad aún más atractiva a los ojos del hombre?

Yo, como Goethe, diría en estos momentos: "Detente tiempo, estoy

satisfecho". O parafraseando a León Bloy: "todo lo que pasa ante mis ojos es adorable".

Por lo demás, esto que parece artificio, afán por llamar la atención e inagotable inquietud por las nuevas formas, en la mujer no es sino una evidencia del clásico sentido del pudor femenino, por más que se escandalicen los puritanistas.

Todo cuanto la mujer se pone entre ella y nuestros ojos, aunque sean sus piernas al descubierto, no por ello la hace menos misteriosa, menos inaccesible. Intacta queda la integridad de su espíritu. El insondable, secreto y embrujador misterio del corazón femenino sigue siendo como el de la flor, que antes de tocarla pone entre nuestra curiosidad y su misterio el velo de un aroma que nos embriaga y desconcierta.

Si Berlín es todavía, para algunos, la capital de Alemania, lo será entre otras cosas porque en el orden de los valores femeninos representativos la berlinesa semeja lo que es esta ciudad en el orden político.

Termino con el mejor elogio que he leído de las berlinesas, por boca de Giraudoux: "La mujer berlinesa es un exponente claro de que Berlín, tarde o temprano, está llamado a ser la única capital por excelencia, como París lo es en Francia. Es una forma especial de atracción la que existe, una genuina versión del espíritu femenino de salones y alcobas, una particular sutileza y desenvoltura en el gesto, características sólo de los habitantes de las grandes capitales".

Berlín, otra vez Berlín

"Apúrese... venga y mire". Gisella me tomó de la mano mientras apuntaba con su índice hacia el otro lado del muro.

Yo me empecé cuanto pude. Me colé luego, apretujándome, entre turistas y curiosos que se arremolinaban para ver por encima del muro y de las alambradas. Estábamos sobre una plataforma, construida a modo de gran tablado, o escenario, a escasos metros de la frontera donde dos mundos distintos se separan.

Lo que vi era escena común cada domingo. Alemanes de ambos sectores, occidental y oriental, se saludaban agitando sus pañuelos en alto. Eran familiares (padres, hermanos, hijos) o amigos, que tras la erección del muro, en 1961, quedaron separados y no pudieron volver a verse más ni a sostener conversaciones entre sí. (Gisella me ha dicho que en Berlín Oriental hay por lo menos mil niños cuyos padres quedaron en el sector libre de la ciudad, cuando ésta fue dividida por el muro). De manera que ahora, a una distancia de unos 75 metros, pueden saludarse.

Diríase que estas gentes hubieran perdido el habla y usan el pañuelo como señal de identificación, para “hablarse” a distancia.

Esos pañuelos agitados bajo el limpio azul de este otoño alemán significan un anhelo de paz, de reconciliación para un pueblo que contra su voluntad ha sido escindido, desmembrado por una muralla que duele en el corazón de Alemania como herida terrible.

A mi lado, Gisella quiso ocultar una lágrima y se volvió de espaldas al muro.

¿Quiere Ud. ir al otro lado de “la pared”?, me preguntaron las chicas recepcionistas del hotel Am Zoo, en pleno corazón de la bulliciosa Kurfürstendamm, la avenida más bella y hermosa de Berlín Occidental.

Cuando, un sábado por la noche, llegué a Berlín, hacía un frío delicioso, ese que anticipa el rigor del invierno europeo. Tras quitarme el abrigo para acomodarme en mi cuarto, sonó el teléfono.

—¿Es Ud. latinoamericano, verdad?

—Sí. Soy salvadoreño, de Centro-América.

—Ah, aquí nosotras también hablamos español.

—Eso veo. No sabe cómo me alegro.

—¿No se le ofrece algo antes de dormir?

—Por supuesto. Una cerveza, por favor.

—Tenemos 50 marcas. ¿De cuál prefiere?

Aquel domingo me pareció uno de los más bellos de mi gira por Alemania. El aire era diáfano. La temperatura agradable. Azul profundo el cielo y los árboles como una llamarada encendida de rojos y amarillos en arriates, jardines y bosques. Hasta los alemanes estaban entusiasmados con aquel cielo despejado y profundo, porque hacía años —me dijo Gisella— que en Europa no había un otoño tan benigno. Era hora de salir a la calle, a mirar y a contemplar. . .

De modo que cuando la chica del hotel me preguntó: ¿Quiere ir al otro lado del muro?, le dije que por supuesto, que no sólo quería ir por un día sino pasar una temporada “al otro lado” y que a qué horas, cómo y cuándo salíamos ella y yo. . .

Lástima. A los alemanes del Berlín Occidental no se les permite ir al sector oriental. Me contrataron, pues, un guía, un boliviano que estudiaba en la Universidad libre y ocupaba parte de su tiempo en servir como intérprete.

—Yo entro y salgo por los dos Berlines como Pedro por su casa, me dijo Gonzalo Valdivia cuando —en su Mercedes— íbamos ya rubo a la Friedrichstrasse, que circunda “la pared”.

En efecto, mi acompañante era un conocido por la Volkspolizei (po-

licia del pueblo), que mantiene vigilancia en los puestos de ingreso al Berlín Este. Tuve la impresión a ratos, de que Gonzalo, los guardias y yo protagonizábamos una de esas películas de espionaje.

Pasaportes. Sellos. Registro minucioso del vehículo.

—Preguntaron que quién era yo y a qué iba. Otra revisión del pasaporte. La inevitable mirada al rostro, de frente. Luego, todo en orden. Libre el paso a Alemania comunista. Todo en cuestión de minutos, gracias a la proverbial eficiencia alemana.

Ciertamente, unas ocho horas en Berlín Oriental no bastan para conocer aquella parte de la gran ex-capital del Reich en poder de la URSS después de la II Guerra Mundial.

Pero el observador (yo era todo oídos y abría los ojos en todas las direcciones) puede hacerse una idea de lo que es el socialismo así, visto de cerca, tocado con las manos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué está desierta la ciudad? ¿No es hoy domingo?, le pregunté a Valdivia.

El me dijo:

—Los domingos son así aquí. La gente está cansada de trabajar duro toda la semana y descansa hoy, en sus casas. Esos que Ud. ve en las calles (pocas personas, formadas en grupos, frente a los almacenes o en los parques) son turistas de Europa Oriental: checos, polacos, rumanos, yugoslavos y rusos. Pocos berlineses salen en este día.

Es natural que las consecuencias de la II Guerra hayan alterado el modo de ser de los alemanes en general, y de los berlineses en particular. Con todo, si bien tomando en cuenta diferencias apreciables entre dos sistemas políticos diametralmente opuestos, para mí el Berlín Oriental constituyó una experiencia altamente estimulante, no sólo porque me permitió conocer algunos aspectos de su extraordinaria vida cultural, sino también por la tranquilidad de sus calles (ese día domingo) el carácter un tanto adusto mas no por eso menos dado al encuentro cordial y hasta amistoso de sus habitantes, incluso con gente extraña, y no en último lugar, la vigorosa presencia de un pueblo, de una generación que afrontaba el futuro con fe y resolución: eso que en otro lenguaje podríamos llamar mística.

Aparte de ello —otro agregado en abono de esta mi primera incursión en la Alemania comunista, concretamente en la ciudad de Bertolt Brecht y del mejor ballet del mundo en la década del sesenta—: lo que siglos atrás dijera del pueblo berlinés el fabulista Wilhelm Raabe tiene aún vigencia en ambos lados de “la pared”: *“El humor es el salvavidas en la corriente de la vida y los berlineses son de un buen humor inevitable”*.

Retorno a Berlín Occidental y termino de comprobarlo. En efecto, en ninguna otra parte de Alemania como aquí puede el visitante comprobar lo anterior, pues sus habitantes son gente con la cual se entra en confianza, su espíritu es comunicativo, jovial, dicharachero, dado a las bromas. Una tragedia tan radical como la II Guerra no alcanzaría a terminar del todo con este aspecto sobresaliente del carácter berlinés, si bien es cierto que toda guerra no puede menos que transformar, de alguna manera, las vidas, conducta y el modo de ser de las personas, por lo cual podríamos pensar si no tendrían razón todas las víctimas de los sistemas opresivos, en Oriente como en Occidente, al repetir con Gandhi: *"No quiero que mi casa se halle rodeada de muros y mis ventanas clavadas. Quiero sentir la sugerencia de la cultura de todos los países, con la mayor libertad posible"*.

En Alemania del Este, por lo demás se advierte que el Estado concede importancia de primer orden a la educación, la ciencia, la cultura y la investigación tecnológica. Niños y jóvenes tienen la máxima prioridad en los planes del gobierno. Se les educa para el socialismo, claro. Y esa educación, vista con ojos imparciales, libres de todo prejuicio, a mi ver está resultando mejor que la de Occidente. Un joven desarrapado, melencólico o sucio, vagando sin rumbo por las calles, no lo verá Ud. en Berlín Oriental. Sería un escándalo. Los muchachos llevan el pelo corto. Visten bien. Van a la Universidad, al teatro, al gimnasio. No hay clubes nocturnos, ni discoteques en Berlín Oriental. En los parques, niños y jóvenes y hasta ancianos juegan al ajedrez. Un ajedrez muy singular: El tablero es un verde césped, de unos 25 metros y por cada pieza hay un joven, que se mueve de casilla en casilla, dando saltos. En las Universidades se concede grande importancia al humanismo lo mismo que a la investigación científica y en punto, los primeros centros de cultura no tienen nada qué envidiar a los de Occidente.

Antes bien, se diría que éstos van a la zaga de aquéllos, porque la "moral socialista", con o sin comillas, ha hecho de cada joven un arquetipo de disciplina moral, un sujeto con metas, objetivos y propósitos bien definidos.

Regresé al Berlín libre ya casi entrada la noche y dejando atrás una ciudad semi-desierta, triste, donde no hay más diversión que el teatro, la ópera, el ballet, los conciertos de música. Pero también de todo eso hay en Berlín Occidental, donde al visitante le espera un mundo de regocijante entusiasmo, de la contagiosa alegría que Tácito, en su Germania, atribuyó al buen vino, que Oskar Kokoschka retrató en sus cuadros y Bertolt Brecht tomó para alguna de sus obras.

De manera que esta noche, para variar, me voy a ver la otra cara de

la dividida gran urbe alemana: allá una ciudad adusta, traumatizada por los rigores de la post-guerra, bajo perenne vigilancia; aquí, una ciudad alegre, abierta, donde los ciudadanos trabajan duro, pero también se divierten y gozan de la vida minuto tras minuto porque, después de todo, ellos mejor que nadie saben que no hay nada como la libertad.

Además, a la chica del hotel no le está prohibido aceptar invitación para ir a cenar...

Berlineses por propia elección

"Si a alguna parte de Alemania quisiera yo venir a vivir definitivamente, sería Berlín", le dije aquella fresca tarde de otoño a Gonzalo Valdivia.

Valdivia, joven estudiante boliviano, tiene siete años de estar en Berlín. Conoce todos los recovecos de su nomenclatura. Me llevó en su coche por la ciudad, hasta que nos decidimos por una pausa de cerveza en la amplia acera de Kurfürstendamm.

"Así dicen muchos visitantes", repuso entonces mi acompañante.

"Soy uno de los berlineses por propia elección. Esta ciudad me ha ganado", agregó.

Berlín es quizá la ciudad que está más cerca del corazón no sólo de todos los alemanes, sino de los extranjeros que han llegado a tierras de Alemania. No es de extrañar que ocupe el primer lugar como la ciudad alemana más visitada, todos los años. Muchos de sus huéspedes son alemanes, pero en grado mayor lo son de todos los continentes. Y entre los así llamados "berlineses por propia elección" figuran no pocos ciudadanos germanos de acentuada relevancia política, como el ex alcalde de la ciudad y actual Ministro de Relaciones Exteriores, Willy Brandt, quien fue tan "berlinés" como el que más, cuando le tocó desempeñar su delicada misión política en la ciudad.

Los dos primeros presidentes federales de Alemania, Theodor Heuss y Heinrich Lübke, forman también la estirpe de los alemanes ilustres que demostraron acendrado amor por la antigua capital del Reich, y no eran originarios de Berlín.

Pero el testimonio más conmovedor que hombre alguno haya dejado en la historia política berlinesa como manifestación de amistad y simpatía por Berlín y por los berlineses, lo constituye sin duda el del ex Presidente Kennedy, quien terminó así un memorable discurso en el Palacio Comunal de la ciudad, mientras todo Berlín lo escuchaba emocionado:

“Como hombre libre —expresó— estoy orgulloso de decir: ¡yo también soy un berlinés!”...

Manifestación de tan espontánea cordialidad y simpatía, como la que surgió en labios de Kennedy, en el fondo es la reacción natural de todo visitante que llega a Berlín y queda prendado de los encantos de la ciudad, tanto como del carácter, hospitalario y abierto, de sus habitantes.

Lo normal es que se pierdan los amigos en la necesidad, en el duro instante de la prueba y del infortunio. Pero esta ciudad, que como ninguna otra vivió días de amargura sin nombre a causa de la guerra, ha sido precisamente la que más amigos ha conquistado en el mundo.

Berlín me atraía desde hace algún tiempo y era para mí como una muchacha de cabellos rubios, en cuyos ojos azules veía guiños coquetos, invitando a la aventura romántica del viaje y al encuentro emocionado con un nuevo paisaje espiritual.

Me acogió como a un amigo conocido. Me dejó andar libremente y como uno de sus súbditos recorrí con la mirada las cosas de la ciudad, sabiendo que en cada perspectiva un amplio panorama de riqueza cultural, de civilización, de trabajo fecundo y vida rebosante se me concedía, al menos por un instante, para degustarlos a plenitud, mientras aspiraba el aire fresco, sano, vivificante, con que embalsaman la ciudad los bosques de pino que la rodean.

Para el escritor Walter Klaulehn, Berlín tenía “un aire de champaña”. Para mí lo tuvo de rubia y generosa cerveza burbujeante.

Un pedazo de América en suelo alemán

No es difícil comprender por qué en Hamburgo, como en ninguna otra ciudad alemana, el visitante latinoamericano escucha a cada paso el acento familiar del propio idioma.

Pero no basta, para ello, recorrer la ciudad, porque el fenómeno se explica por diversos motivos.

En primer lugar, Hamburgo es uno de los principales puertos de Europa. Allá llegan nuestras exportaciones. Y de allá salen hacia América los productos alemanes. En la ciudad hay numerosísimos consulados latinoamericanos. Los hombres de negocios germano-iberoamericanos, que hoy sostienen una conferencia en Caracas, Santiago o México, al poco tiempo se reencuentran en Hamburgo. La población estudiantil latinoamericana de Hamburgo no será tan numerosa como la de Colonia o Bonn; pero es lo suficiente como para que en ciertos lugares de la gran ciudad se produz-

can frecuentes reuniones de estudiantes hispano parlantes. En los hoteles, en los teatros, en los tranvías y en todo lugar público, surge con frecuencia el idioma español y uno acaba por sentirse, a veces, como en su propia tierra.

Quizá, como en ninguna otra parte, esto se produce en el famoso barrio de St. Pauli, en una de cuyas tabernas —bien cerca de los atracaderos— vi marinos españoles, mexicanos, chilenos y uruguayos, entusiasmados hasta el delirio con una rockola que tocaba música latinoamericana.

“Para nosotros no hay cosa mejor que St. Pauli cuando llegamos a puertos de Europa”, me dijo una noche un marinero chileno. Yo, sin serlo, me sentí entonces marino y le di la razón.

Pero no dejé pasar el siguiente día sin dar un paseo por la plaza Bolívar de Hamburgo. Era una mañana fría, aunque el sol alumbraba a plenitud. Me senté muy cerca del pedestal donde se alza airosa y dominante la estatua del Libertador, para sentirme más cerca de mi raza, evocar las glorias del gran venezolano y saborear la emoción de aquel instante como recuerdo memorable. La alegría —diría mejor— pensando en Schiller, porque en ese sentido podía yo también repetir el verso del gran poeta: “todos los hombres se sienten hermanos”. No era para menos si, sobre suelo alemán, uno llega a sentirse como en un pedazo de América.

Por éste y otros motivos la amistad de Alemania con Hispanoamérica se siente, se revela, se manifiesta plena en Hamburgo. Los alemanes no han olvidado ni a Bolívar ni a Humboldt, que acercó con su obra de investigación científica a los dos continentes.

Esa aproximación no se ha roto sino que se mantiene y acrecienta gracias sobre todo al interés de los propios alemanes.

München

Aquel hombre larguirucho y rubio me veía desde lejos y se acercaba a mí a grandes zancadas.

La estación del Ferrocarril en München, hervía de gente. Yo estaba ahí solo entre el ir y venir de aquel oleaje humano. Abrazos. Despedidas. Encuentros. Ese ambiente propio de aeropuertos y estaciones de ferrocarril.

“Soy Erick Vogler, su guía e intérprete aquí en München”, me dijo el hombre que, segundos antes, me había avistado, como si ya me conociera. El era mi “contacto en München”, al que alguien, desde Stuttgart, había dado mis señas: “Es un joven. Además de valija, lleva una maquinita de escribir. Su abrigo es gris”.

De manera que el hombre larguirucho y rubio me reconoció al instante. Agarró con sus manazas la valija y me llevó al hotel.

* * *

En el "Excélsior", en pleno corazón de Múnich, hay gente de muchas partes de Europa. Estamos en Otoño (noviembre de 1967) y pronto comenzará a nevar. Los turistas irán a los Alpes Bávaros, a corta distancia de aquí, para temporal o participar en los deportes de invierno. Otros vienen por la temporada de conciertos que en estos meses entusiasma a los públicos de toda Alemania, y no sólo a los muniqueses, por más que se diga que ésta es la ciudad de la música y de las artes. En Otoño no hay una sola ciudad importante de Alemania donde falten noche tras noche espectáculos artísticos de la mejor calidad, como no podía ser de otro modo tratándose precisamente de esta tierra que ha tenido hijos como Bach, Beethoven y Goethe.

Eran las seis de la tarde cuando, desde una ventana en el cuarto del hotel, vi el reloj de una iglesia. Múnich estaba ya a oscuras. Había neblina. Y frío. Este frío que anticipa las crueles temperaturas del invierno europeo pero que a mí, francamente, me encantó. Nada mejor —me dije entonces— que salir sin rumbo por esas calles, aspirar el sabroso aire templado a pulmón lleno y andar y andar en medio de sorpresas y atractivos, como abundan por doquier en esta ciudad grande y hermosa, donde lo antiguo y lo moderno se mezclan armoniosamente y los contrastes son más atractivos, cuando le permiten a uno sentirse en el pasado y en el presente al mismo tiempo.

De modo que aquella primera noche en Múnich hice a un lado al intérprete y me fui ("sin otra luz ni guía, sino la que en el corazón ardía") a una de esas inmensas cervecerías, donde el rubio brebaje se toma por litros, en medio de música y coros de los presentes.

Los alemanes van a este tipo de cervecería "en familia", como aquí solemos ir a las pupuserías o a los Drive-Innes".

Se dice que la cerveza nació en Alemania, en Múnich precisamente; pero no olvidemos que —según la Biblia— los albañiles que construían la famosa torre de Babel se emborracharon con esa bebida, por lo cual se diría es tan vieja como el hombre.

Cuando al día siguiente Vogler me preguntó cómo me había salido de noche, "fuera de programa", le contesté que la cosa era muy sencilla. Ningún visitante se pierde en una ciudad por grande o populosa que sea, con tal de acordarse del nombre del hotel donde se hospeda. Yo, por fortuna, aún me acordaba del mío cuando hube terminado aquella incursión nocturna. Le dije al taxista, nada más: "Jótel Excélsior". Y a los minutos estaba en mi cuarto.

* * *

Día domingo en Múnich. Ha amanecido despejado y brillante.

La temperatura sigue bajando, pero todavía hay cafeterías y exposiciones al aire libre en el barrio bohemio y universitario de Schwabing, donde dicen que estudiar “es peligroso” (y lo es sin duda, a juzgar por el número de tabernas frente a las aulas universitarias) y se da cita la gente de letras del Sur de Alemania.

“¿Te gusta el Fútbol?”, me preguntó Vogler y, sin pérdida de tiempo nos encaminamos al estadio principal de la ciudad, donde aquella tarde jugaban el equipo local Bayer Münchenn y el visitante Hamburgo. En ambos cuadros había dos figuras que en Europa, o en cualquier parte del mundo, son más populares que ninguna otra gente: Beckenbauer en el equipo local y Uwe Seeler en el visitante. Seeler, pequeño de estatura, calvo y joven aún. Beckenbauer, alto, elegante, aún más joven.

“Siempre que este hombre juega, hay por lo menos dos o tres mujeres que se desmayan en el estadio o frente al televisor”, me dijo Vogler.

* * *

Mi programa en Múnich era de tres días y en ellos vi tanto, que no pararía de contar.

No olvidaré jamás aquella excursión a los Alpes Bávaros, cuando llegamos a un hotel donde mi guía y yo hubimos de consumir vino a más no poder, porque ¡hacia tal frío! la nieve venía ya amenazante, bajando por las montañas y, como el mismo Tácito lo reconoció siglos antes, nada reconforta mejor que el buen vino, que “alegra el corazón”, según había dicho el sabio Salomón.

Ultima noche en Múnich. Vamos con Vogler al “Blow Up Center”, meca de los hippies en esta región de Alemania. Es una de las mayores atracciones turísticas de la ciudad. Se trata de un gran teatro, de aproximadamente una manzana, donde noche tras noche hay música y baile. Guitarras eléctricas. Mini faldas. Melenas. Luces psicodélicas. Whisky. Música. Más música. Go-gó hasta el amanecer. Aquí estuvieron Los Beatles, en la inauguración.

Y como Vogler, mi intérprete, tiene 25 años y yo no he cruzado aún la esquina de los 30, ¿cómo íbamos a perdernos una noche en el Blow Up? En aquel lugar, dicho sea de paso y para terminar, todo era de maravilla, a comenzar por la amplia y deliciosa gama de chicas alemanas, griegas, italianas o francesas, listas para el dancing o para una plática cordial sobre Brecht, Hermann Hesse, Teodorakis, Bellini o Bergman.

La mesa, en el centro de Europa

He viajado unos cuantos kilómetros dentro de la Selva Negra alemana

para ir a uno de los hoteles de montaña más impresionantes de esta maravillosa región en el centro de Europa.

Estoy en la cúspide del Monte Entzal y desde aquí, en línea paralela, se ve el elevado pico de la región montañosa que comienza en Alemania, cerca de Stuttgart, y termina en Francia pasando por Austria.

* * *

Entre la ciudad y el campo está el límite que separa las creaciones del hombre y las de Dios.

Cierto que la ciudad es el mejor invento del hombre. Pero un invento todavía no terminado. Seguramente llamado a no terminarse nunca. Creación humana no sólo imperfecta, sino superficial, percedera porque está lejos el día en que el hombre se dé por satisfecho de sus creaciones y deje de alentar en él la inquietud por modificar las cosas, hasta lograr una medida de satisfacción y equilibrio.

Si en la ciudad todo trasciende, todo se cambia y transforma, en el campo sucede lo contrario. Piedras, montañas, árboles, ríos y lagos, animales, caminos y precipicios se conservan desde el principio primitivos y elementales, como recién amanecidos a la luz de la creación.

Así es el paisaje. En Alemania como en cualquier parte del mundo. Así es la naturaleza, por supuesto no aquella que los filósofos han dado en considerar relacionada con el carácter, el modo de ser del hombre, sino la más fiel a la imagen secular de los primeros tiempos, al propósito inicial del Creador.

Por eso, cuando el hombre de la ciudad llega a la naturaleza, todo lo que mira constituye una sorpresa generosa. A cada paso, un nuevo motivo de contemplación.

El amplio panorama de los bosques, los ríos, las verdes llanuras, las altas montañas, las aldeas y monasterios medievales, están aquí en la Selva Negra alemana como patrimonio universal que ha de poseer el viajero tantas veces como su corazón palpita emocionado.

Este es, para mí, uno de los motivos que hacen feliz la ruta del viajero por Alemania. Porque le permite a uno trasladarse al pasado, y conocer mucho de lo que este país conserva, todavía, como huella histórica imborrable.

* * *

Pero entre las cosas bellas y agradables que hacen memorable una incursión por la patria de Goethe, Beethoven, Kant, Schiller y Bach, hay que destacar —y no en último lugar— la buena comida y el sabroso vino.

Yo, pecador hambriento, diría como Byron que la felicidad del hombre “depende con mucho de la comida, desde que Eva comió manzanas”.

En la Selva Negra el clima pasa hoy la transición de Otoño a Invierno. Y aunque aquí hace mucho frío, “esto no es nada —me ha dicho la señorita Müller, mi acompañante— comparado con la temperatura de diciembre y enero, cuando cae la nieve”.

Los espesos pinares están todavía revestidos de verde follaje. Una densa niebla impide ver, por momentos, el panorama que separa las amplias puertas de vidrio del “Hotel de los Cazadores” y la imponente montaña donde los pinos crecieron con prodigiosa exuberancia.

En el fondo del valle está la ciudad de Willbad, donde se diría hay más hoteles que residencias, pues el turismo llega aquí de todas partes de Europa.

Para subir al hotel hemos rodeado al Entzal por una angosta carretera pavimentada donde los venados abundan, a pesar de que la especialidad del hotel es precisamente la carne de venado.

A propósito, si llegar a un país bello, como Alemania, constituye un motivo de satisfacción para el viajero que anda con los ojos abiertos y la sensibilidad bien afinada, no lo es menos si, durante el recorrido, va tras el descubrimiento de los nuevos platos, o la bebida aún no paladeada.

Cierto que las comidas y bebidas alemanas gozan de fama internacional. Pero no es lo mismo enterarse de ello desde lejos, que de muy cerca. Hasta no probar, no creer, diría yo.

Algunos folletos turísticos sobre gastronomía alemana traen generalmente esta frase: “Alemania le pone la mesa en el centro de Europa”.

Y la mesa es grande. Grande y fecunda como el paisaje alemán. Sus ensaladas traen la fragancia de los huertos, el color y el olor de la campiña, un cierto aroma que sabe a resina de pinares, a fragantes manzanos y viñedos.

La diversidad de platos es considerada algo típico de la gastronomía alemana. Por lo demás refleja una característica social todavía muy acentuada en ciertas regiones alemanas, en el norte como en el sur. Digamos ésta: que en Bavaria se habla dialecto bávaro, y para los alemanes del norte resulta difícil entenderse con los bávaros.

Porque si una de las cosas que dan la tónica excepcional a los países está en su comida, ello se debe a un hecho social e histórico muy peculiar: que en la comida se conjugan tradiciones y costumbres peculiares. Hechos históricos sobresalientes. Acaso pequeñas anécdotas, las cuales en ciertos casos han determinado modificaciones en el lenguaje, y en las características propias del hombre.

Háblase, por ejemplo, de la comida francesa como la mejor del mundo, y es seguro —al menos cabe suponerlo— que en ello tiene que ver el hecho de que la palabra “restaurant” fue pronunciada por primera vez en Francia, “menú” es un término puramente francés, mientras que “corte”, del que se ha derivado “cortés”, es de origen germano.

Esto último debemos relacionarlo con la cortesía característica de cocineros y camareros alemanes, que obliga a un tratamiento recíproco en hoteles y restaurantes. Al camarero se le dice: “Herr Ober”, que quiere decir “señor camarero”.

Esta cortesía, tan proverbial de los camareros alemanes, no puede considerarse sin relación a un invento que revolucionó en todo el mundo el servicio de restaurantes. Sólo que no se originó en un restaurante, sino en una corte, cuando a un Duque alemán se le ocurrió presentar a sus invitados una lista de los platos disponibles para la cena.

Allí nació el ahora universalmente reconocido “servicio a la carta”.

El hombre alemán ha sido así tradicionalmente ingenioso para las nuevas ideas. Y cada nueva cosa inventada produciría una variedad social de la nacionalidad alemana hasta hace poco tiempo todavía acentuada.

Aunque es fácil advertir que cada región de Alemania tiene sus peculiaridades, que se reflejan indistintamente no sólo en sus calles, forma y color de sus casas, sino incluso en el carácter de los habitantes, costumbres en el vestir, en el comer, acentos particulares en el hablar, etc., las vías de comunicación y la propagación del turismo internacional universalizan cada vez más las costumbres y hoy no hay región del territorio de Europa Occidental que no sea conocido por el hombre europeo.

Alemania, por lo demás, fue y sigue siendo crisol de tendencias y tradiciones diversas.

Si consideramos esto con relación a la gastronomía, pues en Alemania también se han reunido los diversos secretos del arte culinario universal.

Es un hecho que la evolución de la humanidad modifica las costumbres y gustos del hombre. Si hoy se habla de “arte culinario”, es seguramente porque no podía considerarse como tal lo que los griegos antiguos hacían, según cuenta Homero, con los bueyes, que los asaban enteros en fuego abierto.

Hasta hace poco tiempo se guisaba a “puro cálculo”, y eran desconocidas las ventajas del termómetro para comer bien.

Ahora que, comer bien no significa únicamente digerir alimentos exquisitamente preparados. La buena mesa dice relación con la buena postura de platos y cubiertos, con el color de los manteles y flores y, por

supuesto, con aquello que ha de poner de su parte el comensal: los “buenos modales”.

La comida no es tampoco el aprovechamiento utilitario de los recursos naturales, por más que el término “arte” aplicado a la preparación de los alimentos, haga pensar en la clasificación escolástica de artes útiles y bellas. El acto de comer nos identifica con Dios y la naturaleza, y de ahí proviene el hábito cristiano de alabar a Dios después de las comidas.

Platón tituló como “Banquete” aquella obra suya sobre el amor, porque la comida da ocasión para la conversación y el diálogo, para el amor.

Pues comer bien no basta si no se está bien acompañado. Cicerón exigía como condición necesaria del buen banquete, *“la presencia de los amigos y el gusto de su conversación”*.

Y he de concluir trayendo a la memoria el pensamiento de los maestros griegos —que hacían de la comida un acto de enriquecimiento espiritual— en honor de la señorita Müller, en cuyos ojos verdi-azules se refleja esplendorosamente toda la maravilla del paisaje alemán, hoy que los pinos dicen adiós al Otoño y se preparan para revestirse del traje navideño que Natura les trae, blanco y nevado, como las barbas de Santa Claus.



PALABRA SIN TIEMPO

Juan Ramón Uriarte:

Cuzcatlanología

317

JUAN RAMON URIARTE

Notable maestro, ensayista e investigador salvadoreño (1884-1934). Su obra, impregnada del más pristino sentimiento didáctico, aporta a la formación del hombre salvadoreño integral. En 1926 publica su breve pero muy significativa obra "Cuzcatlanología (Folklore salvadoreño)", que hoy CULTURA reproduce por primera vez.

Juan Ramón Uriarte

CUZCATLANOLOGIA

(Folklore salvadoreño)

Investigar en el folklore es servir al pueblo
y a la nacionalidad. VICENTE ROSSI.

En frases sencillas, mas persuasivas, con gala claridad bajo un ropaje hispano, Juan Ramón Uriarte ha hecho ver una necesidad de carácter nacional, que él "involucra" en dos palabras nuevas, pero expresivas: SALVADOREÑIDAD Y CUZCATLANOLOGIA.

Fijese el lector, no en la forma sino en el fondo de las palabras, y después, en la trascendencia del movimiento que encauza en nuestro país Juan Ramón.

El Salvador se encuentra en estos momentos en vía de perder todas sus tradiciones indianas, y nos vamos a quedar sin los datos del folklore salvadoreño prístino, sin motivos de literatura nacional, sin elementos suficientes para reconstruir nuestra vida indiana y colonial (la vida VIVIDA) . . .

Los progresos de El Salvador colocan a nuestro país en el grado de que, pocos años más, se habría perdido por completo, todos los elementos científicos, artísticos, etc., que el folklore puede darnos de las civilizaciones pasadas y del modo de ser nacional . . .

La obra de Juan Ramón Uriarte, esencialmente motora, debe ser tomada muy en cuenta y provocar en los jóvenes el deseo de contribuir a la SALVADOREÑIDAD creando la CUZCATLANOLOGIA.

JORGE LARDE

319

NOTA BENE

En el Teatro Colón, el 4 de Julio de este año,* a excitativa del maestro Sierra Magaña, que tiene a su cargo la Dirección General de Cultura Artística, leí la mayor parte de las páginas que siguen como número del programa del recital organizado aquel día.

Como el exordio fue improvisado, en vista de las circunstancias del momento, no puedo rehacerlo ahora. Mas, debo hacer constar que tuvo por objeto principal hacer ver la necesidad de fomentar la educación estética en las clases populares.

La causa de no haber leído todo el texto de la conferencia, fue el reducido tiempo de que me propuse disponer para no fatigar la atención del auditorio; porque como dije, y repito aquí, mi propósito es, más que todo, despertar el interés de los patriotas salvadoreños por salvar de la disolución a nuestro folklore.

Recoger, catalogar y estudiar cordialmente nuestro saber y artes del pueblo, es un deber que corresponde a todos los salvadoreños según sus posibilidades.

* 1926.

CUZCATLANOLOGIA

CAPITULO I CONCEPTO

Definición provisoria:

La mejor definición de una disciplina, en particular cuando ésta es poco conocida, es la que se da de ella después de haber hecho su exposición y crítica, la que va al fin y no al principio. Pero siempre es bueno partir de una definición provisoria y breve que nos sirva de vértice de demarcación en los estudios.

Digamos, por consiguiente, que **Cuzcatlanología** es el folklore salvadoreño. Es decir, el saber de nuestro pueblo, que ya es necesario recopilar sistematizadamente.

Folklore

En 1846 William J. Thomas propuso en Inglaterra, en un círculo literario, esta palabra formada por las siguientes voces: **folk**, gente, pueblo, raza, y **lore**, doctrina, enseñanza, saber. Saber popular.

Treinta y siete años después, la **Folklore Society**, de Londres, que ya había orientado sus estudios, promovió una discusión para determinar el sentido y alcance de la terminología ideada por Thomas. Resolvióse que el folklore comprende:

1º—Narraciones tradicionales (cuentos populares, cuentos de héroes, baladas, canciones y leyendas locales).

2º—Costumbres tradicionales (costumbres locales, fiestas consuetudinarias, ceremonias consuetudinarias, juegos).

3º—Supersticiones y creencias (brujería, astrología, supersticiones, prácticas de hechicería).

4º—Lenguaje popular (dichos populares, nomenclatura popular, proverbios, retintines y adivinanzas).

Sustitutivos verbales

Era natural que el término folklóre, aun después del segundo congreso internacional sobre la materia, el de Londres, 1891, que cimentó la nueva ciencia, encontrase en cada país resistencia patriótica, no sólo en las clases populares, sino en las más cultas de la sociedad.

En España se crearon las siguientes voces para expulsar del castellano al intruso voquible: **demología, demopsicología, demotecnología, demopedia, demótica, demosofía, etc.**

En **Suramérica, patrología, patrogenia**, y otras iguales o parecidas a las de la Península Ibérica.

En **Alemania, volkskunde y volkslehre.**

Y así en el resto de Europa.

Como se nota, el sentimiento nacionalista ha buscado afanoso una voz propia para designar lo que tiene de más propio, legítimo y autóctono cada pueblo.

Pero no ha sido únicamente ese noble sentimiento el que ha movido a los estudiosos del saber popular a concebir una dicción que sustituya con creces al vocablo inglés. La estrechura conceptual del folklóre, que no permite abarcar las nuevas conquistas de la investigación científica, ni expresa tales estudios, ha sido causa a sí mismo para ensayar nuevas nominaciones.

Demosofía y demótica

Folkloristas y filólogos españoles, para subsanar los inconvenientes conceptuales antes advertidos, propusieron, sin éxito parece, esta terminología:

Demosofía (de **demos**, pueblo, y **sofia** ciencia) para la integración del material folklórico.

Y **demótica** (de **demotikós**, relaciones con el pueblo para la ciencia

o teoría que estudia lo que piensa, siente, quiere y realiza el pueblo a través de sus tradiciones.

Como esas expresiones se prestan muy bien para designar las dos partes sustanciales en que se divide el folklore, habría sido necesario, al adoptarse, inventar una tercera que las enlazase en una sola acepción fundamental.

No pensamos que se pueda constituir dicha expresión con raíces de las lenguas muertas a que recurren en casos similares los forjadores de nuevos técnicos.

Folklore y Volkskunde

Diferencia semejante existe entre folklore y su sinónimo alemán volkskunde.

Lore of the folk quiere decir **saber del pueblo**, sabiduría tradicional de las clases populares sin cultura en las naciones civilizadas. Lo que sabe y siente el pueblo sin los medios de divulgación con que contamos hoy día. No lo que se sabe del pueblo.

La voz germana, **volkskunde** que significa noción, conocimiento, noticia del pueblo, es la sabiduría acerca del pueblo, e incluye no sólo la vida intelectual del pueblo, sino sus artes e industrias vernáculos. Vale decir, la ciencia social descriptiva del pueblo.

Ambos conceptos se complementan en el desarrollo alcanzado actualmente por el folklorismo.

Cuzcatlanología

No podemos, pues, nominar nuestro rico acervo folklórico disperso con la nomenclatura hasta aquí examinada.

Creemos, sin embargo, que folklore debe ser un término universal para titular las creencias y costumbres, narraciones y frases, artes y oficios, ideas y conocimientos de un pueblo. Tan es así que, para aplicar el vocablo a una nación determinada, es preciso adicionarle un adjetivo. Así se dice: folklor salvadoreño, folklor mexicano, etc.

No parece bien, por otra parte, nombrar cosas genuinamente propias y estudios sobre tales cosas con voces de rebelde sabor extraño.

Folklore, además, ni siquiera se ha dejado romancear como **meeting, interview, ritornello, steep, walkyrien**, etc., que escribimos como pronunciamos: **mítin, interviú, ritornelo, estep, valquiria**, etc.

Hace muchos años que Ricardo Rojas, en su patria, la Argentina, insinuó que se escribiese folklore como se pronuncia; foclor. No prosperó, como él dice, esta grafía. Y el ilustre publicista ha tenido al fin que seguir la ortografía corriente.

Si casi después de un siglo de haber brotado de la mente de William Thomas la feliz palabra, no ha cambiado su morfología ni su fonación, y aún no es familiar en las lenguas cultas que le han abierto sus léxicos, debemos aprovechar tales circunstancias para designar nuestro saber esotérico y su teoría con un neologismo de pura cepa natía.

Cuzcatlanología es la voz que proponemos.

Como salta al análisis, está integrada de Cuzcatlán (*), nombre del señorío antiguo del cual arrancan los orígenes vitales de nuestra nacionalidad que estamos todavía forjando, y la raíz griega **logos**, discurso, razón, tratado, ciencia.

Hemos interpolado entre ambos términos una **o** para dar sonoridad al compuesto verbal, conforme a la ley fonética del énfasis.

Cuzcatlanología, en resumen, incorpora en amplia acepción todos los conceptos que hemos contemplado en los párrafos anteriores.

Es ciencia

Varias veces hemos dicho que el folklore constituye una disciplina. Es ciencia propia, distinta, relacionada, se sobreentiende, con las demás ramas del saber humano.

Considerando el concepto **ciencia** desde el punto de vista latino y también anglosajón, reviste tal prestancia que se cree que fuera de las ciencias numeradas en las clasificaciones de los textos de enseñanzas, no se puede ni se debe asignar con tal palabra cualquier estudio que no realice análisis ni síntesis necesarias. De ahí que en el criterio latino, en particular, no es grato ni digno llamar sabio al hombre cotidiano, sin gloria, pero capaz, sino que diríase que aquella mágica palabra sólo debe colocarse, como diadema, sobre las frentes rugosas y marchitas de ancianos que imperan en el mundo —cambiante y deleznable—, de los conocimientos.

Los alemanes dan a la palabra **ciencia** un concepto modesto, humano. Valga decir, exacto, fecundo. Para ellos, ciencia es toda labor intelectual conducida con método y propósito serio. No es insólito,

* Seguimos la ortografía defendida con tanto talento por el profesor Lardé.

pues, que entre los germanos se denomine sabio a cualquier hombre que sepa realizar sus estudios en torno de un valor o de una finalidad científica.

La Cuzcatlanología debe ser ciencia entre nosotros. Nueva, no sólo porque hasta la fecha ni siquiera se ha recogido ni menos catalogado el copioso material diseminado de nuestro folklore, sino porque su estudio, al efectuarse, debe ser metódico, comparativo y científico.

CAPITULO II TRASCENDENCIA

Importancia del folklore

Son muchas las asociaciones libres de cultura folklorista que existen en Europa y América. Algunas cuentan con museos y hasta con laboratorios de historia y literatura.

Se publican muy importantes revistas especiales en inglés, alemán y francés.

La bibliografía folkloriana se ha enriquecido en estos últimos años con obras generales y de investigación científica.

En los catálogos folklóricos se registran a millares las copilaciones llevadas a cabo con paciente y vigilante labor por agrupaciones y particulares. En la Argentina, los maestros de escuela han efectuado un trabajo de rebusca y catalogación sin precedente en ningún país.

Todo esto evidencia la importancia que presenta el folklore en todas las partes. Muchas disciplinas van a buscar en la corriente de la tradición arenas de oro para estudios históricos, sociales, religiosos, políticos, literarios, artísticos.

Entre nosotros no se ha hecho nada, absolutamente nada. Ni siquiera, repetimos, se ha recogido el abundoso material en prosa, verso y música que se halla esparcido en nuestros pueblos.

En las creencias, supersticiones, mitos, leyendas, brujerías, refranes, canciones, curanderismo, juegos y otras múltiples formas del espíritu social popular, ¡cuánta luz brotaría del análisis!, ¡cuántos secretos se harían florecer en el fondo oscuro de la tradición!, ¡cuántos ecos pretéritos percibiría el oído aplicado al corazón del pueblo!

Veamos concretamente la trascendencia del estudio científico de nuestro folklore desde algunos puntos de vista.

Salvadoreñidad y Cuzcatlanología

La nacionalización de un país, principalmente mozo y pujante

como el maestro, es obra ingente, y compleja y quienes a ella se consagren, además de poseer voluntad airosa y encendido entusiasmo, deben imantar su ideal con enseñanzas profundas de diversas ciencias.

Nacionalizar, por tanto, significa mucho.

Nacionalizar es hacer energético y esforzado a un pueblo para que viva de sí mismo en cuanto sea posible.

Nacionalizar es complementar la independencia cultural y científica, y la independencia espiritual y de nosotros mismos como seres sociales.

Nacionalizar es bordar con vías modernas de comunicación el territorio patrio y poblar de hélices el cielo.

Nacionalizar es individualizar el país, imprimiéndole personalidad y fisonomía por medio del cultivo y superación de sus caracteres propios.

Nacionalizar . . . es más, mucho más todavía.

En la nacionalización de El Salvador —nuestro ideal en este siglo— ninguna ciencia contribuye tanto y con tanta eficiencia como la Cuzcatlanología, puesto que por ella podemos saber cómo debemos imprimir esa personalidad y fisonomía a su individualización que es preciso acentuar debidamente.

La Cuzcatlanología nos enseñará cuáles son los caracteres distintos y auténticos del alma nacional salvadoreña, y qué es lo que hay en nuestra ciencia social descriptiva de exótico, de inarmónico, de adoptado para intensificar y desenvolver lo fundamental por medio de la educación y de la herencia y para depurar lo impropio.

En ese creciente inventario de lo que nos queda en el tiempo presente de las creencias y costumbres del tiempo pasado, nuestros investigadores encontrarán las razones primarias de los elementos de nuestra teoría social, la morfología de nuestra sociedad y su evolución y las leyes de nuestro progreso en general.

La Cuzcatlanología es la base de nuestra salvadoreñidad.

Historia y Cuzcatlanología

Abrigamos la vigorosa certidumbre, por lo muy poco que hemos investigado, que cuando la filosofía de la historia escudriñe nuestro folklore, no sólo se tendrán que rectificar radicalmente muchos conceptos considerados hasta ahora como legítimas consecuencias de los fenómenos históricos, sino que, lo que vale más, surgirán múltiples y fecundas revelaciones que impondrán nuevos valores en la vida nacional salvadoreña.

Una de las verdades históricas, por ejemplo, que más prevalecen en la enseñanza, es la de que nuestra deuda de reconocimiento a la conquista y aun al coloniado es tan máxima, que estaremos insolventes por algunas centurias todavía. Pues bien, este concepto sufrirá con el estudio del folklore una transformación virtual: quedará reducido a su expresión mínima, justa.

Y una de las trascendentales revelaciones, verbigracia, que la investigación folklórica hará brotar bizarramente, será la de que la mentalidad del conquistador no era superior a la del conquistado.

Incorporadas aquella rectificación y esta revelación a la lógica social, nuestro pueblo tendrá conciencia plena de su capacidad y confianza en la potencia de su voluntad. Porque así como durante los siglos del coloniado y mucho tiempo después, nuestros progenitores escucharon tanto y tan sólo la voz del dominador que les decía que eran inferiores, incapaces, inútiles, que llegaron a formarse, por la sugestión y el contagio, la idea de que realmente lo eran para la vida civilizada; asimismo, al repetirnos ahora a nosotros mismos y a nuestros hijos, con pruebas fehacientes en la mano, que no somos inferiores a ninguna nación (en varios sentidos, al contrario, somos superiores a muchos pueblos de Europa), se creará, por el mismo poder sugestivo de la herencia, el sentimiento de autoaprecio, de capacidad, de confianza en lo nuestro, de dignidad, que tan necesario nos es para realizar la nacionalización de nuestra patria.

Sabiduría popular

En la infancia de los pueblos, la ciencia se halla contenida en las canciones que sirven para fijar los conocimientos empíricos y para perpetuarlos en las memorias de las gentes. Era natural que así fuese: Por eso, los poetas han sido los primeros sabios con que ha contado el progreso humano.

Y aún después que las ciencias se emanciparon y se constituyeron en terreno propio, el saber esotérico, no ha dejado de influir en la cultura. Porque el saber no es patrimonio exclusivo de las inteligencias. El pueblo sabe muchas cosas mejor que los hombres de ciencia, porque, además de la experiencia tradicional y propia, hace uso de un excelente medio de conocimiento, desdeñado por las disciplinas científicas: la intuición.

El investigador verdadero es el que, sin alejarse del determinismo fenomenal, no da espaldas a la sabiduría popular ni a las fuentes de conocimiento que la ciencia positiva llama apriorísticos. Al contrario;

dirige su observación, experimentación y razonamiento inductivo y deductivo en el mundo extraordinario del folklore.

Sensible que no podamos exponer algunos casos concretos del saber popular en sus múltiples manifestaciones. En los procedimientos y recetas populares para la curación de enfermedades, por ejemplo, no todo es ridículo ni absurdo como a flor de examen aparece. Hay secretos medicinales que arrancan de muy lejos: de los amérinas.

La actitud del observador científico, ante este raudal del folklore, para que sea útil y fecunda, debe ser abierta, franca, reduciéndose a observar, descubrir, comparar y clasificar, según sus analogías y diferencias, a fin de llegar, por último, al conocimiento de sus condiciones determinantes y leyes empíricas por medio de la inducción.

Sólo así, nuestra farmacopea se enriquecerá con medicamentos naturales que por ser de nuestro propio ambiente tienen sin duda que ser más eficaces que muchos que importamos.

Paremiología

Es la ciencia de los refranes. En el folklore abundan maravillosamente.

Los refranes son fórmulas poéticas del pensar y del sentir del pueblo. Son también la expresión breve y sugestiva de sus observaciones prácticas relacionadas con sus faenas cotidianas. Más todavía: comprenden todas las actividades de la vida nacional.

Los refranes que más fluyen de la boca del pueblo son los que se refieren a las costumbres y creencias tradicionales. Son proverbios normativos de la conducta. También abundan los adagios que atañen a la agricultura y a las supersticiones.

Muchos de los refranes filosóficos llegan a ser verdaderos poemas abreviados, como ha observado un crítico.

Los refranes los hace el pueblo. Quizás surjan de algún ingenio civilizado. Pero es el pueblo quien los pule y los pone en la legítima circulación en el mercado folklórico.

Examinando estas sentencias populares, se nota que muchas impresionan por su gracia, otras por su malicia, no pocas por su profundidad y todas por la gran dosis de sentido común que caracteriza al pueblo.

Al estudiar detenidamente los refranes y retintines populares, podrían nuestros cuzcatlanólogos determinar cuáles son las ideas filosó-

ficas, morales, políticas, económicas, etc., que más han influido en cada generación, y de esta manera hacer prácticas las reformas sociales que son necesarias en nuestra evolución.

En cuanto a los refranes que se relacionan con la agricultura, está probado que la ciencia que estudia las tierras y los cultivos, no ha hecho más que confirmar muchas veces la sabiduría popular encerrada en unas cuantas palabras que se graban en la memoria del pueblo por su expresiva arquitectura.

Arte propio

Si en su finalidad suprema, el arte señala el rumbo hacia el cual debe impulsarse la evolución humana, es necesario que cada pueblo y cada época posean su arte propio, real, legítimo.

Nación que vive del arte de otros pueblos, indica que no se halla debidamente constituida aún. Puede muy bien el objeto del arte ser universal, cósmico, pero siempre bajo la forma particular, correspondiente a las costumbres de cada país.

En otra ocasión, ya intentamos demostrar que nosotros hemos sido, como todos los pueblos civilizados, originales en la emoción estética, que es lo característico, lo propio, lo que vale; y que nuestra imitación, como la de los demás núcleos sociales, ha consistido y consiste en el hacer, en el modo de dar forma y transparencia al contenido de la vida, que no puede nunca servir de sello de originalidad, ni mucho menos de marca de dominio espiritual de una nación sobre otra.

El arte exige nacionalizarse en todo país libre. Primero, porque es preciso que cada pueblo aprenda a conocerse a sí mismo en sus artes. Y en segundo lugar, porque el artista necesita identificarse con las ideas y sentimientos de su pueblo y de su época.

En la Cuzcatlanología es donde debemos rebuscar el material primario para levantar, en cada etapa de nuestra evolución, la arquitectura de todas nuestras artes.

Así como en los párrafos de este capítulo, podríamos continuar destacando la importancia del resto de nuestro tesoro folklórico, desde puntos de vista de la cultura patria y de la nacionalización de nuestro país; mas, este trabajo tendría que tomar las dimensiones y características de un libro y no de una modesta disertación que es nuestro propósito.

CAPITULO III FOLKLORE MUSICAL

Misión de la música

Aunque muy breve, merece capítulo aparte la Cuzcatlanología musical. Siquiera para advertir que la ordenanza de nuestro folklore no está completa si no comprende, en sus variadas formas, la música y el canto, los bailes y las danzas y los juegos con que se solaza el pueblo.

La misión confiada a la música en este orden de estudios, escribe Felipe Pedrell, si ha de llenar cumplidamente los fines folklóricos, ha de consistir, en primer término, en la transcripción inteligente y concienzuda, exacta y rigurosa del canto tal como se presente para la voz, con o sin instrumentos acompañantes; y en segundo término, utilizando el documento recogido en la aplicación de la polifonía al ambiente musical, adecuado a la melodía transcrita dentro de sus modalidades propias, intentando en las antiguas, caídas en desuso, aquellos experimentos y aplicaciones a la polifonía moderna, llamada a enriquecer y ensanchar los restringidos ambientes de las tonalidades del arte moderno, o sea como han procedido, produciendo obras maestras de folklore, las escuelas escandinavas y rusas.

Nada podemos agregar nosotros a la admirable síntesis del ilustre musicólogo y compositor español.

Canciones populares

La canción surgió de la necesidad imperiosa de expresar ese sentimiento innato en el hombre que hace que su alma se escalofrúe ante lo bello y sublime.

En la antigüedad, los pueblos cantaban sus tradiciones, sus deseos y esperanzas, su religión y sus leyes, sus alabanzas a los dioses y los héroes, mucho antes que se conociese la escritura.

Ahora, los motivos de los cantos populares se han reducido mucho. No se buscan asuntos fuera de la pasión amorosa y las cuitas que origina su infortunio.

Como en esta clase de poemas líricos, sus autores —desconocidos por lo general— exteriorizan sus sentires personales, que son comunes a todos los hombres de su tierra y de su tiempo, nuestro cancionero, al recogerse, irradiará copiosa luz en el estudio de la demopsicología y del proceso biológico del ingenio popular.

Las canciones populares deben clasificarse por su métrica o género literario para facilitar su catalogación y análisis.

Bombas

Entre las coplas populares que enriquecen nuestro folklore, merecen especial estudio las **bombas**.

Como se sabe, son cuartetos que en los bailes o fiestas del pueblo arrojan, como flores, los danzantes a su pareja, suspendiéndose momentáneamente el baile, y que la compañera contesta con otra copla, más o menos graciosa, intencionada o picaresca, comenzando con el mismo verso obligado por lo general en esta clase de respuestas.

¿Cuál es el origen de las bombas entre nosotros?

Valdría la pena de comparar el folklore español con los de Iberoamérica, porque sospechamos que esta clase de coplas no han tomado en nuestro país ese nombre únicamente de la interjección con que en España, en ciertos convites, anuncia un concurrente que va a proponer un brindis, a decir una copla o a dar lugar para que se componga otra.

En una fiesta campestre, observada por nosotros en Santa Ana, uno de los danzantes, hijo del pueblo, quitándose el sombrero de palma, dirigiéndose a una moza, le dijo arrogante:

Las estrellitas del cielo
caminan de dos en dos.
Así camino, mi amor,
solito detrás de vos.

La moza, sonriendo y colocándose las manos en las caderas, replicó:

La bomba que me has echado
no me llega al corazón;
porque está tan encumbrado
como el cielo para vos.

Entre otras cosas, obsérvese marginalmente que **solito** es adverbio en la bomba: equivale a solamente. No adjetivo. Se encuentra así empleado en algunos romances castellanos que florecieron precisamente en el tiempo de la Conquista y que trajeron a América los soldados españoles.

Pastorelas

La pastorela constituye el teatro del pueblo. Es natural. Tiene las características legítimas del poema dramático elemental y primitivo. Es también, en parte, la ejecución de movimientos cadenciosos con el cuerpo y los brazos al compás de la música de varios instrumentos propios de la pastorela. Podría decirse, pues, que esta clase de composiciones orgánicas que se representan por Noche Buena, son nuestras óperas populares.

Habría que averiguar si nuestras pastorelas provienen de las representaciones teatrales, con un solo decorado (el portal de Belén) que durante la Edad Media se acostumbraba a celebrar por Navidad. Es decir, los villancicos de la época.

O, si por el contrario, su origen arranca del **Auto de los Reyes Magos**, la primera obra dramática en la literatura española.

O, por último, si existe afinidad entre nuestras pastorelas y las tonadillas que a principio del siglo XVIII hacían de comedias líricas.

Lo cierto es que las pastorelas entre nosotros han sido, hasta hace pocos años, nuestra única poesía dramática, cuyo estudio no cabe duda que será sumamente útil al cuzcatlanólogo.

Consideraciones similares podríamos hacer sobre las canciones de cuna y de ronda y sobre otras muchas variedades de nuestros cantos populares.

También se presta a interesantes reflexiones la **Historia** de Mexicanos.

Pero nuestro objeto primordial no es pretender acotar la materia, para lo cual no nos creemos capaces, sino provocar sugerencias de simpatía y curiosidad por el estudio de todo nuestro folklore.

Música religiosa

La música litúrgica que debe ser objeto de la Cuzcatlanología se encuentra particularmente en las iglesias de los pueblos. Es música vocal por lo común. Y cuando es vocal e instrumental, no tiene texto por lo regular.

Ordinariamente a los textos de las vísperas, laudes, maitines, antífonas, himnos, avemarías, salves, salmos y letanías, los maestros de coro ponen melodías o tonadas inspiradas en romances o aires de zarzuela.

Esta clase de música parece proceder de la melodía medioeval. Nuestros maestros de coro añaden a sus composiciones orgánicas y

orquestales su propia emoción por medio del empleo del acento expresivo y de la ornamentación melódica.

Una distinguida pianista salvadoreña, doña María Mendoza de Baratta, nos hacía ver, en cierta ocasión, cómo nuestros músicos religiosos habían compuesto motetes tan próximos a las fantasías y fuga en sol de Bach, cuando este genio musical ni siquiera se conocía en Centro América. Nuestra talentosa artista se explica este fenómeno musical porque el órgano es el instrumento más adecuado para inspirar los motetes y las fugas que son la misma cosa en un principio. Hay que tener presente que el autor de **El Arte de la Fuga** fue organista de la Catedral de Weimar a los 23 años de edad.

Balles y juegos

Nuestros bailes y danzas retratan también perfectamente el carácter nacional salvadoreño.

Cada baile popular toma, por lo general, su nombre de la melodía o aire que lo caracteriza o diferencia. Según la denominación, pues, deben clasificarse para su estudio demótico. De esta manera, además, se puede determinar qué modificaciones han sufrido en nuestro ambiente la jota, el bolero, el zapateado, por ejemplo: y qué pasos, mudanzas y actitudes, en la danza, son propiamente vernáculos. Porque hay folkloristas suramericanos, como Vicente Rossi, que no sólo restringen mucho la influencia europea en la coreografía americana, sino que pretenden que su fuente originaria es casi por completo africana.

Habría asimismo que investigar la influencia de los bailes y danzas franceses en nuestro folklore, como el cancán, el rigodón y otros.

Incluimos en este párrafo los juegos más comunes en los regocijos populares, porque se entreveran con bailes y danzas y con cantos llanos.

El grupo de nuestros juegos infantiles con bailoteo y cantos al oído, es exuberante en nuestro folklore, como **Casco la Rueda** y otras muchas rondas.

En el juego de **Doña Ana**, bastante largo y complicado, se cantan entre otras coplas esta con la cual comienza:

Vamos a la vuelta
del toro torojil,
a ver a doña Ana
comiendo perejil.

CAPITULO IV
CLASIFICACION

Tesoro en peligro

Nuestro material folklórico, disperso en las aldeas, hemos dicho repetidas veces que es muy copioso. Mas, ese tesoro esotérico se halla en peligro de perder su pristinidad y hasta de desaparecer aceleradamente.

Mientras la vida nacional se replegó tras la única y reducida costa que tenemos, en lugares tan cerca uno de otros por las distancias cortísimas y, al mismo tiempo, tan remotos entre sí por las primitivas vías de comunicación, ese vasto caudal de sabiduría y artes populares estaba seguro dentro de sus propias márgenes.

Pero al cruzar de Oriente a Occidente el territorio la gran arteria ferroviaria, con ramificaciones, y al permitir la vialidad el paso vertiginoso de los autos por doquiera, nuestro folklore comienza a sufrir influencias disolventes, como las canciones que propagan las cupletistas y los discos de fonógrafos, las palabras y expresiones de lenguas extranjeras, las narraciones y chistes que reproduce nuestra prensa y las escenas del cine.

Antes, el rico fondo de nuestra didáctica popular se renovaba y acrecentaba dentro del mismo genio de nuestro pueblo por endósmosis y exósmosis. Ahora, será por inundaciones extranjeras.

El remolino de gentes que presencian atónitas las vías y los campos, irá debilitando la memoria social para la tradición y exigiendo mayor tensión para asegurarse el triunfo en la lucha por la vida.

Es preciso, por consecuencia, recoger cuanto antes nuestro folklore tan variado y opulento.

Comisión nacional

Dicho lo anterior, es inútil poner de relieve la necesidad e importancia del establecimiento oficial de un centro, una comisión, un instituto, para recoger y catalogar el difuso y abandonado acervo de nuestro folklore y para estudiarlo científicamente y provocar la crítica filosófica de nuestros hombres de ciencias y de letras.

La integración organizada de una Comisión nacional de Cuzcatlanología nos parece que llenaría el objeto a que nos hemos referido, mientras se crea la Facultad de Letras en la Universidad Nacional.

La empresa de recopilar en todo el país nuestra ciencia, literatu-

ra, artes y música populares, corresponde incuestionablemente a los maestros de escuela de ambos sexos bajo la dirección de la Comisión que proponemos.

Para estimular al profesorado nacional se podrían acordar dos o más premios, en efectivo, a las copilaciones mejor elaboradas.

Y a fin de que cooperen en la formación de esa antología personas extrañas al magisterio, se podrían también establecer otra clase de premios o diplomas.

La Comisión publicaría el material por orden de departamentos conforme a la clasificación que se adoptase.

La misma Comisión editaría una revista semestral con el propósito de despertar el interés público por esta clase de investigaciones etnológicas.

Clasificación

Las clasificaciones folklóricas que registran los tratados no son aplicables, se comprende, integralmente a cualquier nación. Sirven de norma para formar las propias con las correcciones, supresiones y ampliaciones del caso.

Nosotros, siguiendo este criterio y teniendo a la vista las que hemos considerado más a propósito, formamos la siguiente clasificación, no con el intento de que se adopte tal cual la presentamos, sino, más que todo, para dar idea de la comprensión de nuestra Cuzcatlanología.

1ª PARTE

Ciencia

1º—Recetas y procedimientos para curar las enfermedades.

2º—Nombres con que se designan los planetas, estrellas, constelaciones, etc., tanto entre la gente del pueblo como entre los indígenas e ideas que se tienen de todo ello.

3º—Nombres vulgares con que se conocen los cuadrúpedos, pájaros, peces, reptiles, insectos, árboles, plantas, piedras, etc., y lo que se sabe de ellos.

4º—Nombres vulgares de pueblos, lugares, montañas, llanuras, travesías, minerales, ríos, pozos, ojos de agua, lagos, etc., y lo que se dice de ellos.

5º—Poblaciones indígenas, y sus prácticas religiosas, costumbres, usos, industrias y artes.

6º—Lenguas indígenas o por lo menos voces indígenas con sus anotaciones gramaticales.

7º—Otros conocimientos populares.

2ª PARTE

Creencias y costumbres

1º—Supersticiones que se relacionan con los fenómenos naturales.

2º—Supersticiones relativas a los bosques, plantas, animales y piedras preciosas.

3º—Supersticiones que se refieren a las faenas del campo y a los oficios.

4º—Supersticiones respecto a los juegos de azar y de la muerte.

5º—Ideas acerca de los duendes, el diablo, los espíritus, los juegos fatuos, fantasmas y apariciones.

6º—Brujería, hechizos, maleficios, curanderismo.

7º—Cosmogonía y mitos tradicionales.

8º—Ceremonias para solemnizar los nacimientos, matrimonios, muertes, cumpleaños, etc.

9º—Juegos populares para grandes y niños.

3ª PARTE

Literatura

1º—Tradiciones.

2º—Romances y leyendas.

3º—Fábulas, cuentos y anécdotas.

4º—Locuciones, giros, frases, chistes, apodos, modismos, provincialismos, voces infantiles, etc.

5º—Refranes, aforismos, retintines, trabalenguas.

6º—Ensaladas, bombas, coplas, adivinanzas, etc.

7º—Leyendas indígenas.

4ª PARTE

Música

1º—Canciones populares.

2º—Canciones de cuna y de ronda.

3º—Canciones guerreras.

4º—Música religiosa.

5º—Juegos infantiles.

6º—Bailes y danzas populares.

Instrucciones

El éxito de la ordenación de nuestro folklore depende de las instrucciones que se impartan a los encargados de su copilación, aparte del entusiasmo patrio que todos presten a la obra.

A medida que tales instrucciones sean más detalladas, mucho mejor, porque la generalidad no conoce los métodos folklóricos.

Quisiéramos formular, aunque fuese sintéticamente, algunas indicaciones sobre el caso, pero tendríamos que dar a esta parte de nuestro trabajo mayores proporciones que las necesarias. Resignémonos, pues, a hacer unas cuantas reflexiones, las más indispensables.

1º—La clasificación debe ir acompañada de definiciones precisas y claras de su terminología para no confundir conceptos.

2º—En la recolección de la música popular es necesario valerse de un compositor o de un aficionado.

3º—Debe preferirse el material vernáculo, antiguo, oral, anónimo, sin descuidar las otras fuentes folklóricas, como son la producción contemporánea, la extranjera vulgarizada ya entre nosotros y los archivos.

4º—La trascripción de las tradiciones, narraciones, etc, deberá ser

lo más sintético y correcto, sin preocupaciones morales de poca monta.

Ultima palabra

Como este trabajo no es más que el esbozo de una idea grande que procuraremos, preparados debidamente, desarrollar después, encargaremos a cuantas personas lo lean o se interesen por esta clase de estudios se dignen hacernos, por escrito o de palabras, cuantas observaciones e indicaciones estimen necesarias para la finalidad que perseguimos.

Sumamente deficiente consideramos este estudio. Pero está dado el primer paso para labor de tanta trascendencia nacional. Es preciso, repetimos, la cooperación intelectual de todos los patriotas salvadoreños para salvar nuestro tesoro folklórico de los peligros a que nos hemos referido.

LIBROS

339

FERNANDO FERREIRA DE LOANDA, *Material de Lectura*, Serie Poesía Moderna, Departamento de Humanidades, Universidad Autónoma de México. Traducción del portugués de Maricela Terán.

Ferreira de Loanda es, actualmente, uno de los poetas más importantes del Brasil. Nacido en Luanda, Angola, en 1924, desarrolla desde temprano una labor creadora admirable y culta, a la que acompaña una amplísima tarea de difusión de las letras de su patria y, en general, de las letras de todo el ámbito iberoamericano. Su propio culto poético lo lleva a una sostenida autoexigencia, que hace escasa su bibliografía, pero que va dándonos la quintaesencia de un espíritu renovador y vibrante, en el que caben todas las incitaciones de la época: las amargas y las esplendorosas. En el breve prólogo a esta también breve antología, Maricela Terán afirma, con absoluta certeza: "Poesía ceñida, imbricada en un suelo fértil, ausente de retórica, nostálgica y llena de anhelos, críptica a veces, sexual, de profundas reflexiones morales, autobiográfica, crítica, donde predomina la síntesis y se citan, en un tiempo creciente, oloroso a la sal del mar, la ternura y la reconciliación, la desesperanza y el miedo, la duda y el misterio, el hombre y sus maneras delicadas y también el azar y la muerte". Es decir: es una poesía agónica —en el sentido unamuniano—, y, por ende, plena de vida.

Esa riqueza existencial de Ferreira de Loanda no impide —sino que perfila— la forma contenida y comunicante. Si bien por momentos su decir

parece cerrarse, es para luego entregar el despliegue de la flor intuida; entrega que —como en toda auténtica poesía— exige alguna iniciación. El poeta sabe —y dice— que no todo lo suyo fluye con las palabras, y ahí está una de sus posibles victorias sobre el tiempo:

POEMA PARA ESTUDIOSOS Y BIOGRAFOS

No me expliquen:
prisma de mil caras,
soy insondable, abisal.

La poesía no es un espejo,
es un estado momentáneo.
Si me retrato, luego me desdigo,
me transfiguro, horizontalizando
mis emociones e incertidumbres.

Amo lo imprevisto,
me duele lo que adivino;
no me ofrezcan banquetes masticados.

La claridad no la llevo en la superficie:
es necesario un cuchillo para hacerla brotar;
id a la médula, soy cuarto creciente en la luna llena.

No me expliquen por las palabras,
por el bigote o por la pipa.

Reparemos en una sola frase: “La claridad no la llevo en la superficie”, y esa es una de las claves, no solamente de la vigilia de este poeta, sino de toda la poesía de nuestros días. Porque estamos ahitos de una falsa claridad exteriorista, y volvemos ya a las fuentes difíciles, evasivas y espinosas de la verdadera claridad/oscuridad del hombre asediado por sus espectros. Ferreira de Loanda pone —con estos poemas, parcos aunque suficientes— su esfuerzo habilitante en esta hora de tenaces e interesadas confusiones.

* * *

MANUEL J. SANTAYANA, *De la Luz Sitiada*, Poemas, Colección Juglar, Asociación de Hispanistas de las Américas, 1980.

Con un breve pero sustancioso prólogo de Eugenio Florit, aparece

este poemario de Manuel J. Santayana, cubano; nacido en 1953. Lo primero que llama la atención en estos versos, es su ceñida tesitura, su jugosa continencia expresiva. El gozo de una naturaleza recreada —según los aires de los poetas cultos del Siglo de Oro español— se vuelve uno con las palabras, en transfusión casi ceremonial:

Sombra, sueño de sí misma
calla la tierra. Y entonces
surge el poema: palabras
que el silencio pastorea.

La efusión formal sorprende y estimula el ánimo del lector, que de pronto se halla en una atmósfera intemporal y vivísima, muy humana, sin embargo: en una “tierra, al margen de los dioses”. No es —como podría interpretar un lector superficial— fenómeno de evasión, sino lo contrario: apoderamiento de la luz, que el verbo sitia; y, por ende, animación de un mundo lleno de sugerencias sensoriales, levemente sensuales, gratamente paganas. El hombre —el poeta— en su cultivada desnudez.

No es casual que Santayana ensaye airosamente la décima, ese pequeño vaso que los poetas cubanos —desde Florit, en mocedades transparentes— han sabido colmar con los jugos maravillosamente agrídulces de su tierra. Las décimas de Santayana están a la altura de tal tradición, como lo están las del reciente libro de Orlando Esteva González. Releamos una décima de Santayana:

PALOMA

Alado copo de nieve
que cruzas la tarde en duelo
y orlas con ávido vuelo
el gris, de tu gracia leve:
¡cuánta blancura se atreve
a mentir una alborada
contra la tarde varada
en su paz sin alegría!
Pero ya la lejanía
deja en sombras la mirada.

Décimas armoniosas, ingravidas, como catleas en el alto tronco de la mejor poesía. Décimas de la vida natural, que nos recuerdan —por el in-

trépido contraste— aquellas de la muerte natural: la Décima muerte del inmenso Xavier de Villaurrutia.

* * *

MAURA ECHEVERRÍA, *Voces bajo mi piel*, Poemas, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación de El Salvador, 1980.

Este es el primer libro de Maura Echeverría, maestra salvadoreña entregada también al culto de la poesía. Surge con una directa virtud testimonial, poniendo sobre el papel los afanes y las dudas, las derrotas y los anhelos, los amores y los temores de una mujer salvadoreña de nuestros días, que tiene el don de la palabra sencilla y eficaz.

Poesía sin afeites, sin alardes, sin laberintos. Como el agua zarca de una quebrada en los primeros días de mayo, va entre los hierbajos y las guijas de lo cotidiano, mojando un poco el polvo rebelde de los días, su rutina angustiosa y desnuda. Agua que casi es pulso de lágrimas, pero no: hay debajo de estas palabras un ansia de sobrevivir que aleja los duendes del sentimentalismo, y más bien descubre una exacta fibra moral, que sirve para sostener la floración poética:

ES LA LEY DE LA VIDA

Perdona,
pero nadie puede ir contigo
en ese viaje.
A ese rostro que apenas
presiento
tengo que llegar sola.
Podrás acompañarme
hasta el borde de una lágrima
y ahí te quedarás.

Yo seguiré
irremediablemente sola.
Cerraré mi voz y apagaré
mis ojos
para no deformar tu recuerdo.

Hemos sido felices
¿No, lo crees?

Pero es ley de la vida
que lo que nace
debe terminar.

Eres pequeña aún
para entender la dimensión
de mis palabras.
Pero pasado el ruido
de la primer tormenta,
sé que comprenderás.

Algunos pensarán que los versos de Maura Echeverría no tocan los grandes temas, y por eso no trascienden. Yo recuerdo siempre unas palabras de Juan Guzmán Cruchaga, el ilustre chileno: “los poetas mediocres se amparan generalmente en los temas ampulosos para disfrazar su ineptitud”. Y es que, en realidad, para el creador auténtico, no hay tema insignificante. Cuando Neruda habla de la lagartija no es menos grande que cuando se refiere a los profundos océanos o a los ardientes sueños colectivos.

Maura Echeverría está madurando su expresión. Está trabajando con ahínco. Está depurando su estilo. Tiene camino por delante, y lo recorrerá airoso, porque confía en sus corazonadas, y porque necesita comunicar, comunicarse, entregar algo de lo suyo íntimo a los demás.

D. E. G.

1

INDICE

| | |
|--------------------------------|-------------|
| Los 25 Años de "Cultura" | PAGINA 9 |
|--------------------------------|-------------|

NARRATIVA

| | |
|---|----|
| El cuento moderno en El Salvador | 13 |
| Matilde Elena López | |
| La loba | 23 |
| Francisco Gavidia | |
| Agar o la venganza de la esclava | 28 |
| Pura fórmula | 32 |
| José María Peralta Lagos (T. P. Mechín) | |
| Historia sentimental | 37 |
| Arturo Ambrogi | |
| El eclipse | 42 |
| Francisco Herrera Velado | |
| La repunta | 46 |
| Salarrué | |
| La sonrisa del caudillo | 48 |
| Rolando Velásquez | |

| | PAGINA |
|------------------------------------|--------|
| Las mormonas | 55 |
| José María Méndez | |
| Pulvis es... .. | 64 |
| Hugo Lindo | |
| La Virgen leprosa | 72 |
| Cristóbal Humberto Ibarra | |
| Al negro le pagan por bailar | 77 |
| Matilde Elena López | |
| La daga | 84 |
| Mario Hernández Aguirre | |
| La llave | 94 |
| Alvaro Menen Desleal | |
| El crimen | 100 |
| Waldo Chávez Velasco | |
| Después del grito | 102 |
| Santiago Castellanos h. | |
| El alucinadito | 106 |
| Alfonso Quijada Urías | |
| Los días verdaderos | 108 |
| Francisco Andrés Escobar | |
| Rara avis in terra | 110 |
| Ricardo Jesurum | |

POESIA

| | |
|---|-----|
| Líricas pentatrifonías de las artes | 115 |
| Quino Caso | |
| Poeta en el oriente planetario | 124 |
| Alberto Baeza Flores | |
| Saga | 129 |
| Juana Rosa Pita | |
| He vuelto a ver la vida | 134 |
| Oscar Echeverri Mejía | |
| Poemas | 136 |
| Elisa Huezo Paredes | |

| | PAGINA |
|--------------------------------|--------|
| Poemas | 141 |
| José Kozer | |
| El espejo en llamas | 144 |
| David Escobar Galindo | |
| Claustros | 145 |
| Ventana sobre East River | 146 |
| Himno | 147 |
| Comedia de domingo | 148 |
| La rosa de hielo | 149 |
| Agenda | 150 |
| Himno | 151 |
| Desde Liberty Island | 152 |
| Formalidades | 153 |
| Himno | 155 |
| Llamas paralelas | 156 |
| Sub Specie Aeternitatis | 157 |

ARTICULOS

| | |
|---|-----|
| Max Jiménez: La correspondencia de un costarricense universal | 161 |
| Stefan Baciu | |
| Recordando a José Batres Montúfar | 174 |
| Alfonso Orantes | |
| El realismo mágico en "Cuentos de Barro" | 183 |
| Italo López Vallecillos | |
| Un poema de Salarrué inspirado por García Lorca | 188 |
| Roy C. Boland | |
| Introducción a la poesía de Juana de Ibarbourou | 192 |
| Andrés da Silva Silvera | |

ENSAYOS

| | |
|---|-----|
| La causalidad en David Hume | 207 |
| Hilda Falla Cáceres | |
| La sensibilidad humana y el cerebro según Popper y Eccles | 229 |
| Francisco L. Peccorini | |

| | PAGINA |
|--|--------|
| ENTREVISTA | |
| Hierro calado Hugo Lindo | 253 |
| DISCURSO FILOSOFICO | |
| Discurso Filosófico al agradecer el Premio Nacional de Cultura 1978 Julio Fausto Fernández | 273 |
| CRONICA | |
| Crónica de Alemania (otoño, 1967) Rolando Elías | 297 |
| PALABRA SIN TIEMPO | |
| Cuzcatlanología (folklore salvadoreño) Juan Ramón Uriarte | 319 |
| Nota bone | 320 |
| Cuzcatlanología | 321 |
| LIBROS | |
| Material de Lectura Fernando Ferreira de Loanda | 341 |
| Voces bajo mi piel Maura Echeverría | 344 |

Esta edición consta de 1200 ejemplares.
Se terminó de imprimir el 15 de enero
de 1982 en la Dirección de Publica-
ciones del Ministerio de Educación. San
Salvador, El Salvador, Centro América.

INDICE DE ILUSTRACIONES

NARRATIVA PAG. 11

Pito-flauta de cerámica monocroma, efigie de mujer sentada, vestida de falda larga, brazaletes, collar con pendiente, grandes orejeras y tocado en forma de tiara. Período: Clásico Tardío (600-950 d. C.). Procedencia: Area costera de Ahuachapán. Propietario: Museo Nacional "David J. Guzmán".

ARTICULOS PAG. 159

Figurilla de cerámica monocroma, efigie de mujer sentada con las manos en la posición de rezar. Período: Preclásico Medio Tardío (500-300 a. C.). Procedencia: Laguna de Cuscachapa, área de Chalchuapa. Propietario: Colección particular.

CRONICA PAG. 295

Botella de cerámica bicroma, efigie de anciano jovial, sentado. Período: Protoclásico (200-400 d. C.). Procedencia: Area de San José Guayabal. Propietario: Colección particular.

PALABRA SIN TIEMPO PAG. 317

Olla de cerámica plumiza Tohil, efigie de un ser mítico o dios gateando. Período: Postclásico Temprano (1000-1200 d. C.). Procedencia: Area de Santa Tecla. Propietario: Museo Nacional "David J. Guzmán". Colección W. A. Soundy.

POESIA PAG. 113

Jarro de cerámica de estilo Bicromo Zonado Inciso, efigie de mujer sentada. Período: Preclásico Tardío (300 a. C. 300 d. C.). Procedencia: San Salvador. Propietario: Colección particular.

ENSAYOS PAG. 205

Jarro de cerámica monocroma, efigie de calavera. Período: Posiblemente Clásico Tardío (300-950 d. C.). Procedencia: Area de Jucuapa. Propietario: Museo Nacional "David J. Guzmán". Colección W. A. Soundy.

DISCURSO FILOSOFICO PAG. 271

"Bolina", figurilla de barro con forma humana. Período Preclásico (1800 a. de C. 300 d. de C.).

**EN EL PROXIMO NUMERO
TRABAJOS DE:**

Carlos Murciano

Ricardo Lindo

Carlos Meneses

Jaime Suárez

Francisco Andrés Escob

Pedro Escalante Men

Matilde Elena López

